

LA INTELIGENCIA ES UN SUPERPODER

MI ASCENSIÓN DAMARA

BECA ZABERDEEN

Mi Ascensión Dámara

BECA ABERDEEN

Copyright © 2024 Beca Aberdeen
Todos los derechos reservados.

Para quienes disfrutan de los amores oscuros y siempre quisieron ver a la chica convertirse en la villana de su propia historia.

Contenido

[1](#)
[2](#)
[3](#)
[4](#)
[5](#)
[6](#)
[7](#)
[8](#)
[9](#)
[10](#)
[11](#)
[12](#)
[13](#)
[14](#)
[15](#)
[16](#)
[17](#)
[18](#)
[19](#)
[20](#)
[21](#)
[22](#)
[23](#)
[24](#)
[25](#)
[26](#)
[27](#)
[28](#)
[29](#)
[30](#)
[31](#)
[32](#)
[33](#)
[34](#)
[35](#)

36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
Epílogo

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Haimi Snown por acompañarme en esta loca travesía argumental y por decirme las verdades duras, pero necesarias, que hicieron de esta historia algo mejor.

KAREN

Mis ojos se cruzan con los de Arthur Bohan por accidente y se me corta la respiración. Cintia Han le susurra algo al oído, mientras se enrolla un mechón de pelo en el dedo con una expresión seductora. Posa una mano con manicura roja en su muslo que espero que le distraiga, pero no tengo tanta suerte.

La mirada de Arthur permanece sobre mí. Sus irises son de color caramelo, menos cuando les da el sol y se vuelven casi amarillos. Una sonrisa cruel se forma en su rostro atractivo y trago saliva, encogiéndome contra las espaldas del gimnasio en un intento inútil de fundirme con la pared y desaparecer.

Odio este sentimiento. Odio que la adrenalina me provoque temblores y que parezca que no hay suficiente oxígeno a mi alrededor. Detesto que Bohan me haga sentir tan vulnerable. Soy una muñeca de papel que ha caído en un charco y deshace en añicos. Pronto no quedará nada de mí y todo porque soy una inválida, o lo que es lo mismo: una dámara que aún no ha manifestado ningún poder. A los doce años eso solo puede significar que no tengo ninguno.

Los dámaros somos una especie milenaria, con poderes especiales, que existe con el propósito de servir y de proteger a los humanos de los despojados, unos monstruos inmortales. Si eres dámara y no tienes ningún poder que ofrecer, eres un desecho social y la gente como Arthur Bohan se encargan de que los inválidos paguemos por ese pecado.

Por fin, el profesor de educación física lo llama para que trepe por la cuerda. Bohan es el más rápido porque usa su poder de sanador para mantenerse en perfecta salud. Eso repercute en la forma en la que flexiona las rodillas y salta hacia la cuerda, valiéndose de los músculos de sus extremidades para subir a una velocidad asombrosa. Su poder funciona sobre el estado del cuerpo, el suyo propio y el de otros. Esa es la razón por la que tiene un aspecto perfecto, con las mejillas sonrosadas, la piel tersa y un cuerpo fibroso. Es algo que se hace a sí mismo. Por el contrario, emplea su poder de forma distinta en mí.

En la escuela de Dámara puedes y debes usar tus poderes para las distintas disciplinas del currículum académico. Así es como los inválidos acabamos en los últimos puestos de la mayoría de clasificaciones. En educación física soy la última de la clase, aunque haya otros inválidos. Me superan porque cualquiera de ellos tiene mejor salud que yo. Arthur Bohan se encarga personalmente de que yo sea una chatarra andante.

Aunque suene bonito tener poder para curar, los sanadores pueden llegar a ser muy crueles. A

Bohan le gusta bajarme la tensión arterial por los tobillos cuando me toca hacer una prueba o practicar algún deporte en equipo. Junto con mi anemia, no es de extrañar que me arrastre de un lado a otro, mareada.

Hay una razón por la que los matones me dedican una atención especial: no soy una inválida cualquiera. Todos los dámaros sin poderes son repudiados, pero Bohan me desprecia con más intensidad por haber nacido así siendo una Armstrong. No acepta mi debilidad porque pertenezco a una familia con poderes legendarios y con esos genes yo debería tener un gran poder.

Mientras sus amigos y otros alumnos corean para animarlo, yo me fijo en las bisagras que unen la plataforma metálica que sostiene la cuerda al techo. Las observo con tanta atención que parece que tengo el poder de desatornillar con la mirada.

Cuando ya casi está alcanzando la meta, un polvo blanco llueve sobre su rostro y uno de los tornillos se desprende. La cuerda cede varios centímetros antes de detenerse en seco, todavía sujeta por los otros tres tornillos restantes de la base, pero el inesperado descenso es suficiente para sorprender a Bohan y hacerle caer de espaldas quince metros de altura. Escucho los gritos de los presentes y el impacto de su cuerpo contra la fina colchoneta. Bohan gruñe y sonrío de puro placer. Los alaridos que suelta, sujetándose el hombro que ha absorbido todo el peso de su cuerpo en la caída, son música para mis oídos.

No, no tengo telequinesia, ni he logrado aflojar el tornillo con la mirada. ¿Pero quién la necesita cuando existen herramientas y mucha determinación? El crimen perfecto es aquel que nadie te imputaría por creerlo fuera de tu alcance. Y el criminal perfecto es el que se muestra más inepto de lo que realmente es.

Mi disfrute no dura demasiado, ya que Bohan puede curarse a sí mismo, pero guardo en mi memoria la expresión de dolor de su rostro. Es algo a lo que no está acostumbrado, aun cuando le gusta provocárselo a otros.

Como es de esperar, atribuyen lo ocurrido a un desafortunado accidente. Alguien en el departamento de mantenimiento de la escuela va a llevarse una buena bronca, pero ni siquiera plantean abrir una investigación. Si fuéramos humanos, habría sospechas de que la crueldad de Bohan le ha adjudicado unos cuantos enemigos que querrían verlo herido o incluso muerto. Pero en Dámara, ser un maltratador hijo de puta está normalizado. Lo único que importa es tener buenos genes, y en eso, un sanador está en la cima de nuestra putrefacta pirámide social.

Aunque Arthur está recuperado, se terminan las pruebas por hoy. El profesor nos indica que corramos alrededor del gimnasio y se ausenta para reportar lo ocurrido en dirección. Troto despacio, al ritmo que me permite mi cuerpo. Me adelantan todos los alumnos una y otra vez, pero es algo a lo que ya no presto atención. No recuerdo lo que es encontrarme bien y tener energía.

De pronto, alguien me echa el brazo por los hombros y me obliga a correr más deprisa para

seguir su velocidad.

—¿Te has divertido con mi caída?

—¿Qué? —Estoy genuinamente confusa porque es imposible que sepa que he tenido algo que ver. Las bisagras están a quince metros del suelo.

—Cintia dice que has sonreído. Te ha gustado verlo, ¿verdad?

Clava sus garras en mi hombro para que no pueda detenerme. Casi no tengo aliento y noto arritmias que me avisan que baje el ritmo, pero él no me lo permite.

—Karen, Karen, Karen... —chasquea la lengua—. Me alaga que te entusiasme tanto mi sufrimiento, pero creo que estás confusa sobre los roles de cada uno. Yo soy el león y tú eres la gacela.

—Leona... —corrijo sin aliento—. Las leonas cazan.

Bohan suelta una risa seca y se detiene, haciéndome trastabillar y caer sobre una rodilla. Me muerdo el labio para no soltar un grito, tragándome el dolor.

Sin darme tiempo, me toma por los hombros para levantarme y me estampa contra las espalderas. Esta vez sí que gruño.

Sus ojos ambarinos absorben la reacción con entusiasmo y aproxima su rostro al mío para no perderse nada.

—Pero el león es el que come primero —se jacta amenazante. Después esboza una sonrisa que me alarma y se aparta de mí, a tiempo para que el profesor, que acaba de regresar al gimnasio, no nos vea juntos.

Sé, por experiencia, que esa sonrisa significa que no ha terminado conmigo, pero no necesita tocarme para hacerme daño. Un instante después comienzo a sudar frío, mi visión se vuelve turbia y me mareo.

Comida. Necesito comida.

Es una bajada de azúcar. Las temo porque pueden matarte en minutos. Arthur podría matarme, hasta por accidente, en un abrir y cerrar de ojos. Dependo del control que ese imbécil tenga de su propio poder.

A duras penas me muevo hacia el vestuario, sorteando las caras borrosas de estudiantes, que me observan sin ser conscientes de lo cerca que estoy de desplomarme. Tengo una chocolatina en la mochila y ansío devorarla como si llevara siglos sin probar bocado. Mi ropa está empapada en sudor y cuando me topo con un hombro pierdo el equilibrio. Mi brazo golpea algo que me hace un corte, pero la persona con la que he chocado evita que me caiga al suelo.

—¿Señorita Armstrong? —Es el profesor quien me sostiene—. Le he dicho muchas veces que se alimente para los entrenamientos.

Lo último que veo antes de desmayarme es su expresión decepcionada.

Para mi familia, la mansión de los Armstrong es una fortaleza, un símbolo tangible de su poder dentro de la comunidad Dámara. Un lugar seguro que nadie osa invadir por miedo a sus moradores. Para mí, es el recordatorio de que soy un fracaso y la razón por la que tengo una diana en la frente.

—¿Karen? —Estoy a dos pasos del baño de la planta baja cuando mi madre me ve desde la cocina— ¿Puedes venir un momento?

Cierro los ojos y me resigno a lo inevitable. Han debido llamar de la escuela. Otra vez.

Arrastrando los pies, voy hasta la cocina donde mamá se está recogiendo el cabello rubio en una cola de caballo. Siempre lo hace cuando va a ponerse con alguna tarea pesada, como ordenar un cajón desastre o las carpetas con los documentos de la familia. Me mira con las manos apoyadas sobre la encimera de mármol. Yo soy su tarea pesada.

—¿Qué? —Me quedo junto a la puerta para que sepa que tengo prisa.

—Quiero que vayas a ver a tu abuela.

Frunzo el ceño. Normalmente, vamos todos juntos a visitar a mi abuela los domingos.

—¿Para qué?

Me echa un vistazo de arriba abajo.

—Si estás teniendo problemas con la comida...

—¿Qué? —la interrumpo.

—Es muy común en chicas de tu edad —prosigue con un tono apaciguador—. Es un momento delicado, donde empiezas a ver tu cuerpo de otra forma y la presión social puede ser difícil de gestionar a los doce años.

—No sé de qué estás hablando.

Mi madre toma una profunda inhalación.

—El señor Ortega me ha llamado. Te has vuelto a desmayar en gimnasia. —Ahí está, la razón por la que estoy en problemas—. Sé qué comes, Karen, pero no sé lo que haces después de comer.

—No tengo bulimia nerviosa, mamá —replico, tratando de ocultar mi impaciencia. Entiendo que se preocupe, teniendo en cuenta mi estado de salud y que los sanadores no dan con la causa. Mi enfado va dirigido hacia Arthur Bohan. Me gustaría estrangularlo con mis propias manos.

—Entonces, dime qué está pasando.

Abro la boca y la vuelvo a cerrar. Jamás le contaría a nadie lo que me hacen en la escuela, pero tengo que decirle algo.

—Es lo de siempre, la anemia, la tensión baja... Nací defectuosa. Ya lo sabéis.

—No digas eso.

—Es la verdad. Es lo que pensáis. —Ella y yo sabemos que me refiero a mi padre.

Cecily se frota la frente, visiblemente estresada. Tiene problemas peores que mi salud.

—Iré a ver a la abuela —miento para que deje que me marche. Solo que no le he dicho cuándo. Ni loca, voy a dejar que hurgue en mi cabeza.

Mi abuela es mentalista, puede leer la mente e incluso inducir pensamientos en otros. Es la personificación del poder y de la influencia. Los Armstrong han tenido los mejores poderes en su estirpe durante siglos. Por lo menos, hasta que llegué yo para poner una mancha de ketchup en el currículum de la familia.

Mi madre asiente. Después empieza a anotar la lista de la compra en un trozo de papel rasgado de un cuaderno, mientras murmura que no queda detergente y otras cosas sin importancia. Como si su mundo no se estuviera viniendo abajo por la masacre en la ciudad de Bólid de la que se siente responsable, pero Cecily Armstrong nunca muestra su dolor. En eso nos parecemos.

Mi madre es débil, un pelele de mi abuela y mi padre, y en eso no quiero parecerme a ella. Pero la gota de sangre que chorrea por debajo de la manga de mi sudadera hasta deslizarse por mi mano me recuerda que lo soy. Me he cortado el brazo al desmayarme porque un sanador hijo de despojado la ha tomado conmigo. Soy incluso más indefensa que ella. Al menos mi madre tiene su poder y una buena posición dentro de la sociedad Dámara.

Cierro el puño y lo oculto bajo la manga para contener la sangre de la herida que se ha vuelto a abrir.

—Voy a dar un paseo —anuncio y me escabullo por la puerta de la cocina hacia el bosque que hay detrás de nuestra casa.

Ella asiente distraída. Su mente está ocupada en algo más que la lista del supermercado.

Hace una semana, la escuela fue atacada por varios despojados y murieron varios estudiantes. Algo así no había ocurrido en siglos, y no ha sido más que el comienzo del desastre porque, unos días después, una ciudad humana fue arrasada por una horda de despojados. Provenían de las montañas cercanas, pero el hecho de que despertaran y de que llegaran hasta la población, cuya muralla estaba abierta y sin un solo guardia custodiándola, es de lo más extraño.

Ambos ataques han debido de ser organizados por alguien.

Las noticias no hablan de otra cosa. Los dármaros más poderosos se echan la culpa unos a otros mientras que los humanos exigen explicaciones y la cabeza del responsable.

En mi casa, la tensión está por el techo. Mi abuela, mi madre y mi padre son miembros del Parlamento. Mi madre es la hersir de la ciudad atacada, la máxima responsable de la protección de los humanos que viven dentro de la muralla de Bólid. Es su cuello el que tiene la soga más

apretada.

Los despojados fueron dámaros en algún momento, pero se infectaron de una toxina que les roba la identidad. Una vez contagiados, no recuerdan quiénes fueron y su única motivación es cazar para alimentarse. Por suerte, pasan la mayor parte de su existencia durmiendo, sobre todo cuando hace mucho que no se alimentan. Ese es el estado en el que nos gusta tenerlos, viviendo en las cuevas de las montañas, lejos de las ciudades y de estímulos sensoriales que puedan despertarlos.

Nunca he visto un despojado con mis propios ojos. En la actualidad, las apariciones y ataques de estos peligrosos seres son sucesos aislados. Se puede decir que la situación está bajo control y hasta hace una semana, estaba convencida de que nunca vería uno en persona.

Es la única ventaja de ser una inválida. Si no tienes un poder élite, nadie espera que te enfrentes jamás a un despojado.

Estaba segura de que los únicos monstruos que tenía que soportar son los que viven conmigo, en mi casa y en la escuela. Pero la situación ha cambiado de forma drástica en tan solo unos días.

Me embarga un miedo repentino a la soledad del bosque. Si los despojados han llegado hasta la escuela de Dámara, si han llegado hasta el interior de la muralla de la ciudad de Bólid, ¿quién dice que no pueden alcanzar nuestra casa?

Aun así, no quiero volver a entrar y someterme a más preguntas. Sorteó los árboles atenta a los sonidos del bosque. Me convengo de que los pájaros no cantarían si hubiera monstruos en los alrededores. Guardarían silencio, demasiado asustados como para hacer ruido.

Los despojados son fuertes y rápidos. Hacen falta varios dámaros o maquinaria específica para reducir a uno solo de ellos. Yo no duraría ni un segundo.

Si me atacaran ahora mismo, Bohan se alegraría de escuchar que me han arrancado la piel con sus lenguas lijosas, que su toxina ha penetrado por mis músculos hasta convertirme en uno de ellos.

Fantaseo con la idea de matarle si yo me convirtiera en despojada. No tendría consciencia ni recuerdos, pero de alguna forma, buscaría a Bohan y le proporcionaría la agónica muerte que supone la transformación.

En el bolsillo de mi sudadera encuentro una presilla de cabello y juego con ella. La abro y la cierro, una y otra vez, porque me tranquiliza hacer algo con las manos mientras camino. Hace tiempo que solo la uso para estar por casa porque tiene pegada la cabeza de un unicornio y un arcoiris. Es demasiado infantil para ponérmela en público y, además, ahora la he manchado de sangre.

También hay una gota roja en una de mis Vans. Me agacho para limpiarla y veo algo en el suelo. Hay una especie de gancho metálico oculto entre la tierra y las hojas secas. Curiosa, lo toqueteo. He vagado toda mi vida entre estos árboles sin notar que hubiera algo ahí.

Agarro el metal saliente y tiro de él, provocando que un rectángulo del suelo se eleve. Se trata de una tapa de tierra que oculta debajo una trampa. En esta hay un pequeño teclado con dígitos, que debe servir para introducir la contraseña numérica que abre la puerta.

Me pregunto si mi familia sabe que esto está en la parte trasera de nuestra casa. Alguien debe saberlo, y al que más me imagino con un secreto así es a mi padre.

Parker Armstrong viene de una familia con el nombre manchado por padres inválidos. No obstante, mi abuela lo aceptó entre los Armstrong y le dio su apellido porque es bloqueador. Un poder primordial que puede anular momentáneamente el de cualquier otro dámara. Suele haber solo uno o dos bloqueadores vivos al mismo tiempo, pero muchos ocultan su identidad al tener una habilidad tan codiciada en Dámara. Mi padre no necesita hacerlo, porque ahora es un Armstrong y eso le protege.

Encuentro una colilla aplastada de la marca que fuma él a pocos metros.

¿Qué esconde ahí?

Presiono números al azar para saber de cuántas cifras es la contraseña. Descubro que tiene ocho dígitos, pero la pantalla se pone roja porque he introducido la combinación errónea.

Pienso en cómo Sherlock Holmes logra adivinar las contraseñas de los demás usando lo que sabe sobre ellos.

Ocho dígitos podrían ser una fecha. Tecleo la fecha de nacimiento de mi padre. Nada. La de la boda de mis padres. Nada. Tecleo la fecha en que mi padre entró en el Parlamento porque es lo más importante que le ha pasado en su vida. La luz roja vuelve a mostrarme que es incorrecta. Ocurre lo mismo cuando tecleo la fecha de nacimiento de mi madre.

En Estudio en Escarlata, Sherlock Holmes adivina la contraseña del teléfono de Irene Alder cuando entiende que ella siente algo por él. Pienso en los sentimientos de mi padre e introduzco la fecha de nacimiento de mi hermano mayor.

Evans es el hijo perfecto, el dámara más importante de su generación porque es el copycat. Tiene el mejor poder de todos, el de aprender las habilidades de otros dámaros y acumularlas en su colección personal. Sólo suele haber un copycat cada siglo y, en ocasiones, han pasado hasta tres siglos sin que hubiera uno.

Evans aprendió la hipervelocidad de mi tío a los trece y ahora ha vuelto de un año fuera de Dámara con una telequinesis de proporciones épicas. Fue su telequinesis lo que mató a los despojados que atacaron la escuela la semana pasada. Los lanzó por los aires y los hizo estallar. Aun no entiendo bien cómo lo hizo. Si había colocado explosivos, debía saberlo de antemano. Lo que me hace preguntarme si ha conocido a un vidente durante el tiempo que ha pasado fuera.

Los ojos de mi padre brillan cuando mira a Evans y prácticamente necesita un babero cuando mi hermano está presente. Lo que no quita que haya cosas bastante tóxicas en su relación con él.

Parker no permite que Evans aprenda su poder de bloquear y Evans le odia por ello. Su

negativa se debe a la mejor amiga de infancia de mi hermano. Evans está enamorado de Tori Baker, pero llevan años sin hablarse y él finge que no siente nada por ella.

Cuando descubrimos que era el copycat. Mi padre, desarrolló un repentino interés en su hijo y le prohibió seguir siendo amigo de Tori. Tal vez incluso amenazó con hacerle daño a la chica si seguían viéndose, porque a partir de ahí se rompió la amistad entre ellos.

Tori desapareció de nuestras vidas a la vez que murió J.J, nuestro perro. Con el dolor de ambas pérdidas al mismo tiempo, descubrí que lo cruel que podía ser el mundo y nunca volví a ser la Karen de antes.

La luz de la pantalla se vuelve verde y la trampilla emite un sonido al liberar su cierre.

Estoy tan feliz por mi astucia que casi no me duele que mi padre ame tanto a Evans como para usar el día de su nacimiento como contraseña, y trato de no pensar en que borraría el mío del calendario si pudiera.

Abro la trampilla y descubro que da a unas escaleras. Por una vez voy a estar en ventaja en la casa de los Armstrong, no por mi poder, sino por mi inteligencia. Descubriré algún secreto de mi padre y podré ser yo la que lo mire con condescendencia.

El interior del sótano está completamente oscuro y parece que lleva mucho sin ventilarse porque el ambiente está cargado.

Busco la luz a tientas, tocando las paredes y golpeo algo con el codo que cae ruidosamente. Al mismo tiempo, encuentro el interruptor. Hay un olor metálico en el aire, mezclado con algo más. Huele a... sangre. Se oye un rugido que no es humano, pero tampoco animal.

Una figura se levanta a toda prisa del suelo. Tiene forma humana, pero la superficie de su cuerpo es músculo ensangrentado sin piel.

Por un momento dudo de que sea una pesadilla, pero, cuando veo que corre hacia mí y que no despierto, entiendo que el secreto que guarda mi padre en su sótano es lo último que veré en mi vida.

Estoy paralizada.

El monstruo, a dos metros, ruge de nuevo y se incorpora. Lo he despertado y avanza hacia mí. Voy a sufrir una de las muertes más agónicas que existen. Peor que arder en llamas, peor que ahogarse. Va a arrancarme la piel a lametazos con su lengua cubierta de diminutos pinchos, mientras las toxinas de su saliva entran en mi sistema. Enloqueceré por el dolor antes de convertirme en lo que es él.

Giro sobre mis talones y corro hacia las escaleras. Agarro la barandilla, ignorando el dolor de la herida en mi brazo. Mis piernas son como mantequilla y apenas veo los escalones a causa del pánico. Aun así, logro subir varios peldaños y la esperanza crece en mi pecho. Si consigo salir y cerrar la escotilla antes de que él salga...

No termino de pensar la idea. El monstruo agarra mi tobillo y tira de mí con una fuerza sobrehumana, haciéndome caer de bruces contra los escalones. Me golpeo la barbilla, el brazo y las piernas. El dolor se extiende por todos los nervios de mi cuerpo.

Me empuja contra el suelo y me levanta la camiseta. He escuchado a dámaros, que sobrevivieron a estos encuentros, describir el dolor de la lamida, pero nada puede prepararme para el sufrimiento punzante que invade mi espalda cuando su lengua arranca mi piel y el veneno penetra.

La agonía me da fuerzas y consigo golpearle la cara con el codo, aflojando su mano lo suficiente para darme la vuelta. Pero el despojado me agarra de las caderas y me tumba sobre la espalda.

La sangre de su cuerpo me salpica en los ojos. El horror de su rostro, hecho de tejido muscular y articulaciones, me llena de un terror más allá de lo soportable. Le clavo las uñas que se impregnan de su sangre. En mi frenesí, formulo el deseo de que pare. Una súplica directa de mi corazón al monstruo, y se queda quieto, casi petrificado.

Un segundo después, cae sobre mí, su peso muerto aplastándome.

Lo he matado.

Lo he matado con la mente.

O eso creo hasta que le noto temblar. No está muerto, pero al menos toda su violencia parece haber desaparecido.

El monstruo alza la cabeza, separándola de mi cuello, y me mira desconcertado. Me doy

cuenta entonces de que, bajo la sangre que lo cubre, algo ha cambiado. Tiene rostro.

Con sus manos sobre el suelo, se impulsa para levantarse y apartarse de mí. Desde abajo aprecio como todo su cuerpo vuelve a tener piel.

Me siento con la respiración agitada. Me cuesta procesar qué está ocurriendo y por qué, de pronto, parece humano. La postura de su cuerpo muestra confusión en lugar de ganas de atacarme.

—¿Qué...? —Su voz ronca me hace exhalar, asombrada— ¿Qué está pasando? —continúa, arrastrando las palabras con dificultad.

Me llevo la mano a la boca. Mis ojos se inundan de lágrimas inesperadas. ¿He revivido a un despojado?

Me limpio la sangre con el dorso de la mano para ver mejor el milagro frente a mí.

—¿Quién eres? —pregunto con una voz extraña y aguda. Tiene que ser un dámaro, porque los humanos no se convierten en despojados, simplemente mueren si sufren un ataque.

El chico mira a su alrededor, desconcertado. Debe de estar preguntándose dónde se encuentra y cómo ha llegado hasta aquí.

Me pongo de pie y él se encoge, asustado.

—¿Me has... traído de vuelta? —deduce, su rostro es una máscara de incredulidad.

No sé qué decir. No tengo ni idea de lo que acaba de ocurrir. ¿He resucitado a un dámaro despojado? ¿Y qué hacía un despojado en un sótano detrás de mi casa?

Echo un vistazo a mí alrededor, registrando una mesa con un par de sillas, una estantería polvorienta contra la pared y dos camas plegables al fondo del habitáculo. En una de ellas hay una manta. Me acerco para cogerla y entregársela.

—Límpiate —le ordeno. Quiero ver su rostro, saber si le conozco.

No me atrevo a acercarme demasiado. Le lanzo la manta y él se la frota por la cara.

Es mayor que yo, pero no debe tener más de dieciocho años. Estoy segura de que nunca le había visto o me acordaría si fuera así.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto y trago saliva.

Mis ojos azules, ya de por sí muy abiertos, deben parecer los de un búho en este momento.

El chico usa la manta para enrollársela alrededor de la cintura y ocultar su desnudez con algo más que sangre. Parece reacio a darme su nombre.

Sin responderme, vuelve a pasear su mirada por el sótano.

—¿Dónde estoy?

—En la residencia de los Armstrong —suelto, antes de preguntarme si es una buena idea. ¿Por qué tiene mi padre un despojado escondido? La posibilidad de que esté detrás de los ataques pasa por mi cabeza, pero decido descartarla por el momento.

Él no se toma la noticia muy bien. Deja caer la barbilla contra el pecho y hunde los hombros.

—Mi padre ha debido traerte hasta aquí —reconozco en un susurro. Es un delito grave guardar despojados.

—¿Parker Arsmtrong? —musita con el ceño fruncido. Después se evade de la conversación. Tiene una forma peculiar de pestañear, dejando los ojos cerrados más tiempo del necesario, como si quisiera dormir.

Deja de hacerlo cuando vuelve a mirarme.

—¿Cómo me has traído de vuelta a la vida? —Entorna los ojos— ¿Quién eres?

—Soy Karen Armstrong.

Gira la cabeza hacia un lado.

—La hermana de Evans —murmura para sí mismo.

—¿Conoces a mi hermano?

Vuelve a hacer lo de dejar los ojos cerrados durante unos segundos. Repite el gesto varias veces y cuando los vuelve a abrir parece frustrado.

—¿Por qué haces eso? —Curioseó— ¿Cuál es tu poder?

—¿Para qué quiere Parker un despojado? —me pregunta a su vez.

—No lo sé —admito. Vuelvo a plantearme la posibilidad de que mi padre sea la persona detrás de los ataques.

Él chico me analiza durante un instante en el que parece dudar de si digo la verdad.

—Tengo que irme —dice.

Trago saliva y me pongo tensa. Estoy entre él y la única salida, pero solo soy una niña escuálida.

—No puedes irte, no sabemos si lo que te he hecho es definitivo o temporal —razono, con las manos alzadas en un gesto apaciguador—. Si el efecto pasa tras un rato, sería desastroso.

Por la cara que pone me doy cuenta de que no parece irresponsable o egoísta. Le preocupa la posibilidad de transformarse de nuevo y hacerle daño a alguien.

—Es aún más peligroso quedarme aquí —decide, tras un momento de mirarse las manos ensangrentadas con una expresión vacilante—. Dudo que tu padre guarde a un despojado para algo bueno.

No puedo contradecirle. Sé mejor que nadie que Parker Armstrong no es ningún santo y nadie guarda despojados en el sótano por mera curiosidad.

—¿Crees que mi padre está detrás de los ataques? —me atrevo a sopesar en voz alta.

—No lo sé —admite él—, pero fue la última persona a la que vi antes de morir.

Se me pone la piel de gallina. ¿Quiere decir eso que mi padre ocasionó su muerte?

—¿No debería haber sido un despojado lo último que viste?

—No si te tumban boca abajo y te lamen por la espalda —responde con chocante violencia—. Vi a Parker Armstrong parado justo frente a mi mientras me atacaban. Un instante después

desapareció. Se esfumó delante de mis ojos antes de que uno de los despojados pudiera alcanzarle. Tal vez estaba alucinando por el jodido dolor y la toxina invadiendo mi cerebro.

—¿Por qué verías a mi padre en una alucinación? —dudo— ¿De qué le conoces?

Mi pregunta no está bien formulada. Todo el mundo conoce a los miembros del Parlamento dámara y al único bloqueador vivo que figura en el registro de poderes dámara. Lo que quería preguntarle es de qué le conoce Parker a él.

—¿Cuál es tu poder? —insisto. Tal vez mi padre le tuviera trabajando para él cuando aún estaba vivo. Es ilegal que un dámara emplee a otros dámara a su antojo, pero también lo es guardar a un despojado en casa.

—No le conocía en persona, si eso es lo que estás preguntando. Le he visto por la televisión como todo el mundo —aclara, y es la segunda vez que evade mi pregunta sobre su habilidad.

—¿Había alguien junto a él? ¿Alguien que pudiera teletransportarlo a otro lugar o invisibilizarlo?

—No, solo le vi a él.

Mi padre no tiene más poderes que el de bloquear las habilidades de otros, así que si desapareció delante de sus narices es que había alguien más con él. Mi deducción es que se trataba de un invisibilizador como Drake López, uno de los amigos de mi hermano.

De pronto, el chico abre mucho los ojos y se queda paralizado.

Se me sube el corazón a la garganta porque lo primero que me viene a la cabeza es que se está transformado de vuelta en despojado. Doy varios pasos hacia atrás, pero antes de alejarme del todo me doy cuenta de que sigue siendo humano y que lo único que ha variado es la dilatación de sus pupilas.

Un instante después vuelve a enfocar la mirada sobre mí y noto que tiene la respiración agitada.

—Eres vidente —exhalo fascinada.

Él pestañea y se apresura a negar con la cabeza.

—No mientas, he visto tus ojos. Te has ausentado durante un momento.

Su semblante se vuelve serio y tengo un mal presentimiento.

—Has visto algo sobre mí —deduzco, sin aliento.

—No digas tonterías.

Miente. Y no muy bien.

—¿Qué has visto sobre mí?

Él se moja los labios, nervioso.

—Necesito hablar con Tori Baker.

—¿Con Tori? ¿Para qué? —Me esperaba cualquier cosa menos eso.

—Tienes que llevarme hasta ella. Necesito que me toque —replica él, recolocándose la

manta.

Abro la boca, descolocada por el giro que ha tomado la conversación.

—¿Quieres que Tori te vuelva homosexual? —Mi tono es tan incrédulo como surrealista la petición.

Mi padre desprecia a Tori porque tiene el poder más extraño de toda la historia de Dámara: su piel transforma a cualquiera que la toque en homosexual. Por eso Tori siempre va cubierta desde la barbilla hasta las puntas de los dedos, y nunca la he visto sin guantes. Tori sufre incluso más bullying que yo en la escuela. Todos la llaman la gay maker y la tratan como a una leprosa.

El ex despojado sacude la cabeza.

—No tengo tiempo para... Tengo que salir de aquí antes de que Parker vuelva a buscarme.

Dicho eso, pasa por mí hacia la puerta y sube por las escaleras.

Le sigo fuera. Nunca había conocido a un vidente a excepción de Kyle Dobrev, que es una especie rara de vidente. No sabía que podían ser tan crípticos.

Una vez en el bosque, gira sobre sus talones, desorientado.

—¿Dónde puedo encontrar a Tori?

Me cruzo de brazos al ver que va en serio con eso de homosexualizarse.

—Está lejos, ¿sabes? —le informo—. No puedes ir descalzo y ensangrentado.

Parece frustrado ante mi falta de cooperación.

—¿Puedes llevarme?

Suelto una carcajada.

—Solo tengo doce años, no conduzco.

—¿Hay un autobús o algo?

Le señalo con un dedo de la cabeza a los pies.

—¿Vas a ir así? —La manta le cubre de la cintura a la mitad del muslo. Lo demás está al aire y sucio.

—Me importa una mierda —declara impasible.

Puede que solo sea un adolescente, pero es vidente y ha sido asesinado por despojados. La modestia y la vergüenza deben ocupar un segundo plano en su escala de valores en estos momentos.

—¿Y si te conviertes y matas a todo el mundo dentro del autobús? Y esos dámaros despojados por ti a su vez matan a otros dámaros y esos otros despojados a su vez...

—Vale, ya. Ya lo entiendo —me interrumpe malhumorado—. Puedo ocasionar el fin del mundo. Aunque no lo creas eso es justo lo que intento evitar.

—Nada de autobuses entonces —declaro, fingiendo que es algo que hemos decidido de mutuo acuerdo—. Si me dices tu nombre te puedo prestar ropa de Evans.

Me mira en silencio unos segundos.

—Me llamo Ozrrat Halil —me informa.

—Y eres vidente —añado yo, y él bufa con impaciencia.

—Y soy vidente.

—¿Ves? No era tan difícil.

—¿Vas a traerme la ropa?

—Sí, en cuanto respondas mis preguntas.

Levanta las manos en el aire, molesto por mis exigencias, pero un instante después me mira resignado y expectante.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis.

—¿Vivías en el exilio? —Casi todos los videntes se largan de Dámara antes de registrarse. Por lo menos, los que son listos.

—Sí.

—¿Entre humanos?

—Sí.

—¿Dónde?

—En Glinen.

Me lo había imaginado por su acento. Además, ahí es donde ha estado Evans gran parte del año que ha pasado fuera. Por eso se conocen. De hecho, acabo de darme cuenta de que este es el vidente que avisó a Evans del ataque de la escuela antes de que ocurriera. Lo que le dio la posibilidad de preparar los explosivos donde arrojó a los despojados. Me extrañaba que hubiera sido Dobrev. Él es capaz de ver la muerte de alguien antes de que ocurra, pero no conocía a ninguna de las víctimas.

—¿Qué has visto sobre mí?

—Tráeme la ropa, muñeca diabólica. —El apodo me hace sonreír.

Sacudo la cabeza, confusa por mis propios pensamientos. ¿Qué mierda de vida llevo para que un chico cubierto de sangre y malhumorado me llame muñeca diabólica y me parezca algo tierno?

—Voy a morir, por eso no quieres decírmelo —deduzco de su negativa.

—No si puedo impedirlo —responde él tan serio y determinante que por primera vez en mi vida me siento amparada por alguien.

Se me eriza la piel al punto de doler ¿De verdad ha visto que voy a morir?

—¿Karen? —Mi nombre en sus labios es como un pellizco en el estómago—. Por favor, tienes que ayudarme.

Asiento y me planteo llevarle a casa, pero es mejor que me espere aquí mismo en el bosque o mi madre va a pillarnos.

—¿Tienes perro? —me pregunta de la nada.

—Hace años. Se llamaba J. J.

—¿J. J. era grande? —No es hasta su siguiente pregunta que entiendo por qué quiere saberlo

— ¿Tenía bozal?

El bozal de J.J no es lo suficientemente grande como para abarcar la cabeza de un chico de dieciséis años. Hago un empalme con la cadena de su correa y consigo ajustárselo.

Ozrrat Halil parece una versión adolescente de Anthony Hopkins en El Silencio de los Corderos. La ropa de Evans le queda ancha y corta porque es más alto, pero mucho más delgado que mi hermano. Lleva unos joggers y una sudadera y se nota que no es su ropa.

—Parece que te has escapado de un psiquiátrico —digo, contemplando el resultado final. Aún tiene sangre seca en la cara y el pelo.

—Bien, así nadie se me acercará.

—Eso espero, porque no creo que ese bozal sea un problema para un despojado. Se supone que tienen una fuerza sobrehumana —le recuerdo, cruzada de brazos.

—Si tu padre me trajo aquí mientras me convertía, lo más seguro es que aún no me he alimentado de nadie. Mis niveles de fuerza deberían estar al mínimo.

—Te has alimentado de mí —le informo y la noticia parece chocarle.

Sus ojos se deslizan por mi cuerpo en busca de heridas. Me doy la vuelta y me levanto la camiseta para mostrarle el lugar dónde me ha lamido. Le escuchó exhalar al ver la piel arrancada en la parte baja de mi espalda.

—Lo siento, yo... Joder, lo siento mucho.

—Estoy acostumbrada al dolor. —Trato de quitarle importancia, pero mi declaración le hace fruncir el ceño.

—¿Es que tienes alguna enfermedad?

—Sí. —Me aproximo para quitarle el bozal en vista de que vamos a charlar un rato más.

—¿Y los sanadores no pueden...?

—Los sanadores no pueden curar mis genes débiles y la crueldad de otros niños.

Me observa en silencio durante un instante.

—Claro. Soy el primer despojado que te encuentras —deduce—. ¿Una Armstrong inválida? —Sus ojos muestran compasión. Sin necesidad de más explicaciones parece imaginar todo el sufrimiento que ha debido suponer.

Asiento y mantengo el rostro impasible. No me va el victimismo, pero tampoco voy a mentir y negar lo jodida que ha sido mi infancia hasta ahora.

—Resulta que tus genes no son débiles en absoluto —me recuerda con los ojos clavados en los míos.

Sonrío notando mariposas en mi estómago. Todo va a cambiar a partir de ahora.

—¿Cuántas veces te he... —Traga saliva y deja la frase inacabada.

Me fijo en lo bonitos que son sus labios. Grandes y con la forma que trazaría un ilustrador que busca la belleza. Me viene una imagen de él lamiendo mi espalda con su lengua humana, sin pinchos, y sacudo la cabeza sorprendida por la fantasía. Debe ser el estrés postraumático.

—Solo una vez.

—Bien, no puedo sacar mucho de una sola lamida. —Se sube la capucha de la sudadera, pero eso no hace más que empeorar su aspecto. Podría protagonizar una película de terror—. Por eso me escogió tu padre. Le fue más fácil transportarme a mí que a cualquiera de los despojados que me transformaron.

Abro los ojos mucho, con el recordatorio de que Parker fue la última persona que él vio antes de morir.

—¿Mi padre...? —comienzo con cautela.

—No creo que Parker enviara a esos despojados a mi casa —interrumpe convencido—. Pero debió de separarme de ellos y traerme hasta aquí durante mi transformación.

—¿Quién querría matarte?

—Soy vidente —me recuerda, divertido. La respuesta debe ser obvia para él—. Mucha gente quiere matarme.

—¿Entonces sabes quién ha organizado tu muerte? —insisto. Se me pone la piel de gallina.

Parpadea y me pregunto si algún dámaro ha trabajado en sus pestañas o es que tiene la suerte de tenerlas tan largas y oscuras de nacimiento.

—No lo sé, pero debe tratarse de los mismos que están detrás del ataque... —se detiene y frunce el ceño—. ¿Qué día es hoy? ¿Cuánto hace de mi muerte?

—La masacre de la ciudad de Bólid fue hace tres días.

Parece aliviarle que haya pasado poco tiempo.

—¿Por qué te quieren muerto?

—Porque sé dónde esconden a los despojados que han usado para el ataque terrorista —confiesa en un murmullo—. Tuve una visión con la dirección y escuché sus rugidos.

Ahora entiendo como mi hermano encontró el almacén con los despojados.

—Eres un héroe —le informo—. Evans los encontró y no ha habido más ataques desde entonces.

No responde nada y desvía la mirada.

—¿No te alivia saber que tu muerte sirvió de algo? —me extraño.

—Encontrar a esos despojados no va a detener al terrorista.

—Bueno, pero se lo has puesto más difícil. Ahora tendrá que reclutar otra vez —razono

—. Las montañas están siendo vigiladas. No lo va a tener tan fácil.

Ozrrat asiente y toma una profunda inhalación.

—Además, ahora puedo traerles a todos de vuelta. —Sacudo mis dedos en el aire—. Ya no habrá despojados.

Ozrrat arquea una ceja.

—Siempre creí tener un poder. Algo dentro de mí me lo decía. Y ahora resulta que tengo “El Poder”. La habilidad de recuperar a los despojados y traerlos de vuelta a la vida. Soy la puta Daenerys Targaryen de los despojados. —Me cuesta asimilar lo que estoy diciendo. Voy a ser una leyenda. La dámara más importante de la historia. Van a tener que besar el suelo por el que paso: mi padre, Arthur Bohan, Angela Brisbie... y todos los desgraciados que me han maltratado o me han mirado por encima del hombro.

Ozrrat me contempla en silencio de una forma inquietante.

—¿Qué?

—Aún no sabemos cómo funciona tu poder —advierte. Creo que me está ocultando algo que tiene que ver con la visión que ha tenido sobre mí—. Así que no te lances sobre una horda de despojados, ¿de acuerdo?

—Qué pena. —Chasqueo la lengua y me cruzo de brazos—. Era justo lo que planeaba hacer esta noche.

No se ríe, mantiene un silencio serio que no me gusta nada. Me frustra que insinúe que mi poder no es lo que creemos.

La noche ha caído mientras hablábamos y sigue sin reconvertirse en despojado. Funciona mejor de lo que él se empeña en dudar.

Le anoto indicaciones de cómo llegar a casa de Tori Baker en un trozo de papel y cierro el sótano volviendo a colocar la tapa de tierra sobre la puerta. Mi padre nunca llega a casa antes de las ocho de la noche, pero ya son las siete y no quiero arriesgarme.

Le acompaño hasta la carretera que divide el bosque en dos. Le marcará el camino a casa de Tori con la ventaja de que solo se cruzará con algún que otro coche. No suele haber peatones porque la cuneta no está asfaltada ni cuenta con iluminación.

Le coloco el bozal de nuevo.

—Sigue la carretera hasta que llegues a una zona de viviendas con la fachada blanca y las ventanas y puertas pintadas de lila —le indico.

Ozrrat asiente y se guarda mi mapa en el bolsillo de la sudadera. Después me mira en silencio durante un instante.

—Metete en la cama pronto hoy y no salgas —dice—. Si todo va bien, vendré a buscarte mañana.

—¿Si todo va bien?

—Si sigo siendo yo, si logro hablar con Tori, si... todo va bien.

Asiento a pesar de que no entiendo nada.

—Si Tori te toca, no vas a seguir siendo exactamente tú —le aviso—. Su piel... esto te va a sonar muy extraño, pero no te miento. La piel de Tori homosexualiza a la gente.

—Lo sé —dice, y me da la sensación de que sabe mucho más que eso—. Tu y ella tenéis algo en común.

—¿Qué quieres decir? —me extraño.

—Tenéis la suerte y la desventaja de no haberos topado nunca con un despojado.

—Ya, nosotras y casi todo el planeta —respondo al instante, después me doy cuenta de que ha dicho “desventaja”— ¿Insinúas que el poder de Tori no es lo que parece?

Echa un vistazo por encima de mi hombro hacia el lugar del que venimos y le veo dudar. Un instante después decide mentir por omisión.

—No, la piel de Tori convierte a heterosexuales en homosexuales, como bien has dicho.

—Me ocultas algo —declaro con los ojos entornados.

—Qué va.

Me encojo de hombros y sacudo la cabeza.

—Tú sabrás, pero ser vidente, despojado y homosexual en Dámara no es nada bueno para tu vida social. —Aunque no era mi intención que sonara como una broma, me gusta escucharle soltar una carcajada sorprendida.

Nos interrumpe el motor de un coche y nos despedimos a toda prisa. Una cosa es ver a un chico andando a un lado de la carretera, que ver a dos personas paradas charlando en un lugar como ese.

Me interno de vuelta en el bosque para evitar que el conductor me descubra y Ozrrat sigue su camino.

Es extraño separarme de él. Tal vez, porque le he reconvertido con mis propias manos, me siento ligada a él y a su destino. Todo lo que ocurra esa noche lo habré provocado yo con mi poder. Ahora entiendo porque en la escuela se ponen tan pesados con la responsabilidad que conllevan nuestras habilidades.

Mi poder. Saboreo la noción y sonrío sin poder creer que ahora soy una élite. Incluso si el efecto de mi habilidad es temporal seguiré siendo élite. Los monstruos no pueden hacerme nada. Al menos los que viven en las montañas, vestidos de músculo y sangre. Los que tengo en Dámara son otra historia. Me pregunto si ser élite será suficiente para que nadie pueda volver a hacerme daño. Me pregunto qué más necesito para volverme intocable.

Cuando llego a casa, todas las luces siguen apagadas. En circunstancias normales ya habrían vuelto de trabajar, pero están todos liados con el ataque a Bólid y los despojados de la nave que localizó Ozrrat.

La oscuridad no me da miedo y menos sabiendo lo que puedo hacer con mis manos. Subo las escaleras a oscuras para demostrarme a mí misma que soy valiente. Que soy una élite. Lo peor que podría haber en la segunda planta es un despojado y esos no pueden hacerme daño.

Abro la puerta de mi habitación y doy un salto sobre mí misma al divisar una silueta sentada en la silla de mi escritorio. Enciendo la luz y me relajo al ver que se trata de mi padre.

—¿Qué haces en mi cuarto a oscuras? —pregunto extrañada.

—Te esperaba —se limita a responder con una sonrisa ladeada—. ¿Dónde estabas?

A mi padre le gusta decir que su espíritu animal es el oso, pero yo le veo más como un leopardo, bello, traicionero y letal a partes iguales.

—Dando un paseo. —Entro y me quito la chaqueta vaquera.

Él se cruza de brazos.

—No deberías, con todo lo que está pasando.

Nunca lo admitiría en alto, pero su preocupación por mí me calienta el pecho. Quizá le importo más de lo que parece.

—Ahora que han encontrado el almacén con los despojados está todo bien, ¿no?

—No —responde categórico.

Le echo una mirada de reojo y me pregunto de nuevo si es el autor de la masacre.

—No estaremos seguros hasta que encarcelen al culpable —añade. Se levanta de la silla y me mira. Sus ojos brillan como el acero, fríos e inescrutables—. ¿Dónde está, Karen?

Parpadeo varias veces.

—¿Quién?

Mi padre ríe por la nariz, pero percibo tensión en sus hombros.

—¿Dónde está mi despojado?

Se me acelera el corazón tanto que lo oigo retumbar en mis oídos. Tengo cara de póker y nunca me había venido tan bien como en este momento.

—¿Qué? —Le devuelvo mi expresión más contrariada. Ni siquiera yo sabía que podía mentir de esa manera.

Me observa con la cabeza ladeada durante un instante. Su pose relajada no me permite anticiparme al golpe que me da con el dorso de su mano. De todas las cosas terribles que he

tenido que soportar de él, el maltrato físico nunca había sido una de ellas, pero me temo que acabamos de alcanzar un nuevo nivel en nuestra relación padre-hija.

Me toco la boca y mis dedos se manchan de sangre. Me ha partido el labio con los nudillos y me duelen varios dientes. Me gustaría decir que estoy sorprendida. Nunca me había pegado antes, pero después de crecer presenciando el maltrato psicológico y en ocasiones físico que le hace a mi madre, esto no me pilla de nuevas.

Cuando vuelvo la cara hacia él, lanza sobre la mesa de mi escritorio la presilla de pelo con una cabeza de unicornio que llevaba en la mano antes de encontrarme con el despojado. Se me debió de caer cuando me tiró al suelo.

—¿Cómo has conseguido dejarlo salir sin que te atacara? —Su tono es cordial. Cualquiera diría que no acaba de golpearme.

Doy un paso atrás.

—No he dejado suelto a un despojado, ¿vale? —Alzo ambas manos para apaciguarle, aunque parece haber recobrado la compostura—. Lo he transformado de vuelta.

Mi padre enarca las cejas con la expresión de alguien que está viendo una comedia surrealista.

—¿Pretendes que me crea eso?

Su forma de sisear las palabras me avisa de que está colérico. Da un paso hacia mí y me encojo contra la pared.

—Se llama Ozrrat Halil —me apresuro en decir, y el siguiente golpe no llega. Me mira con los ojos muy abiertos. Asiento, frenética, y vomito la explicación—. No miento, le he transformado de vuelta. Es mi poder. No lo había manifestado aún porque nunca estuve en contacto con un despojado. No soy inválida. Creo que soy una élite.

El rostro de mi padre se transforma en una mueca de incredulidad. De pronto, sonrío y se le encienden los ojos como un escaparate navideño. Pone su mano en mi hombro y me encojo asustada.

—Mi pequeña... —susurra mientras me envuelve en un abrazo—. Sabía que no me decepcionarías. Eres de mi sangre y una Armstrong.

Trago saliva, demasiado tensa para relajarme en sus brazos. De pronto, siento una oleada de emociones, una mezcla caótica de cariño y desprecio, miedo y alegría, que me hacen querer llorar. Una bomba atómica que amenaza con estallar dentro de mí.

—Vamos —dice Parker, apartándose y tirando de mi brazo.

—¿A dónde?

—Necesito otro despojado —responde, bajando a toda prisa por las escaleras.

Me cuesta seguir su paso, pero me obliga a correr tras él.

En lugar de ir al garaje, donde guarda su Aston Martin, salimos por la puerta delantera de

la casa y caminamos durante tres minutos hasta una furgoneta negra aparcada en la acera. Ni siquiera sabía que mi padre tenía ese automóvil. Uno más de sus secretos.

—¿Para qué lo necesitas? —No me molesto en recordarle que es ilegal tener despojados.

—Para limpiar la basura de esta ciudad de una vez por todas —dice cuando estamos dentro de la furgoneta—. Y tú vas a ayudarme.

Arranca el motor y avanzamos bajo una noche estrellada, tan hermosa que sería imposible imaginar que oculta monstruos con rostros encantadores como el de Parker Armstrong.

Habla con alguien por teléfono y a los quince minutos aparcamos en la puerta de una casa que no conozco. Un hombre con la cabeza rapada sube y tengo que moverme al asiento de en medio para hacerle hueco. Mi padre no me da explicaciones sobre quién es. Me imagino que es alguien que le ayuda con sus asuntos ilegales.

—Si lo que quieres es un despojado, ¿para qué me necesitas? —me atrevo a preguntar, en vista de que tiene a más gente trabajando para él.

—Ozrrat Halil fue fácil de transportar porque se estaba convirtiendo y no se había alimentado. Para manipular a uno más fuerte necesito tu asistencia.

Me muerdo el labio recordando las palabras de Ozrrat.

“Aún no sabemos cómo funciona tu poder. Así que no te lances a una horda de despojados, ¿de acuerdo?”

Y no es lo único que me ha recomendado. “Metete en la cama pronto hoy y no salgas.”

Si un vidente te dice algo así, es mejor hacerle caso.

—Creo que no deberíamos ir a ninguna parte esta noche, papá —suelto, mientras mi pierna se mueve inquieta.

Él me echa una mirada de reojo, pero sigue conduciendo.

—Todo irá bien. Con tu poder ya no tienes que tenerle miedo a nada.

—Ozrrat Halil es vidente —le explico. Veo en su semblante que desconocía esa información y que parece estar atando cabos sobre la razón por la que querían matarle. El chico acertó, no es Parker quien fue a por él—. Me ha dicho específicamente que no salga de casa hoy.

Ver a mi padre asustado no es algo que ocurra a menudo, pero en ese mismo momento reconozco el miedo en sus facciones. Si un vidente te dice algo, le haces caso. Sin embargo, tras un momento de duda parece determinado a seguir con la misión.

Se rumorea que el famoso Parker Armstrong está perdiendo el juicio. Yo pensaba que eran cotilleos infundados, pero esta noche empiezo a creer que hay algo de cierto. Su desprecio hacia los inválidos y su odio hacia la reina Yadra lo está consumiendo como el fuego a una cerilla.

Salimos de la ciudad hacia el sur y nos rodea la oscuridad. Me imagino que se dirige

hacia las montañas de Bodín, de los pocos lugares donde se pueden encontrar despojados. O al menos solía ser así antes de que empezaran los ataques terroristas.

—Sabes que están vigilando las cuevas —le recuerdo a mi padre en un intento desesperado de que cambie de idea. No deseo morir el mismo día en el que he descubierto que soy élite.

—Somos invisibles —revela nuestro acompañante, hablando por primera vez.

Sé por Drake López, uno de los amigos de mi hermano, que tienes que tragarte la saliva de un invisibilizador para volverte invisible. Así que el poder de este sujeto debe funcionar de otra manera.

Tras un rato avanzando por una carretera oscura y con la ciudad ya lejos, mi padre detiene el automóvil en la cuneta y me dice que baje del coche.

—¿Dónde estamos? —pregunto tiritando. No me ha dado tiempo a coger la chaqueta, pero esa no es la razón por la que tiemblo. ¿Es esta la noche en la que muero?, me pregunto.

Pienso en Kyle Dobrev, el nuevo amigo de Evans, quien tiene la habilidad de prever la muerte de otros. ¿Me lo diría si supiera que algo malo va a ocurrirme? ¿Cómo de bueno es Ozrrat con sus predicciones? Se me forma una bola en el estómago al recordar que fue lo suficientemente hábil como para encontrar a los despojados del almacén.

El amigo de mi padre saca una celda de la parte de atrás de la furgoneta y la levanta en sus brazos sin el mínimo esfuerzo. Sin duda, está hecha del acero ligero, pero extremadamente resistente, que preparan los forjadores dármaros y que usa la guardia para transportar despojados. La parte complicada es cómo meter al monstruo dentro.

—Vamos —insta mi padre y tira de mi brazo para que sigamos al calvo.

Nos hemos cruzado con varias patrullas, pero eso no parece preocuparles. Me pregunto cómo nos hace invisibles.

—Mejor encárgate de la furgoneta —le indica mi padre a su socio cuando este coloca la celda en una carretilla y se la entrega—. Y avísame si viene alguien.

El hombre regresa junto a la furgoneta, se apoya en la puerta y se cruza de brazos. Un segundo después desaparece frente a mis ojos, junto con el automóvil.

—¿Cómo lo hace?

—No es algo que necesites saber —responde mi padre.

Ozrrat me dijo que vio a Parker desaparecer de la nada frente a sus ojos. Ahora entiendo que lo hizo con la ayuda de su compinche.

—¿A dónde vamos? —insisto. Por lo que ha durado el trayecto, dudo que estemos cerca de las cuevas en las que hibernan. Las estrellas apenas iluminan nuestro entorno, y todo lo que puedo ver es bosque y pradera, sin rastro de construcciones.

De pronto se detiene y señala un agujero en el suelo.

—Hay tres despojados ahí dentro —dice.

—¿Cómo lo sabes?

—Puse un rastreador en uno de los que mató a Ozrrat Halil.

—Los terroristas los dejaron ahí —comprendo, notando un escalofrío.

—Exacto. Pero no van a venir a por ellos con tanta vigilancia.

—Si la guardia nos encuentra aquí, pensarán que estamos involucrados en los ataques —le advierto, intentando asustarlo. Yo solo soy una niña, pero él podría terminar en una cárcel dámara.

—No te preocupes —responde—, Fox nos avisará si la guardia se acerca.

Trago saliva, preguntándome qué pretende hacer. Mi padre se acerca a unos arbustos y aparta las ramas, revelando una plataforma metálica. Coloca la jaula sobre esta y abre la puerta. ¿De verdad cree que el despojado va a meterse solo en la trampa?

—Hay sangre dentro —me informa, como si leyera mis pensamientos. Luego presiona un botón que hace que el montacargas descienda por el agujero. El ruido y el olor a sangre despiertan a uno de los monstruos, que se dirige directamente hacia la jaula, rugiendo y olisqueando.

A pesar de lo que ocurrió con Ozrrat hace unas horas, todo mi cuerpo tiembla al ver al monstruo, incluso desde la distancia y fuera de su alcance.

Atraído por la sangre, el despojado entra en la celda.

—¿Cómo vas a cerrar la puerta? —susurro, sintiendo sus rugidos vibrar en mi pecho. La piel se me eriza y un escalofrío recorre mi nuca.

—Tú lo harás —responde con un tono pragmático, como si solo me estuviera pidiendo que alcanzara el mando de la televisión.

—¿Qué?

—Vamos, pega un salto.

Le miro con los ojos desorbitados. ¿Se ha vuelto completamente loco?

—No pueden hacerte daño.

—Yo... en realidad, no tengo ni idea de cómo lo hice la primera vez. No sé cómo funciona exactamente.

Parker esboza una sonrisa peligrosa.

—Yo sí —dice y se acerca para susurrarme al oído—. Funcionó porque estabas aterrada.

Me empuja por el agujero y mis manos no logran aferrarse a nada. Caigo de golpe frente a la jaula. El dolor en mis piernas es intenso al chocar contra el suelo.

El despojado me ve, y gruñendo extiende su brazo hacia mí. Es mi instinto de supervivencia el que me impulsa a lanzar todo mi peso contra la puerta para cerrarla y accionar el bloqueo. El monstruo ruge furioso, golpeando la jaula con tanta fuerza que hasta la desplaza.

—No te preocupes, está blindada a prueba de despojados —escucho la voz de mi padre desde arriba. Activa el montacargas, y la plataforma empieza a elevarse, llevándose la jaula con ella.

Suspiro, aliviada. La adrenalina y la tensión me han dejado temblorosa. Y ahora que la amenaza principal ha desaparecido, recuerdo lo que ha dicho mi padre sobre que había tres despojados aquí abajo. Casi como si hubiera invocado su presencia, escucho un rugido a mis espaldas. No me da tiempo a girarme antes de que el segundo despojado se abalance sobre mí, tumbándome boca abajo en el suelo.

El impacto es brutal, una combinación de su peso y la fuerza con la que me ha derribado. El dolor se expande por todo mi cuerpo, concentrándose en la mano que ha quedado atrapada bajo mi vientre. Creo que el hueso se ha fracturado, pero esa agonía pasa a un segundo plano cuando las garras del despojado me levantan el jersey, y su lengua rasposa lame mi piel. Los pinchos se hunden en mi carne y la toxina penetra, provocando un dolor infernal que me nubla la mente.

No puedo pensar con claridad, mucho menos concentrarme para transformarlo, como hice con Ozrrat. Solo siento el ardiente escozor del veneno recorriendo mi cuerpo. Voy a morir. Esa es la única idea que logra abrirse paso en mi mente en medio del caos.

Entonces, el despojado se detiene antes de darme una segunda lamida y se desploma sobre mí.

Lo he logrado, pienso. Le he devuelto la vida igual que ocurrió con Ozrrat. Sin embargo, en lugar de moverse como un humano, se aparta de mí de una manera extraña y cae a mi lado, inerte. Está muerto y sigue siendo el monstruo de hace un momento, cubierto de músculo y sangre, solo que ahora tiene un cuchillo clavado en el costado.

Mi primera suposición es que ha sido mi padre, pero cuando levanto la vista, me encuentro con el muchacho de aspecto lunático al que dejé ir unas horas antes.

Ozrrat le ha apuñalado el bazo, su único punto débil, porque acumula la toxina que los mantiene con vida.

Me ofrece su mano y me ayuda a levantarme.

—Queda otro —jadeo.

Él asiente y me empuja hacia el montacargas que, en algún momento durante mi lucha con el segundo despojado, ha bajado. Corremos a toda prisa para subir a la plataforma, pero antes de que logremos escapar, el tercer despojado emerge de entre las sombras y me agarra del brazo roto.

Un grito desgarrador sale de mi garganta mientras Ozrrat intenta mantenerme en el ascensor. Me concentro para transformarlo. Lo deseo con todo mi ser y, un segundo después, el despojado deja de tirar, aunque no me suelta.

Entonces, delante de mí, ya no está el monstruo, sino una mujer ensangrentada y confundida que me mira parpadeando, sin comprender dónde se encuentra. El ascensor se pone en marcha, nuestras manos se separan, y de repente siento que Ozrrat me clava las uñas. Me doy la vuelta y, para mi horror, veo a un despojado en el ascensor conmigo, en lugar de Ozrrat. ¿Qué ha pasado? ¿Se ha desvanecido el efecto de mi poder justo en este jodido momento?

Antes de que pueda atacarme, me concentro y deseo que deje de ser un despojado. Cada vez es más fácil para mí y funciona al segundo. Vuelvo a tener a Ozrrat delante de mí, empapado en sangre fresca.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta, desorientado.

Hemos llegado al exterior.

—Por unos segundos has vuelto a ser un despojado —respondo, derrotada. Era demasiado esperar que pudiera curarlos de forma definitiva—. El efecto solo dura unas horas.

—No. —La voz que nos interrumpe es la de mi padre. En lugar de mirarnos, está asomado por el agujero—. La mujer a la que acabas de transformar vuelve a ser un despojado.

—¿Qué? —Me asomo y lo veo con mis propios ojos. Ha vuelto a ser un monstruo sin piel.

—Solo puedes recuperar a uno por vez —deduce Ozrrat, pensativo.

—Exacto —corroborra mi padre con ojos brillantes—. Sigue siendo un poder de lo más útil.

Se aproxima a la jaula que contiene al despojado que hemos atrapado.

—Voy a deshacerme de él —avisa y lo mete de nuevo en el montacargas para bajarlo de vuelta al agujero.

—¿Por qué lo devuelves? —protesto—. Casi muero por cazarlo.

—Ya no le necesitamos —responde mi padre con una sonrisa satisfecha—. Tenemos a Halil, quien puede convertirse a conveniencia. Ya no necesitaré jaulas. Esto es mucho más discreto.

Su alegría es inquietante.

—No voy a ayudarte con lo que sea que estás planeando —protesta Ozrrat, cruzándose de brazos.

Parker se ríe. El mismo sonido que emitió antes de empujarme en un agujero con tres despojados. Por eso no me sorprende verlo levantar una pistola hacia la cabeza de Ozrrat Halil.

—Oh, sí que vas a hacerlo —le amenaza.

—No me importa morir, ya lo he hecho antes —responde el chico y sujeta el cañón entre sus manos para presionarlo contra su frente—. Dispara, porque no voy a ayudarte a hacerle daño a nadie.

—No —grito y me interpongo entre ellos, a pesar del dolor punzante en mi mano.

Ambos se miran por encima de mi cabeza. Ser una niña de doce años tiene sus desventajas; es demasiado fácil ser ignorada.

Mi padre baja el arma y suspiro aliviada, aunque me quedo donde estoy, bloqueando el camino.

Parker observa al vidente con una mirada calculadora.

—¿También te da igual que le pase algo a Kyle Dobrev?

Ozrrat traga saliva y su rostro se endurece. Después de un tenso momento de silencio, finalmente asiente.

—Kyle permitió que yo muriera para salvar a otros —dice con firmeza—. No querría verme convertido en un arma solo para mantenerse a salvo de ti. Mátame si lo deseas, porque no voy a ayudarte.

El semblante de Parker pasa de relajado a tosco y vuelve a apuntar al chico con la pistola.

—No te necesito realmente, tengo a otro despojado en el ascensor —decide y acciona el martillo de la pistola.

—¡No! —vuelvo a gritar y me estiro todo lo posible para cubrirle con mi cuerpo—. No le hagas daño. Me ha salvado la vida.

No es que a mi padre le importe eso, ha dejado claro que mi vida no significa nada para él. Sin embargo, me observa pensativo e intuyo una pizca de fascinación por mi deseo de protegerlo.

—Oh, guau —celebra y se carcajea—. Vamos a hacer grandes cosas los tres.

Es la una de la mañana. Las estrellas brillan furiosas en el cielo mientras presencian cómo mi padre empuja a Ozrrat Halil hacia el sótano escondido detrás de nuestra casa. Cierra la puerta, coloca la tapa que la oculta y se gira hacia mí.

—Escúchame bien, Karen. — dice, acercándose hasta que nuestras caras quedan a la misma altura—. Si dejas escapar a Ozrrat Halil le encontraré y le mataré. ¿Entiendes? Sabes que tengo los recursos para hallarle en cualquier rincón de este mundo.

Asiento despacio, consciente de que el vidente está esposado y herido por los golpes que mi padre le dio para meterle en el coche.

—Solo necesito que haga una cosa por mí. Después de eso, será tu juguete —continúa Parker—. Pero si me desobedeces, no volverás a verlo nunca. Te lo prometo.

En ese instante, entiendo lo que mi padre vio en el bosque que le hizo tan feliz: mi deseo de mantener a Ozrrat Halil a salvo. Sabe que no puede controlar al muchacho, pero sí que puede controlarme a mí, con amenazas.

—¿Lo has entendido? —repite, sus ojos de halcón clavados en los míos.

—Lo he entendido perfectamente —respondo, aunque no me refiero a su chantaje, sino a la lección que me acaba de enseñar. Saber lo que alguien desea es tener poder sobre esa persona.

No pienso olvidarlo jamás.

Dentro, la casa sigue en silencio. Evans tiene un apartamento cerca del campus de la escuela, que comparte con Kyle Dobrev, y mi madre ya está en la cama. Lo sé porque nos llamó en cuanto llegó a casa, para saber dónde estábamos. Papá se inventó que íbamos a Bólid a visitar a un dámaro para obtener información sobre el ataque. No es habitual que mi padre me lleve con él en asuntos oficiales, pero tampoco es tan raro como para que mi madre sospeche.

Me voy directa a mi cuarto sin molestarme en desearle buenas noches a mi padre. Creo que pasamos el punto de cortesía familiar en el momento en que me empujó a un nido de despojados.

Abro la puerta y suelto un grito al ver una sombra en mi ventana. Es un hombre, vestido de negro con ropa y botas de combate, similar al uniforme de las unidades especiales dármaras. Tiene la cabeza cubierta por una capucha y está a punto de saltar por la ventana, pero antes de hacerlo, mira por encima de su hombro y me guiña un ojo. Una bufanda le cubre la mitad inferior de la cara y lo único visible son sus ojos rasgados, característicos de los nativos de Brunem.

Todos los brunemens son humanos, incluso los mestizos, porque su genética elimina el poder dámaro. ¿Qué mierdas hace un humano en mi habitación?

No tengo oportunidad de preguntarle. Salta, como si no hubiera cuatro metros hasta el suelo, y desaparece de mi vista. Para cuando cruzo la habitación y me asomo fuera, no queda rastro de él. Ha desaparecido entre las sombras del bosque que oculta los secretos de Parker Armstrong. Y ahora también los míos.

Temblorosa, cierro la ventana y corro la cortina. ¿Le ha enviado mi padre para asustarme?

Sacudo la cabeza, descartando esa teoría. No tiene sentido. Parker Armstrong no se mezcla con humanos. Aunque la misión de los dármaros sea protegerlos, él los ve como una excusa para lucir nuestros poderes. No siente aprecio ni respeto por ellos. Además, con todos los dármaros peligrosos que conoce, nunca enviaría a un humano a hacer su trabajo sucio.

Perdida en mis pensamientos, no me doy cuenta de que hay algo sobre la mesa de mi escritorio hasta que enciendo el flexo. Parpadeo y tomo el sobre con un mensaje escrito a mano.

**“Sé con qué sueñas, pequeña Karen.
No tiene por qué quedarse en un sueño.
Inyéctate esta sangre”**

K

Vuelvo a plantearme que venga de mi padre. Él suele llamarme “pequeña”, pero no reconozco la letra. Además, está firmado por alguien llamado “K”.

¿Quién es K? Nunca había visto al hombre de la ventana, pero él parece saber quién soy. No solo eso, dice conocer mis sueños, aunque ni yo misma sé a qué se refiere.

Abro el sobre con la mano dolorida. Mi padre me llevó a su sanador de confianza antes de volver a casa y lo sacó de la cama para que tratara mis heridas. Aunque el hueso ya no está roto, sigue doliendo como si tuviera un esguince.

Del sobre abultado caen una jeringa y un recipiente cilíndrico cuyo contenido es burdeos, espeso y viscoso como la sangre. La nota no bromeaba. De verdad espera que me inyecte la sangre que un desconocido encapuchado ha dejado en mi cuarto.

Suelto una risa incrédula, un bufido que escapa de mis labios. Este ha sido, sin duda, el día más raro de mi vida.

Guardo el vial de sangre en la mini nevera que tengo debajo del escritorio y saco un batido de chocolate y un croissant. Es una costumbre dármaro tener neveras en el dormitorio para tener algo a mano con lo que reponer fuerzas después de usar los poderes. Insistí en tener una, a pesar de ser considerada inválida. Tal vez lo hice porque todos en casa tenían una y no quería que otro pequeño detalle, como tener que bajar a la cocina a por agua, destacara aún más mi deficiencia. Nunca pensé que llegaría a utilizarla con la misma autoridad que mis familiares,

hambrienta tras una noche usando mis poderes.

Me dejo caer sobre la cama, encima de la colcha, y sonrío. Aunque mi poder no haya resultado ser la salvación de la humanidad, sigue siendo genial. Pensé que me costaría acostumbrarme a la idea de pasar de ser una inválida a ser élite, pero no es así. Siempre sentí que la palabra inválida no me iba y que tenía una fuerza arrolladora dentro. A pesar de la anemia que tiñe de azul mis ojeras, de ser la hermana inválida del copycat y de escuchar a mi padre preguntarse cómo puede una Armstrong ser tan frágil. Yo nunca me consideré débil.

Hay algo dentro de mí, quizá esté dormido, como un volcán inactivo que lleva siglos cogiendo fuerzas, pero cuando despierte, sacudirá los cimientos de todo aquel que me subestimó.

La mañana siguiente en la escuela se arrastra con una lentitud desesperante. Cada clase parece durar una eternidad, como si el tiempo avanzara con la misma pereza que esos caracoles viscosos que aparecen en el césped de mi casa después de una tormenta.

Me remuevo inquieta en mi asiento, contando los minutos para irme a casa y visitar a Ozrrat. La noche anterior le dejamos en su forma humana, lo que significa que tendrá necesidades que mi padre, como era de esperar, no ha tenido en cuenta. Aunque el sótano tiene un aseo, dudo que haya agua potable o comida disponible, y encima, mi padre le dejó esposado.

Quería haberme pasado por la mañana, antes de marcharme a clase, para llevarle algo de comer, pero me he levantado hecha un desastre después de haberme quedado dormida con la ropa del día anterior y cubierta de heridas, mugre y sangre seca, mía y de los despojados.

Cuando por fin suena el timbre, anunciando el fin de las clases, salto de la silla y me escurro entre mis compañeros, que remolonean en la salida. Me abro paso en el hormiguero del pasillo. Mi mente está centrada en Ozrrat, hasta que choco con alguien que me saca de mis pensamientos.

Arthur Bohan se planta frente a mí e interpone un brazo en mi camino.

—¿Tienes prisa? —Su tono de voz envía una oleada de miedo y repulsión por todo mi cuerpo. Aunque su rostro perfecto y su pelo brillante han roto el corazón de media clase, cuando yo lo miro, solo veo un monstruo.

—En realidad sí —murmuro e intento sortearle para escapar de este lugar que se ha convertido en una pesadilla por su culpa.

Arthur me agarra la muñeca con tanta fuerza que suelto un quejido.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —pregunta con fingido horror.

«Oh, no. Por favor, hoy no».

El problema de que un maltratador intuya tu pánico es que lo alimenta. El miedo es su combustible, y el dolor ajeno, especialmente el mío, es un manjar irresistible para él.

Reconozco el brillo en sus ojos y sé que no tengo escapatoria. Comienzo a notar un dolor intenso y punzante en varias partes de mi rostro mientras trato de zafarme, pero lo único que consigo es hacerme daño en la muñeca por la que me sujeta.

Arthur me dedica una sonrisa macabra y me suelta.

—Karen, deberías lavarte la cara de vez en cuando —finge preocupación mientras yo salgo corriendo hacia la salida.

Me arde la piel y ni siquiera sé por qué. ¿Qué me ha hecho? ¿Llenarme de moratones? Las

miradas que recibo de parte de mis compañeros, unas incómodas, y otras burlonas, me dicen que es algo peor.

Cruzo el césped hasta el aparcamiento y, al ver el coche de Evans, me agacho junto a la puerta. Me miro en el espejo retrovisor y suelto un grito ahogado.

Mi piel está cubierta de espinillas de cabeza blanca, tan inflamadas que cada mínimo gesto molesta. Están por todas partes, deformando mis facciones hasta convertirme en una caricatura grotesca de mí misma.

—Joder —grito desesperada y a punto de romper en lágrimas de rabia e impotencia. De todos los días, tenía que escoger justamente hoy—. Hijo de puta.

Mi insulto se topa de frente con Kyle Dobrev, quien me mira con una ceja alzada.

—Supongo que hablas de tu dermatólogo —bromea.

—¿Qué te ha pasado? —interviene Evans, que está a su lado.

Cierro los ojos y me dejo caer en el suelo, mi espalda contra la puerta de su coche. Nunca le he contado a nadie lo que me hace Bohan. Sería patético admitir lo poco que puedo defenderme.

—¿Quién te ha hecho eso, Karen? —insiste Evans. Se acucilla junto a mí y parece furioso—. ¿Es algún sanador de tu clase?

Me siento derrotada. El pinchazo de las pústulas infectadas hace que las lágrimas sean inevitables.

Evans, al ver que no respondo y solo me limito a sollozar, me ofrece su mano. No está acostumbrado a verme así. Dejé de llorar hace años.

—Vamos, te llevaré a un sanador.

Asiento y dejo que tire de mí. Noto arritmias en mi corazón, pulsaciones irregulares que me asaltan desde que Arthur me provocó la anemia. Otro recordatorio constante de mi fragilidad.

Entro en la parte trasera del coche y saboreo el amargo sabor del odio en mis labios.

—Le gustas, ¿sabes? —dice de repente Kyle, mirándome desde el asiento del copiloto, mientras Evans pone el coche en marcha y nos saca de este lugar infernal.

—¿Qué? —susurro.

—A la persona que te ha hecho eso, el sanador o sanadora, le gustas —repite.

Dejo caer la nuca sobre el asiento y miro el techo del coche, intentando procesar lo que acabo de escuchar.

Ojalá fuera cierto. Si Bohan acabara enamorándose de mí, podría destrozarle el corazón, pedazo a pedazo.

Evans me lleva a ver a su amiga Lara Sorensen. Ella nos recibe en la puerta de su casa y, al ver mi rostro, suelta una exclamación.

—¿Quién te ha hecho eso? —pregunta, reconociendo de inmediato que no se trata de un caso de acné natural.

—Eso me gustaría saber —espeta Evans con los brazos cruzados—. ¿Puedes arreglarlo?

Lara suspira y nos invita a pasar. La seguimos hasta el salón de una casa que, aunque lujosa, no puede competir con nuestra mansión. Me siento en un enorme sofá blanco, tan suave que casi me traga, mientras Lara se apoya en la mesa de café frente a mí.

—Me temo que no voy a poder revertirlo del todo —avisa, y me toca con las yemas de sus dedos para acentuar el efecto—. Tendrás marcas durante unos días.

El dolor comienza a disiparse conforme baja la inflamación, proporcionando un alivio instantáneo. Sin embargo, soy muy consciente de que voy a tener cicatrices por toda la cara.

Evans paga a Lara por su ayuda. Aunque sean amigos, la ley dámara no permite intercambiar servicios sin compensación económica. De lo que no dice nada es de usarlo para atormentar a otros.

La cantidad es desorbitada. Los precios para los dámaros cuatuplican el que pagaría un humano, para evitar que nos acaparemos entre nosotros.

Durante el trayecto a casa, Evans intenta convencerme de que le diga el nombre de la persona que me hizo esto. Si supiera que la situación es bastante peor de lo que cree...

—Yo me ocuparé —le digo finalmente. No sé cómo lo haré, pero me encargaré de que Bohan reciba su merecido. El castigo será todo mío.

Evans me observa con una mezcla de condescendencia y lástima. Parece no creer que pueda enfrentarme a mi propio bully, y no me sorprende. Para él, soy la hermana débil, la inválida.

Ya en casa, Evans aprovecha para coger algunas cosas de su habitación y me quedo a solas con Kyle.

—¿Quién es? —pregunta cuando hago el amago de marcharme del salón.

—Ya os he dicho que no voy a dar ningún nombre —repito por tercera vez.

—No, rubita. No me refiero a quien te ha jodido la cara —aclara e inclina la cabeza hacia un lado con una expresión de curiosidad—. Hablo del vidente que has conocido.

Pestaño, sin estar segura de si le he escuchado bien.

—¿Cómo dices?

—No te molestes en negarlo. Tu muerte ha cambiado, Karen —responde él con franqueza—. Eso solo puede suceder si un vidente interviene.

—¿Lo sabías? —Estoy indignada—. ¡Sabías que iba a morir despojada y no me dijiste nada! Kyle suspira.

—No sabía ni cuándo ni cómo ocurriría. ¿Para qué iba a asustarte?

—¿Y decides no hacer nada?

—Intentar descubrir quién está detrás de los ataques para que Dámara vuelva a ser segura y

así evitar que te vieras en una situación peligrosa con un despojado era mi mejor oportunidad de evitar tu muerte. Pero no ha hecho falta, ya que has conocido a alguien con un poder mejor que el mío. Alguien que sí puede ver cuándo y dónde. ¿Quién es? Los videntes no salen de debajo de las piedras ni los trae un repartidor de Amazon a la puerta.

Cuando no le respondo, Kyle se inclina en el respaldo del sofá y me mira serio. No es habitual ver a ese chico sin una sonrisita irónica en la cara.

—Sea quien sea, protégelo —me sugiere, su mirada perdida en algún recuerdo triste—. Ser vidente en Dámara es peligroso, y te ha salvado la vida. Se lo debes.

Sin decir una palabra, me dirijo a mi cuarto y empiezo a preparar una mochila con una toalla, una pastilla de jabón y botellas de agua. Al salir, un destello en el espejo me detiene en seco. Mi rostro ya no está inflamado ni lleno de pus, pero las marcas rojas persisten.

El sobre con la nota del desconocido encapuchado parece llamarme con sus trazos oscuros.

“Sé con qué sueñas, pequeña Karen.”

Sueño con ser invulnerable, con que nadie pueda hacerme daño. Ese es mi mayor deseo.

“No tiene por qué quedarse en un sueño. Inyéctate esta sangre.”

Miro de nuevo mi reflejo en el espejo. La palidez de mi piel, las ojeras, las marcas de acné, el labio partido por el golpe de mi padre que concienzudamente obvió durante la sesión con el sanador... La imagen reflejada no es la verdadera Karen sino el resultado del abuso de otros. No puedo aceptarlo. No puedo permitir que me reduzcan a una versión dañada de mí misma. No pienso hundirme bajo el peso de los traumas. Me auparé en ellos hasta quedar fuera de su alcance, y entonces... entonces quiero verlos a todos arrodillados ante mí.

Me toco el labio con la lengua, sintiendo el dolor agudo como un punzón de adrenalina. Todos deseamos algo. La diferencia entre la gente normal, que vive vidas mediocres, y la gente ambiciosa, que alcanza sus objetivos, es el sacrificio, lo que estás dispuesto a hacer para cumplir tus sueños.

Suelto la mochila, me agacho bajo el escritorio y con determinación saco el vial de sangre de la nevera. Quito el capuchón y la aguja me saluda amenazante. No me gustan las jeringuillas, y ni siquiera sé qué contiene la sangre ni cómo reaccionará en mi sistema, pero si un salto al vacío es lo que hace falta para tornar la balanza de poder en Dámara, entonces voy a saltar sin mirar.

OZZY

Escucho un ruido en el techo y sé que alguien está abriendo la trampilla. Un instante después, un rectángulo de luz natural se proyecta en el suelo, y algo pesado cae con un golpe seco. Es una mochila de Frozen.

Me levanto con dificultad del colchón en el que estaba tirado, ya que mis manos están esposadas, y me acerco a la abertura. Como esperaba, la dueña de la mochila azul cielo con Elsa dibujada es la niña que conocí el día anterior. La que tiene el poder de traerme de vuelta a la vida.

En lugar de desplegar la escalera hasta el suelo, ella me contempla desde arriba con el rostro en sombras. Solo puedo ver sus ojos grandes, que destacan en su pequeño rostro.

—La llave de las esposas está en el bolsillo exterior de la mochila —me informa, señalándola.

Me lleva un momento abrir las esposas por mí mismo. Cuando al fin lo consigo, miro hacia la puerta. Karen sigue allí y, al ver que tengo las manos libres, me lanza suavemente una bolsa de plástico para que la atrape al vuelo.

—Es un sándwich de pollo. No sabía qué te gustaba, pero... ¿A quién no le gusta el pollo? —la escucho decir mientras saco un cuadrado envuelto en papel de aluminio.

El olor a queso fundido, carne y mayonesa me invade en cuanto lo destapo, y me ruje el estómago. Antes de probarlo, levanto la barbilla hacia arriba. El sol del atardecer me acaricia las mejillas con una calidez agradable.

—Soy un hombre, Karen —digo en tono seco—. La próxima vez trae el triple de lo que comerías tú.

—Lo sé — responde, algo ofendida—. También hay fruta, galletas, barritas energéticas, chocolatinas y frutos secos en la mochila. Janet estaba en la cocina y sospecharía si me hubiera visto preparar tres sándwiches en lugar de uno.

Cierto, pienso, aunque estoy demasiado hambriento como para admitir que tiene razón.

—Podías haberle dicho que era para tus amigos —se me ocurre mientras me lo termino en tres tristes bocados.

—Ya, eso hubiera sido incluso más sospechoso —murmura. Después percibe mi confusión y añade—. Soy una dámara inválida, no tengo amigos.

Le echo otro vistazo y me pregunto por qué se empeña en mantenerse fuera de mi vista.

—También hay artículos de aseo —dice, mientras me sacudo las migas de las manos. Cojo la mochila y curioseó en su interior. Me bebo la botella de agua de un solo trago—. ¿No eres un poco mayor para una mochila de Frozen?

—Ya no la uso para la escuela, por eso estaba disponible.

—Entiendo que, por tu repentina timidez y el hecho de que no has bajado la escalera, no planeas dejarme salir —deduzco con impaciencia.

Ella no responde.

—Eres como ellos —comento en tono plano.

—¿Cómo quiénes?

—Como la gente que usa y esclaviza a los videntes. La razón por la que tenemos que vivir en secreto y exiliados.

—No, yo no quiero usarte. No es por eso —niega, asomándose un poco más.

Como tiene el sol a la espalda, es difícil distinguir sus facciones.

—Ayer me salvaste la vida. No necesito aprovecharme más de tu poder —continúa.

—Entonces, ¿por qué no dejas que me vaya?

Guarda silencio por un momento, y después despliega la escalera hacia mí.

Una vez fuera, respiro el aire fresco del bosque y el aroma de la vegetación. La brisa fría acaricia mi piel y me siento un poco menos atrapado, solo un poco.

Ahora que la veo, entiendo la razón por la que ocultaba su rostro. Está cubierto de marcas de acné que no tenía el día anterior. Se encoge bajo mi mirada, así que finjo no haberlo notado.

—¿Qué dirá tu padre cuando descubra que me has dejado ir? —pregunto.

—No te voy a dejar ir —replica con simplicidad.

Me cruzo de brazos. Su cabeza no me llega ni al hombro.

—¿Y cómo piensas impedirlo?

—Si te vas, retiraré mi poder de ti y te convertirás en despojado. Anoche lo hice con aquella mujer sin necesidad de tocarla.

Es difícil saber si habla en serio o si bromea, su expresión es neutral, casi inmutable.

—Creí que no pretendías usar mi poder —le recuerdo—. ¿Para qué quieres retenerme, entonces?

—Si te vas, mi padre te encontrará y te matará.

—Ya lo dije ayer: no me importa morir.

Karen parece frustrada, pero mantiene la compostura. No tiene pinta de ser alguien que se deje llevar por arrebatos, sino que calcula fríamente las posibilidades antes de actuar. Aun así, no importa lo que diga, no pienso quedarme a merced de Parker.

—Aunque hayan encontrado el almacén con los despojados que arrasaron Bólid, el responsable sigue suelto. Podría atacar de nuevo. Tienes que estar vivo para poder evitarlo.

Además, si te vas, mi padre atrapará a otro despojado para reemplazarte. Pero si te quedas, podremos descubrir qué planea y decidir juntos qué hacer al respecto.

Tal vez, después de todo, hay algo que pueda decir para convencerme.

—¿De verdad tienes doce años? —pregunto, incrédulo. Físicamente podría parecer incluso más joven, pero su forma de razonar no cuadra.

Karen se estira un poco, como si mi pregunta la hiciera sentir orgullosa.

—Voy a cumplir trece la semana que viene.

Oculto una sonrisa. Sé que las chicas de esa edad tienen prisa por crecer y que le haría daño si le dijera que aparenta once como mucho, así que me lo guardo.

—¿Te consideras inteligente? —curioso. Ha tenido que notarlo. Otra razón más para sentir que no encaja.

—No, considero que la gente de mi edad es demasiado tonta para mi edad. —Lo dice tan seria que no puedo evitar reír.

Nos miramos en silencio durante un instante y dudo si marcharme o no. Ella parece intuirlo, porque da un paso hacia mí y dice:

—Mi padre solo te quiere para un acontecimiento. Aún no me ha dicho de qué se trata, pero si te quedas, te lo contaré todo en cuánto lo sepa. Además, si tienes más predicciones sobre los terroristas, haré que Evans y Electric Blue reciban la información para que puedan actuar.

No puedo creer que alguien tan joven sea tan convincente, pero el plan de Karen comienza a parecerme mejor idea que ir hasta Tori y explicarle su poder. Si comparto esa información, la vida de Tori podría correr peligro si los terroristas que usan despojados para sus ataques se enteraran. Tengo que ser muy cuidadoso con lo que hago a partir de ahora.

—Está bien, vamos a hacerlo a tu manera —accedo finalmente—. Me quedaré aquí hasta que descubramos qué planea Parker.

Karen asiente, y noto un leve suspiro de alivio. Me doy cuenta de que mi respuesta le importaba más de lo que parecía. Quizá teme la reacción de Parker si le desobedece y me deja marchar. Esa es otra buena razón para quedarme: asegurarme de que esta niña no tenga que soportar la ira de un padre chalado.

KAREN

El sótano ofrece más comodidades de las que imaginé en un principio. Hay un pequeño aseo y una zona de cocina con nevera y una encimera con pila. Una de las paredes deja los ladrillos a la vista, dándole un toque moderno. Un sofá gris, amplio y cómodo, está pegado a esa pared, mientras que una cama ocupa el lado opuesto. No hay televisión, pero sí un equipo de música y una estantería repleta de libros.

Me pregunto si mi madre sabe que este lugar existe o mi padre lo mantiene en secreto. Quizás sea su refugio, un lugar para escapar de los Armstrong y esconder sus secretos.

Con las manos ya liberadas, Ozrrat se está lavando el pelo en el lavabo del aseo con el champú que le he traído. No ha cerrado la puerta, así que asumo que puedo observarle desde el sofá sin problemas.

Tiene los lados de la cabeza casi rapados, pero el resto bastante más largo, en especial el flequillo que, mojado, se le pega a la frente y le llega a las mejillas. Cuando levanta la cabeza, sus ojos verdes me encuentran en el espejo y cierra la puerta con el pie.

Suelto un bufido. Ni que estuviera dándose una ducha, completamente desnudo.

Me levanto del sofá y tomo un libro de la colección de mi padre sobre héroes dámaros. Seguro que fantasea con verse immortalizado. Aunque no suelen incluir dámaros con la reputación manchada por familiares inválidos, los bloqueadores son la excepción. Es común que nazcan de padres inválidos. Parker nunca menciona a sus progenitores. De alguna forma se las arregla para borrarlos de todas las historias de su infancia y adolescencia que cuenta, aunque estoy segura de que tuvo que soportar algún tipo de vejación en la escuela, al igual que yo. Solo que él es bloqueador y nadie puede utilizar su poder para hacerle daño, como Bohan me hace a mí. Y, sin embargo, no hay un poder que evite el dolor que causan las palabras crueles, ni siquiera el de mi padre. Me pregunto si algo de lo que tuvo que soportar durante su juventud germinó en el odio enfermizo que tiene por los inválidos.

El libro contiene a varios miembros del árbol genealógico de los Armstrong. Siglos atrás, fuimos héroes aclamados. Las páginas están amarillentas y las esquinas, desgastadas. Por la fecha de la edición, deduzco que no era más que un niño cuando lo ojeaba, soñando con convertirse en uno de esos héroes. Me pregunto si mi madre sabe que se casó con ella por su apellido.

Ozrrat emerge del aseo y se deja caer en el sofá con el pelo mojado y la pinta más decente que le he visto hasta ahora. Me llega el aroma cítrico del champú y supone una novedad oler en él

cualquier cosa que no sea sangre.

—Gracias —me sorprende diciendo. Tiene los ojos cerrados y la cabeza reclinada en el respaldo del sofá.

Se me corta el aliento. No entiendo por qué. Nadie puede decir que los Armstrong seamos gente cariñosa, pero la cortesía no nos falta. En casa, la palabra gracias se escucha tan a menudo como las críticas, pero siempre han sonado vacías. Hasta este momento, al menos.

—Te traeré algo de cenar más tarde —digo, después de aclararme la garganta. Me siento extraña y se me ocurre que Bohan le ha hecho algo a mis hormonas para provocar el acné y por eso estoy tan emotiva—. ¿Necesitas algo más?

—Sí, un abrazo de mi madre —responde él, masajeándose el hueso de la cuenca del ojo.

Si mi padre le escuchara decir algo así, tendría náuseas. Si Ozrrat fuera su hijo, le dedicaría tal mirada que al chico no se le ocurriría volver a soltar algo tan cursi en su vida. Me fascina que alguien no tenga reparos en mostrarse vulnerable. En un mundo como el nuestro, ese es el mayor acto de valentía.

—Tu madre... ella cree que has muerto, ¿no? —se me ocurre preguntarle de pronto.

—Desaparecido —corrige—. Supongo que se imagina que me han matado. Me advirtió que tratarían de hacerlo si veníamos a Dámara. Se enfadó mucho cuando decidí meterme en esta guerra, pero no podía ignorar lo que estaba pasando después de tener la visión de los despojados atacando la escuela dámara.

—Así que por eso Evans lo sabía —deduzco, y él asiente. Yo creía que había sido Dobrev quien había previsto el ataque, pero parece que ese chico tiene la costumbre de guardar en secreto la muerte de los demás.

—Vine desde Glinen con Kyle y Evans, pero para tranquilizar a mi madre, alquilamos una casa en Deremen en lugar de venir directamente a Dámara.

—No ha servido de mucho.

—No, quien sea que está detrás de los ataques debió de enterarse de mi existencia y decidió acabar conmigo antes de que le chafara los planes, solo que le pasé la información del almacén a tu hermano antes de que pudieran hacerlo.

—Podría contactar con tu madre para decirle que estás bien, pero es...

—...peligroso —termina él por mí—. No quiero meterla en esto. Es mejor que piense que he muerto del todo hasta que descubramos quién está detrás de los ataques.

Asiento, y después de un momento en silencio, miro la hora en mi teléfono. Tengo que irme si quiero darme una ducha antes de la cena. Me levanto del sofá, que está lleno de manchas de sangre seca.

—Volveré más tarde con algo de comer —le aviso—. Dejo la puerta abierta por si quieres tomar el aire.

Nuestras miradas se cruzan y él observa las marcas de mi rostro en el silencio que debería estar ocupado por mi amenaza sobre lo que pasaría si intentara escapar. Sin necesidad de palabras, ambos acordamos que, en un mundo que se empeña en maltratarnos, vamos a intentar confiar el uno en el otro.

Me levanto antes de que pueda hacer preguntas sobre lo que le ha ocurrido a mi cara.

—Nadie puede herirte para siempre —le oigo decir a mi espalda, pero finjo no escucharle y subo las escaleras. No necesito preguntar para saber que se refiere a la persona que me ha hecho eso. Pero no estoy de acuerdo. Hay heridas que desfiguran tu alma, dejando cicatrices profundas que alteran tu identidad, y esas sí que te dañan para siempre.

Es un reto salir de casa después de cenar sin que nadie me vea. La noche trae consigo un viento helado que me hace tiritar y encogerme dentro de mi sudadera. Los finos pantalones de algodón de mi pijama no abrigan y se me están manchando los bajos de barro, pero no puedo arriesgarme a que mi madre me pille vestida de calle a esas horas.

Antes de bajar a cenar, he visto los vídeos de una chica con anorexia que explicaba cómo ir escondiendo alimentos en una servilleta durante una comida familiar. He seguido sus pasos y luego lo he metido todo en un recipiente de cristal para llevárselo a Ozrrat. Nadie se ha percatado.

Cuando he llegado, estaba tirado en el sofá leyendo una novela de piratas. Le he dejado la comida y he vuelto corriendo antes de que alguien pudiera notar mi ausencia.

—¿Cómo lo has hecho? —La inesperada voz, en la oscuridad de la cocina, me hace dar un salto sobre mí misma.

Termino de cerrar la puerta trasera que conduce al bosque y me giro para enfrentarme a la silueta oscura de mi padre.

—¿Hacer el qué?

—La puerta del sótano está siempre abierta, pero Ozrrat Halil sigue ahí —explica Parker—. ¿Cómo le has convencido de quedarse por voluntad propia?

Trago saliva, calculando las consecuencias de cada posible respuesta.

—Le he dicho que si se marchaba le matarías.

—Nah, eso no es —niega mi padre. Trata de mostrarse divertido, pero la tensión en sus músculos me dice que es una pose.

Suspiro para ganar tiempo. Si no le doy algo bueno, creerá que tramamos algo, que es justo lo que está ocurriendo.

—Le he dicho que, si se va, retiraré mi poder de él. —Una verdad parcial es siempre mejor que una mentira completa, cuando quieres que te crean—. No quiere asesinar a nadie.

Mi padre me observa en la oscuridad y parece tragárselo porque relaja la postura.

—Espero que no le dé por suicidarse —comenta, mirando hacia el bosque por la ventana de la cocina.

—No lo creo, está leyendo plácidamente. —Me aúpo en la encimera y me quedo con los pies colgando, fingiendo estar tranquila.

Mi padre apoya el trasero en la isla de la cocina y tuerce la cabeza hacia un lado.

—Te he subestimado —dice con simpleza.

No hay amor en sus palabras, sino un interés casi clínico, como el que se da cuenta de que tenía una herramienta útil tirada por casa a la que puede sacarle provecho. A pesar de eso, me sonrojo. Esto es lo más cercano que mi padre estará jamás de quererme, este preciso instante en el que me considera competente y a su disposición.

Guardo este instante en mi memoria porque sé que no va a durar. Parker Armstrong sigue subestimándome. Soy capaz de mucho más de lo que cree y solo estoy a mi propia disposición. En cuanto mi padre descubra esas dos cosas, su cara de sorpresa va a ser muy distinta a la que tiene ahora.

OZZY

Noto una sacudida en el brazo y cuando abro los ojos me encuentro con el inexpresivo rostro de Karen a medio metro de mí. Parpadeo varias veces, dejando que mis ojos se ajusten a la luz que ella ha encendido a su espalda.

—¿Qué ocurre? —Mi voz sale rasposa.

—Parker —responde ella.

Me choca escuchar a una niña dirigiéndose a su padre por el nombre de pila.

Me apoyo en un codo y me froto la cara, tratando de espabilarme y prepararme para lo que sea que tienen planeado.

—Me ha contado lo que quiere hacer con un despojado —suelta Karen con los ojos aún más abiertos de lo habitual—. Se ha vuelto completamente loco. Quiere que te lleve al cuarto de Tori y te deje allí en forma de despojado para que la ataques.

Karen parece chocada por las intenciones de su padre, pero yo acabo de entender sus motivos. Parker sí que es quién está detrás de los ataques. De alguna forma ha descubierto cómo funciona el poder de Tori y por eso quiere asesinarla.

Aparto la sábana y me levanto de la cama, tratando de poner mis pensamientos en orden.

—Si el plan es dejarme en el cuarto de Tori para despojarla, ¿cómo piensa Parker evitar que yo le ataque a él también?

—Mi padre no va a estar presente, quiere que te lleve yo y te deje allí encerrado —explica como si le pareciera obvio.

—Pero si tu padre no bloquea a Tori, yo no... —me detengo de pronto. ¿Y si Parker en realidad no sabe que ningún despojado puede hacerle daño a Tori? ¿Puede tener otro motivo para querer matarla?

—¿Qué? —insta la niña, desconcertada al ver que me he quedado a medias—. ¿Tú no qué?

Parker no le ha explicado a Karen el verdadero poder de Tori, y tal vez ni él mismo lo sepa. Si es así ¿por qué querría alguien como Parker Armstrong asesinar a una chica si cree que su único poder es homosexualizar con su tacto?

—¿Te ha explicado por qué quiere quitarla de en medio? —indago con cautela.

Karen frunce el ceño, confusa.

—No, pero no es necesario. Evans está enamorado de Tori y mi padre quiere evitar a toda costa que estén juntos. Siempre la ha odiado. Hasta ahora no se había atrevido a hacer nada, pero

debe creer que con todo esto de los ataques nadie va a culparle de otro incidente más. Es la oportunidad perfecta para camuflar un asesinato en el caos del momento y que todos piensen que es cosa del terrorista.

Reflexiono sobre las palabras de la niña, y no puedo encontrarle fallos a su lógica. Yo mismo he creído que Parker era el terrorista al descubrir su plan de despojar a Tori. Todo lo que pase hasta que aparezca el culpable se le imputará al terrorista. Es el momento idóneo para terminar con viejas rencillas, si estás lo suficientemente loco y si tienes formas de manipular a un despojado.

—Vamos, tenemos que marcharnos antes de que llegue, y contárselo todo a Tori y a Evans —ordena Karen. Lleva una mochila bien cargada a la espalda. Debe creer que no va a volver a casa en un tiempo.

—Un momento —digo y levanto una mano—. No estoy seguro de que eso sea una buena idea.

Karen se detiene en seco y frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Parker es peligroso. Es peligroso para Tori y para ti. Si lo traicionas ahora, tu vida será un infierno y él seguirá libre porque aún no ha cometido ningún crimen. Puede encargarse de Tori de otras maneras. Tiene un montón de recursos y Evans no puede protegerla mientras no aprenda a bloquear.

—¿Qué propones entonces?

—Que llevemos a cabo su plan. Que hagamos lo que nos pide —replico y ella me devuelve una mirada de pura incredulidad.

—Le dejamos matar a Tori... ¿Ese es tu plan? ¿Te has vuelto loco? —Ella se cruza de brazos.

—Mi yo despojado no puede hacerle daño a Tori, pero tu padre no sabe eso —aclaro.

—¿Qué quieres decir con que no puedes hacerle daño a Tori?

Aprieto los labios, reacio a proporcionarle esa información. En lugar de explicarme, doy dos pasos hacia ella y nivelo mi rostro al suyo.

—Confía en mí, Karen —le pido.

No sé si es porque soy vidente o porque le salvé la vida el otro día, pero después de dudar unos segundos, asiente.

Es una locura.

El plan de Ozrrat de hacer lo que dice mi padre es una auténtica majadería. Si un vidente te dice algo, le haces caso, incluso si tengo un mal presentimiento sobre esto. Cuando juegas con despojados, hay un montón de variantes que no puedes controlar y algo puede salir mal. Esa es la razón por la que me alivia estar cerca de la escena del crimen que estamos a punto de cometer.

Mi padre y yo tenemos una visión clara de la puerta del dormitorio de Tori desde el tejado del edificio de enfrente. El Ozrrat despojado ya está dentro de su cuarto, esperando a que la chica llegue del gimnasio. Por supuesto, no ha entrado como despojado, sino como dámara y he retirado mi poder de él al cerrar la puerta.

Lo que mi padre no sabe es que acabo de volver a transformarle en dámara. No tiene forma de enterarse porque no puede ver a través de las paredes.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo y lo saco de forma disimulada para comprobar si es el mensaje de Ozrrat. Es la señal que hemos acordado para saber si mi poder funciona a esa distancia y que pueda intervenir en el caso de que algo vaya mal.

Me lo guardo y vuelvo a retirar mi poder de él. Hubiera preferido dejarle como dámara todo el tiempo, pero Ozrrat insiste en que Tori debe entrar en contacto con su despojado. Es obvio que no me lo ha explicado todo sobre el poder de la gay maker. Él quiere que el ataque ocurra y que Tori pueda acusar a Parker de intento de asesinato. Las huellas de Ozrrat estarán en el cuarto de Tori y en el sótano de Parker. Suficiente para condenarle. Solo mi padre y Ozrrat saben que yo estoy involucrada. Para el resto de Dámara soy una inválida, por lo que todos creerán que mi padre ha utilizado a algún dámara no registrado para llevar a cabo su plan.

Puede funcionar, siempre y cuando, Ozrrat esté en lo cierto y su despojado no pueda hacerle daño a Tori. Esa es la parte que me preocupa.

El coche de Evans aparece en la calle y mi padre suelta un bufido al ver que llegan juntos. Aparca junto a la acera frente a su cuarto, pero ella no se baja.

Observo a mi padre de reojo. Tiene la nariz arrugada y una expresión de profundo disgusto.

—Tu hermano es un inconsciente —se queja, colérico. Siempre le ha enfermado verlos juntos, por eso Evans rompió su amistad con Tori hace años, para protegerla de nuestro padre—. Menos mal que he tomado cartas en el asunto para protegerle y salvar la reputación de los Armstrong.

¿Eso es lo que piensa que está haciendo al asesinar a Tori? Qué razonamiento tan retorcido, pero veo en su expresión que él cree fervientemente en sus actos.

Tras un rato de charla, bajan del coche y suben las escaleras hacia el dormitorio de Tori.

—No, no, no... Pero ¿qué haces, hijo? Aléjate de ella —protesta mi padre. Sabe que si Evans entra en su cuarto, devolveré mi poder a Ozrrat y este no podrá hacerle daño, pero su plan quedará expuesto y Tori seguirá con vida.

Sin embargo, Evans no parece tener intenciones de entrar con ella. Le da un beso en la frente y se despiden. Se me corta la respiración mientras la veo abrir la puerta. Mis uñas forman medias lunas en las palmas de mis manos y me duele la mandíbula de tanto apretar los dientes.

“Confía en mí, Karen”

Tori entra y, de repente, me doy cuenta de algo.

—Se han tocado —murmuro. Mi padre me lanza una mirada—. Evans le ha dado un beso en la frente. Se supone que no pueden tocarse.

—Es porque el poder de Tori no funciona en este momento. —Parece satisfecho consigo mismo—. Han estado pasando mucho tiempo juntos últimamente, así que esta mañana le pedí a Diana, una de sus profesoras, que usara su habilidad en Tori para evitar que toque a Evans por accidente hasta que podamos despojarla.

Noto como el suelo se hunde debajo de mis pies. Diana es la profesora con la que Evans tuvo un lio el año pasado, un secreto que muchos sabemos. Su habilidad es hacer que el poder de un dámara solo funcione sobre uno mismo. Así que es verdad: el poder de Tori está inutilizado en estos momentos y no puede protegerla de un despojado. Las palabras suenan como un eco en mis oídos. Ozrrat contaba con ello.

—Mierda —grito, levantándome de golpe.

—¿Qué? —pregunta mi padre, sorprendido por mi reacción. Cuando sigue mi mirada, ve que Evans se dirige al cuarto de Tori atraído por sus gritos. Ozrrat la está despojando. Ozrrat, quien no sabía al planear todo esto, que el poder de Tori estaba temporalmente anulado por Diana.

—¡No, Evans! —grita mi padre—. No te arriesgues por ella. ¡Maldito niño idiota y desagradecido!

Evans ya está en la puerta del cuarto. Con un movimiento de mano, usa su telequinesis para apartar al despojado de Tori. Ella corre hacia la salida y Evans consigue cerrar la puerta. En vista de que están a salvo, no regreso mi poder a Ozrrat para que no sospechen de por qué el despojado no arremete contra la puerta.

Mi hermano se agacha junto a Tori y contengo el aliento. Algunas personas no llegan a despojarse del todo porque el proceso se detiene antes, pero, si reciben la suficiente toxina, pueden quedar en una especie de trance para el resto de sus vidas.

Trago saliva y no respiro hasta que veo que Tori se comunica con Evans. Parece estar bien. Suelto una profunda inhalación consciente de lo cerca que hemos estado de cagarla.

—Joder —escucho a mi padre quejarse—. ¿Por qué te metes?

Se dirige a Evans a pesar de que este no puede escucharnos desde donde está. Ha metido a Tori en el coche y se la lleva con él, así que regreso mi poder a Ozrrat para que deje de darse golpes contra la superficie de la puerta del dormitorio, como imagino que está haciendo. Por suerte, las puertas están blindadas en dámara y son bastante resistentes.

—Joder —masculla Parker, golpeando la pared—. Maldita zorra.

Es una suerte que no se fije en la expresión con la que le estoy mirando en estos momentos. Tori Baker es buena chica, y despreciarla de esa forma, solo por su poder, es enfermizo. Sabía que mi padre estaba lleno de prejuicios y odio, pero no sabía que era capaz de llegar tan lejos.

—Vamos. —Me dirijo hacia la puerta, dándole la espalda para ocultar mi expresión de disgusto—. Evans habrá llamado a los guardias para que vengan a recoger al despojado. Tenemos que liberar a Ozrrat antes de que lleguen.

Mientras bajo las escaleras, siento alivio por el hecho de que nadie ha salido herido y, sin embargo, me doy cuenta de que mi padre no va a parar ni a dejarnos en paz hasta que consiga lo que quiere.

Y entonces lo sé: no es en el sótano del bosque donde vive un monstruo insaciable, sino dentro de mi propia casa.

Cuando abro la puerta del dormitorio de Tori, varios detalles me llaman la atención de inmediato: la bombilla del techo está fundida, y la única luz proviene de la pequeña lámpara sobre la mesita de noche. El desorden es evidente; Ozrrat, en un frenesí inducido por su estado despojado, ha volcado una silla cargada de ropa, y el suelo está salpicado de sangre. Él se encuentra en medio de la habitación, inmóvil, esperando a que la puerta se abra. Su ropa, empapada de sangre, se le pega a la piel.

—¿Tori está bien? —pregunta en cuanto me ve.

—Sí. Luego te lo explico todo. La guardia dámara debe estar a punto de llegar. —Con un gesto de mano le indico que me siga y salimos del cuarto.

En el rellano nos espera Timothy Fox, el dámara que puede ocultarnos dentro de una sala dimensional para que nadie nos vea en las inmediaciones.

Mi padre aguarda en la furgoneta a medio kilómetro de distancia. Ni siquiera con la protección de Fox ha querido acercarse a la escena del crimen. ¿Y para qué lo haría, si nos tiene a nosotros para hacer su trabajo?

—Sube —ordena cuando Ozrrat permanece fuera.

El vidente ignora su tono apremiante, quedándose donde está, con la mano apoyada en el postigo de la puerta trasera.

—No voy a ir a ninguna parte contigo —declara y da un portazo.

En lugar de enfurecerse, Parker deja escapar una risilla nasal mientras rebusca algo en el bolsillo de su americana. Luego, baja la ventanilla y extiende un sobre hacia el chico.

—Toma —le ofrece con voz suave—. Vamos, cógelo, es para ti.

Ozrrat le echa un vistazo de mala gana, pero al final lo acepta y lo abre. Por un momento pienso que mi padre va a ofrecerle dinero, pero lo que saca del sobre no son billetes, sino fotos. Sus ojos se abren desmesuradamente al examinarlas. Pasa unas cuantas, y después levanta la mirada hacia Parker. Su expresión es una mezcla entre ira e impotencia.

Parker no dice nada. El contenido del sobre habla por él, mientras mantiene una expresión petulante.

Ozrrat deja caer las manos y exhala con fuerza. ¿Qué despojados ha hecho mi padre? El chico se pinza el puente de la nariz y cierra los ojos por un momento. Luego, abre la puerta de la furgoneta y entra. Más que sentarse, se tira en el asiento, derrotado y sucio.

Tomo las fotos que aún sostiene de forma distraída, conforme nos ponemos en marcha.

Las imágenes muestran a una mujer de unos cincuenta años. La forma de sus labios me resulta familiar. Está en el salón de una casa, al lado de Fox, aislada del mundo por el poder de este. Lanzo las fotos sobre el asiento y me giro hacia delante. No necesito preguntar para saber que es la madre de Ozrrat y que mi padre va a hacerle daño si el vidente no sigue sus órdenes.

Se puede sacar una lección muy valiosa de todo esto: si sabes lo que alguien desea, es fácil controlarlo. Y si no lo sabes, siempre puedes empezar por amenazar a quienes más ama.

OZZY

Quedamos con Evans, el hermano de Karen, en un motel de mala muerte. Durante más de un minuto me contempla con los ojos desorbitados y la tétrica iluminación parpadeante del rellano no ayuda a que entienda que no está frente a un fantasma.

Hace unas horas, Evans recibió una llamada de su hermana, citándole en la habitación treinta y dos del Technical Stop Motel en la carretera entre Dámara y Deremen, para explicarle cómo llegó un despojado al cuarto de Tori.

—¿Ozzy? —pregunta, atónito, todavía en el umbral de la puerta.

—Entra —le indica Karen con tono inflexible.

Hemos escogido este lugar para reunirnos con discreción. Son las tres de la mañana y Parker está durmiendo, ajeno a nuestro encuentro.

Evans obedece y la niña cierra la puerta detrás de él. Las persianas están bajadas del todo y la única iluminación proviene de una lámpara roja. Las parejas que frecuentan este motel y buscan aprovechar los poderes de dámaros sanadores para pasar un buen rato, deben encontrar ese tono de luz sugerente, aunque a mí me parece vulgar.

—No lo entiendo... Pensé que te habían despojado.

—Y lo hicieron —corroboro, confundiéndole más.

—Al final, resulta que tengo un poder —interviene Karen, esbozando media sonrisa, y Evans la mira con las cejas alzadas—. Puedo traer de vuelta a la vida a un despojado.

El copycat parpadea, atónito, tomándose unos segundos para asimilar la noticia.

—¿Puedes curar a los despojados? —repite fascinado.

—Solo a uno por vez —concreta ella con el dedo índice levantado.

—¿Qué quieres decir con “solo uno por vez”? —Evans sacude la cabeza, contrariado por la peculiaridad del poder de su hermana.

—Imagínalo como una especie de interruptor. Puedo apagar o encender mi poder en un despojado, pero... digamos que solo tengo un interruptor. Así que no puedo hacerlo con dos despojados a la vez.

Evans asimila la explicación de su hermana, alternando la mirada entre nosotros.

—¿Cómo llegaste hasta al Ozzy despojado?

—Papá lo tenía encerrado en un sótano en el bosque detrás de casa. Me lo encontré por casualidad y me atacó. Entonces, deseé que parara y lo hizo. Unos segundos más tarde, Ozrrat Halil estaba frente a mí cubierto de sangre.

Evans inhala profundamente y asiente.

—¿Cómo sabes que no funciona en varios despojados a la vez? —indaga, cruzándose de brazos. Parece tener muchas preguntas, pero decide empezar por esa.

—Papá me llevó a cazar despojados —responde Karen, escuetamente.

Le echo un vistazo. Cualquiera otra persona de su edad, o incluso de la mía, hubiera lloriqueado al hablar de lo ocurrido. Habría mencionado, al menos, que estuvo a punto de morir, pero ella no. Karen Armstrong oculta sus heridas con una entereza digna de admirar.

—¿Qué? —se indigna Evans, moviéndose nerviosamente sobre sus pies—. ¿Cómo se le ocurre...? ¡Podrías haber muerto!

—Ozzy lo evitó —añade ella. Es la primera vez que utiliza el diminutivo de mi nombre—. Tuvo una visión sobre mi muerte y llegó a tiempo para salvarme.

Evans suspira aliviado y me da una palmada en el hombro en señal de agradecimiento.

—Lo de tu padre es peor de lo que crees —le advierto—. Quiere matar a Tori.

El chico niega con la cabeza.

—No sería capaz de llegar tan lejos —murmura.

—Sí que lo es —lo contradice Karen, y Evans alza los ojos hacia ella—. Papá se llevó al despojado de Ozzy para usarlo contra Tori. Me obligó a dejarlo en su cuarto.

—¿Qué? —se escandaliza—. ¿Por qué accediste, Karen?

Da un paso hacia ella y me interpongo entre ambos.

—Es culpa mía. —Le planto una mano en el pecho—. Quería que llevara a cabo su plan para poder condenarlo por intento de homicidio. No se suponía que iba a ocurrirle nada a Tori porque Karen debía cambiarme antes de que llegara muy lejos.

Es una mentira parcial. Confío en Evans, pero una vez la información sobre el verdadero poder de Tori salga a la luz, se convertirá en el blanco de los terroristas también.

Evans suelta un bufido y se pasea inquieto.

—No puedo creer que hayáis sido tan imprudentes. —Se frota la cara tratando de calmarse.

—Mientras tu padre esté en libertad, será un peligro para Tori y para tu hermana —continúa, tratando de hacerle entender que la única solución es meter a Parker Armstrong en una prisión Dámara.

—Entonces, vamos a demandarle. —Evans se detiene, decidido a ir a por su propio padre—. Tú puedes testificar contra él. Podemos dejar a Karen fuera de esto, ya que nadie sabe de su poder. Es obvio que Parker conoce formas de manipular a un despojado sin la ayuda de mi hermana. Tiene contactos con dámaros cuyos poderes no están registrados. Podría haber contratado a alguien para transformarte. Nadie dudaría de sus recursos para llevar algo así a cabo.

Ese era exactamente mi plan. O por lo menos, lo era antes de que Parker me entregara el sobre con las fotos.

—No podemos hacerlo todavía, Parker tiene a mi madre. Tengo que averiguar dónde está antes de ir a por él —le explico, dejándome caer en el sillón junto a la cama.

Evans se desinfla como un globo pinchado. Suelta una palabrota y se frota la cara.

—Tienes que fingir que no sabes nada de todo esto —interviene Karen.

—No puedo ignorarlo. Papá va a intentar matar a Tori otra vez.

—Por eso te lo estoy contando —replica ella—. Tienes que proteger a Tori de papá mientras nosotros nos encargamos de él. Si intenta despojarla de nuevo, yo podré sabotearlo. Si lo intenta por otros medios...

—No podré hacer nada porque papá puede bloquearme —se lamenta Evans, visiblemente agitado.

—Tenemos que controlar a Parker. Tienes que aprender a bloquear, Evans. Ivah... —comienzo, pero él me interrumpe con una carcajada amarga.

—Ivah me pide un precio que no puedo pagar —se queja entre dientes.

—¿Quién es Ivah? —pregunta Karen, pero ninguno de los dos le responde.

No sé qué le ha pedido Ivah a cambio de dejar que copie su habilidad de bloquear, pero sea lo que sea, tiene que acceder si quiere proteger a Tori de su padre.

—No tienes alternativa —razono.

—No tienes ni idea de lo que me ha pedido... —Evans se frota la cara de nuevo, dubitativo. Su mirada recorre la habitación como buscando una salida—. Aun si aceptara la condición de Ivah, me llevaría tiempo aprender a bloquear. ¿Cómo voy a proteger a Tori de mi padre hasta entonces?

—Llévatela a Glinen —propongo.

Evans suelta una risa nasal, cargada de desesperación.

—Eso acabará con nosotros —murmura, casi para sí mismo.

—Y tampoco es una solución —interviene Karen y reconozco esa expresión. Está maquinando—. Papá puede alcanzar a Tori en Glinen.

—Lo sé —concede Evans, dejándose caer contra la pared, derrotado.

—Entonces, llévala al único lugar donde ni Parker Armstrong no puede alcanzarla —propone la niña, y ambos la miramos con incredulidad.

—¿Acaso existe un lugar así? —duda Evans, escéptico.

Pero por la expresión en el rostro de Karen, sé que tiene una buena idea, o al menos ella confía en que es una buena idea.

—Una celda dámara —dice, dejándonos pasmados.

Las prisiones dámaras son infranqueables. Están hechas enteramente de cristal con ADN de bloqueador, lo que significa que ningún poder dámara funciona en su interior. Las puertas solo se abren cuando un número aleatorio de ciudadanos dámaros atienden a la petición de la cárcel y

presionan el botón que todos tienen en casa. Además, hay cámaras grabando el interior de la celda las veinticuatro horas, y lo que sucede en el interior se retransmite en todas las televisiones de la ciudad. Siempre hay alguien vigilando.

—Eso es... brillante —consigo decir al fin, cuando me recupero de la sorpresa. ¿Cómo no se nos había ocurrido antes?

—Te escuché hablar con Kyle —prosigue Karen—. Dijiste que Tori salía a cazar violadores, que usaba su poder en ellos. Si logras que el chico que se escapó gracias a tu intervención la acuse, no solo la meterán en el lugar más seguro del mundo, sino que quizá papá crea que estás en su contra y pierda interés.

Evans traga saliva, claramente reacio al plan, sopesando los aspectos negativos.

—Tori me odiaría...

—Bien. Si te odia es que sigue viva —apunta su hermana en un tono práctico—. Solo será por un tiempo, Ev, hasta que aprendas a bloquear y encontremos a la madre de Ozzy.

Después de dudar un momento, Evans exhala y mira a su hermana con una mezcla de derrota y determinación. Sabe que es la mejor opción y que, en una cárcel dámara, Tori será, literalmente, intocable.

No tiene otra opción. Le he visto suplicar a Ivah que le enseñe a bloquear. De hecho, nos encontró en Glinen porque recorrió todo el continente rastreando a la muchacha. Necesita aprender a bloquear si alguna vez quiere tener una relación romántica con Tori Baker. Ahora que su padre se ha posicionado tan claramente en contra de ellos, Ivah es su única esperanza. No suele haber más de dos bloqueadores por generación, y Evans lo sabe. Aunque el plan de Karen podría causar un golpe devastador a la confianza que Tori tiene en él, no tiene alternativa.

Finalmente, cede. Se sienta en los pies de la cama, sobre una colcha naranja desgastada por demasiados lavados, mientras su hermana le sugiere que haga un trato con el chico al que Tori estuvo a punto de homosexualizar. Que le ofrezca una suma cuantiosa por demandarla ahora y retirar los cargos cuando la situación esté bajo control.

Observo la escena en silencio. Estudio el rostro de la niña cuya forma de hablar te hace cuestionar si tus ojos te están jugando una mala pasada, o si, tal vez, estás ante alguien como la reina Yadra, alguien que ha vivido más años de los que su cuerpo aparenta.

Evans nos lleva hasta la carretera que hay al otro lado del bosque de los Amrstrong para que no tengamos que coger un taxi. Ya ha empezado a amanecer. El horizonte se tiñe de esos tonos anaranjados que te hacen sentir que tienes una nueva oportunidad de hacer las cosas bien.

—Cuida de ella —me pide antes de que baje del coche.

Echo un vistazo al asiento trasero. Karen tiene los ojos cerrados y se abraza a sí misma. En este momento, su rostro parece el de una muñeca de porcelana, ignorando las marcas que alguien le ha dejado en la piel.

—¿Tu hermana... de verdad solo tiene doce años? —pregunto, frunciendo el ceño.

—Nah, creo que nació con cincuenta años —bromea Evans y le da un pellizco en la pierna para despertarla.

—Estoy despierta —dice ella, aún con los ojos cerrados. Cuando los abre, los fija sobre mi rostro

—. ¿Por qué sigues hablando de mí como si no estuviera?

—Intentaba tener una conversación de adultos.

—Genial, sigue intentándolo —replica ella y se baja del coche.

Evans y yo intercambiamos una sonrisa y me bajo también. Observamos cómo da la vuelta para poner su automóvil en la dirección contraria.

—¿No vas a casa de Tori? —Karen se acerca a su ventanilla, con el ceño fruncido.

—No, voy a nuestra casa.

Ambos le miramos con curiosidad. Es evidente que no nos lleva hasta la puerta para evitar que nos vean llegar juntos, pero pensé que lo primero que haría sería ir a explicarle a Tori que está a punto de ocurrir, para minimizar los daños en su relación.

—Voy a hablar con papá para planear el encierro de Tori —declara con un tono sombrío. Está claro que la situación no le agrada, pero ha tomado una decisión, como confirma con sus siguientes palabras—: Si el precipicio es el único camino, no tiene sentido intentar bajar a uñas. Es mejor lanzarse y estamparse cuanto antes.

KAREN

El sótano está a oscuras cuando llego a las diez de la mañana. Veo a Ozzy acostado boca abajo en la cama, con la cabeza girada hacia un lado y las sábanas enredadas en sus piernas. Su respiración pausada me indica que está dormido.

Me dejo caer en el sofá y enciendo el portátil que Evans le dejó a Ozzy hace más de un mes, antes de marcharse a Glinen, para que tuviera algo con lo que entretenerse. La pantalla se ilumina rápidamente, revelando varias ventanas abiertas.

—Quita los pies de la mesa —dice desde la cama. Se ha sentado en una posición incómoda, con el cabello despeinado y los ojos hinchados.

—Has visto un episodio sin mí —le acuso, señalando la pantalla del portátil en mi regazo. Dejo mis pies donde están. Nunca le hago caso cuando lo dice, así que no sé por qué sigue intentándolo.

—¿Qué? No, no lo he hecho.

—Sí lo has hecho, la barra está en rojo.

Ozzy se levanta de la cama y aparta el flequillo de la cara. Lo tiene aun más largo que hace un mes.

—No podía dormir anoche y me quedé con la intriga.

Suelto un bufido.

—Traidor.

—Lo volveré a ver contigo, fue el mejor capítulo de toda la temporada —me dice de camino al baño, lo que me hace sentir aún más traicionada.

Sale del baño con la cara lavada y los dientes cepillados, o al menos eso parece desde el sofá.

—Hoy es el día —celebra mientras saca leche de la nevera y se prepara un bol de cereales.

—Sí —musito, mordiéndome la uña del pulgar.

Yadra ha convocado al Parlamento, probablemente para pedir la destitución de mi madre como cabeza de la seguridad de las ciudades humanas, tal y como Ozzy predijo hace unos días.

Mi padre quiere que el nuevo miembro del Parlamento sea Timothy Fox, el dámara que retienen a Shalim Halil, la madre de Ozzy.

Para postularse como candidato, Fox debe ir en persona al evento. Llevo más de un mes tratando de encontrarle, visitando su casa innumerables veces, a distintas horas, incluso saltándome clases, pero no hay rastro de él. Es frustrante seguir a un hombre que puede volverse invisible. Mi padre no tiene contacto directo con la secuestrada, por lo que la única manera de saber dónde la retienen es rastrear a Fox.

Gracias a la predicción de Ozzy sobre la convocatoria al Parlamento, Evans ha trazado un plan para seguir a Fox hoy, pero no me gusta ese plan. Fox puede hacer invisible su vehículo y atravesar objetos. Puede pasar a través de otros coches, peatones, paredes, lo único que supone una barrera para él son los elementos terrestres, como una montaña. Es como si pasara a otra dimensión distinta dentro de nuestro mismo planeta. Evans no puede seguir un coche que no puede ver. Su idea es que Ivah lo acompañe y bloquee el poder de Fox durante la persecución, pero es obvio que este se dará cuenta y no irá al lugar donde retiene a Shalim. Mi padre sabrá que intentamos llegar hasta ella.

Parker ha estado tranquilo durante casi un mes, creyendo que tiene a sus hijos controlados. Con el plan de Evans, sabrá que no estamos de su parte. Además, Tim Lewis ha retirado los cargos sobre Tori, como planeamos, y la chica ha salido de prisión.

Aunque odio el plan de Evans, no se me ha ocurrido otra forma de encontrar a alguien que se mueve en otro plano de la realidad. Timothy Fox es el secuestrador perfecto. Mi padre está loco, pero no es tonto.

Mientras estoy perdida en mis pensamientos, Ozzy me ha quitado el portátil y teclea algo. Le observo, notando sus pestañas negras, sus labios carnosos y la nuez que adorna su cuello esbelto. ¿Cómo algo tan simple puede ser tan fascinante? Nunca me había sentido atraída por la nuez de un hombre hasta ahora. Si Ozrrat Halil fuera un animal, sería un cisne.

Aparto la mirada cuando noto que se tensa. Sabe que le estoy observando e intuye mis pensamientos. Mantiene los ojos en la pantalla, tratando de ignorarme.

Nos quedamos en silencio, él navegando por Internet y yo mirando el techo. Me siento en paz cuando estoy con él, algo que nunca había experimentado antes. Me siento protegida y, de alguna manera, apreciada. Sé que Evans y mi madre me quieren, pero este sentimiento es diferente, adictivo, y eso lo hace peligroso.

—Google cree que mi vida es patética —le oigo decir, lo que me hace girar la cabeza para mirarlo.

—¿Qué?

—Me ha enviado un correo con mi historial de localización de este mes y, básicamente, es un solo punto en el mapa. No he salido de este bosque.

Sus palabras son como un balde de agua fría. Me siento en el sofá de golpe y él me mira extrañado.

¿Cómo no lo había pensado antes?

Me levanto y voy hacia la cocina, donde abro una lata de galletas en la que guardo dinero.

—¿Qué pasa? —quiere saber él mientras cuento los billetes—. ¿De dónde ha salido ese dinero?

—De la compra —respondo, distraída por la idea que está tomando forma en mi mente.

—¿Qué quieres decir?

Termino de contar el dinero, lo doblo y lo guardo en el bolsillo de mis vaqueros. Entonces me concentro en la pregunta de Ozzy.

—Llevo un tiempo ofreciéndome para ir al supermercado cuando hay que comprar cosas sueltas en casa —le explico—. Mi madre me da dinero y una lista de lo que quiere. Los Armstrong tienen gustos caros, champús, vinos... así que llevo un tiempo guardando el envase vacío de sus artículos favoritos. Compro algo más barato y los relleno para quedarme con el cambio.

Ozzy abre la boca y parpadea perplejo.

—Si le pido dinero a mi madre, siempre quiere saber para qué es y me pide los tickets. Está obsesionada con las drogas desde que la escuela alertó a los padres sobre algunos alumnos. Y yo a veces vuelvo enferma de clase por...

—Por el sanador del que me hablaste —concluye él. Es la única persona a la que le he contado lo que me hace Bohan. Aunque no he mencionado lo de que durante un tiempo me hizo tener la regla de continuo porque me avergüenza.

—Sí.

—¿Por qué no le dices la verdad a tu madre?

—Porque yo libro mis propias batallas —le respondo. Se ha acercado, colocándose frente a mí al otro lado de la encimera—. Me voy.

Él frunce el ceño.

—Pensaba que el evento empezaba más tarde.

—Tengo cosas que hacer antes —respondo y me dirijo hacia la salida.

Ozzy me toma del brazo para detenerme. Es extraño sentir su tacto, ya que nunca me toca.

—Conozco esa cara —dice—. Estás tramando algo. ¿De qué se trata?

Le sonrío con inocencia.

—No estoy tramando nada. Solo recordé que tengo que comprar algo.

—¿Algo con trescientos darines? —Su tono es de profunda desconfianza—. No vayas a hacer nada peligroso.

—No seas paranoico —me burlo, quitando uno a uno sus dedos de mi brazo—. Luego te cuento como ha ido.

Noto sus ojos sobre mí durante todo el trayecto hasta que desaparezco escaleras arriba. No tengo tiempo que perder, si voy a salvar a su madre esta misma noche.

Monto en mi bicicleta, que está tirada en el suelo junto a la entrada, y pedaleo a toda prisa por el bosque hasta llegar a la carretera. Tengo que llegar antes que Timothy Fox.

El estadio donde se celebra la asamblea pública está en el centro de Dámara. Es lo suficientemente grande para tener varias entradas, pero ser dámaro tiene sus ventajas y, por suerte para mí, en lugar de varios aparcamientos por cada entrada que dificultarían mi trabajo de ver a Timothy Fox llegar, cuentan con aparcacoches que teletransportan los vehículos a un descampado en las afueras de la ciudad. Todos los vehículos llegan al mismo lugar, un pequeño aparcamiento donde los teletransportadores los hacen desaparecer uno tras otro.

Me siento en un banco con buenas vistas a la zona de recepción de vehículos y espero. El ambiente está tranquilo porque aún es temprano, pero tengo la paciencia de una serpiente. Durante una hora, observo cómo llegan, de manera gradual, dámaros y humanos: camareros, artistas y el personal de seguridad. Pasado ese tiempo, empiezan a llegar los dámaros invitados. Siento los músculos agarrotados y me duele el trasero, pero finalmente veo llegar a Timothy Fox. Su coche permanece visible para que el aparcacoches pueda teletransportarlo al aparcamiento fuera de la ciudad. Memorizo el modelo, el color y la matrícula, y entro al recinto.

Dentro, la fiesta ya ha comenzado. Hay música, camareros con bandejas de canapés y humanos haciendo malabares que impresionan a algunos dámaros. Las gradas se están llenando. El césped es el territorio de los más jóvenes, en su mayoría, estudiantes como yo. En el centro, hay un escenario donde están haciendo pruebas de cámaras y sonido.

De pronto, veo a Tori Baker, quien ha salido de la cárcel hace poco. Mi hermano no está revoloteando a su alrededor, pero Ivah, la bloqueadora, sí. Parece lista para protegerla de cualquier acercamiento peligroso por parte de mi padre o alguno de sus secuaces.

Tori debe sentir mi mirada, porque me encuentra entre la multitud y me saluda con la mano. Aparto la vista. No quiero que mi padre nos vea interactuar.

A pesar de mi intento de evitarla, ella se acerca a mí.

—Karen —me saluda—, ¿por qué me observas?

—¿Cómo estás, Tori? —le pregunto, notando que tiene buen aspecto para alguien que ha pasado treinta y cuatro días en prisión.

—Ignorada —responde, aludiendo a la forma en que le he apartado la cara cuando me ha saludado de lejos—. Pensaba que tú eras la única Armstrong que no me odia. ¿Me he equivocado?

Tal vez la odié un poco cuando desapareció de mi vida solo porque Evans había

adquirido un poder. Pero más que odio, es rencor.

—Tengo razones para creer que tú odias a los Armstrong más de lo que crees que te odiamos nosotros a ti —le respondo.

Tori me mira seria por unos instantes y veo que no ha salido tan ilesa de la experiencia como yo creía. Reconozco las cicatrices en su alma, porque yo también las tengo.

—A ti no, Karen —asegura, y me invade el sabor amargo de la culpa. Si supiera que soy yo quien puso al despojado en su cuarto, que soy yo quien ideó el plan de meterla en la cárcel, aunque fuera para salvarle la vida...

—Pues quizá deberías —espeto.

—¿Qué? —murmura, desconcertada.

No puedo enfrentarme a esto ahora. Evans viene hacia nosotras, y esa no es una conversación que quiera tener en público. Ya se lo explicaré cuando todo termine.

Debajo de mí hay una piscina y el siguiente paso en mi plan de rescatar a Shalim Halil esta misma noche es lanzarme al agua. Me dejo caer de espaldas ante el asombro de Tori.

Ya empapada, busco a Angela Brisbie, una de las chicas que va a mi clase. Está con su habitual grupo de amigos. Por suerte, parece que Bohan aún no ha llegado y no tengo que preocuparme por él. La versión ebria de Arthur es algo a lo que no quiero enfrentarme.

Me acerco a ella y la llamo con un gesto.

Angela frunce el ceño, mirándome con desdén, pero la curiosidad la vence y se aproxima.

—¿Qué quieres, inválida? —curioseas, mirando alrededor como si no quisiera ser vista conmigo.

—Un favor.

Ríe por la nariz, sorprendida y divertida a partes iguales.

—¿Por qué iba a hacerte un favor yo a ti? —responde, con un tono que deja claro lo ridículo que le parece.

Saco el fajo de billetes que llevo en el bolsillo y se lo muestro.

—Por trescientos damarines.

Angela arquea las cejas pelirrojas, tan claras que casi se confunden con su piel.

—Necesito la llave del coche de Timothy Fox por un rato.

Abre la boca, sorprendida, y me contempla como si se preguntara si estoy loca.

—No, gracias —decide, cuando ve que voy en serio—. No hay nada que quiera comprar que valga el riesgo.

Se da la vuelta y se aleja. Suspiro y saco mi teléfono. Prefiero hacer tratos a chantajear, pero no me deja alternativa, y hay vidas en juego. Le envío un video que grabé de ella hace unas semanas, copiando en el examen de historia dámara.

Alguien con su poder puede hacer aparecer un libro bajo la mesa y hacerlo desaparecer al

instante.

Veo cómo mira su teléfono y se detiene. Se da la vuelta y me mira perpleja.

—Eso fue hace semanas... ¿Es que lo llevas planeando desde entonces? —Me mira con ojos renovados.

No, mi plan tiene apenas unas horas, pero siempre grabo a mis compañeros usando sus poderes de forma indebida. Nunca se sabe cuándo lo vas a necesitar.

—Debiste coger el dinero —le digo—. La llave está en el bolsillo derecho de la chaqueta de Fox. No se dará cuenta, te lo prometo.

Angela no parece muy impresionada con mi promesa, pero sé que es una hija ejemplar y no quiere que sus padres se enteren de que copia y de que usa su poder de esa forma. Todo el mundo piensa que es una buena chica, pero yo sé que es una zorra. Le contó a sus amigos que llegué a mi menarquia y ahí fue cuando Bohan comenzó a torturarme.

La veo dudar, entre la espada y la pared, pero acaba por soltar una exhalación.

—Joder, está bien —suelta de mala gana y se saca las llaves de su propia casa del bolsillo. Necesita sustituir la materia extraída por otro objeto de un peso similar.

Le indico dónde está Fox y, un instante después, el manajo de llaves se transforma en un mando con el logo de Aston Martin.

Alargo la mano para cogerlo, pero ella lo aparta.

—Quiero ver cómo lo borras —me exige.

Lo hago y sigue sin entregarme la llave.

—¿Tienes algo más de mí?

—No me gusta el chantaje, prefiero hacer tratos —le informo—. Recuérдалo para el futuro.

Suspira y me lo entrega.

—No te vayas, volveré en media hora —calculo, y salgo del estadio. Saco mi teléfono de la cesta de mi bicicleta, donde se ha quedado seco y a salvo del chapuzón.

Evito al aparcacoches que ha atendido a Timothy Fox, por si tiene buena memoria, y escojo a un muchacho joven con aspecto de que es su primer trabajo.

—Disculpa, los imbéciles de mis amigos me han tirado a la piscina. Estoy helada —miento, tiritando en mi ropa mojada—. Tengo una sudadera en el maletero.

El chico me mira de arriba abajo, evaluando la fila de coches que sigue llegando.

—Lo siento, pero tenemos mucho ajetreo ahora —responde con tono apresurado.

Chasqueo la lengua, fingiendo decepción.

—¿Sabes si ya ha llegado mi abuela, Bernadette Armstrong? —le pregunto, notando cómo sus ojos se agrandan al oír ese nombre. Aprovecho el momento y estornudo, por una vez agradezco mi aspecto enfermizo—. Tal vez ella tenga algo para ponerme cuando le diga que

estás demasiado ocupado para llevarme al coche de mi madre.

Oculto una sonrisa al ver que eso le pone nervioso.

—De acuerdo. ¿Cuál es la matrícula?

Le recito la de Timothy Fox, y él revisa algo en la tablet que lleva en la mano.

—Vamos —dice con prisa. Me toma del brazo y, en un abrir y cerrar de ojos, nos encontramos en un descampado, rodeados de automóviles—. Ahí está.

Presiono el botón de la llave, y el coche de Timothy Fox responde con un pitido, desbloqueando las puertas. Abro el maletero, levanto el tapiz que oculta la rueda de repuesto y coloco mi teléfono en un recoveco oculto. Rápidamente bajo el tapiz, cierro el maletero y regreso junto al aparcacoches.

—¿Y la chaqueta? —quiere saber, notando que regreso sin nada nuevo.

Retuerzo las manos y pongo una mueca de arrepentimiento.

—Pensé que la había traído, pero parece que no —me disculpo con una expresión mortificada. A lo que él responde, poniendo los ojos en blanco. Me toma del brazo de nuevo para teletransportarnos de regreso al centro de la ciudad.

—Gracias, de todas formas —me despido, pero él ya está ocupado recibiendo el siguiente coche.

Dentro del estadio, me cruzo con Angela Brisbie y, sin detenerme, le devuelvo la llave. No necesito hablar con ella.

Mi siguiente parada es Evans. Está cerca de Tori, siendo irremediabilmente ignorado por esta.

Me coloco a su lado, manteniendo la mirada en el escenario.

—No le sigas —ordeno en voz baja.

—¿Qué?

—Tengo otra idea —continúo discretamente—. No le sigas con Ivah. Estate atento al teléfono. Te contactaré desde el número de Ozzy en cuanto tenga la ubicación.

—¿Qué estás tramando? —me interroga, intrigado.

—Algo mejor que tu plan. Espera mis indicaciones —le repito antes de alejarme.

No me quedo para ver el resto del evento. Me monto en mi bici y pedaleo, notando el aire de la noche en mi piel mojada. Si acabo con una pulmonía, espero que al menos merezca la pena porque mi plan funcione.

Cuarenta y cinco minutos después, entro en el sótano apresuradamente. Las luces están encendidas, aunque Ozzy no está. No debe haberse alejado mucho. Él nunca sale del bosque para evitar ser visto por otros.

Enciendo mi portátil y cierro su sesión de Google para entrar en la mía. Tecleo "Cómo ver tu historial de localización en Google Maps" en el buscador y sigo las instrucciones hasta llegar a un mapa del mundo con puntos rojos. Marcan todos los lugares en los que he estado desde que la geolocalización comenzó a funcionar. Hago clic en "hoy" y veo el recorrido desde mi casa hasta el estadio. Luego, aparece un punto aislado fuera de la ciudad, en el lugar donde el aparcacoches me dejó y donde, supuestamente, aún me encuentro. Aunque, por supuesto, no soy yo, sino mi teléfono, que sigue en el maletero del coche de Timothy Fox.

—Qué pronto has vuelto. —La voz de Ozzy me llega desde las escaleras—. ¿Ya ha terminado todo?

—No lo sé, no me he quedado para ver el final.

Ozzy se detiene frente al sofá, observándome con curiosidad.

—¿Por qué no?

—Tengo algo más importante que hacer —respondo con un tono evasivo, sin dar más explicaciones. No quiero que se haga ilusiones, aunque estoy bastante segura de que mi plan va a funcionar a pesar de su simpleza. Precisamente por su simplicidad. Los dámaros de la generación de mi padre siempre se preocupan de los poderes de otros dámaros, pero no le prestan tanta atención a la tecnología. Es poco probable que a Fox se le ocurra buscar dispositivos electrónicos en su coche antes de marcharse. Como mucho, hará una inspección visual del exterior. Se siente seguro encerrándose en su caja extradimensional durante el viaje, sabiendo que nadie puede seguirle.

Ozzy aguarda a que amplíe la explicación, pero le ignoro. Me levanto y abro su nevera, que está llena de yogures de fresa, queso, fiambres, chocolatinas, fruta y leche. Saco el jamón y el queso para hacerme un sándwich, ya que no he podido comer nada en la asamblea.

—¿Por qué guardas el chocolate en la nevera? —me quejo, sacando también una chocolatina para más tarde—. Frío pierde sabor.

—¿Por qué tienes la ropa mojada? —me pregunta de repente.

Mi camiseta ya se ha secado, pero mis vaqueros y mi sujetador aún están húmedos. Me doy cuenta de que mis pezones se transparentan a través de la tela, así que agarro una sudadera que cuelga del respaldo de un taburete en la cocina y me la pongo. Es ropa de Evans, y me queda

tan grande que me puedo quitar los vaqueros y usarla de vestido. Los extiendo sobre el taburete para que se sequen. Todo esto bajo la atenta mirada de Ozzy. Ha pasado más de un mes, y aún no me acostumbro a que su atención se sienta como una caricia en mi piel.

—Había una piscina en el campo.

—¿Y te has metido con ropa y todo?

—Mojada tienes más frío que seca. Lo suficiente como para molestarte en salir del recinto e ir al coche a buscar una chaqueta.

Ozzy frunce el ceño, pero antes de que pueda seguir interrogándome, su teléfono suena. Lo saca del bolsillo.

—Es Evans —me informa y descuelga—. ¿Sí?

Escucho la voz de Evans, aunque no distingo lo que dice.

—¿Ya ha terminado? —dice Ozzy—. ¿Vas a seguirle?

Me tenso, imaginando que Evans podría desobedecer mi orden y arruinar mi plan. Camino hacia Ozzy, dejando a medio hacer mi sándwich.

—Dile que no lo haga —le insto con urgencia.

Por la expresión de confusión de Ozzy deduzco que Evans le ha dado una respuesta negativa. Me relajo un poco.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —quiere saber Ozzy, frunciendo el ceño.

Le hago un gesto para que me pase el teléfono.

—Karen, ¿estás segura de esto? —dice mi hermano al otro lado de la línea—. Acaban de traerle el coche y esta es nuestra única oportunidad de seguirle.

—Espera —le digo, mientras refresco la página del mapa en mi portátil. Un nuevo punto aparece en el estadio—. Está funcionando. No lo sigas, te daré una localización en cuanto la tenga.

Cuelgo sin más dilación.

Ozzy se sienta a mi lado y observa mi portátil.

—¿Qué despojados estás haciendo?

—Mi teléfono móvil está en el maletero de Timothy Fox —le explico y señalo la pantalla—. Nos va a llevar hasta tu madre sin saberlo.

Se queda atónito.

Vuelvo a llamar a Evans.

—¿Ya se ha ido? —pregunto con el teléfono sujeto entre la oreja y el hombro, mientras refresco la pantalla.

—Sí, he visto como el coche desaparecía delante de mis propias narices. ¿Cómo piensas hacer esto, Karen? Tengo curiosidad y me estoy poniendo nervioso.

—Te llamaré luego —respondo y cuelgo de nuevo.

—¿Por qué no vemos el recorrido que está haciendo? —Ozzy señala el mapa, ansioso.

—Porque Fox se ha llevado mi teléfono a otra dimensión que los satélites del navegador no pueden registrar —le explico.

—Entonces no podremos saber a dónde va —protesta.

—No, pero no necesitamos saber el camino, solo el destino. Cuando llegue y se baje del coche, se llevará la caja con él y el satélite volverá a localizar mi teléfono. O al menos es esa mi idea.

—Pero, ¿y si deja la caja sobre el coche?

—No puede hacerlo, la caja va con él. Tampoco puede ampliar su dimensión más de cuatro metros, por lo que no puede abarcarlo todo. Además, le supone un gran esfuerzo tenerlo activo. Una vez llegue y vea que nadie lo ha seguido, no tendrá motivos para mantenerse oculto.

La respiración de Ozzy es pesada. Los siguientes cuarenta minutos se hacen eternos. Él se pasea en círculos mientras yo me muerdo las uñas y refresco la pantalla de vez en cuando.

De pronto, aparece un punto en el mapa en algún lugar de Deremen.

—Lo tengo —celebro y Ozzy se lanza a mi lado para mirar la pantalla.

Le envié a Evans la localización y le llamé de nuevo.

—Acabo de enviarte el punto donde creo que está Shalim retenida, pero Fox está con ella.

—¿Cómo has...?

—Evans, no hay tiempo para explicaciones —le corto—. Manténnos informados y trata de recuperar mi teléfono si puedes. Está en el maletero bajo el tapiz junto a la rueda de repuesto. Procura que Fox no sepa que eres tú.

Cuelgo y escucho la respiración agitada de Ozzy a mi lado. Me pone nerviosa pero no me quejo. La siguiente hora y media gatea odiosamente lenta, y cuando el teléfono vuelve a sonar, ambos damos un salto.

—¿Evans? —contesto la llamada.

—¿Ozzy? —La voz al otro lado de la línea no es la de mi hermano sino la de una mujer. Por la expresión desencajada en el rostro de Ozzy, sé que es Shalim Halil.

—Mamá —grita él y la escuchamos llorar, aunque creo que es de alegría.

—Está bien, está conmigo —interviene Evans—. Timothy la tenía en el sótano de una casa en Deremen.

—¿Te ha visto? —pregunto, ansiosa— ¿Cómo la has sacado?

—Drake me hizo invisible. Hice saltar la alarma del coche y cuando salió para ver qué pasaba, la saqué de allí.

—Mamá ¿estás bien? —nos interrumpe Ozzy.

—Sí, cariño, no me han hecho daño. Por la Fylgja, no puedo creer que esté escuchando tu

voz. Cuando desapareciste, pensé...

—Estoy bien, luego te lo explico todo —la tranquiliza—. Lo siento, mamá. Siento haberte metido en esto. Tenías razón, venir a Dámara y entrometerme iba a costarme la vida, pero nunca creí que te alcanzaría a ti también. Lo siento mucho, yo... necesito verte. ¿A dónde vais?

—Voy a sacarla de la ciudad —dice Evans—. La llevaré al motel donde nos encontramos la última vez. Nos vemos allí.

Tras despedirnos y colgar, Ozzy se pone la cazadora y yo corro a ponerme los vaqueros, aún húmedos. Lo sigo escaleras arriba, pero de repente se detiene y comienza a bajar de espaldas. Los zapatos de mi padre aparecen en mi campo de visión y suelto una palabrota.

—¿A dónde ibais? —pregunta, con una de esas sonrisas que podrían congelar la sangre a cualquiera.

—A dar un paseo por el bosque —miento, viendo cómo cierra la puerta tras él. Esto no pinta bien, pero trato de mostrarme serena—. ¿Cómo ha ido la asamblea?

—Más provechosa para unos que para otros —responde con evidente retintín.

Finjo inocencia y confusión lo mejor que puedo.

—¿Qué?

Mi padre me observa y ríe por lo bajo.

—Ni siquiera entiendo cómo la has encontrado —murmura más para sí mismo. Hay cierta fascinación admirada en sus ojos, pero pestañea y su expresión se vuelve feroz—. Te hubiera ido mucho mejor conmigo que contra mí, hija.

—¿De qué estás hablando?

Parker chasquea la lengua.

—No, ya no. Ahora sé de lo que eres capaz. Ya no puedes engañarme. Fue mi error subestimarte, pero eres tú quien se va a arrepentir de subestimarme a mí.

Dicho eso, golpea a Ozzy en el estómago. El chico gruñe y se dobla sobre sí mismo.

Me muerdo el labio para no protestar.

—Papá, creo que te estás confundiendo. Llevamos horas aquí, lo que sea que creas que hemos hecho...

—Verás, Karen, hay un pequeño fallo en tu plan y es que sé que Ozrrat Halil es el único interesado en encontrar a Shalim Halil. Ni siquiera tiene un marido o una familia poderosa que pudiera estar buscándola. No tiene a nadie a parte de su hijo, y resulta que su hijo te tiene a ti. Nadie puede seguir a Tim, pero tu cabecita debió encontrar otra forma de rastrearle. De verdad que me gustaría saber cómo, pero primero, tengo que dejarte algo muy claro, Karen.

Esta vez, le golpea en la cara y Ozzy cae hacia atrás sobre la mesa de café.

Trato de no encogerme ni pestañear. No quiero que sepa hasta qué punto me importa

Ozrrat porque eso le otorga poder sobre mí.

Me cruzo de brazos y pongo una expresión de indiferencia.

—Nada de esto es necesario. Estoy dispuesta a ayudarte en lo que sea que estás planeando, pero deja que él se vaya con su madre. Ya ha cumplido su parte del trato.

—¿Lo ha hecho? —espeta Parker, ladeando la cabeza—. Tori Baker sigue con la puta piel puesta, y estoy empezando a entender que me la jugaste aquel día también. No ibas a dejar que ocurriera. No has estado de mi parte en ningún momento, maldita ingrata.

¿Ingrata? Ni que hubiera hecho jamás algo por mí aparte de traerme a este mundo para menospreciarme. Aparte de estar a punto de matarme.

De pronto, la puerta se abre y Timothy Fox baja las escaleras. En cuanto le veo, intento retirar mi poder de Ozzy para que vuelva a ser un despojado antes de que Fox le encierre en su caja, pero no funciona.

—No te molestes, te estoy bloqueando —explica mi padre, cruzándose de brazos—. Llévatelo y avísame cuando sea seguro. La bloquearé hasta entonces.

Sus órdenes son para Fox, aunque no me quita ojo a mí. Su secuaz desaparece de mi vista al mismo tiempo que Ozzy. Lo ha metido en su caja y debe estarlo llevando a rastras.

—¡No! —ruego—. Deja que se vaya, haré lo que me digas, te lo prometo.

—Claro que lo harás, Karen. Harás todo lo que yo te diga o Ozrrat Halil sufrirá las consecuencias. Y si hay algo que sé de ti, es que no quieres que eso pase.

Me siento como si me hubieran arrancado el alma. Como si el mundo hubiera perdido su color y calor. Se supone que no debes amar a nadie más de lo que amas a tu familia, pero es Ozrrat Halil quien me ha dejado este agujero en el pecho, un vacío que me quema desde dentro. Es él quien hace que el suelo bajo mis pies se tambalee cuando imagino que algo pueda sucederle. La idea de perderlo me deja sin aliento, como si el aire mismo conspirara para asfixiarme.

Ni mi madre ni Evans movieron un dedo para protegerme de mi padre. Nunca lo hicieron. Pero Ozzy... Él me salvó. Cuando escapó de las garras de Parker, ya estaba a salvo. Podría haberse ido, podría haberse librado de todo, pero volvió por mí. Arriesgó su vida y la de su propia madre. Y lo hizo por mí. Me cuesta entender por qué, pero el recuerdo de sus ojos oscuros y decididos me asegura que no fue solo por supervivencia.

Lo lógico es creer que Ozzy me protege porque, de alguna forma, le beneficia. Tal vez sea para seguir vivo, para que mi poder lo mantenga con su piel intacta. Después de todo, así es como me criaron: el amor no es más que una transacción, algo de lo que sacar provecho. Te casas con alguien por su poder o por su apellido, y amas a tus hijos solo en función de lo que puedan ofrecerte. Proteges a alguien si con eso te proteges a ti mismo. Ese era mi concepto de amor... hasta que conocí a Ozzy.

Hay algo en su presencia que derrumba esas creencias, y me hace cuestionar todo lo que pensaba que sabía. Su existencia me vuelve vulnerable, pero también me conecta de una manera que nunca había experimentado.

—¿Qué despojados te pasa? —La voz de Arthur Bohan corta el aire como una cuchilla.

En otras circunstancias, habría dado un salto, pero ahora... ahora estoy demasiado rota para reaccionar.

Parpadeo y miro a mi alrededor. Estamos solos en el aula y la luz fría de la tarde se filtra por las ventanas, proyectando sombras alargadas sobre el suelo. Estoy a solo dos pasos de la puerta; podría correr y escapar al pasillo, pero sé que no serviría de nada. Bohan no necesita privacidad para hacerme daño.

Sus ojos, de un azul helado, me observan con una curiosidad que me desconcierta. Nunca lo había visto así, tan enfocado, casi... confundido. Tengo un resfriado brutal. Me arde la piel, noto pinchazos en los músculos y mi cabeza late con un dolor sordo. Todo eso, junto con la tristeza que cargo como una piedra en el pecho, es como tener un elefante aplastándome los hombros.

—No malgastes energía, Arthur. Ya estoy enferma —murmuro con la voz ronca, y me molesta la garganta al hablar.

—¿No he sido yo esta vez, verdad? —pregunta, ladeando la cabeza, con una curiosidad casi infantil.

—No, la vida me está jodiendo sola. Así que puedes tomarte unas vacaciones —le respondo con amargura, tratando de avanzar hacia la puerta.

Con la rapidez de un depredador, Bohan se coloca frente a mí y me empuja contra la pared, cortándome el aliento.

Forcejeo, intentando liberarme, pero es demasiado fuerte. Sus rodillas se clavan entre mis piernas, su muslo me levanta ligeramente contra la pared, inmovilizándome. Su rostro está demasiado cerca del mío, y por un instante, me quedo atrapada entre el asco y una extraña fascinación. Es guapo, de una manera cruel: su piel tersa y bronceada, sus labios llenos, sus mejillas rebosantes de salud. Me enferma pensar en lo bien que se cuida mientras yo estoy demacrada por su culpa.

Recuerdo los primeros días de su crueldad, cuando aún no había llevado las cosas tan lejos. Solía obligarme a vomitar mi almuerzo, día tras día, hasta que dejé de comer en la escuela. Quizá por eso soy tan pequeña para mi edad. Es su poder el que me ha roto por dentro y por fuera.

Su mano sube hacia mi frente, y mi cuerpo se estremece de rechazo. Me revuelvo, pero él me sostiene con facilidad, como si no le costara nada.

—Shhh... —sisea, con una calma que solo me provoca más miedo—. No voy a hacerte daño. No es divertido si ya estás enferma.

De repente, siento algo extraño. El dolor en mis músculos desaparece, mi cabeza deja de latir y ya no estoy congestionada. Mi cuerpo, aunque aún agotado, parece recuperarse en cuestión de segundos.

—¿Me... me estás curando? —pregunto, incrédula, incapaz de procesar lo que está sucediendo.

Arthur da un paso atrás, su rostro se oscurece por un momento, como si se arrepintiera de lo que acaba de hacer.

—Me gusta pensar que tu malestar es solo mío —dice, con la frialdad de un psicópata. Me observa durante unos segundos, con las manos en los bolsillos de sus vaqueros, y después, sin decir una palabra más, gira sobre sus talones y sale del aula.

La puerta se cierra tras él, y el silencio se hace insoportable. Recuerdo, de pronto, las palabras de Kyle Dobrev cuando me encontraron con la cara cubierta de granos.

"Le gustas, ¿sabes?"

Las palabras resuenan en mi cabeza, como un eco distante pero persistente. Mi mente

comienza a plantearse todas las formas en las que podría sacar provecho de eso, en el caso de que sea cierto. Y aunque no sea del todo verdad... ¿Habr  alguna forma de hacer que ocurra?  Puedo hacer que Arthur Bohan se enamore de mí?

Está atardeciendo en el parque Winslow de Deremen. El aire se ha vuelto frío y los pocos niños que aún quedan en los columpios se han puesto las chaquetas. El sol comienza a ocultarse tras los árboles, extendiendo largas sombras sobre el suelo. Llevo dos horas sentada en un banco de madera, a poca distancia del parque infantil, esperando pacientemente a que la Reina Yadra pique el anzuelo.

Le pagué cien damarines a un chico para que comprara una tarjeta de prepago a su nombre. Le dije que era para hablar con mis amigas sin que mi madre curioseara. Él no hizo demasiadas preguntas; aceptó el dinero sin dudar. Después de todo, ¿quién sospecharía de una terrorista de trece años?

Utilicé esa tarjeta para enviarle un mensaje a Yadra:

Sé lo que quieres. Puedo ayudarte a conseguirlo. Parque Winslow (Deremen), 18:00.

El día de la asamblea debió ser todo un espectáculo. Mi madre fue destituida como Hersir, comandante de la guardia dámara, a raíz de lo ocurrido en Bólid, dejando así un asiento vacío en el Parlamento. La mayor beneficiada de esta situación es la misma persona que lo provocó: la reina Yadra. No tengo pruebas, pero tampoco dudas. Yadra planeaba colocar a Pender Olicast en el parlamento y así inclinar la balanza de poder a su favor, tras años de estar en desventaja frente a los Armstrong.

Sin embargo, no contaba con la locura de mi padre. Él sorprendió a todos al ofrecer, a través de su candidato Timothy Fox, un sorteo de un viaje a las montañas del Alto Glin para celebrar la Flygja, con todos los gastos pagados para un grupo de inválidos. Ese gesto, aparentemente altruista, cambió las votaciones a su favor. Es curioso cómo algunos dámaros, que no forman parte de la élite, están dispuestos a votar por quienes los oprimen. Tal vez creen que las pirámides sociales son la única manera de mantener el orden, y que cualquier otra alternativa puede conducir al caos absoluto.

Aquellos que no conocen bien los prejuicios de mi padre, piensan que los Armstrong están moderando su postura. Los que realmente saben cómo es, comprenden que esto es solo una maniobra desesperada para no perder el control del Parlamento. Aunque, en realidad, es algo más. Mi padre me explicó su verdadero plan el día que se llevó a Ozzy. Quiere eliminar a Tori, aunque acabe con varios inválidos en el proceso. Para él, los daños colaterales no son un problema; de hecho, son parte del incentivo. Se ha convertido en un fanático de la pureza

genética, y nadie se percatará de la gravedad de su radicalización hasta que sea demasiado tarde.

Como resultado, Timothy Fox ganó la votación, y todo lo que hizo Yadra en Bólid, causando la muerte de decenas de bolidianos, fue en vano. Ahora, nuestra centenaria regente debe estar fuera de sí, y yo planeo aprovechar esa frustración.

A las siete y media, cuando ya estoy convencida de que mi plan ha fracasado, un hombre se sienta a mi lado. No reconozco su rostro, pero sus rasgos revelan que es del Bajo Glin: piel oscura, nariz ancha y labios generosos, con rizos apretados que se alzan en una cresta que desafía la gravedad.

—Habla —dice, mientras contempla el camino de árboles que se va cubriendo con hojas anaranjadas.

Debe ser un dámaro mestizo. Algunos crecen en el mundo humano hasta que manifiestan su poder. A veces logran ocultarlo lo suficiente como para evitar ser registrados en Dámara.

Sigo observando a los niños que juegan, corriendo de un lado a otro, sin preocuparse por el frío. Incluso entre ellos, las jerarquías de poder son evidentes. Tal vez dominar o ser dominado es algo inherente en todos nosotros. Pero yo ya me cansé de estar siempre en lo más bajo.

—Solo hablaré con ella —digo con calma, sin apartar la vista del parque.

El hombre suelta una risa breve, burlona. Debe tener la edad de mi padre, aunque es difícil saberlo con la gente del Bajo Glin. Parecen adultos cuando son jóvenes y más jóvenes cuando son mayores. Podría tener entre veinticinco y cuarenta años.

—Ni en broma —responde.

Asiento lentamente y me levanto del banco, con movimientos controlados, sin mostrar prisa.

—Deséale suerte en el Parlamento —le digo antes de alejarme con determinación.

Apenas unos minutos después, escucho sus pasos acercándose rápidamente. Me alcanza y comienza a caminar a mi lado.

—Sígueme —ordena con autoridad, y acelera.

Lo hago sin decir una palabra. Me guía hasta un Jaguar negro y brillante, aparcado junto a la acera del parque. Me indica con un movimiento de cabeza que suba a la parte trasera, y le hago caso. Él se acomoda en el asiento del copiloto.

Al volante hay una mujer joven, con el cabello castaño largo, recogido en una coleta baja. Enciende el motor sin hacer preguntas y nos alejamos del parque Winslow.

—¿A dónde? —pregunta, mientras revisa el tráfico a través del espejo retrovisor.

Su acento bolidiano es inconfundible. Es otra prueba de que Yadra recluta dámaros mestizos no registrados para su séquito personal. No me sorprende en lo más mínimo; por eso la contacté. Sé que Yadra tiene recursos con los que yo ni siquiera podría soñar.

—A la celda —responde el hombre, sin dejar de observar el paisaje. O tal vez esté

asegurándose de que nadie nos sigue.

Avanzamos en completo silencio durante casi una hora. Solo veo árboles a ambos lados de la carretera, interminables, cerrándose sobre nosotros como un túnel verde. No estoy segura de si nos dirigimos hacia Dámara o Brunem, pero espero regresar a tiempo para tomar el último tren o que me dejen en algún lugar desde donde pueda volver a casa. Aprieto los dientes, odiando lo vulnerable que me hace ser tan joven y tener tan pocos recursos. Es ridículo que tenga que preocuparme por detalles triviales cuando lo que realmente está en juego es mucho más grande.

Finalmente, giramos por un camino de tierra que se adentra en el bosque. Avanzamos unos minutos más hasta detenernos en una pequeña explanada.

La mujer al volante me observa a través del espejo retrovisor.

—Quítate toda la ropa —ordena, su tono seco y directo.

Trago saliva, nerviosa por su petición. Ya me siento lo suficientemente vulnerable siendo una chica de trece años.

Me desvisto lentamente. Cuando me he quitado toda la ropa, bajamos del coche. Salgo por el lado de la conductora, prefiero enfrentar su mirada antes que la del hombre.

—Los zapatos también —añade, y me los quito sin rechistar.

Procuro no encogerme mientras me inspeccionan, buscando cualquier cosa oculta. Una vez satisfechos, el hombre me indica que lo siga, mientras la bolidiana camina unos pasos detrás de mí. Noto su mirada fija en mi espalda, aunque no la vea.

Llegamos a una celda dámara en el centro de la explanada: cuatro paredes de cristal reforzadas con ADN bloqueador. Dentro solo hay una mesa y una silla.

Me piden que entre y cierran la puerta a mi espalda. Mi poder no funciona en el interior, pero me consuela que la temperatura es más agradable que fuera.

Por supuesto, Yadra no entra en la celda. Si lo hiciera, su habilidad de ser indestructible se vería anulada por el ADN bloqueador, dejándola vulnerable. Lo entiendo. Estar expuesta, permitir que alguien te haga daño, es una de las cosas que más odio. Quizás por eso envidio tanto su poder.

Finalmente, aparece frente al cristal. Sus ojos azules, antiguos, me observan con una calma perturbadora. Su voz suena a través del interfono:

—Estoy intentando entender por qué la hija de Parker Armstrong querría hacer algo por mí.

—No quiero hacer nada por ti —respondo, viendo cómo levanta una ceja—. Quiero hacer algo por mí, y resulta que eso también te beneficiaría a ti. Así que pensé que podrías ayudarme.

He logrado captar su atención. Vi una vez un documental que explicaba que la sinceridad vende mejor que cualquier argumento. Cuando alguien cree que le dices la verdad, baja sus defensas y te ve como un aliado. Eso es exactamente lo que quiero que Yadra piense de mí.

—Explícate —dice, tomando asiento en una silla cómoda que le han traído. No es una de esas plegables, sino de madera pesada, con respaldo y asiento acolchados, como las que encuentras en los comedores de las mansiones antiguas.

—Mi vida sería infinitamente mejor si mi padre se mudara a una celda como esta —comienzo. No pienso darle demasiados detalles. La información es poder, y no estoy dispuesta a regalárselo—. Tu vida también mejoraría si Parker cambia su asiento en el Parlamento por una celda dámara.

Yadra me observa sin inmutarse, pero tengo algo que ella desea. Y cuando sabes lo que alguien más desea, te vuelves irrechazable.

—Qué bien, parece que compartimos el mismo sueño —responde, poco impresionada.

—Sé cómo hacer que no se quede solo en un sueño —me apresuro a decir—. Mi padre planea hacer algo ilegal. Es lo suficientemente grave como para que nos olvidemos de él durante mucho tiempo. Sé cómo, cuándo y dónde. Con mi información y tus recursos, podemos hacerle caer.

—¿Y cómo sé que no me estás tendiendo una trampa? —pregunta, con cierta cautela.

—Porque soy yo la que va a cometer el crimen por él —replico, segura.

Yadra entorna los ojos, estudiándome con más atención. Se levanta de su silla y se acerca al cristal para mirarme directamente.

—Entonces... ¿cómo despojados planeas inculparle a él? —pregunta, con genuina curiosidad.

Sonríó levemente antes de empezar a contarle mi plan. Si fuera cualquier otra persona, no me tomaría en serio por mi edad. Pero Yadra, una centenaria con el aspecto de una niña de nueve años, sabe mejor que nadie mirar más allá de la juventud de un rostro.

Los dámaros élités, o con familiares élités que puedan invitarlos, tenemos la tradición de pasar la Navidad en las montañas de Gelia, esquiando durante el día y disfrutando de los lujosos hoteles rústicos durante las noches.

Por supuesto, él no se acerca a la cima de la montaña donde ella se aloja con los demás inválidos que han ganado el sorteo que ofreció Fox como parte de su campaña electoral. Prefiere quedarse bailando y bebiendo con los demás invitados en el hotel, donde todos pueden verle. Así se asegura de tener una coartada.

Soy yo quien debe llevar, uno a uno, a los despojados a la zona del ataque. Fox es mi chófer. Hacemos tres viajes ocultos en su furgoneta.

Mi primera condición ha sido que movamos a Ozzy el primero. Timothy no lo tenía en el agujero junto a los otros dos despojados, sino escondido en el sótano de una casa en Bólid. Cuando me reúnen con él y le traigo de vuelta de su estado de despojado, disimulo la sensación de alivio que me invade al verlo sano y salvo. También ignoro sus preguntas y exigencias de que le explique qué está ocurriendo. No tiene escapatoria, estamos atrapados en la caja de Timothy.

Le llevo a la jaula que mi padre ha organizado para que alguien la situara cerca del lugar donde se aloja Tori y los demás inválidos. Es más amplia que la que usó para transportar a Ozzy. Se supone que vamos a mantener a los tres despojados ahí guardados hasta que llegue el momento de soltarlos.

—Quítate toda la ropa —le ordeno, hablando con él por primera vez.

Ozzy me mira, sus ojos desorbitados, incapaz de procesar lo que acabo de decir.

—No tienes que hacer esto, Karen —ruega, dando un par de pasos hacia mí.

Cierro la puerta de la jaula y le contemplo desde el otro lado, fuera de su alcance.

—Quítate la ropa —repito, mi voz más firme esta vez.

—¿Por qué? —exige saber, sus ojos fijos en los míos, buscando respuestas—. Si la intención es que ataque a Tori, no hace falta que me desnude para eso. ¿Qué estás planeando?

—Si mi padre te controla a ti, me controla a mí —le respondo—. Eso se acaba hoy. Quítate la ropa.

Ozzy suspira y me mira, dubitativo. Hemos pasado más de un mes juntos, enfrentando peligros mortales, pero aún no confía completamente en mí. Para él, lo correcto es dejar morir a alguien que amas si con eso salvas a desconocidos. No comparto esa opinión.

Finalmente, hace lo que le pido y comienza a desvestirse. No quiero mirarle, pero tampoco aparto la vista. Esto va más allá de la vergüenza o el pudor. Mientras se quita cada prenda, le hago una pregunta clave, una que ha rondado mi cabeza desde hace tiempo.

—¿Cómo funciona el poder de Tori?

Ozzy se quita los calzoncillos y se descalza. Su cuerpo delgado y pálido queda expuesto, con restos de sangre seca cubriendo su piel.

—Los despojados no pueden hacerle daño —dice después de unos segundos, pensativo—. Una vez entren en contacto con su piel, no atacarán a nadie más. ¿Qué planeas?

Es demasiado complicado para explicárselo en este momento, y además, no tengo tiempo. Timothy Fox me espera en la furgoneta a unos quinientos metros.

Le hago un gesto para que me entregue la ropa a través de las rejas y la guardo en una bolsa que dejo junto a la caseta.

—Entonces, reza porque lleguen primero a Tori —le digo antes de retirar mi poder de él.

Me alejo de allí, ignorando los rugidos de frustración que lanza detrás de mí. En este momento, tanto su versión normal como su versión despojada tienen las mismas ganas de asesinarme.

Timothy me lleva al agujero donde se suponía que yo iba a morir en la visión de Ozzy. Allí saco a la segunda despojada. Es una mujer, y se presenta como Eileen Cooper, aunque preferiría no saber su nombre. Le doy una manta para que cubra su cuerpo y le miento, diciéndole que estamos intentando curarlos definitivamente, pero que hasta que no sepamos cuánto dura mi poder, tengo que llevarla a un lugar seguro.

Ignoro el brillo de esperanza en sus ojos, sabiendo que nunca tendrá esa segunda oportunidad que cree haber encontrado. Mi poder está destinado a Ozzy, pero al menos, con esta mentira, le estoy regalando unos momentos de paz.

Antes de meterla en la celda con Ozzy, le pido que me devuelva la manta y lleno un pequeño frasco con la sangre que aún tiene pegada a su piel.

—Es para la investigación —le miento nuevamente.

La dejo en la caseta con Ozzy, alternando mi poder entre ellos rápidamente, usando su cooperación momentánea para evitar que ninguno escape. Sé que, en el próximo viaje, Timothy vendrá conmigo para asegurarse de que he cumplido con mi parte del trato, y de que los tres despojados están en la celda.

Aprovecho este breve instante de soledad para esconder el frasco de sangre de Eileen dentro de la bolsa con la ropa de Ozzy.

Repetimos el proceso con el tercer despojado, un hombre llamado Alberto Mendoza. Tal como predije, Timothy Fox viene conmigo para comprobar que hay tres despojados en la caseta. Además, aprovecha para colocar explosivos en una de las paredes.

Compruebo que la bolsa con la ropa de Ozzy y la sangre de Eileen ha desaparecido durante el tiempo que tardamos en traer a Alberto Mendoza. Yadra está cumpliendo con su parte del trato.

A las cinco y media de la mañana, Timothy me deja en el pueblo donde se alojan los dámaros élitos y sus familias. Mi padre sigue bebiendo en el bar del hotel con el Hersir del muro de Brunem. Es algo que suelen hacer cada año durante la Flygja. Este año lo ha alargado más de lo habitual para asegurarse una coartada mientras Fox se encarga de rociar la furgoneta con gasolina y prenderle fuego. No quieren dejar pistas que puedan relacionarles con el ataque que está a punto de suceder.

Aún no ha amanecido cuando Richard Brownwell, un camaleón que trabaja para mi padre, le hace una llamada a Evans, imitando la voz de Ivah. Le dice que tiene dolores de parto y que debe venir al pueblo inmediatamente. Esa es la penúltima fase del plan de Parker: sacar a Evans de la cabaña donde se aloja Tori antes de que detonen los explosivos y salgan los despojados.

Es un buen plan. Pero el mío es mejor.

Mientras Evans regresa al pueblo, Mampika Brewel, el hombre que me recogió en el parque Winslow y que trabaja para Yadra, me espera a las afueras del pueblo en una furgoneta blanca con el dibujo de una barra de pan y dos espigas de trigo. Me escondo en la parte trasera y me lleva de vuelta a la jaula una hora antes de la detonación, para que pueda sacar a Ozzy.

Mampika tiene el poder de paralizar a otros, lo que hace mucho más fácil sacar a Ozzy sin que se escapen los otros dos despojados. Aunque acaba sudoroso y jadeando por el esfuerzo.

Saco ropa adecuada para la nieve y se la entrego a Ozzy mientras Mampika devora varias barritas energéticas para recuperar fuerzas.

—Síguenos —le ordeno una vez que se ha vestido.

—¿Por qué me hiciste desnudarme? —pregunta mientras nuestras botas crujen sobre la nieve, que llega hasta las rodillas—. ¿Por qué me separas de los otros?

—Ya te lo dije. Hoy mi padre deja de controlarte a ti y a mí. —No me detengo para mirarlo; sigo caminando hacia el sótano frente a uno de los bungalows.

Cuando despliego la escalera, Ozzy se detiene. Mira a Mampika, que está a unos metros de nosotros, y luego me habla en un tono bajo.

—Karen, sea lo que sea que estés planeando, todavía hay tiempo de llamar a la guardia dámara y contarles todo.

Debe pensar que Mampika trabaja para Parker. No tengo tiempo para explicarle cada detalle de mi plan.

—Confía en mí —le digo, repitiendo sus propias palabras—. Yo confié en ti.

—Sí, y mira adónde nos llevó eso. Tori y Evans podrían haber muerto. Me equivoqué, Karen. Jugar con despojados es demasiado peligroso. No importa lo que esperes obtener de esto, no vale la pena.

—Entra —le respondo, empezando a perder la paciencia.

Ozzy alza la vista hacia los bungalows.

—¿Está Tori aquí? ¿Hay más gente? —susurra—. Tenemos que avisarles. Tenemos que llamar a la guardia dámara. Aún estamos a tiempo de parar todo esto.

—No estaremos a salvo hasta que Parker Armstrong esté en la cárcel —respondo en voz alta, y él frunce el ceño al oírme ser tan abierta sobre ello. Confuso, lanza una mirada hacia Mampika.

—Trabaja para Yadra —le explico—. Entra, me estás retrasando.

Ozzy niega con la cabeza.

—No puedo quedarme de brazos cruzados mientras... —se interrumpe de repente, soltando un quejido ahogado. Está paralizado.

—Ayúdame a meterlo en el arcón —le pido a Mampika, que lo mantiene paralizado ya que se niega a seguir nuestras órdenes.

Mampika lo agarra por debajo de los brazos y yo le tomo los pies. Lo bajamos al sótano, donde hemos colocado un arcón reforzado.

Ozzy emite sonidos de protesta durante todo el trayecto, hasta que cerramos el arcón y retiro mi poder de él.

Salimos de allí, y Mampika me lleva de vuelta al pueblo.

Voy a la habitación doscientos trece, la de Ivah, y me encuentro con Evans saliendo de ella.

—¿Qué haces levantada? —pregunta, extrañado. Ivah sale detrás de él, con el rostro hinchado por el sueño.

Me apoyo contra la pared, masticando una barrita energética que me ha dado Mampika. Estoy agotada.

—Déjame adivinar: has recibido una llamada de Ivah diciéndote que estaba de parto, pero cuando llegaste, ella seguía durmiendo y su teléfono había desaparecido.

Ambos me miran con sorpresa.

—¿Qué está ocurriendo? —pregunta Evans.

—Tenemos que volver a la cima —me apresuro en decir, porque los explosivos ya han debido de romper la pared y hay dos despojados sueltos.

—Cinco dámaros han sido despojados en la cima Kimjel, en los montes del Bajo Glin —dice la reportera en la televisión.

Cinco personas. Han muerto cinco personas a raíz de mi plan, y aun así no me arrepiento. Mentiría si dijera que no imaginé que podía haber víctimas con dos despojados sueltos. Tenía la esperanza de que Tori llegara a ellos primero y de que pudiera evitarse todo este caos. Pero en el fondo, tuve en cuenta que cuando juegas con despojados, hay riesgos. Y esos riesgos son vidas humanas.

He sabido desde siempre que algo oscuro habitaba en mi interior, algo que crecía en silencio. Pero esta es la primera vez que me veo obligada a enfrentar esa oscuridad, la primera vez que ese lado sombrío me mira directamente a los ojos. Y lo que veo me desconcierta. No es el rostro de mi padre ni el de Bohan, como había esperado. Es mi propio reflejo. La oscuridad tiene mi rostro.

Quiero sentir arrepentimiento, pero mi mente, práctica como siempre, no me deja. Es como una calculadora que sopesa pérdidas y ganancias, buscando el resultado final. Fueron cinco personas ayer, pero si mi padre sigue libre, si sigue degenerándose, las víctimas podrían ser muchas más en el futuro. Por eso, el balance de mi plan será positivo.

—Se cree que el ataque de ayer fue orquestado por el mismo autor del atentado de hace casi dos meses en la ciudad de Bólid —continúa la reportera.

Al otro lado de la habitación, mi padre observa la pantalla. Aunque no se atreve a sonreír porque mi madre está presente, noto un brillo de satisfacción en sus ojos. Para él, la operación ha sido un éxito. Tori está en el hospital. No llegó a despojarse por completo, pero las toxinas que la invadieron podrían dejarla en trance neural cuando despierte. Desde su perspectiva, todo ha salido como esperaba. Pero lo que no sabe es que está a punto de descubrir que mi plan era más astuto que el suyo.

Llaman a la puerta, y mi madre va a abrir. Dos guardias dámaros entran en la suite del hotel. El brillo de sus placas de asuntos internos destella bajo la luz artificial mientras avanzan con paso firme hacia nosotros.

—¿Parker Armstrong? —pregunta uno de ellos.

Mi padre frunce el ceño al ver a los dos agentes frente a nosotros. La pregunta es una mera formalidad. Todo el mundo en Dámara sabe quién es Parker Armstrong, uno de los miembros más notorios del Parlamento.

—¿Qué ocurre? —responde, aunque puedo ver que empieza a intuir lo que está por venir.

—Queda detenido por el presunto asesinato de cinco dámaros en la cima del Kimjel —recita

el agente, sin titubeos.

El impacto de las palabras lo deja atónito. Tensa la mandíbula y su mirada se endurece.

—¿Cómo dice? —responde, como si no pudiera creer lo que acaba de escuchar.

Mi madre mira la escena, paralizada. Sus ojos están abiertos de par en par mientras trata de asimilar lo que está ocurriendo.

Uno de los agentes saca unas esposas de su cinturón, y el otro descansa la mano sobre la culata de su pistola, manteniéndose alerta. Mi padre, al darse cuenta de la seriedad de la situación, parece asustarse por primera vez.

—Tiene derecho a un abogado y a un juicio dámalo —continúa el agente, colocándole las esposas con un gesto firme y eficiente.

—¿Qué clase de broma es esta? —grita mi padre, su rostro desfigurado por una carcajada nerviosa.

—¿Qué está pasando? —interviene mi madre, desconcertada.

—Se ha encontrado el vehículo utilizado para transportar a los despojados a la cima, con restos de ADN de su marido —responde el agente, mientras ajusta las esposas.

—¡Eso es imposible! —niega Parker. La desesperación empieza a deslizarse en su voz, y veo cómo su mente, tan afilada y calculadora como siempre, intenta buscar una salida. Pero lo que mi padre no sabe es que todas las puertas están cerradas.

Lo que está ocurriendo no es imposible, solo improbable. Para empezar, Parker nunca movió a los despojados él mismo. Lo hice yo con Timothy Fox, pero ese automóvil fue calcinado por este último, sin dejar restos incriminatorios de ninguno de los dos. El vehículo que han hallado los guardias, gracias a una llamada anónima, es otro. Un vehículo donde el equipo de Yadra ha colocado pelo y restos de piel de mi padre. Es algo fácil de obtener cuando vives con una persona. También han encontrado, bajo la lona que cubría la parte de atrás, restos de sangre de Eileen Cooper. Provenientes del vial que tomé de ella. Eso prueba que un despojado viajó en ese vehículo con Parker.

—Pasé toda la noche en el bar del hotel, pueden comprobarlo con el Hersir de Brunem, Jules Dickson. ¡Vamos, llamadlo! —los insta.

—Ya lo hicimos. El señor Dickson abandonó el bar del hotel a las tres y media de la mañana y pasó el resto de la noche en el hospital con su esposa, quien sufrió una intoxicación alimentaria —dice el agente, implacable.

O puede que alguien echara algo en su comida para que enfermara y Dickson tuviera que marcharse, evitando que mi padre tuviera una coartada sólida. Me tiemblan las manos mientras me concentro en que mis pensamientos no se vean reflejados en mi rostro.

—Sí, su mujer lo llamó al cuarto porque no se sentía bien —insiste mi padre, exasperado—, pero Dickson volvió a los diez minutos. ¡Eso pueden confirmarlo los camareros!

El agente no se inmuta.

—Lo siento, pero tanto el propio Hersir como su esposa y los doctores que los atendieron han testificado sobre su paradero —continúa, sin un atisbo de emoción en la voz.

—¡No! ¡No puede ser! Estuve con él hasta... —Mi padre se detiene de repente. Su rostro se ilumina con una extraña mezcla de pánico y comprensión. Sus ojos se abren de golpe, como si hubiera descubierto algo crucial—. ¡Era un camaleón! —grita, mirando frenéticamente a los guardias—. ¡La persona que regresó no era Dickson, era un camaleón haciéndose pasar por él! ¡Me están tendiendo una trampa! Pregunten a los camareros del bar.

El agente que lo sostiene por los brazos mira a su compañero y asiente. Hay un intercambio silencioso entre ambos. Se nota que ya han escuchado teorías similares de otros detenidos antes.

—Llamaremos a los testigos que menciona, pero debe acompañarnos ahora —dice el otro agente, manteniendo la calma.

—¡Háganlo! —vocifera mi padre, ya fuera de sí—. ¡Esto es obra de Yadra! ¡Yadra me ha tendido esta trampa! ¡Ella debió matarlos para incriminarme!

De repente, sus ojos furiosos se posan sobre mí. Es como si todo lo demás se desvaneciera, y solo quedáramos él y yo en la habitación. El brillo de la ira es tan intenso que me siento momentáneamente expuesta.

—¿Tú has tenido algo que ver con esto? —grita, y la tensión se eleva en el aire—. ¡Tú te has aliado con esa zorra para incriminarme! ¡Maldita hija de puta!

Hace el amago de abalanzarse sobre mí, y me encojo sobre mí misma. Dejo que mis ojos se llenen de lágrimas y que mis hombros empiecen a temblar. Rompo a llorar y me escondo detrás de mi madre, que se queda congelada, sin saber cómo reaccionar.

El agente que está frente a mi padre saca su pistola y lo apunta directamente.

—¡No! ¡Para! —exclama mi madre, todavía incrédula por la escena que se desarrolla frente a sus ojos—. ¡Parker, déjala en paz!

Mi padre se detiene en seco. Durante un segundo parece darse cuenta de lo que está haciendo, y de que su actitud a ojos de otros le hace parecer un demente.

—¿Te has vuelto loco? —jadea mi madre, mirándolo con los ojos desorbitados. El dolor y el miedo son evidentes en su rostro.

Mi padre, por primera vez, no responde. Se limita a mirar a su alrededor, viendo como su vida se desmorona frente a él, ladrillo por ladrillo.

—Camine o tendré que dispararle —advierte el guardia, su voz tensa, mientras mantiene el arma firmemente apuntada.

Parker se calma de golpe. Respira profundamente, intentando recuperar el control de la situación, pero es inútil. Hace lo que le dicen y empieza a caminar hacia la puerta, sin mirar atrás. El aire en la habitación parece haberse congelado. Todo el poder que solía tener sobre

nosotros, sobre mí, se desvanece con cada paso que da hacia la salida.

Estoy segura de que, en su mente, ya está planeando su venganza. No es alguien que se rinda fácilmente, y estará convencido de que tarde o temprano conseguirá probar que le tendieron una trampa. Pero lo que no sabe es que no será tan sencillo. Yadra y yo hemos atado bien los cabos. Sus únicos testigos, los camareros que vieron a mi padre con el camaleón que se hizo pasar por Jules Dickinson, trabajan para Yadra. Ambos consiguieron el empleo en el hotel hace meses a propósito, como parte de la plantilla de refuerzo para la temporada alta de esquí y las fiestas navideñas. Después se ofrecieron para hacer el turno de la Nochebuena que nadie quiere. Por esa razón, ninguno va a corroborar la declaración de mi padre. Está solo.

Mientras los agentes lo sacan de la suite, mi madre se derrumba en el sofá. Tiene la mirada perdida, sus ojos aún desorbitados por el shock. No puedo culparla. Durante años, ha estado atrapada en la red de manipulación de mi padre. También ella fue una víctima, aunque su papel fuera diferente al mío.

Me acerco a ella lentamente y, tratando de moverme igual que haría alguien que tiene demasiado para procesar. Me dejo caer a su lado, abrazándola como si fuera una niña pequeña otra vez. Por un momento, ninguna de las dos dice nada. Solo el ruido lejano de la televisión sigue sonando en el fondo, aunque no le prestamos atención.

Mi mente, sin embargo, no deja de trabajar. Los engranajes giran, calculando los siguientes movimientos. Sé que mi padre intentará volver. Que hará todo lo que esté en su mano para vengarse. Pero también sé que esta vez él es quien está atrapado.

UN AÑO MÁS TARDE

—No lo entiendo, ¿por qué no funciona? —se queja Tori, visiblemente frustrada. Da vueltas en círculo por nuestro salón, mientras Evans y yo estamos sentados el uno frente al otro.

Dobrev, una de las víctimas despojadas aquella mañana en Kimjel, pero no lo ha conseguido. No le he dejado. No es que tenga algo contra Dobrev, aunque se guardara la predicción sobre mi muerte a manos de un despojado, pero tengo mis razones para no querer compartir mi poder con Evans y ser la única que puede traer a una persona despojada de vuelta a la vida.

La pega del poder de mi hermano es que el dámaro emisor tiene que estar de acuerdo en compartir su habilidad para que el copycat pueda aprenderla, y yo no estoy de acuerdo. De momento debo ser la única que puede recuperar a uno de nuestros amigos despojados para conseguir lo que quiero, pero eso no es algo que pueda confesarles a ellos.

—Vamos a intentarlo de nuevo —dice Evans agotado.

No tiene ni idea de que me estoy resistiendo, aunque creo que él y Tori empiezan a sospechar. Voy a tener que presentarles alguna prueba para que me dejen tranquila.

Ozzy también se pone pesado con el tema de Dobrev y no deja de insistir en que permita vivir a su amigo en lugar de a él.

—Aunque mi poder esté empleado en ti, no te equivoques —le dije hace poco—. Es mi poder, no el tuyo. Lo uso en quién yo quiera. Kyle Dobrev no significa nada para mí. Tú me salvaste la vida, él no hizo nada.

—No puedo más. —Evans se deja caer en el sofá agotado y sudoroso. Copiar habilidades de otros dámaros es el poder que más energía le lleva—. Seguimos mañana.

Asiento en silencio mientras me levanto. Tori se va a la cocina para prepararle algo de comer. La relación entre ellos es curiosa. No son pareja oficial, pero se aman. Evans tiene celos por la forma en que Tori extraña a Dobrev, aunque nunca lo admite. A pesar de eso, sigue intentándolo, desesperado por traerlo de vuelta cuanto antes.

Idiota.

Subo las escaleras a la primera planta, hacia el cuarto de Ozzy. Llevamos dos meses aprendiendo Brunemen juntos, y vi que van a proyectar una película en versión original en el centro de la ciudad. Tal vez le apetezca ir a verla.

—¿Vamos a...? —Me detengo en seco al abrir la puerta y ver que no está solo.

Drake López, el novio de Dobrev, está con él. Y no me refiero solo a dentro de la habitación, sino que tiene la mano bajo su camiseta y le besa el cuello.

Es como si me hubieran dado una bofetada. Me quedo paralizada, con la boca abierta. Ellos también se han quedado congelados, y aunque se apartan rápidamente, no hace falta ser un genio para entender lo que está pasando.

Me doy la vuelta y salgo del cuarto, caminando deprisa por el pasillo. Mis pasos suenan fuertes en el silencio.

—Karen —escucho su voz detrás de mí, pero no me detengo.

Bajo las escaleras con rapidez, y Ozzy me sigue. Me toma del brazo, y eso me sorprende. Él nunca me toca, jamás. Pensé que no le gustaba el contacto físico, pero no parecía disgustado con Drake hace unos segundos.

Tiro de mi brazo para deshacerme de su agarre y él frunce el ceño, como si fuera yo la que está haciendo algo mal.

—Deberías llamar a la puerta antes de entrar —se queja, molesto—. Y cuando sales, cierras la puerta como estaba.

¿De verdad me está echando la bronca ahora?

Me duele el pecho y siento las lágrimas amenazando con salir. Pero yo no lloro. No de verdad, al menos.

—No lo entiendo —comienzo, ignorando su sermón—. Aquel día, en el cuarto de Tori, se supone que su poder solo funcionaba sobre ella misma. ¿Es que te ha tocado en otra ocasión? ¿Tori te ha homosexualizado sin querer igual que hizo con Drake?

Ahora que lo pienso, también le he visto tocar a Tori, besos, abrazos, caricias, pero creía que solo lo hacía cuando Evans la estaba bloqueando. ¿Soy la única persona a la que nunca toca?

—No, Tori no me ha cambiado, siempre he sido así —revela, cruzándose de brazos.

Sacudo la cabeza. No puede ser.

—Me hablaste de novias de tu pasado —le recuerdo, mi voz es apenas un susurro.

Ozzy suspira, con la cabeza inclinada.

—Soy bisexual, Karen.

Me quedo callada. Trato de asimilar lo que acaba de decirme. Finalmente, logro preguntar, con la voz más baja de lo que me gustaría:

—Entonces, ¿también te gustan las chicas?

Ozzy asiente, aunque parece reacio.

Mis manos tiemblan mientras me aferro con fuerza a la barandilla. Nos hemos quedado parados en el limbo entre la planta baja y la planta alta. Tal vez, por eso siento que lo que diga en ese momento no cuenta o quizá verle con Drake me ha trastornado, pero el caso es que las

siguientes palabras que salen de mis labios son una novedad entre nosotros:

—¿Y yo? —Mi tono es muy suave, tanto que parece que no he dicho nada, pero él lo ha escuchado—. ¿Te gusto yo?

Mira para otro lado, suspirando, y se frota la frente.

—Tienes trece años, Karen.

—Voy a cumplir catorce en unos meses.

—Y aparentas incluso menos.

Esas palabras son un cuchillo justo en el corazón. Él lo nota enseguida, porque su rostro cambia y sus ojos muestran arrepentimiento. Sabe que es algo que odio.

—Lo siento. No quise decir eso.

—Pero lo has dicho.

Nos miramos en silencio durante un momento. Sé que no hay vuelta atrás. Que, de alguna forma, todo ha cambiado entre nosotros.

—No hay nada de malo en ti. Es solo que no tenemos la misma edad y no es...

—¿Y si la tuviéramos? —interrumpo.

Puedo ser una zorra calculadora, pero no soy una loca delirante. No he podido imaginar lo que hay entre nosotros.

Ozzy se muerde el labio. Sus bonitos labios con los que fantaseo a menudo.

—Yo... no lo sé. No me lo he planteado —miente—. Las cosas son como son y ya está.

Oh, pero esa es mi especialidad. Darle la vuelta a situaciones imposibles. Esta misma casa es testimonio de ello. Antes era un lugar en el que Evans no entraba, mi madre vivía acongojada y yo sangraba a manos de mi padre. Ahora todos la consideramos un refugio donde vivir en paz. Incluso Tori.

Nos miramos en silencio durante unos instantes y veo algo en su rostro que mejora mi humor de golpe: culpabilidad y vergüenza.

—No es correcto que yo piense en ti de esa forma. —susurra, y por la manera en que lo dice, sé que no es la primera vez que tiene ese diálogo consigo mismo.

—De acuerdo —respondo con calma, y él entorna los ojos, extrañado por mi docilidad.

Le hago un gesto para que vuelva con Drake. Ozzy me observa unos segundos antes de regresar escaleras arriba.

—Drake no te quiere, por cierto —le digo antes de que llegue al último escalón—. Solo eres un premio de consolación para él.

Ozzy se detiene, pero no se gira para mirarme.

—¿No has pensado que tal vez nos consolamos mutuamente? —responde antes de desaparecer.

¿Consolarse mutuamente? ¿Habría algo más que amistad entre Ozzy y Dobrev? Ahora

que sé que es bisexual, no puedo evitar planteármelo. Maldito Dobrev, ¿Qué le ve la gente a esa rata albina?

Sea lo que sea lo que hay entre Drake, Ozzy y Dobrev, no importa. Porque Ozzy y yo hemos nacido el uno para el otro. Lo sé porque además tengo la herramienta perfecta no solo para traerle de vuelta de la muerte sino para hacer que tengamos la misma edad. Si no fuera por mí, Ozzy sería un despojado. Si no fuera por Ozzy, yo sería una despojada. Si eso no es el destino, entonces no sé qué pueda serlo.

Necesito dinero. Si hay algo en este mundo que es un súper poder en sí mismo, es el dinero. He tratado de pedírselo a Evans, pero siempre quiere saber para qué lo necesito y si le digo que para ropa o algo por el estilo, no me da lo suficiente.

Así que esta mañana, cuando Bohan me ha provocado contracciones en el útero y me he puesto a gritar en mitad de la clase, he decidido que es él quien va a proporcionármelo. Me lo debe.

No me queda mucho tiempo para llevar a cabo mi plan de lograr que Ozzy tenga mi edad. Si hallo la forma de controlar a Bohan y convertirle en mi fuente de ingresos, puedo matar dos pájaros de un tiro.

Más tarde, después de clases, me colé en el cuarto de Ozzy y fui directamente a su novio. Sin darle tiempo a reaccionar, he metido mi lengua en su boca porque es así como accedes al poder de Drake. Cuando su saliva entra en contacto con la tuya te vuelves invisible. Supongo que odia que la gente invada su intimidad para aprovecharse de su poder, pero me debe un favor por jugar con lo que es mío.

Por supuesto, Drake no lo ha visto así y se ha enfurecido, pero Ozzy no le ha dejado hacerme daño. Eso es lo que hacemos, nos protegemos el uno al otro. Por eso voy a evitar que Ozzy entre en un trío sentimental en el que ninguno de los otros dos involucrados le ama como se merece.

Lo que todo el mundo quiere que haga, en vista de que Evans está tardando en aprender mi habilidad, es intercambiar mi poder de Ozzy a Dobrev a cada seis meses, para que ambos puedan vivir por temporadas. Cuando alguien está en un estado despojado no envejece. Si hago lo que me piden, Ozzy tardará casi ocho años en alcanzar mi edad. No pienso esperar tanto.

Así que pongo en marcha mi plan para dejar a Ozzy congelado hasta que yo tenga su edad, y que Evans me deje en paz durante ese tiempo. Necesito que crean que mi habilidad no puede ser aprendida, ni siquiera por un copycat.

Ya invisible, he ido hasta la casa de Arthur Bohan y he aprovechado la llegada de su padre para colarme por la puerta. Estoy pegada a la pared del comedor para evitar chocarme con nadie. Mientras cenan, parecen una familia ideal, pero no me lo trago. En todas las familias hay dinámicas podridas y, si tengo paciencia, puedo descubrir algo jugoso con lo que chantajear a Bohan.

No me equivoco. Después del postre empieza el espectáculo y descubro por qué la

atmósfera me resultaba inquietante.

—Si ya habéis terminado, es hora de practicar —anuncia su padre.

Arthur aprieta los dientes y la servilleta tan fuerte que los nudillos se le vuelven blancos.

—¿Puedo irme a mi cuarto? —ruega entre dientes—. No me encuentro bien.

Me choca escuchar esas palabras en un sanador.

Su madre da un golpe con la palma de la mano en la mesa que hace tintinear toda la cubertería. Hasta yo, que estoy oculta, me sobresalto.

—¿Quieres que llame a Laurence? —amenaza.

No tengo ni idea de quién es Laurence, pero me fascina ver la reacción de pánico que provoca en Arthur la sola mención de su nombre.

—Vamos, empieza con tu hermana —insiste su madre en tono inflexible. Es evidente que han tenido esta discusión más veces.

Por un momento, creo que Arthur va a negarse. Parece capaz de hacer algo violento contra sus propios padres, por la forma en que se le contrae el rostro. Sin embargo, termina por agachar la cabeza y cerrar los ojos, resignado. Luego se gira hacia su hermana mayor y parece concentrarse mentalmente en ella.

Saco mi móvil y empiezo a grabar.

La chica se cubre la cara con ambas manos. A pesar de que intenta ocultarlo, puedo notar cómo su respiración se acelera. Me pregunto qué es lo que Arthur le está haciendo. ¿Le provoca dolor? ¿Algún tipo de malestar?

La tensión en la sala es palpable, y el silencio solo se rompe cuando ella gruñe algo entre sus manos. Creo escuchar un “ya”. Se levanta bruscamente y, sin mirar a nadie, sale disparada del salón.

No estoy segura de lo que acaba de ocurrir, solo que tanto Arthur como su hermana lo odian. ¿Por qué querrían sus padres que le hiciera daño a su propia hermana?

—Eveline, muéstramelo —exige la madre, poniéndose de pie para seguirla. Antes de salir se vuelve hacia Arthur y levanta un dedo amenazante—. Espero que no sea mentira como la última vez.

Arthur tiene aspecto de querer vomitar la cena. Su expresión es de total desprecio hacia sí mismo y hacia su vida. Arriba, escucho un portazo seguido de voces que discuten acaloradamente.

—Estoy harto de esta mierda —gruñe Arthur entre dientes. Su padre lo escucha, pero, a diferencia de su esposa, parece más comprensivo y calmado.

—Sabes que puedes traer a una chica de fuera para practicar —le recuerda con amabilidad.

—¿Y que alguien descubra lo jodida que está nuestra familia? —responde Arthur con

furia—. No, gracias.

—Es por el bien de todos, Artie. Cuando seas el mejor, no nos faltará de nada —insiste su padre.

Arthur se levanta de golpe, claramente disgustado, y empieza a llevar los platos sucios a la cocina. Es en ese momento cuando noto algo extraño: no he visto a nadie del servicio en todo el tiempo que llevo aquí. Arthur y su madre se encargaron de la cena. Todo en esta casa, los muebles, la decoración, es una imitación barata de estilos de lujo, como si quisieran dar la apariencia de ser ricos cuando claramente no lo son.

Arthur aún no tiene acceso a su paga como sanador porque sigue en formación, y la evidente falta de presupuesto me indica que sus padres y su hermana no son élites. Hijo de puta hipócrita.

Mientras sigo a Arthur a su cuarto, todas las piezas empiezan a encajar en mi mente. Ahora entiendo lo que realmente está pasando.

Es el único élite en una familia de válidos obsesionados con el dinero y el estatus. Quieren ascender la pirámide de la sociedad Dámara colgados de los hombros de su hijo y para ello... para ello planean prostituirle. La gente paga cantidades exorbitadas a los sanadores que se especializan en la rama reproductiva, como la inseminación artificial. Pero en el mercado negro... el precio es aún mayor por alguien que sabe cómo darte el mejor rato de tu vida. Es un arte difícil de dominar y que requiere mucha práctica.

Y pensar que yo creía que mi familia era complicada.

Programo la grabación para que se publique en dos redes sociales distintas en un par de horas.

Cuando abro la puerta de su cuarto, Arthur tiene música trap puesta a todo volumen y está tirado en su cama con el teléfono en la mano.

Al ver que la puerta se abre y cierra sola, se levanta de golpe.

—Soy yo —anuncio, haciendo que Arthur se gire desconcertado.

—¿Armstrong? —pregunta, incrédulo, mirando a su alrededor sin verme.

—La leyenda —bromeo y me acerco a su ordenador para cambiar la música a algo decente. Pongo Paradise Circus de Massive Attack.

—¿Qué despojados...? —Va hacia el escritorio, pero me aparto y me subo a su cama con los zapatos puestos. Él trata de perseguir las huellas invisibles de mis pies, hundiéndose en la colcha.

—Antes de que intentes hacerme daño, escúchame —le advierto, mi tono más juguetón de lo que probablemente debería ser—. He grabado ese bonito momento familiar que acabas de tener.

—Voy a matarte —brama y se lanza hacia donde cree que estoy.

—No deberías —le aconsejo—. Lo tengo programado para publicarse en mis cuentas de Instagram y de TikTok esta noche.

Arthur se queda congelado.

—Hija de puta.

Chasqueo la lengua.

—Soy tu criatura, Bohan. Tú me has hecho quién soy. —Sonrío burlona—. ¿No estás orgulloso?

—Voy a reventarte por dentro, maldita zorra —me anenaza—. Voy a provocarte la enfermedad más dolorosa que exista.

Vuelvo a chasquear la lengua varias veces.

—Arthur, Arthur... Soy la única persona que puede cancelar la publicación de ese video, deberías tratarme mejor.

El efecto de la saliva de Drake desaparece de mi sistema y me vuelvo visible.

Arthur se abalanza sobre mí, empujándome contra la pared, y el dolor se extiende por mis costillas. No puedo evitarlo; suelto un grito ahogado. Arthur aprovecha mi distracción para sacarme el teléfono del bolsillo, pero necesita mi huella para entrar. Dándose cuenta, coge mi mano a la fuerza y me obliga a poner el dedo índice en la pantalla.

Me río de su desesperación y jadeo porque creo que me ha partido una costilla.

Va directo a mi cuenta de Instagram.

—Lo siento, he salido de mi perfil. Necesitas la contraseña.

Se queda en silencio, su rostro lleno de ira contenida y yo sonrío encantada.

—Puedo cancelar la publicación si quieres —le propongo con calma.

—¿Sí? —desconfía— ¿Y qué tengo que hacer?

—Para empezar, arreglar esto —ordeno, señalando mi costado—. Creo que me has partido una costilla.

De mala gana lo hace y me estiro, suspirando de puro alivio.

—¿Qué más? —continúa ansioso.

—Quiero que seas mi amigo.

Bufa y pone cara de asco.

—Le he enviado el video a alguien de confianza con la instrucción de publicarlo si me ocurre algo. Así que nada de enfermedades, Artie. —Utilizo el apodo que usa su padre a propósito para recordarle que conozco detalles de su familia—. De hecho, deberías esforzarte mucho en cuidar de mi salud.

Le brillan los ojos de indignación, pero está atrapado.

—Ah, y también necesito mil damarines —añado sin dar más rodeos.

—¿Estás loca?

—A cambio de los mil damarines —continúo, ignorando su pregunta—, dejaré que practiques conmigo y así no tendrás que volver a pasar por algo tan bochornoso con tu propia hermana.

Arthur ladea la cabeza y parece considerar mi oferta durante un momento.

—Mi madre querrá estar presente —me avisa—. Querrá pruebas.

Asiento. He hecho cosas peores en mi vida.

Arthur suspira y se frota la cara.

—No tengo ese dinero.

Me acerco a él hasta que estamos a un palmo de distancia.

—Pero tienes una habilidad por la que se paga mucho dinero.

—¿Pretendes que me prostituya? —se indigna.

Río por la nariz. ¿De verdad es tan ingenuo?

—¿Es que no sabes que para eso te están preparando tus propios padres, Artie? —me mofo. Mi revelación parece chocarle.

Observo en silencio como él se da cuenta de que su situación en casa es peor de lo que creía.

—Voy a contarte un secreto familiar, ya que yo conozco uno tuyo —concedo—. Fui yo quien metió a mi padre en la cárcel.

Arthur abre la boca y me contempla como si fuera una oruga que acaba de transformarse en mariposa, delante de sus ojos.

—Lo bueno de que alguien te esté jodiendo es que lo tienes tan cerca —me aproximo a él para susurrarle el resto al oído—, que puedes agarrarle de los huevos.

El local tiene un ambiente cargado por todo el plástico y metal calentado de tantos equipos informáticos encendidos a la vez y la mezcla extraña de ese olor con el de patatas fritas grasientas y bebidas azucaradas. Hay tres filas de mesas con ordenadores alineados a lo largo del local que están ocupadas casi por completo. Al pasar, atisbo pantallas con batallas épicas de videojuegos con gráficos vibrantes que destacan en la escasa iluminación de la sala. La gente está inclinada hacia adelante concentrados, riendo o pegando gritos y llevan auriculares enormes decorados con luces LED que cambian de color. Las sillas giratorias crujen conforme se balancean en el ardor de su partida.

—¿Eres Rod? —pregunto al alcanzar al chico con la descripción que me han proporcionado.

Es alto y delgaducho y levanta la cabeza para mirarme por encima del monitor de su ordenador. Los cristales de sus gafas reflejan la luz azul de la pantalla, pero puedo distinguir sus ojos castaños y curiosos.

—Eh... sí —duda, como si no estuviera seguro de si es Rod o no. O por lo menos el Rod que yo busco.

—Tengo un trabajo para ti. Necesito que llenes Internet de información falsa, algo que cualquier idiota pueda encontrar con relativa facilidad y creérselo —explico con voz firme y clara—. ¿Puedes hacerlo?

Rod levanta las cejas sorprendido y lanza una mirada rápida a la chica que está sentada frente al ordenador a su lado. Ambos sonríen con complicidad.

—Acabas de describir a nuestra generación —responde ella divertida, y estallan en risas.

—No estoy de broma —insisto, cruzándome de brazos sin devolverles la sonrisa—. No quiero una chapuza. Quiero páginas webs con aspecto serio, con fuentes y bibliografía y otras que parezcan el blog de un aficionado. Quiero distintas fechas, imágenes, artículos, referencias y nombres. Todo lo necesario para que parezca real.

Las sonrisas desaparecen de sus rostros, se miran con seriedad, y Rod asiente lentamente.

—Algo así te costará caro — me advierte, inclinando el mentón con una mezcla de curiosidad y desconfianza.

Saco de mi chaqueta un fajo de quince mil drunens y lo lanzo sobre el teclado de su

ordenador. Investigué online el precio de un trabajo de ese estilo antes de recaudar el dinero.

Rod retrocede en su silla, mirando los billetes como si fueran una cucaracha que acababa de caer del techo. Cuando levanta la vista, tiene el ceño fruncido.

—¿De dónde ha sacado una niña esa cantidad? —indaga.

—Tengo catorce años —corrijo de inmediato de forma cortante. Hace una semana que los he cumplido y no pienso renunciar a ello. Mi edad es una lacra para mí. Hay gente que siente que está en un cuerpo con un género que no le corresponde, pues bien, a mí me ocurre eso con mi edad.

—¿De dónde ha sacado una chica de catorce años todo ese metálico? —insiste él, renuente a aceptar dinero robado.

Mi rostro no es expresivo por naturaleza, quizá por eso no se da cuenta de lo mucho que me irrita esa pregunta.

—De mi bully —respondo con simpleza—. Tranquilo, me lo ha dado él. No es dinero robado.

Se quedan callados unos segundos. Después, la chica parpadea varias veces, y repite mis palabras en un tono incrédulo.

—¿Tu bully?

Suspiro tratando de reunir paciencia. Creía que el dinero evitaría las preguntas, pero al parecer son más cotillas que ambiciosos.

—Sí, el idiota de mi clase que me hace la vida imposible desde que tenía ocho años.

Rob suelta una pequeña risa, nasal y burlona.

—Si te odia, ¿por qué iba a darte todo este dinero? —cuestiona, deslizando la silla hacia el pasillo para verme mejor.

—Porque, Rod, los maltratadores desarrollan una dependencia enfermiza de sus víctimas. Después de años obteniendo subidones de adrenalina y serotonina cada vez que me humillaba o me hacía daño, su cerebro se ha vuelto adicto a esa sensación —explico con calma, dejando un momento para que procese ese hecho.

El silencio que sigue es largo e incómodo. Finalmente, Rod entrecierra los ojos.

—No hablas como alguien que tiene catorce años —dice, su tono cargado de sospecha.

—Eso es porque la mayoría de la gente de mi edad es idiota—. Lo sé porque me paso el día rodeada de ellos—. ¿Aceptas el trabajo o no?

Rod mira de nuevo el fajo de quince mil drunens y repite el movimiento de mentón que parece ser su marca personal.

—¿Qué tipo de bulo?

Cuadro los hombros, sabiendo que lo que voy a decir a continuación disuadiría a algunos humanos de aceptar el trabajo.

—Uno sobre un poder dámara. El mío, en particular.

Ser ambiciosa tiene su lado oscuro. A veces, sientes como si tu cabeza fuera una olla exprés a punto de estallar. El estrés se convierte en tu aliado y, a la vez, en tu enemigo. No sabes parar, y pasas por alto todas las señales de alarma que te envían tu cuerpo y tu mente. Vas por ahí, irradiando tensión como una valla electrificada, y con la capacidad creativa de una seta.

Por suerte, Arthur me ayuda a dormir, evitando que el cortisol en mi cerebro gane la batalla a la melatonina noche tras noche. Gracias a él, cumplo con las ocho horas de sueño recomendadas por los médicos, y me siento mejor que nunca.

Aunque sé que tengo a Arthur bajo control, no quiero llevar las cosas demasiado lejos y que acabe tan quemado por mis exigencias que se rebele. Así que esta tarde, cuando he notado la inquietud deslizándose bajo mi piel, decidí recurrir a un método natural para desestresarme: visitar la cascada que está a veinte minutos de casa. Además, hace un día espléndido para tener las piernas metidas en el agua fría mientras disfruto del calor de la roca sobre la que estoy sentada.

Trato de no pensar en mis planes, ni en los hilos complicados que debo mover para avanzar con ellos. En lugar de eso, me concentro en las aureolas de luz que flotan sobre el agua, en el zumbido de los insectos y en el pequeño arcoíris que se dibuja allí donde las gotas de la cascada besan los rayos del sol.

El calor me invade y me levanto, decidida a caminar hacia la orilla para darme un chapuzón. Pero antes de que logre moverme, alguien me envuelve en un abrazo por la espalda y, con una risa juguetona, nos lanza al agua juntos.

La superficie me saluda con el impacto de miles de agujas que perforan mi piel y me cortan la respiración. Cuando emerjo, escucho la risa de Ozzy, satisfecho por haberme sorprendido.

—¿Quieres morir? —le amenazo, apartándome el pelo mojado de la cara.

El sol ilumina sus ojos de color avellana, dándoles un tono dorado, y el agua en sus labios los hace brillar como la fruta madura en los anuncios.

Ozzy flota boca arriba hacia mí, con una sonrisa perezosa. Pero lo conozco demasiado bien como para caer en su trampa. Esa pose relajada es solo una fachada. Sé que está planeando hacerme una aguadilla en cuanto se acerque lo suficiente.

En lugar de luchar, me hundo por cuenta propia y nado detrás de él para vengarme. Chapoteamos, nos perseguimos entre risas, disfrutando de un momento que se siente eterno, como si el mundo entero hubiera dejado de existir, y solo quedáramos nosotros dos y este lugar mágico.

Cuando ya no podemos más, nos desplazamos hacia la parte más baja, donde el agua apenas nos cubre, y nos quedamos allí, recuperando el aliento. Siempre es así con Ozzy. No hace falta hablar; nos entendemos. Nuestros ritmos están sincronizados, nos cansamos al mismo tiempo y nos apetece cosas similares. Estar con él es fácil, casi natural.

—No puedo creer que hayas venido sin mí —rompe el silencio, sacándome de mis pensamientos.

Aparto la vista de las nubes algodonadas. El cabello empapado se le pega a la frente y la piel húmeda de su cuello parece invitarme a posar mis labios sobre su pulso y comprobar si el tacto es tan alucinante como parece.

—Pensé que estarías con Drake —respondo, intentando que no suene a reproche—. Últimamente, siempre estás con él.

—Eso no es justo. Nunca me falta tiempo para ti —se queja, fingiendo estar ofendido—. Eres tú la que me ha evitado esta semana.

—He estado ocupada —digo, sin darle mayor importancia.

—Mentirosa. —Me salpica agua con la mano cuando no respondo nada y fuerza una sonrisa—. Te da vergüenza hablar conmigo por lo que me dijiste el otro día.

—No.

—No pasa nada... —dice con tono burlón, pero noto la tensión en su voz. Sus ojos, por un segundo, esquivan los míos—. Es normal que después de una confesión tan valiente te entre un poco de timidez.

Me fijo en la sonrisa nerviosa que trata de ocultar detrás de su paternalismo, en la forma en la que sus ojos se apartan hacia los árboles y se le encienden las mejillas.

Me acerco a él, tomándole por sorpresa. Disfruto de la conmoción en su rostro, de como se le entreabren los labios y todo el humor fingido en su expresión desaparece al instante.

—No soy yo la que tiene vergüenza —susurro, examinando cada detalle de su rostro.

Ozzy intenta disimular su desconcierto con una risa nerviosa y sacudiendo la cabeza.

—Eres muy descarada para tu edad —me observa con cierta cautela— ¿Es por el chico que sale de tu cuarto por las noches?

Se refiere a Arthur. De vez en cuando, viene a casa para ayudarme a dormir.

—Sí, le he visto salir por tu ventana. Es un poco pronto para esas cosas ¿no crees? —Aunque su tono es suave, oculta cierta censura.

—¿Para qué cosas? —pregunto, fingiendo inocencia.

Él entorna los ojos y por un segundo logro atisbar la verdad en el fondo de estos. Está molesto conmigo. Lo que significa que está celoso.

—Sabes a lo que me refiero —murmura—. Acabas de cumplir catorce años. No tengas prisa en hacer ciertas cosas.

Su paternalismo casi me hace poner los ojos en blanco.

—¿Cuándo puedo empezar? —le provoco, acercándome un poco más. Su hipnotizadora nuez sube y baja por su garganta mientras retrocede ligeramente.

—A los quince —balbucea y en seguida añade—. Y medio. O, mejor, casi llegando a los dieciséis.

—De acuerdo, papá —respondo diligente, pero él parece creer que estoy siendo sarcástica.

—Supongo que es tarde para eso —decide, taciturno.

Dejo que lo crea por un instante, mostrándole una sonrisilla misteriosa, y sus ojos se endurecen. No le gusta nada la idea de que él chico que sale de mi cuarto por las noches me haya quitado toda mi inocencia.

—Quiero que seas tú —le informo, poniéndome seria.

—¿Yo qué?

—Quién me dé mi primer beso —contesto sin tapujos—. Y no pienso esperar un año.

Sobre todo, porque sé que Ozzy no va a estar para verme cumplir los quince. Aunque él no sabe eso, claro.

Él me mira, incrédulo.

—Pensé que...

—No viene a mi cuarto para eso —le corto—. Serías el primero.

Le veo inhalar profundamente, antes de negar con la cabeza.

—Incluso para un beso es mejor que esperes —murmura y me fascina ver como su voz suena distinta. Más ronca.

—Ya te lo he dicho —repito con calma. Me acerco un poco más, desafiándolo a tomar una decisión—. No voy a esperar. Así que, tú decides: un beso ahora y espero hasta los quince y medio para el resto o... se lo pediré a mi visitante nocturno y veremos si él tiene tanta paciencia para todo lo demás.

Ozzy aprieta la mandíbula, disgustado con el dilema que tiene entre manos.

—Karen, no puedes chantajearme por algo así —me regaña, tratando de leer algo en mi rostro—. No hablas en serio.

Me encojo de hombros, ocultando una sonrisa.

Suelta un bufido de incredulidad y sacude la cabeza.

—No puedes perder tu virginidad con alguien solo para conseguir la atención de quien te gusta de verdad —trata de razonar conmigo.

Casi tengo que mordirme el labio para no sonreír al ver lo mucho que le importa. Me he metido bajo su piel, aunque trate de disimularlo.

—Él me gusta también —miento—. No le quiero, pero es muy atractivo. És el chico más guapo de la clase.

Frunce el ceño y me estudia, buscando algo en mi rostro que le indique si hablo en serio o solo juego.

—Olvidalo, no quiero un beso si tanto te cuesta.

Nado hacia la orilla. Él me sigue y me toma del brazo.

—No es eso, Karen.

—¿Qué es, entonces? ¿No quieres traicionar a Drake? —Me río por lo ridícula que es esa idea —. Drake no va a esperar ni a que Dobrev se limpie la sangre antes de lanzarse a sus brazos cuando le traiga de vuelta. Lo sabes ¿no?

Ozzy niega con la cabeza.

—No es eso tampoco. Drake y yo no somos exclusivos.

—¿Entonces?

Suspira.

—Son tus métodos —explica—. Las cosas no se hacen así.

—De acuerdo. Voy a por un cuaderno para tomar apuntes de todas estas lecciones que tienes para mí —le respondo en un tono plano, y me libero de su agarre para ir hacia la orilla.

Le oigo llamarme, pero no me detengo. Tampoco corro. Me marchó de allí a un paso que dice que no tengo nada de lo que huir. No soy yo la que está tratando de escapar de sus sentimientos por unos estúpidos años de diferencia.

Dado que Evans no logra aprender mi poder, han empezado a investigar si alguna vez ha existido alguien en la historia de Dámara con una habilidad semejante a la mía dejándose copiar por un *copycat*. Yo sé que no ha ocurrido nunca, o por lo menos no se registró. Si no encontraran nada, acabarían pensando que me estoy resistiendo. Pero, gracias a mi ingenio, dan con el contenido que pagué para que Rod creara y han dejado de presionarme.

El día que Ozzy se va para dejar su lugar a Dobrev, finjo estar molesta con su decisión para evitar que desconfíe.

—Buenos días, Karen —me saluda Tori con retintín cuando entro en la cocina, seguida de Ozzy.

Después le pregunta a él como está. He accedido a turnarlos a cada seis meses para que ambos puedan vivir, aunque solo sea medio año cada uno. O eso creen. Hoy es el día que cambio a Ozzy por Dobrev.

—Estoy bien —responde calmado.

Si fuera por él, le cedería su lugar a Dobrev para siempre.

Idiota.

—Lo que vas a hacer es muy noble —dice Tori con tono admirado.

Pongo los ojos en blanco, ya cansada del tema.

—Y lo que vas a hacer tú es un desastre —contesta Ozzy justo antes de que Tori, distraída, tire una jarra de café.

Pero Ozzy la sujeta antes de que caiga. Le he visto adivinar cosas que les suceden a los demás muchas veces. Sin embargo, no ha tenido ninguna visión sobre mí desde que predijo mi muerte en el agujero con los despojados. Que no pueda ver mi futuro me ha facilitado llevar a cabo mis planes sin que nadie los descubra.

Ozzy no entiende porque no tiene predicciones sobre mí, pero como eso me beneficia por ahora, prefiero no darle más vueltas.

—¿Estás seguro, entonces? —insiste Tori, como si no hubiera pasado el último año obsesionada con traer de vuelta a esa rata albina de Dobrev.

—Completamente seguro. Lo hubiera hecho antes, si no fuera por mi "muñeca diabólica" —responde Ozzy, con una sonrisa suave que intento ignorar.

Me acerco a Evans para robarle algunas patatas de la bolsa que sostiene, pero él se va al salón para evitarme. Cuando intento seguirlo, Ozzy me agarra de la muñeca, deteniéndome. Lo miro indignada, pero él solo toca la punta de mi nariz con el dedo, como si fuera un juego.

—Estás cambiada —declara.

Me pongo roja, sorprendida por el comentario. Arthur ha estado trabajando en mejorar mi salud en lugar de perjudicarla. He ganado algo de peso, mi cabello brilla, mi piel está más suave, y mis labios tienen un color natural que no había visto en años.

Miro para otro lado, tratando de ocultar mi sonrisa.

Ozzy me sacude suavemente de la muñeca para llamar mi atención.

—¿Me vas a dar un abrazo de despedida? ¿O te vas a arrepentir mañana cuando me echas tanto de menos que no lo soportes?

¿Un abrazo? No solo me está tocando la muñeca, sino que también me está proponiendo romper su norma de "no contacto". Debe ser porque cree que se irá por seis meses y porque no estamos solos. Cuando estamos a solas, le falta poner cojines, muebles o lo que pille entre nosotros. Especialmente desde que le pedí que me diera mi primer beso hace un par de semanas.

—Olvidalo —farfulla, al ver que dudo.

Me gustaría mandarle a la mierda, pero sé que no lo veré en más de tres años. Así que, acepto lo que ofrece. Me abrazo a él con todas mis fuerzas, notando el calor de su cuerpo delgado y la fragancia de su perfume. Lo inhalo profundamente, guardando ese aroma en mi memoria para los años que vienen.

Más tarde, cuando Drake besa a Ozzy, fingiendo que le importa su sacrificio, miro hacia otro lado. Drake está desesperado por que vuelva Dobrev, pero por lo menos Ozzy lo sabe.

Ya no tiene sentido retrasarlo más. Salimos al jardín trasero y cruzamos el bosque juntos para entrar en el sótano donde guardamos al Dobrev despojado. Ozzy entra en la jaula junto a la de su amigo, pero antes de que pueda apartarme de él para cerrar la puerta, me toma del hombro y se acerca a mi oído.

—No le regales tu primer beso a nadie —susurra de pronto, como si las palabras se le hubieran escapado—. Espera estos seis meses.

Me aparto para mirarlo con curiosidad, pero su rostro está tenso y sus dientes apretados, porque intenta ocultar sus verdaderas intenciones. O quizás porque se había prometido a sí

mismo que no haría esa petición antes de marcharse.

Sea lo que sea, su súplica me da fuerzas para aguantar lo que viene a continuación y lo enfadado que va a estar cuando despierte y descubra lo que he hecho.

Retiro mi poder de él y lo uso sobre Kyle Dobrev. Todos están como locos con su regreso, pero yo siento un vacío terrible al saber que voy a estar tres años sin ver a Ozzy.

Durante la cena, estoy callada y distante. Tori trata de consolarme con el argumento de que seis meses pasan rápido. Si ella supiera...

Después del postre, les digo que estoy cansada y me retiro a mi cuarto. Por el camino, me topo con Dobrev, que sale del baño.

Me mira con curiosidad y se interpone en mi camino cuando intento pasar por él.

—¿Qué has hecho? —pregunta, alzando una ceja de varios tonos más oscuros que el rubio platino de su tinte.

Me tenso de inmediato, preguntándome cuál de mis secretos sabe el vidente.

—¿Cómo dices?

—Tu muerte... —responde, y sus palabras me dejan paralizada—. Ya no veo tu muerte.

Lo miro confundida.

—Ninguna muerte —especifica, negando con la cabeza—. No lo entiendo. Si ya vi tu primera muerte, debería seguir viendo las nuevas versiones, aunque Ozzy las cambie. Pero no veo nada.

Sus palabras son como una descarga eléctrica que viaja por todo mi cuerpo. Llevo tiempo pensando en el poder de Yadra, en que lo quiero para mí. ¿Y si puedo lograr que ocurra?

Me lleno de esperanza. Levanto el mentón y lo miro directamente a los ojos, con una sonrisa encantada curvando mis labios.

—¿Quién dice que muero en absoluto? —le susurro.

Dobrev se queda atónito y me sigue con la mirada hasta que cierro la puerta de mi habitación.

La nota que me dejaron hace casi dos años está colgada en mi pared. He tachado la parte que mencionaba la sangre. Ahora solo dice:

“Sé con qué sueñas, pequeña Karen. No tiene porque quedarse en un sueño.”

Ozzy me ha preguntado varias veces quien me envió esa nota. A lo que respondo, que la escribí yo, para recordarme que puedo lograr lo que quiera. Entonces, él siempre recalca que esa no es mi letra y yo misma me quedo con la curiosidad.

Aún no sé para qué servía la sangre que me inyecté, o si realmente tenía algún propósito. Pero, quizás, estoy más cerca de alcanzar mis sueños de lo que pienso. Después de todo, la inteligencia también es un superpoder.

Arthur está viendo un combate de MMA en su ordenador mientras yo paseo por su habitación, fijándome en los pequeños detalles que definen su espacio. De repente, su madre asoma por la puerta.

—¿Cuántas veces habéis practicado hoy? —exige saber, con el ceño fruncido, mirando la nuca de su hijo.

—Lo haré cuando termine el combate —responde él, con el tono de alguien que está harto de las constantes demandas de sus padres.

Ella hace una mueca y abre la puerta de par en par antes de marcharse por el pasillo.

—Los Bohan son la única familia del mundo que deja la puerta del cuarto de su hijo adolescente abierta para asegurarse de que “está” practicando sexo —me burlo, apreciando la ironía.

Arthur me lanza una mirada molesta desde su silla.

—Esto no es sexo. Ni siquiera te toco —protesta, sin apartar los ojos de la pantalla.

No le culpo. Si lo que llevamos haciendo un par de meses se puede denominar así, entonces quiere decir que él ha practicado sexo con su propia hermana; y no creo que quiera vivir con esa idea.

Al principio, sus padres nos hacían practicar en el salón, bajo su supervisión. Cuando su técnica empezó a mostrar avances, nos dejaron hacerlo a nuestro aire en su habitación.

En la pantalla, los luchadores están en el suelo, retorciéndose el uno sobre el otro de manera brutal. Uno de ellos tiene el rostro enrojecido y la vena de la frente a punto de estallar, mientras el otro sangra por la ceja.

—¿Por qué disfrutas tanto el sufrimiento ajeno? —me intereso, apartando la vista de la pelea. Es una pregunta retórica en un tono más de crítica que de curiosidad.

—Shhh —me manda callar como si fuera un mosquito molesto que se ha colado por la ventana.

Suspiro y me tumbo sobre su cama, ajustando la almohada bajo mi cabeza. Es tan blanda que me sorprende que pueda dormir con algo así. Cierro los ojos, tratando de relajarme. Quizá no sea sexo para él, pero para mí no dejan de ser orgasmos, así que me propongo aprovechar la sesión. Mi imaginación se desvía hacia Ozzy. Fantaseo con que ya tengo diecisiete años y él ha regresado después de mucho tiempo. Ozzy me mira con asombro al verme como una adulta.

—¿Karen? —susurra en mi mente. Sus ojos recorren todo mi cuerpo, registrando los cambios que he experimentado durante los tres años en los que ha estado ausente—. No lo

entiendo...

Estamos en el sofá de mi casa, completamente solos, y puedo notar la intensidad de su mirada como el sol en la piel. Me siento a horcajadas sobre él.

—¿Qué estás haciendo? —La voz de Arthur me saca de mi fantasía.

Abro un ojo y lo veo inclinado hacia mí, con el ceño fruncido. Ha rodado su silla hasta la cama.

—¿Qué? —Me irrita la interrupción.

—Te estás... excitando —responde—. Y yo no soy. ¿Estás fantaseando?

—Sal de mi cuerpo y vuelve a tu combate.

—No puedo, me estás distrayendo —se queja, pero desliza su silla al escritorio.

Trato de volver a la escena con Ozzy.

—¿En qué estás pensando? —curioseas de nuevo.

—No es asunto tuyo —respondo en un susurro. Cierro los ojos de nuevo, pero me cuesta volver a la escena.

El combate debe haber terminado, porque escucho que Arthur cambia de página y pone música. Reconozco la canción de Massive Attack; es Angel. No es su tipo de música, pero sabe que, si pone algo de la mierda que le gusta a él, me voy a quejar y le va a costar más trabajar sobre mi cuerpo.

En lugar de volver a su silla, noto que el colchón se hunde ligeramente a mi lado. Abro los ojos y lo veo tumbado de costado, mirándome en silencio. Estoy acostumbrada a que me observe cuando estamos juntos, pero hoy parece pensativo.

—¿Qué? —pregunto, algo incómoda por su silencio.

—¿Estabas pensando en mí? —desembucha por fin. Los mechones largos de su flequillo caen despeinados sobre su frente. Tiene buen pelo, es uno de sus rasgos más atractivos.

Me río suavemente. No es una risa nerviosa, sino genuina. Pero él parece interpretarla como una confesión.

—Claro que pensabas en mí, no hay nadie más aquí.

—Existe algo llamado imaginación y puede llevarte a otros lugares.

Es evidente, por la sonrisa de satisfacción que asoma en sus labios, que no me cree.

—¿Estás lista? —cambia de tema.

—¿Tú qué crees?

Cierro los ojos de nuevo, dejándome llevar por la melodía de Massive Attack. La habitación está en silencio, excepto por la música de fondo. Me siento extrañamente relajada, aunque la tensión entre nosotros no desaparece del todo. Comienzo a notar el cosquilleo habitual en mi interior, y no me gusta sentir eso con Arthur en mente, así que vuelvo a imaginar que estoy con Ozzy, en su cuarto, donde lo sorprendí liándose con Drake. Esta vez son mis manos las que

se cuelan por debajo de su camiseta.

La imagen desaparece cuando noto una mano real en mi muslo. Abro los ojos y veo los dedos morenos de Arthur sobre mi piel. Tiene la mirada fija sobre el punto donde me toca.

—¿Qué estás haciendo? —Mi pregunta le hace apartar la mano.

—Había una mosca —dice, y carraspea—. Vamos, cierra los ojos. Ya casi es la hora de cenar.

Tres orgasmos más tarde me voy a mi casa hambrienta, con la piel reluciente y los músculos relajados.

Al día siguiente, durante la hora del almuerzo, la cafetería de la escuela está sumida en su habitual barullo. Las voces de los estudiantes, risas y conversaciones llenan el aire. Por suerte, he aprendido a abstraerme del ruido ensordecedor que provocan las interacciones sociales de los adolescentes de cabeza hueca que me rodean.

Estoy tan enfrascada en mi lectura que apenas recuerdo comer del plato de espaguetis boloñesa que tengo delante.

“Truco número dos: Si tienes problemas para vender uno de tus productos más caros, puedes recurrir a la técnica del señuelo. Ofrece una versión similar, pero con un precio más alto. No es necesario que realmente quieras venderlo, pero su mera existencia hará que el producto que deseas vender parezca más accesible en comparación”.

“Truco número tres: Ayudar a alguien con su objetivo. Si le proporcionas algo que necesita para avanzar, generas un sentimiento de obligación hacia ti. Cuando te dé las gracias por tu ayuda, puedes responder que sois compañeros, reforzando así la idea de que debe colaborar contigo en el futuro”.

Aun no sé cómo voy a hacerme con el poder de Yadra, pero eso no me desanima. La mayoría de las personas nunca se atreve a perseguir sus metas porque no conocen todos los pasos. Pero no es necesario tener la respuesta completa desde el principio. Solo tienes que saber cómo empezar, y lo que aprendas te guiará hacia la siguiente fase.

A pesar del bullicio de la cafetería, noto la mirada de alguien clavada en mí. Levanto la vista de mi libro y recorro las mesas hasta que mis ojos se cruzan con los de Arthur. Está rodeado de su habitual grupo de amigos, que charlan y ríen con la despreocupación propia de nuestra edad. Él me contempla serio y con una expresión ausente.

Por supuesto, en cuanto se da cuenta de que le he descubierto, aparta la vista de mí y finge prestar atención a la conversación de los demás.

Anoche, cuando nos despedimos, estaba raro.

La mano en mi pierna.

Esa mirada al otro lado de la sala.

Si conecto los puntos, el dibujo resultante es evidente. Lo que le dije a Rod es cierto: obtienes cierto poder de ser la víctima de alguien. Las hormonas forman un vínculo emocional entre el maltratador y la víctima.

Llevo tiempo estudiando marketing, estrategia, persuasión y psicología. Gracias a Arthur, acabo de darme cuenta de que he obviado una de las herramientas más eficaces de control: el sexo. Cuando alguien te desea, necesita algo de ti, algo que solo tú puedes darle. No hay un

sustituto para lo que ofreces. Y cuando combinas ese deseo con sentimientos más profundos, te conviertes en un monopolio en su vida. Eres irremplazable. Eso significa que puedes elevar el precio, emocionalmente hablando, mucho más allá de lo que permitiría un mercado de competencia normal.

Me levanto, dejando el plato a medias, y me dirijo a la biblioteca de la escuela. Si el deseo y el control son tan poderosos, necesito aprender más sobre cómo aprovecharlo.

Tras revisar varias estanterías y libros, me decepciona lo inútil que es la bibliografía al respecto. Todo teoría, sin nada práctico que pueda aplicar a mi situación. Tal vez esto es algo que no se puede aprender en los libros. Quizás se aprenda con la experiencia. Y yo no tengo ninguna.

Cuando una empresa no tiene los recursos o conocimientos para completar un proceso por sí misma, recurre a terceros, a expertos en la materia. Algo llamado outsourcing. Y eso es exactamente lo que voy a hacer.

La puerta trasera del local de alterne brilla con una luz rojiza. Ilumina el oscuro callejón con un resplandor siniestro, que lo hace parecer la abertura al mismo infierno. Los bajos de la música retumban desde el interior, haciendo vibrar las paredes con un ritmo sordo y constante.

—¿Te has perdido, niña? —me pregunta una mujer robusta que está fumando en la entrada. Lleva un corsé ajustado y unas braguitas de satén, con tacones rojos brillantes. Tiene un pie apoyado en el escalón y el antebrazo descansando en el marco de la puerta, y me observa con curiosidad.

—Tengo dinero —respondo, mostrándole un fajo de billetes.

La mujer exhala una bocanada de humo sobre mi cabeza, evaluándome con sus ojos cargados de maquillaje oscuro.

—Creo que te has confundido de sitio, querida —dice, tirando la colilla al suelo húmedo—. El conservatorio está dos calles más arriba.

Se da la vuelta para entrar.

—Solo quiero mirar —hablo antes de que desaparezca.

Gira la cabeza y me estudia con más detenimiento. Agito el fajo de billetes frente a ella.

—Quiero aprender.

La mujer mira el dinero durante unos segundos, pensativa, y luego se aparta para dejarme pasar. Entramos en un pasillo estrecho, cuyas paredes están cubiertas de moho en las esquinas. Parece un lugar olvidado por la luz del sol, y el olor a humedad y a tabaco impregna el ambiente.

La sigo a través de una puerta de madera desgastada que da a una habitación pequeña y abarrotada de ropa colorida. Hay plumas, pieles sintéticas, botas altas y medias de rejilla por todos lados. Un sofá viejo y un tocador con luces brillantes dominan el espacio.

—Siéntate —me indica y señala el sofá de cuero raído. Ella se sienta frente al tocador, encendiéndose otro cigarrillo mientras me observa.

—¿Qué quieres aprender exactamente? —pregunta, cruzando las piernas.

—A volver loco a un hombre.

La mujer alza una ceja y sonríe con incredulidad.

—Mi reina, ¿estás encaprichada de algún chico del instituto —pregunta con tono burlón—. Mira, lo importante es que disfrutes tú. Ya irás aprendiendo con el tiempo, conforme os exploréis mutuamente.

El rostro de Ozzy aparece nítido en mi mente. Hace un año que no le veo y en ocasiones

no soy capaz de recordar su aspecto exacto. Otras, como en este momento, es como si le hubiera visto ayer. Pero no es Ozzy el que me ha traído hasta aquí.

—No estoy encaprichada —corrijo—. Quiero controlarle. Quiero tener poder sobre él.

La expresión de la mujer cambia. Ya no sonríe con condescendencia. Ahora, parece interesada de verdad:

—Bueno... —murmura, apagando su cigarro en un cenicero cercano—. Supongo que puedo enseñarte algunas cosas por el precio adecuado.

Negociamos una cantidad, y acordamos que mis "lecciones" comiencen esta misma noche.

—Háblame de lo que has visto funcionar mejor en tu carrera —le pido mientras saco un cuaderno y un bolígrafo de mi mochila.

—¿Mi carrera? —repite y se ríe—. Mi amor, soy puta. La única carrera que tengo es la que se me forma en los pantalones.

Tomo nota de todo cuidadosamente mientras ella habla. Eveline, que así se llama, me explica que la clave está en observar y adaptarse. Describe sus trucos más populares, aunque hace hincapié en que cada persona es distinta en el sexo y que lo que vuelve loco a un hombre puede molestar a otro. No estoy de acuerdo. El ser humano se diferencia solo en un 0.1% del ADN. Básicamente somos todos iguales, aunque nos creamos especiales y distintos. El porcentaje aumenta si se compara a un humano y a un delfín, claro, pero, aun así, psicológicamente no hay gran diferencia.

—Debes estar atenta a los detalles, a las pequeñas señales —continúa—. Pero no te repitas. La rutina puede destruir cualquier relación. Siempre muestra interés y dedicación, incluso si lo has hecho cientos de veces. Tómate cada encuentro como si fuera la primera y la última vez que vas a hacerlo con esa persona.

Una vez he juntado una buena lista de trucos, Eveline anuncia que tiene a un cliente nuevo y que, si quiero, puedo observar su sesión desde la sala de seguridad. Un pequeño cuarto con una hilera de pantallas conectadas a las cámaras que vigilan las habitaciones de las prostitutas.

El hombre encargado de la seguridad me mira con curiosidad cuando entro, pero Eveline le explica rápidamente que soy una cliente y que voy a observar mientras ella trabaja.

—Como no conozco a este cliente —me dice antes de irse—, probaré algunos de mis métodos más efectivos. Así podrás ver cómo se aplican en la práctica.

Asiento, tratando de ignorar la mirada de arriba a abajo que me echa el gorila desde su silla.

Eveline se marcha.

—No puedes ejercer aquí si eres menor —me advierte el hombre.

—¿No has oído a Eveline? Soy una clienta, no una aprendiz —le respondo.

Me aproximo a la pantalla donde se ve el cuarto de ella desde una esquina del techo y con buena visibilidad a la cama.

La siguiente media hora es bastante incómoda. Hubiera preferido estar sola, pero el gorila parece acostumbrado a todo el sexo y por suerte no se pone en plan perverso.

Cuando finalmente regreso a casa, ya es pasada la medianoche. Me cuelo con cuidado para no hacer ruido. Mi toque de queda sigue siendo las doce, lo que dificulta mis gestiones nocturnas. Afortunadamente, Evans está distraído con su hija, Kirah, y mi madre aún no ha regresado, así que logro entrar en mi cuarto sin ser descubierta.

Dedico las dos horas siguientes a investigar más sobre la lista que he recopilado hasta que me quedo dormida. Paso una noche plagada de extraños sueños de sexo académico.

UN AÑO MÁS TARDE

—¿A dónde vas? —me pregunta Angela Brisbie a la salida de nuestro hotel en Brunem. Lleva unos meses haciéndose la simpática conmigo por alguna razón que desconozco. Quizá todavía cree que puedo usar su vídeo copiando en su contra, aunque el tiempo ha demostrado que cumplo con mi parte del trato.

—Mi hermano ha alquilado una casa en la selva con unos amigos y voy a intentar colarme en la fiesta —le explico, con cierta impaciencia.

—¿Y cómo vas a llegar hasta allí?

—Con los camareros.

Angela asiente.

—¿Puedo ir contigo?

Estoy a punto de decirle que no, pero tal vez sea mejor que desembuche qué es lo que realmente quiere de mí. Así que me encojo de hombros y le hago un gesto de asentimiento.

El navegador de mi teléfono nos lleva hasta la empresa que está a cargo del catering de la cena de gala de Evans. Conseguí el nombre llamando al número de reservas de la casa. Es un local situado en una calle llena de restaurantes y tiendas del centro de Brunem. En el callejón de atrás hay un autobús con el logo de la empresa, y los camareros están cargándolo con comida para la fiesta.

—¿Cómo vamos a convencerles de que nos lleven? —duda Angela.

El conductor baja del autobús y cierra la puerta delantera. Luego se aleja hacia el restaurante.

—¿Puedes coger su llave? —le pregunto.

Angela asiente sin dudar.

He visto en las características de su página web que tiene un baño dentro. Podemos escondernos en el interior porque, mientras carguen el autobús, lo lógico es que usen el del local en caso de necesitarlo.

Ya con las llaves en nuestro poder, nos acercamos con sigilo a la puerta del conductor,

aprovechando el ruido de los camareros que están cargando los carros metálicos en la parte de atrás. No se percatan de nuestra presencia.

Nos encerramos en el pequeño baño del autobús. Angela devuelve las llaves al bolsillo del conductor y pasa una media hora hasta que el autobús finalmente se pone en marcha.

—¿Tu hermano no quería llevarte? —susurra Angela, a pesar del ruido del motor.

—No se lo he preguntado. —No le doy más explicaciones.

Lo cierto es que las cosas están un poco tensas entre Evans y yo, por lo de Ozzy, y no he querido pedirle nada. Prefiero que me vean aparecer en la fiesta por mis propios medios a tener que pedir que me inviten.

—Tú y Arthur Bohan os habéis vuelto más cercanos este año, ¿no? —comenta de forma casual. Ahí está la verdadera razón por la que se ha acercado tanto a mí—. ¿Estáis saliendo o algo?

Antes de que pueda responderle, la puerta del baño se abre de golpe y una camarera nos mira anonadada.

—¿Pero... quién...? ¡Eh, hay dos chicas en el baño! —grita.

Me lamento en silencio. Solo llevamos veinte minutos de trayecto. ¿No podía haber ido al servicio antes de salir?

Un camarero alto y fornido aparece tras ella.

—¿Qué despojados hacéis ahí?

La mujer nos mira de arriba abajo y deduce lo obvio.

—Intentan colarse en la fiesta.

—La fiesta a la que vais es la de mi hermano. Solo que no cabíamos en su coche —digo, intentando sonar convincente. Por sus expresiones, sé que no me creen.

El hombre nos saca a la fuerza, sosteniéndonos a cada una por un brazo. La noticia de que hay dos polizones ha debido llegar hasta el conductor, porque el autobús se detiene y abren la puerta de atrás.

—Mi hermano se va a enfurecer cuando se entere de que habéis dejado a su hermana tirada en medio de la carretera —les advierto, tratando de intimidarlos.

Pero no sirve de nada. Nos empujan fuera del autobús, en medio de una carretera rodeada

por la selva.

—Somos menores, si algo nos pasa aquí... —empiezo a decir, pero el camarero se ríe de mí.

—Llama a tu hermano —me interrumpe, antes de que la puerta se cierre en nuestras narices.

—Mierda —murmura Angela, observando el entorno desolado. Por lo menos aún es de día.

Saco mi teléfono y reviso el navegador.

—Vamos, solo estamos a hora y media andando —le digo poniéndome en marcha.

—¿Hora y media? —exclama ella indignada.

No me detengo. Dejo que decida si viene conmigo o si prefiere regresar a la ciudad.

La escucho murmurar algo sobre sus zapatos, pero me sigue y continuamos caminando, distanciadas por un tiempo.

El cielo empieza a teñirse de tonos salmón mientras el sol se va poniendo. Los rayos ya no calientan tanto y la selva a nuestro alrededor parece más espesa a medida que avanza la tarde.

De repente, escucho el sonido de un coche acercándose. Me giro justo a tiempo para ver cómo Angela levanta el brazo, haciendo autostop. El coche la ignora por completo, así que, en un impulso, salto frente al vehículo, obligándolo a pegar un frenazo.

El conductor es un chico joven, un brunemen. Lleva la misma camisa con el logo de la empresa de catering que los otros camareros.

—Hola —saludo, esbozando mi mejor sonrisa—. Nos hemos peleado con nuestros novios y nos han dejado aquí tiradas. ¿Puedes acercarnos a la fiesta?

El chico me mira de soslayo. Tiene la piel tan tersa e inmaculada que parece tener a un sanador trabajando para él, pero dudo que tenga el dinero para esas cosas. Es simplemente algo de la genética de esa zona.

—Oye, guapo, ¿podemos ir contigo? —interviene Angela, coqueteando abiertamente. Tiene sus propios métodos. La dejo hacer, es un chico joven, quizá tontear funcione.

No he terminado mi pensamiento cuando noto un tirón en la mano que tenía apoyada en su puerta. Ha puesto el coche en marcha sin responder siquiera y nos deja hablando solas.

—¡Los brunemens son unos despojados! —exclama Angela furiosa. Él no puede escucharlo porque el coche está a cierta distancia de nosotras, dejando solo el polvo de sus ruedas en el aire.

—Aunque este va a volver a por nosotras —dice Angela con una sonrisa satisfecha.

Me doy la vuelta y la veo sosteniendo una mochila negra, que claramente no tenía antes. Ha debido tomarla del coche del camarero.

—Cuando vuelva a por ella nos metemos en el coche —sugiere, ajustándose las correas de la mochila y reanudando la marcha.

Le echo una mirada que la hace detenerse.

—¿Qué? —pregunta, dudosa—. Creí que te gustaría que le hiciera volver a por nosotras.

—No lo sé... había algo raro en él.

—Sus ojos, pero todo el mundo aquí los tiene así —se encoge de hombros.

Ignoro sus estupideces y continuamos caminando durante unos diez minutos, hasta que escuchamos el sonido del coche de vuelta. Es él.

Hace un giro para cambiar de dirección y se detiene junto a nosotras.

—¿Dámaras? —pregunta en vista de que Angela ha robado su mochila sin haber abierto la puerta siquiera, dejando una roca en su lugar.

—Sí, por eso vamos a esa fiesta —responde ella rápidamente—. Somos dámaras también.

—Subir —invita, con un movimiento de cabeza.

—Gracias, guapo —responde Angela emocionada.

Rodea el coche y se monta en el asiento del copiloto. No me queda otra que subirme a la parte de atrás, aunque hay algo en él que no me gusta.

—¿Cómo es que no has ido con los demás en el autobús? —curioseas Angela, cuando ya estamos en marcha.

—Tarde —responde él, escueto. Parece que todas sus frases se reducen a una sola palabra.

—Ah, vaya, espero que no te metas en líos por llegar tarde... Nam Ji Won. —Angela lee su nombre de la placa, que cuelga de su camisa.

El chico no responde. Solo sigue conduciendo.

—¿Has alquilado un coche para ir hasta allí? —continúa ella, fijándose en la etiqueta de la compañía que cuelga del retrovisor. Suelta una risita—. Te va a salir más caro el coche que lo que vas a ganar hoy.

Angela tiene razón; es extraño alquilar un coche para ir a trabajar de camarero.

—Aunque claro, es mejor perder dinero hoy que perder tu empleo, ¿no?

Le echo un vistazo discreto desde mi asiento. Su camisa está nueva y almidonada. No ha pasado por un sinfín de lavados como las de los demás camareros, pero eso no significa nada. En algún momento tendrán que renovar uniforme. Es el resto de su indumentaria lo que no me cuadra: pantalones de combate con varios bolsillos en los lados y botas en lugar de zapatos de suela antideslizante. Hay una sudadera negra tirada a mi lado en el banco de atrás.

Aprovecho el parloteo de Angela para meter la mano en el bolsillo: nada. Meto la mano en el segundo bolsillo y me encuentro con unos guantes negros y gruesos. Los inspecciono con el tacto. La zona de los nudillos y entre los dedos es de tela para permitir flexibilidad, pero el resto es de cuero. Son guantes de criminal, de ladrón quizá.

Mis ojos se encuentran con los de él en el espejo retrovisor y mi corazón se salta un latido. Frena el coche en seco y yo acciono la palanca para abrir la puerta, pero el cierre centralizado está bloqueado.

Los latidos de mi corazón resuenan en mis oídos, mitigando la voz de Angela que pregunta qué ocurre. Me tumbo sobre el asiento y flexiono las piernas para golpear la ventanilla con ambos pies, pero noto su mano en mi muñeca, fría como la de un reptil.

Las brillantes estrellas azules en el cielo son la única fuente de luz. En Dámara es imposible verlas todas por la contaminación lumínica, pero aquí, sobre mi cabeza, el cielo es una explosión de bolas de gas en tonos variados.

Estoy en un camino de tierra, rodeada de árboles, y Angela está a unos pocos pasos, mirando hacia la oscuridad.

—¿Angela? —la llamo.

Tarda unos segundos en reaccionar. Cuando lo hace, parpadea y mira a su alrededor, tan desconcertada como me siento yo.

—¿Dónde estamos?

—No lo sé —respondo y trago saliva— ¿Cuándo hemos bajado del autobús?

—No... no lo sé —tartamudea, llevándose una mano a la frente mientras mira en todas direcciones—. ¿Qué nos ha ocurrido?

No tengo ni puñetera idea de qué acaba de pasar. Mi último recuerdo es en el baño del autobús del catering.

Suspiro, saco mi teléfono y veo que tengo el GPS indicando la ruta hacia la casa de la fiesta. ¿Cuándo busqué esa dirección? Me siento mareada, intentando recordar cualquier detalle entre el atardecer y esta oscura noche que parece haberse instaurado de golpe.

—Quizá nos drogaron y nos echaron del autobús —propongo, aunque la teoría suena ridícula incluso para mí.

—¡Los brunemens son unos despojados! —chilla Angela, y siento un extraño déjà vu.

—Mi navegador apunta que estamos a quince minutos de la casa.

Angela suelta un grito repentino.

—¡Algo me ha picado! —dice horrorizada. Estamos rodeadas de selva, y no quiero ni imaginar la clase de bichos que deben vivir aquí—. ¡Mira, tengo sangre! ¿Qué tipo de insecto deja estas marcas?

Son dos incisiones redondas y grandes, como las que dejaría un vampiro.

—Vamos —le digo, poniendo un pie en el camino—. Será mejor que sigamos antes de descubrir qué más fauna hay por aquí.

Angela suelta un bufido, pero me sigue.

—Debería haberme quedado en el hotel con los demás —se lamenta en voz baja.

Me detengo y me giro para enfrentarla.

—Lo cierto es que sí, ¿Qué haces aquí, Angela?

Ella parece arrepentirse de haberse quejado. Está asustada por lo que acaba de pasar, y

con razón. La amnesia, la picadura, aparecer en medio de la nada... es aterrador, pero yo no le pedí que viniera conmigo.

—El plan sonaba bien —miente.

—¿Qué quieres de mí, Angela? —insisto, marcando las palabras. No pienso dar un paso más sin averiguar qué trama.

Ella vacila, pero al final se rinde y deja de fingir que somos amigas.

—Mírate, Karen —suelta con frustración—. Tu pelo, tu piel... ¡Estás radiante, joder! Eras una niña enfermiza no hace mucho.

—¿Qué puedo decir? —Me encojo de un hombro, sin darle importancia—. La pubertad ha sido generosa conmigo.

—¡Y una mierda! —protesta—. Todo el mundo sabe que Arthur Bohan está trabajando sobre ti.

Chasqueo la lengua y sacudo la cabeza.

—Es ilegal que un dámara trabaje gratis sobre otro —le recuerdo—. Y ni en broma mi madre me daría esa cantidad de dinero.

Angela esboza una sonrisa incrédula.

—Arthur es un cabrón que no haría nada gratis ni para su propia madre. Así que sea lo que sea lo que has hecho para darle la vuelta a la situación con él, tienes toda mi admiración.

Me cruzo de brazos, ladeando la cabeza.

—Pero tú no estás aquí solo por admiración, ¿verdad?

Angela se retuerce las manos, buscando la mejor forma de revelar sus intenciones.

—Yo... me gustaría que tú le pidieras a Arthur que me agrande los pechos —desembucha al fin—. No tengo nada de nada y... lo odio. Es frustrante. Temo que llegue el verano y tenga que llevar camiseta o bikini. Me paso el día comparándome con otras chicas. Sería feliz si pudiera tener algo de pecho. Y mírate a ti, has ganado peso, tienes caderas y ya pareces una mujer.

La analizo, preguntándome cuál será la siguiente parte de su cuerpo que empezará a odiar, una vez tenga lo que pide.

—¿Por qué debería Arthur hacer eso por ti? —Uso un tono pragmático—. ¿Sabes lo que los humanos pagan por algo así?

Angela parece un poco molesta, pero claramente decidida a no rendirse. Da unos pasos hacia mí.

—Puedo trabajar para ti. Ofrecerte mi poder, como cuando conseguí las llaves del coche de Timothy Fox, o las del conductor del autobús. Puedo hacer mucho más que eso, Karen. Lo que necesites.

Considero su oferta sin mostrar demasiado interés. Es una técnica de negociación: "no

permitas que vean cuánto te interesa el servicio o el precio subirá".

—Ya veremos —respondo de manera evasiva y reanudo el paso, dejando que ella corra para alcanzarme.

Para cuando llegamos a la hacienda, la cena de gala ya ha terminado. Angela y yo encontramos las sobras del catering repartidas entre dos enormes neveras en la inmensa cocina. Las han dejado por si a alguien le entra hambre más tarde o para el día siguiente. Los camareros que supuestamente nos drogaron y abandonaron en el camino ya se han marchado. Nos quedamos con las ganas de preguntarles qué despojados nos han hecho.

Con la potente luz de la casa, veo que tengo las mismas picaduras extrañas que Angela en la muñeca. No me había dado cuenta antes, porque estoy acostumbrada a tener heridas por los brazos, cortesía de Arthur, y ni las noto.

No nos han drogado. Debe haber sido el bicho que nos picó el que causó la pérdida de memoria. No tenía idea de que existieran criaturas así en la selva de Brunem. Deberían dar algún aviso o folleto sobre estos peligros al llegar a la ciudad.

Curiosamente, encuentro la compañía de Angela tolerable. Es raro tener a alguien con quien ir a una fiesta y simplemente hablar. Después de hartarnos con las sobras, salimos al jardín, donde están todos los invitados. Trato de perderme entre ellos, pero Tori me ve enseguida.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Evans, adoptando su papel de hermano mayor. Como si no fuera más tonto que yo a pesar de nuestras edades.

—Lo mismo que tú, ver el alumbrado.

—¿Cómo despojados has llegado hasta aquí?

—Un mago nunca revela sus trucos —respondo con una sonrisa. Aunque quisiera explicárselo, hay una parte del trayecto que ni yo misma recuerdo. Pero no pienso contarle lo de la picadura y la pérdida de memoria para que no empiece a sermonearme.

—Eres más bruja que mago —espetea Drake—. ¿Por qué no vas y despiertas a Ozzy?

El imbécil de Drake tiene una cara dura impresionante. ¿Por qué finge que le importa Ozzy? ¿Quién se cree que es para tener a dos chicos solo para él?

—¿Qué pasa? ¿Ya te has cansado de chupársela a Kyle? —le suelto, enfadada. No debería, pero solo ver su cara de idiota me hierva la sangre.

Angela se ríe. Se está convirtiendo en la minion perfecta, que hasta me ríe las gracias. Quizá no está tan mal esto de tener a dámaros trabajando para mí.

Drake me mira como si quisiera asesinarme, pero Dobrev se interpone entre nosotros y me contempla con el rostro ladeado. Después extiende la mano frente a mi entrepierna, sin llegar

a tocarme, pero de alguna manera consigue hacerme sentir incómoda.

—¿Qué haces? —Le doy un manotazo.

—Intento calcular el tamaño de tu vagina para saber cuánto te falta para despertar a Ozzy —responde con tono casi científico.

—Por todos los despojados. ¡Es mi hermana pequeña! ¿Podéis no...? —Evans protesta, pero sus palabras se ven interrumpidas por un rugido en la distancia. Suena como el de un tigre. Los invitados empiezan a murmurar inquietos, preguntándose si hay animales salvajes merodeando cerca de la casa.

Me acaricio las marcas en la muñeca. Lo que sea que las haya dejado me preocupa más que cualquier animal salvaje fuera de una hacienda bien vallada como esta.

De repente, las luces se apagan y comienza el alumbrado del pueblo de Orumen. Es bonito ver cómo, una a una, las luces se encienden, hasta que llegan a la ermita en lo alto de la montaña. La mayoría de los brunemens son ateos, y los pocos que tienen alguna religión suelen ser budistas. Sin embargo, hay pequeñas comunidades cristianas, como en Orumen.

—Me alegra haber venido —dice Angela a mi lado, embelesada por el espectáculo.

Suena sincera. Nada de lo que ocurra en el hotel de la ciudad podría competir con esto.

Entonces, en medio de la oscuridad, siento un tacto frío en mi muñeca. Y tengo el segundo deja vu de la noche porque, de alguna manera que no entiendo, sé que no es la primera vez que he sentido esa piel de serpiente sobre la mía.

—¿Karen? —La voz de Angela Brisbie me devuelve a la realidad. Está frente a mí, con las manos en mis hombros—. Karen, ¿estás bien?

Parpadeo, confundida, y miro a mi alrededor. Estamos en el jardín de una casa adornada con un sinfín de luces flotantes. Hay varias mesas largas llenas de restos de comida, y el cielo nocturno está iluminado por las estrellas.

—¿Cómo...?

—No lo sé —responde ella—. Lo último que recuerdo es estar en el autobús y de pronto estaba aquí. Y tú llevas un momento en trance.

—¿Qué?

A nuestro alrededor, los demás están igual de desorientados. Escucho fragmentos de conversaciones y noto que nadie parece entender qué está pasando. Alcanzo a ver a Evans entre la gente, y casi al mismo tiempo, él me ve también.

—¿Karen? —exclama y se abre paso para llegar hasta mí—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Yo... he venido con el catering —respondo, aunque no recuerdo haber bajado del autobús, ni haber llegado hasta la casa.

Evans suspira y me toma del hombro, estudiando mi rostro con preocupación.

—¿Estás bien?

—No lo sé... Mi último recuerdo es de cuando aún era de día —mientras hablo, saco mi teléfono del bolso para ver la hora, pero Dobrev anuncia en voz alta que ya es la una de la mañana.

—¿La una? —grita Lara Sorensen, incrédula—. ¿Cómo va a ser la una ya? No pueden ser más de las nueve.

Frunzo el ceño. El último recuerdo de Lara y de los demás parece ser de alrededor de las nueve, pero el mío es de antes de las seis. Angela también confirma que su último recuerdo es de esa hora, lo que me hace preguntarme por qué nuestra amnesia es más prolongada que la del resto.

—No es una picadura —escucho decir a Cas, la hermana de Drake, quien examina la muñeca de Tori. Al parecer, todos tienen heridas similares—. Es una mordedura, como la de una víbora. Aunque la distancia entre los incisivos es muy grande. De una serpiente enorme, o...

—¿O qué? ¿Un vampiro? —se burla un chico alto y rubio, riéndose nervioso. Es obvio que está aterrado y usa el humor para disimularlo.

Miro mis propias muñecas y me doy cuenta de que, a diferencia de los demás, tengo marcas en ambas. Angela también. Esa debe ser la razón por la que hemos olvidado más horas

que los demás. Lo que sea que nos ha mordido lo hizo dos veces.

—Creo que nos han drogado a todos —propone Lara—. Han puesto algo en la bebida o en la comida.

—No. Lo que sea que nos ha mordido debe expulsar un veneno que borra la memoria —señalo, preguntándome si puede tratarse de un Dámaro con un poder desconocido.

—No lo creo —me contradice Cas—. A mí no me han mordido y, aun así, no recuerdo nada de lo que ha pasado entre las nueve y la una.

Tori suelta un grito ahogado y señala a Cas.

—¿Qué? —pregunta ella, asustada.

—Tu cuello —responde Tori, apartándole el pelo—. Tienes la mordedura ahí.

Cas es la única con esas marcas en el cuello, y me pregunto si eso significa algo más o si simplemente es una coincidencia.

Tori sugiere que usemos el poder de Cas para intentar averiguar qué ha pasado. Su mente graba instantes de su vida sin necesidad de que ella lo active conscientemente.

Nos movemos todos al salón de la casa, donde Cas utiliza la televisión para proyectar los momentos de la noche que tiene grabados, esos que nadie recuerda.

Lo primero que vemos son conversaciones privadas e incómodas, un momento en el que Cas vuela por el jardín, pero todo cambia cuando en la pantalla aparece un chico en el tejado. Es brunemen y lleva pantalones de combate y una sudadera negra con capucha. Algunos creen que debe ser un trabajador de la hacienda, haciendo reparaciones en el tejado, pero las imágenes que siguen muestran su interacción con Cas, y queda claro que es el responsable de lo que nos ha pasado.

Soy la única que entiende lo que acaba de ocurrir, porque, cuando le dice su nombre a Cas, sé que no es la primera vez que le veo. Tiene los ojos rasgados típicos de los brunemens, lleva el mismo uniforme que la persona que dejó la nota y el vial con sangre en mi cuarto y su nombre es Kim.

Kim con K.

Evans lleva tres semanas buscando a Kim junto con la guardia dámara. Lo único que sabe de él es su peculiar poder, su aspecto y su nombre, que es, en realidad, uno de los apellidos más comunes en Brunem. No es una sorpresa que no le hayan encontrado. Kim no está registrado en la base de datos de poderes dámaros, ni figura en los archivos de la policía brunemen, que también lo está buscando sin éxito. Nadie de la hacienda o el servicio de catering le conoce.

Sonríó al divisar una figura encapuchada, oscura, encaramada en uno de los tejados de la casa que tengo delante. Es él. Yo sola he encontrado a Kim, y no lo he hecho investigando sobre él como los demás. No, lo he encontrado siguiendo a Cas desde que volvimos de Brunem.

Desde mi posición, hay una buena vista hacia la ventana del cuarto de Cas. Kim está obsesionado con ella. Por eso le mordió el cuello en lugar de la muñeca, por eso le dio su nombre y le ha estado escribiendo mensajes. Lo sé porque Angela me consiguió unos minutos a solas con el teléfono de Cas tres días después de la fiesta. Sabía que él acabaría por acercarse a ella, y la mejor manera de encontrarlo era vigilar a Cas. Esa es la razón por la que esta es mi octava noche oculta entre las sombras del callejón junto a su casa.

—¿Qué haces? —la voz de Angela me sorprende desde atrás, y doy un pequeño salto.

Le hago un gesto para que baje la voz y la tomo del brazo, tirando de ella hasta que tiene vista directa de la calle.

—¿Ves al chico en ese tejado?

—No.

—Fíjate bien, justo al lado de la chimenea.

Angela entorna los ojos, tratando de escudriñar lo que le señalo.

—¿Eso es una persona?

—Sí —me saco el rastreador del bolsillo de los vaqueros y se lo muestro. Es un pequeño aparato con forma de rombo—. Quiero que se lo pongas en algún sitio donde no lo note.

Angela parpadea, desconcertada.

—¿Por qué siempre te metes en asuntos extraños? —pregunta, aunque su tono es más de curiosidad.

—No me cuestiones —replico con impaciencia, colocando el rastreador en su mano—. Haz lo que te pido.

—¿Y lo mío para cuándo? —protesta, aunque su voz suena débil.

—Hablaré con Arthur pronto. Siempre cumplo mi parte del trato —le aseguro, señalando

a Kim—. Vamos, hazlo antes de que desaparezca.

Nadie entiende por qué un brunemen con un poder especial viajó hasta la hacienda la noche de la Fljgya para borrar la memoria de todos los presentes, pero yo tengo una teoría. Creo que Kim se llevó nuestra sangre esa noche. Su existencia debe estar relacionada con experimentos humanos llevados a cabo con sangre dámara. Si han encontrado una forma de recrear poderes en humanos usando ADN dámara, tengo que averiguar cómo lo hicieron y si pueden hacerme invulnerable usando la sangre de Yadra. También necesito saber qué había en el vial que Kim dejó en mi cuarto y por qué lo hizo. Esa parte me desconcierta porque no he obtenido ningún poder nuevo de ello, que yo sepa. O tal vez sí y lo estoy desperdiciando por mi desconocimiento. Es una incógnita que palpita en el fondo de mi mente, generándome un molesto dolor de cabeza.

Angela gira sobre sus talones, coloca las manos en jarra y me mira con una sonrisa triunfante.

—Hecho —dice, expectante.

Enciendo mi teléfono y reviso la aplicación del rastreador. El punto en el mapa me indica que Kim está en la misma zona que nosotras. Sonrío, satisfecha, y hago un gesto a Angela para que me siga por el callejón, alejándonos para evitar que Kim nos descubra. Solo queda esperar a que regrese al lugar de donde vino, y entonces podré averiguar quién está creando humanos con poderes especiales. Y lo más importante, cómo puedo usar eso a mi favor.

Antes de que la llamara, Angela estaba en casa de Arthur con algunos amigos. Sus padres no están, y como es sábado, están perdiendo el tiempo intoxicando su cerebro con alcohol y conversaciones vacías, como la mayoría de la gente de mi edad. Cuando Angela me invita a unirme a ellos, en vista de que mi relación con Arthur ha cambiado, mi primera reacción es negarme. Pero no tengo nada mejor que hacer hasta que Kim llegue a su destino, y la idea de ver la cara de Arthur cuando me vea aparecer me resulta tentadora.

Cuando llegamos, la puerta está abierta y Angela no se molesta en llamar. Les debe haber avisado de que iba a regresar. El salón está a oscuras, iluminado solo por las luces azuladas de la televisión que nadie parece estar viendo. Son cuatro personas, tres chicos y una chica, amiga de Angela desde primero. Están tirados en el sofá del salón de Arthur, rodeados de latas de cerveza vacías y restos de pizza en una caja de cartón. Un cliché andante.

Nunca he sentido que me perdía algo por no tener amigos. El comportamiento de la gente de mi edad me genera rechazo. Y creo que hubiera sido así incluso si hubiera manifestado un poder desde pequeña y no me hubieran maltratado. Sus conversaciones y juegos me aburren. Sin embargo, no puedo evitar disfrutar de la forma en que los ojos de Arthur se agrandan al verme. No me esperaba fuera de nuestras citas programadas, y menos en presencia de su grupo de amigos. Me observa con cautela, tal vez preguntándose si estoy aquí para traicionarlo de alguna

manera.

La amiga de Angela, Cintia, se inclina sobre Arthur y le besa el cuello en cuanto me ve llegar, como si estuviera marcando su territorio. Contengo una sonrisa y procuro ignorar los ojos del anfitrión fijos sobre mí.

—¿Armstrong? ¿Tú por aquí? —dice uno de los chicos, Jos, que está evidentemente ebrio—. ¿Han cerrado la biblioteca hoy?

Si hubiera entrado aquí años atrás, probablemente me habría caído algo peor que ese comentario. Pero, como dijo Angela, todos parecen haber aceptado que Arthur ha dejado de tratarme mal para trabajar en mi salud. Aunque no entienden por qué, su respeto hacia él se ha extendido también hacia mí. Encuentro una lección en ese hecho: No necesitas ganarte el respeto de todos, solo controlar al líder.

—Tengo algo de tiempo que matar, Jos —respondo mientras reviso mi teléfono. El rastreador sigue indicando que Kim está cerca de la casa de Cas. Por un momento me preocupa que lo haya descubierto y lo haya tirado al suelo.

Me acerco a un armario del salón y saco un vaso. Nadie pasa por alto el hecho de que sé exactamente dónde guardan las cosas en casa de los Bohan. El gesto no es casual; quiero que todos sepan que vengo aquí a menudo y que ahora soy intocable. Así se marca el territorio, espero que Cintia esté tomando notas.

—Siempre me he preguntado que hacías los fines de semana —continúa Jos, mientras lleno el vaso con agua y me siento en el apoyabrazos del sofá.

—Planeo la dominación mundial —respondo, sonriendo a medias.

Jos me mira con curiosidad, como si no estuviera seguro de si bromeo. Debe ser más perceptivo de lo que parece.

Angela se pone detrás de mí y comienza a jugar con mi pelo. Parecemos amigas de toda la vida. Me lo trenza mientras Cintia la observa, intentando ocultar la traición que siente. Tiene la cabeza apoyada en el hombro de Arthur, con la mano en su pierna, pero él no le ha devuelto ni un solo gesto de cariño desde que he llegado.

Después de un rato de charla vacía, en la que Arthur no ha dicho una palabra, Angela me susurra al oído para recordarme que hable con él sobre lo que me pidió.

—¿Estáis cuchicheando sobre mí? —pregunta Jos con entusiasmo. Sus ojos castaños brillan mientras me mira—. ¿Alguna vez te has enrollado con alguien, Karen?

Tengo que inclinarme un poco hacia un lado para ver a Jos, ya que Arthur se ha levantado y está plantado frente a mí.

—Qué curiosas las preguntas que te haces sobre mí, Jos.

—¿Podemos hablar un momento? —solicita Arthur en tono bajo.

—Claro, ¿cómo voy a decirle que no al anfitrión? —respondo, poniéndome de pie.

Le sigo hacia las escaleras y escuchamos la protesta de Jos a nuestras espaldas.

—¡Bohan, eres un despojado, has interrumpido nuestra conversación!

Cintia nos mira con la expresión de un perrito abandonado en la lluvia, pero Arthur no les hace ningún caso. Sube las escaleras hasta su cuarto y cierra la puerta tras nosotros.

—¿Qué le has dicho a Angela de mí? —pregunta, su tono más suave de lo que esperaba.

—Nada sobre tu familia. Quiere que le agrandes los pechos, pero no sabe porque trabajas para mí —respondo con franqueza, apoyándome en el borde de su escritorio.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Por mí —le digo, intentando suavizar mi tono.

Arthur suelta una pequeña risa por la nariz y mira hacia otro lado.

—Nuestro trato ya está acordado, ¿por qué tendría que trabajar también para tu amiga?

Me aparto del escritorio, chasqueando la lengua.

—Bohan, al principio solo era un trato, pero ahora... —mi tono es suave mientras me acerco más, quedando a solo unos centímetros de su rostro—. Ahora es diferente.

Arthur me mira, tenso, evaluando cada movimiento.

—¿Diferente cómo? —su voz sale en un susurro.

—No finjas que no lo sabes —murmuro, levantando el mentón hacia su rostro y dejando que el aire entre nosotros se llene de tensión—. No finjas que lo nuestro no lleva un tiempo siendo diferente.

Él abre los ojos aún más, alarmado por el significado de mis palabras.

—¿De qué despojados estás...

No le dejo terminar. Me pongo de puntillas y atrapo sus labios con suavidad entre los míos.

Arthur gruñe espantado, horrorizado incluso.

—Yo no... Yo nunca tocaría a una inválida asquerosa —jadea y me tira del pelo para apartarme de él.

Sonrío, aunque me hace daño. Él me contempla con los ojos desorbitados y respirando de forma agitada.

Por un momento, creo que va a volver a usar su poder para hacerme daño y causarme alguna enfermedad, pero un instante después baja la cabeza y me besa desesperado y horrorizado a partes iguales.

Soy virgen, eso es algo que no se puede negar. Sin embargo, he tenido varias lecciones con una profesional del sexo. No tengo que valerme solo del instinto para saber qué hacer cuando Arthur rompe el beso y vuelve a tirar de mi pelo para separar nuestros rostros.

Él respira de forma agitada. Tiene el rostro encendido como una antorcha, probablemente por la vergüenza que siente por haberme besado y haberlo disfrutado. Es el brillo en sus ojos lo

que delata la lucha interna que está teniendo consigo mismo en estos momentos.

—Sal de mi cuarto —murmura tan bajo que casi no le escucho. No es una orden, más bien un ruego.

Lejos de obedecerle, coloco mi mano sobre su muslo y la voy subiendo con calma, notando el tacto de sus vaqueros y el calor que desprende. Tiene tiempo suficiente para detenerme, pero no lo hace. Cuando acaricio su paquete, exhala, cierra los ojos, disgustado consigo mismo, y apoya la nuca en la pared.

Bajo la cremallera y cuelo mi mano por dentro de sus pantalones. Le acaricio por encima de los calzoncillos, ahuecando mi mano alrededor de su forma con deliberación.

Sus ojos no se apartan de mí. Veo la excitación mezclada con el desprecio. Arde como una llama negra en sus pupilas, consumiéndolo todo a su paso.

De pronto, me detengo y me aparto. Observo el resultado de mis actos: sus pantalones abiertos, su respiración agitada, su rostro encendido, el sudor que le brota en la frente, y la forma en la que se apoya contra la pared sin fuerzas.

Sonrío, encantada con el aspecto vulnerable y patético que tiene en estos momentos. Así es como quiero verle siempre: Doblegado ante mí.

Giro sobre mis talones y me marchó sin decir nada más.

Un bostezo profundo me llena los ojos de lágrimas. Son casi las seis de la mañana y nadie ha entrado ni salido del edificio donde el rastreador me indica que está Kim. Me encuentro en una zona de naves comerciales cerca del puerto de Brunem, en el centro de transportes. El olor a salitre y marisco, mezclado con el de gambas, me invade cada vez que sopla el viento.

Me río de mí misma, consciente de la escena patética que formo, agazapada entre contenedores de basura y bidones de plástico azul que alguna empresa ha dejado tirados en la acera. Tal vez sea el cansancio o el frío húmedo que me cala hasta los huesos, pero me siento como una caricatura de la espía que quiero ser. Más bien parezco la parodia de una villana, sin coche propio, sin carnet de conducir y con los recursos de una estudiante de quince años.

He investigado el nombre del letrero en la fachada del edificio. Al parecer, es un almacén de accesorios informáticos, cosas simples como teclados y ratones.

A las seis y cuarto, por fin, la puerta metálica que he estado vigilando durante horas se abre. Una silueta oscura sale, tratando de mezclarse con las sombras del amanecer. Al principio, creo que es Kim, ya que lleva ropa similar: pantalones con bolsillos laterales, botas de combate, sudadera negra con capucha y una cazadora de cuero. Pero me doy cuenta de que no es él. Es otro tipo, más alto, que se sube a una moto y desaparece en un abrir y cerrar de ojos. No hay forma de que lo siga a pie.

Pasa otra hora sin novedades, pero a las siete, los coches comienzan a llegar y los camiones empiezan a salir. Con el amanecer, mi presencia se vuelve demasiado obvia.

Renuncio a la idea de colarme en el edificio. Como no tiene ventanas que pueda aprovechar, me voy a casa, agotada e impregnada en el hedor del puerto.

Al menos, ahora que he visto a alguien con su misma indumentaria salir de ahí, sé que debe ser el lugar correcto y no que Kim ha encontrado el rastreador y lo ha dejado en un lugar al azar para despistarme.

Cuando llego a casa, ya es mediodía. Después de aguantar la bronca de mi madre por haber pasado la noche fuera, me doy una ducha, como algo y duermo hasta las seis y media de la tarde.

Al despertar, tengo un mensaje de Arthur.

¿Puedes venir hoy a practicar? El lunes estoy liado.

Arthur nunca me cita los fines de semana, y mucho menos cuando sus padres no están. Toda esa obsesión por practicar su poder es más cosa de su madre que de él. Así que sé que esto es una excusa.

Aunque el mensaje es de las doce de la mañana, decido seguir sin contestarle y aumentar su ansiedad. Arthur siempre ha conseguido lo que quiere de las chicas. Para él, es como pedir comida: sabe que media hora después estará en la puerta, lista para ser consumida y desechada.

Además, el rastreador de Kim muestra que está en Dámara, y mi prioridad es sacarle información.

Me visto con ropa oscura y voy al encuentro del misterioso brunemen.

Ya ha caído la noche cuando lo veo aparecer en el tejado de una clínica dental del centro de Dámara. ¿Ha salido de dentro? ¿Qué despojados ha ido a buscar a un dentista? ¿Dientes? ¿ADN dámaro?

Le sigo con la ayuda del rastreador, pero sin poder verle con mis propios ojos. Me molesta su costumbre de moverse por los tejados en lugar de caminar por las calles como una persona normal.

Se detiene en un edificio que alberga una ferretería, una tienda de ropa para bebés y una panadería. Espero, impaciente, preguntándome qué estará haciendo ahí.

Cuando veo que no se mueve, decido investigar por mi cuenta. Subo por las escaleras de incendios del edificio, acercándome a la azotea. A simple vista, parece desierta. Hay antenas, un rectángulo en el centro con una puerta que conecta con el interior del edificio, pero no veo a nadie. Tal vez Kim haya dejado el rastreador y se haya marchado.

Suspiro y termino de subir. El zumbido de las máquinas de aire acondicionado oculta el ruido de la calle. La azotea no es un lugar agradable. Las losetas rojas están manchadas de tierra y excrementos de pájaros, y el muro de seguridad tiene la pintura blanca descascarillada.

Doy una vuelta, buscando el rastreador. De repente, una figura negra cae frente a mí desde lo alto del rectángulo central del edificio.

—¿Por qué seguir a Kim? —Su voz es tranquila, pero con un toque de amenaza. Lleva la capucha de su sudadera negra puesta, una cazadora de cuero sobre los hombros, y su cabello oscuro brilla bajo las luces de la calle—. Chica Manja-ro no aprender.

"Manja-ro" es el nombre de la carretera en Brunem que llevaba a la hacienda donde celebramos la fiesta.

—Tú y yo nos conocimos fuera de la casa —comprendo, con el corazón acelerado ante la revelación—. Por eso tenía marcas en ambas muñecas. Me borraste la memoria dos veces. Nos encontraste antes de que llegáramos a la fiesta.

Kim inclina la cabeza, pero no responde.

Saco mi teléfono del bolsillo y tras marcar mi otro número, me lo acerco a la boca para grabar un mensaje de voz, sin apartar mis ojos de él.

—Hola, Karen, soy Karen. Ahora mismo estás con Kim. Si más tarde no recuerdas este encuentro, es porque te ha borrado la memoria de nuevo. Si eso ocurre, cuéntale a Cas que Kim la está acosando desde las sombras.

Kim me mira, sus labios entreabiertos, su expresión seria. Toda su arrogancia desaparece al darse cuenta de que no podrá usar su poder contra mí esta vez.

Resulta que no me hace falta ser bloqueadora para bloquearle.

—Bien, ahora que hemos aclarado que no vas a borrarla memoria, hablemos —digo, guardando el teléfono en mi bolsillo—. Eres un experimento. Una mutación de laboratorio creada con ADN dámalo. Supongo que tú y otros como tú os inyectáis sangre modificada para obtener esos poderes.

Kim parece sorprendido por mi deducción. La expresión en su rostro me dice que estoy cerca de la verdad.

—Hace dos años dejaste un vial de sangre en mi cuarto junto con una nota. —Decido empezar por lo más importante. Si me ha proporcionado un nuevo poder, quiero descubrir cuál es—. ¿Para qué era esa sangre?

Kim levanta las cejas.

—Película buena, ¿cómo terminar? —dice, al darse cuenta de que no voy a añadir nada más.

—No lo niegues. Te vi en mi ventana, vestido igual que ahora. Dejaste una nota firmada con K de Kim.

—Kim no saber. Kim conocer chica en Manja-ro.

Suspiro, comenzando a impacientarme con sus negativas. ¿Por qué vino a mí? ¿Por qué lo niega todo ahora?

—Fuiste creado en un laboratorio, donde te inyectan sangre para darte habilidades. El vial que dejaste en mi cuarto venía de ahí. Quiero saber qué poder proporciona.

—Kim recomendar no inyectar sangre desconocida.

—Demasiado tarde —replico con impaciencia—. Dime qué hacía esa sangre, o le diré a la guardia dámala donde está vuestro laboratorio.

Kim se queda callado un momento, evaluando mis palabras. Luego tuerce la cabeza.

—Pero chica no saber dónde —responde con tono triunfal.

—En el puerto. Almacén de artículos electrónicos. Estuve allí esta mañana.

Lejos de alarmarse, Kim esboza una sonrisa que me preocupa.

—Ya se van —canturrea.

Me quedo mirándolo, perpleja, empezando a entender.

—Nos están escuchando —murmuro, más para mí misma.

—Siempre —confirma Kim—. Jefa decir: gracias por aviso.

Mierda. Mientras hablamos, están vaciando el laboratorio. He perdido mi ventaja.

Kim ríe al ver mi expresión, y hace un amago de marcharse.

—¿Espías a Cas mientras se desviste también? —le suelto.

Eso lo detiene. Se da la vuelta, mirándome con enfado.

—¿A quién no le seduce la idea de ser espiada por una rata de laboratorio con problemas de dicción? —le provoco, sabiendo que es mi nueva ventaja.

—Kim no saber nada de sangre chica Manja-ro —asegura, molesto—. Kim no mentir nunca.

—Eso dicen todos.

—Mentir mucho dolor —insiste, tocándose la frente.

Hay algo que he notado al observarle, un ligero encogimiento de sus facciones de vez en cuando. Sé reconocer la expresión de alguien que está acostumbrado a convivir con dolor crónico.

—Tienes algo en el cerebro —deduzco—. Algo con lo que tus creadores te controlan y te castigan.

Kim me mira, sus ojos llenos de una resignación tintada de miedo.

—¿Chica Manja-ro castigar Kim? —pregunta, refiriéndose a lo que podría contarle a Cas sobre él.

No me hace falta. Los que nos están escuchando van a castigarle por mí, ahora que han descubierto que Kim usa parte de su tiempo para acosar a una dámara.

—No, si somos amigos.

—¿Qué querer de Kim? —Me observa en silencio a la espera de que le dé la próxima orden. Es un papel al que está acostumbrado.

—Averigua lo de la sangre que me inyecté y contáctame cuando lo sepas —le digo a modo de despedida y regreso hacia las escaleras.

—Jefa querer saber quién ser chica Manja-ro —le escucho decir, mientras empiezo a alejarme.

Miro por encima del hombro antes de responder.

—Nadie importante —digo con una sonrisa—. Aún.

Necesito más dinero. Mucho más, si quiero que los creadores de Kim me ayuden a copiar el poder de Yadra. En el caso de que sea siquiera posible. Hasta donde sé, no hay ningún dámaro con un poder similar al de Kim. Ni siquiera sigue las características de un dámaro. Las manipulaciones de ADN con las que están jugando deben tener resultados aleatorios e incontrolados.

—¿Vas a venir esta noche? —La voz de Arthur me saca de mis pensamientos.

Ha aparecido de la nada en el aparcamiento de bicicletas detrás de la escuela. Me observa con las manos en los bolsillos y una expresión difícil de leer.

—Creí que tenías cosas que hacer hoy. —Le recuerdo su mensaje de ayer, cuando me pidió que fuera a su casa a practicar el domingo, porque el lunes estaría "ocupado". El hecho de que me esté preguntando si voy a ir al final corrobora mi teoría de que era solo una excusa para vernos a solas.

—No me respondiste nada.

—Estoy liada. —Me inclino para quitar la cadena de seguridad de mi bicicleta.

Evans ya se graduó, y mi madre sigue molesta porque pasé la noche fuera el fin de semana, así que no quería pedirle que viniera a recogerme.

Guardo la cadena en el compartimento de la bicicleta y me subo al sillín, sintiendo los ojos de Arthur fijos en mí.

—¿Qué te ha pasado en la mano? —pregunta, señalando el corte sin cicatrizar.

Me lo hice yo misma ayer, después de mi encuentro con Kim. Quería ver si me regeneraba. Pensé que quizá la sangre que dejaron en mi cuarto hace más de dos años producía justo el poder que yo quiero. Pero no, seguí sangrando como haría cualquier mortal. Resulta que no soy la protagonista del argumento narrativo de un escritor perezoso como para que la vida me regale en bandeja un Deus Ex Machina. Voy a tener que trabajármelo, y para eso necesito el dinero.

Alzo la vista hacia Arthur, mi principal fuente de ingresos en el último año. Pero ni siquiera él puede conseguirme el tipo de financiación que necesito ahora. Voy a tener que buscar otra fuente.

Arthur parpadea por la forma en la que le estoy mirando. Por un momento, olvidé que mi vaca lechera es una persona con pensamientos propios.

—Quizá me pase más tarde, si al final no tienes planes —digo evasiva, mientras pongo un pie en el pedal.

Arthur da un paso hacia mí y me toma del brazo. Sus ojos buscan los míos, pero cuando los encuentra, carraspea y se concentra en mi herida. Un momento después, el corte desaparece, dejando solo piel suave.

—Te veo luego, entonces —dice, rompiendo el contacto.

Su toque deja una estela caliente en mi piel, y me sorprende la capacidad de mi cuerpo para traicionarse a sí mismo, reaccionando ante alguien que me ha hecho sufrir tanto. Todos esos momentos de práctica y de orgasmos con Arthur han obrado su magia en las partes más primitivas de mi cerebro.

Por supuesto, no voy a su casa ese día. Arthur debe pasar toda la tarde esperando mi llamada por segundo día consecutivo, lo que aumenta su ansiedad y, en consecuencia, mi valor.

Es por eso que, cuando el martes por la tarde me presento en su puerta, su reacción es inmediata. Sus ojos brillan como si acabara de recibir un milagro de Navidad y yo fuera el mismo Santa Claus trayendo el regalo que lleva meses deseando. No hay nada como un par de días de desintoxicación de dopamina como para que el mismo estímulo de siempre te parezca extraordinario.

Arthur está tenso, lleno de energía nerviosa. Sus pupilas están dilatadas. Me sigue con la mirada, sin poder apartarla de mí, pero al mismo tiempo, evitando que nuestros ojos se crucen.

En lugar de llevarme directo a su cuarto, le dice a su madre que necesita comer algo antes. Se hace el remolón, mientras ella se prepara para ir a su clase de yoga.

—Vuelvo a las ocho —nos informa desde la entrada, mientras se pone las zapatillas de deporte—. Le he dicho a tu hermana que os vigile y que se asegure de que practicáis al menos tres veces.

Arthur hace un gesto desde el sofá, donde estamos sentados, masticando un sándwich con deliberada lentitud. Sin previo aviso, pongo mi mano en su muslo. Él deja de masticar. Su madre aún está a unos pasos, guardando cosas en su bolso. Deslizo mi mano más abajo, hasta el bulto entre sus piernas, y lo acaricio. Arthur no dice nada, pero su respiración lo delata. La televisión, por suerte, amortigua los sonidos que salen de él.

Cuando la puerta finalmente se cierra y nos quedamos solos, me acerco más y deslizo la mano por dentro de su ropa, rozando su piel caliente. Sus piernas están cubiertas de vello y músculo firme. Me gusta el calor que desprende y la mezcla de su perfume con un toque de sudor. Sus ojos me miran nublados, llenos de deseo. Me toma de la nuca para besarme, pero justo en ese momento oímos la voz de su hermana.

—Arthur, mamá dice que me asegure de que no os quedéis viendo la tele toda la tarde y que os pongáis a practicar.

Nos apartamos de inmediato, fingiendo normalidad. Arthur se humedece los labios y trata de recuperar el aliento.

—Ahora subimos —le dice a su hermana, apagando la televisión. La chica sube las escaleras de nuevo.

Minutos después, nosotros también subimos en silencio. Arthur cierra la puerta de su cuarto y echa el pestillo. El ambiente se siente un poco incómodo tras la interrupción, como si todo fuera más calculado. Para romper la tensión, pone música en su monitor. Las pulsaciones de Sail de Awolnation llenan la habitación. Nos miramos. Fingir que hemos subido solo para practicar ya no tiene sentido. Nos besamos de nuevo, esta vez con calma, siguiendo el ritmo de la música. Para cuando llegamos a la cama, suena Chlorine de Twenty One Pilots y palpito por dentro.

Cuando ya no quedan prendas que quitar ni zonas por explorar en el cuerpo del otro, me coloco encima de él, moviéndome como me enseñó Eveline. Arthur se retuerce con los ojos a medio cerrar y la boca entreabierta.

Los deremens llaman al orgasmo "la pequeña muerte" por la similitud que tiene con el aspecto de alguien al morir. Máximo placer y momento de la defunción tienen algo en común. Quizá por eso el poder de Dobrev conecta ambos y puede prever la muerte y el mayor orgasmo de otros. Tal vez por eso, ver a Arthur echar la cabeza hacia atrás, con el rostro contraído, me permite fantasear con que tendrá esa misma pinta cuando agonice. Y esa imagen me eleva. Sonrío, justo antes de dejarme arrastrar por un clímax glorioso.

Angela entra en clase con una gran sonrisa. Lleva una camiseta de manga corta de algodón, mientras que yo tengo frío con un jersey grueso. Pero Angela está tan encantada con los cambios que Arthur ha hecho en su pecho que no quiere ocultarlos, ni siquiera en lo que queda del invierno.

Se sienta a mi lado irradiando felicidad y autosatisfacción, aunque sé que esa burbuja no va a durar para siempre.

—Buenos días —me saluda, animada.

—Tengo trabajo para ti —respondo, aprovechando que la poca gente que hay en clase está distraída.

Angela me lanza una mirada resignada.

—¿Puedes mover gente? —continúo.

Echa los hombros hacia atrás para lucir su nuevo pecho. O tal vez solo esté tratando de estirar la espalda. No lo sé con certeza.

—Me toma mucha energía... Pero sí, puedo mover gente. Solo una persona a la vez.

Asiento, satisfecha con su respuesta. Mi primera idea para conseguir dinero fue que Angela moviera a mi padre fuera de su celda, por un tiempo lo suficientemente largo como para que me garantizara una buena suma de dinero. Pero con las cámaras de seguridad en la celda activas las 24 horas y alguien siempre vigilando al otro lado, la desaparición temporal de Parker Armstrong no pasaría desapercibida.

Así que descarté esa idea. Consideré a otros presos, pero no tengo acceso a ellos a menos que haga una visita oficial. ¿Y por qué iba yo a visitar a otro reo que no fuera mi padre?

Mientras investigaba sobre despojados desaparecidos, encontré un caso interesante que me dio una nueva idea.

—¿Y bien? —pregunta Angela, sacándome de mis pensamientos—. ¿A quién vas a querer que mueva?

—A Kyle Dobrev —respondo, y ella frunce el ceño.

—Preferiría no meterme con él. Ese tipo puede matarte con solo mirarte, ¿no?

—En realidad, tengo dos trabajos para ti —prosigo, ignorando sus protestas—. Antes de mover a Dobrev, necesito que consigas el archivo de un crimen de hace trece años.

Angela pestañea y fuerza a sus ojos a abrirse mucho, tratando de despertar lo suficiente para asimilar el nivel de intriga que le estoy planteando.

—Ni siquiera voy a preguntar que tramas —deshecha, sacudiendo la cabeza—. Dime dónde está el archivo y lo traeré. Pero lo de Dobrev...

—Es inofensivo —respondo con un gesto de la mano, minimizando su preocupación.

—Dime que no vamos a hacerle daño.

—No vamos a hacerle daño —respondo distraída, sin darle demasiada importancia.

Angela suspira.

—Ni que pudiera confiar en tu palabra.

Lo que Angela no sabe es que Kyle Dobrev es, en realidad, un despojado. Lo único que lo mantiene como dámara es mi poder. Pero voy a necesitar mi poder de vuelta durante unas horas, así que tengo que poner a Kyle en un lugar seguro antes de despojarlo. Si le pido que se meta en una jaula durante un rato, tanto él como Evans querrán saber qué estoy planeando, y no puedo permitir que lo descubran. Es una bendición que ni él ni Ozzy hayan previsto aún ninguno de mis movimientos. Gracias a esa ceguera, he podido llevar a cabo mis planes sin interferencias.

Cuando terminan las clases, Angela y yo tomamos el metro y vamos a la sede de la guardia en Dámara Sot, a la que pertenecía el dámara desaparecido hace trece años.

—Buenas tardes —saludo a la agente que nos recibe en la entrada de la sede—. Estamos haciendo un trabajo para la escuela y nos gustaría acceder a los archivos de casos de guardias desaparecidos en servicio.

La mujer asiente y nos entrega unos documentos para que rellenemos con nuestros datos. Luego nos pide nuestras identificaciones para fotocopiarlas. Tras el papeleo, señala el gran edificio de ladrillos naranjas que hay a su espalda.

—Segunda planta, a la derecha.

—Gracias —respondemos al unísono y vamos hacia allí.

La sala de registros está llena de filas de archivadores apilados unos sobre otros. En el centro, hay un escritorio donde nos recibe un hombre mayor con el cabello canoso. La placa en su escritorio dice que se llama Ricardo Porrúa.

—Hola, estamos buscando casos de guardias dámaros desaparecidos para un trabajo de la escuela —explico en un tono educado.

El hombre nos mira por encima de sus gafas progresivas. Se levanta para guiarnos a uno de los pasillos, señalando varias filas de archivadores.

—He leído sobre un caso que ocurrió hace trece años y que parecía bastante extraño —añado mientras saco un cuaderno de mi mochila y clico el bolígrafo.

El hombre asiente con un gesto solemne. Por su seriedad, me da la impresión de que conoció a la persona desaparecida.

—James García —dice, abriendo uno de los cajones. Tras un momento de búsqueda, saca una carpeta con ese nombre en la portada—. Un misterio que nunca pudimos resolver.

Le entrega la carpeta a Angela, mientras yo finjo tomar notas en mi cuaderno.

—Hay nombres borrados —comenta Angela, como habíamos planeado.

—Eso es porque no podemos dar datos personales de gente que sigue viva —nos explica Ricardo.

Apunto lo que dice, como haría una buena estudiante curiosa.

—¿Entonces cómo saben los nombres de las personas que investigan? —insisto.

Ricardo señala otro archivador justo debajo del que ha abierto.

—Tenemos una copia completa para uso interno —dice, tirando de la cajonera para mostrar que está cerrada bajo llave—. No estará disponible para el público hasta que todas las personas involucradas hayan fallecido.

Me apunto lo que dice a toda prisa.

—¿Cuántos años deben pasar antes de que puedan publicarse esos datos? —cuestiono.

—Siete —responde él, y lo anoto.

—¿Podemos revisar los casos que sí son públicos? —pregunta Angela.

—Claro, mientras lo pongáis todo de vuelta en su sitio —advierte Ricardo—. ¿Queréis ser guardias en el futuro?

—Ojalá pudiéramos —responde Angela con un puchero—. Pero no somos élites.

—Queremos ser asistentes de la guardia —intervengo yo, fingiendo entusiasmo.

El hombre asiente. Si hubiéramos dicho que somos élites, habría preguntado por nuestros poderes, pero como nos hacemos pasar por simples válidas, ha perdido el interés.

—Trabajad duro, entonces —nos aconseja—. Si tenéis más preguntas, estaré en mi mesa.

—Gracias —dice Angela con una sonrisa.

En cuanto el hombre desaparece por el pasillo, se concentra y comienza a sacar una por una las carpetas que están en el archivador cerrado. Aparecen y desaparecen de su mano hasta que damos con el de James García.

Solo necesito un nombre y una dirección, así que voy directo a la parte donde mencionan a la novia que tenía James durante su desaparición. Apunto sus datos en un trozo de papel.

Angela devuelve la carpeta a su lugar como si nada hubiera pasado.

—¿De qué va todo esto? —pregunta mientras caminamos hacia el metro.

—Hace trece años, un hombre encerró a un despojado en su antigua empresa para vengarse por su despido —le cuento lo que leí del caso.

—¿Cómo lo transportó?

—Hizo que lo siguiera desde la montaña. Al final, él también murió esa noche junto con otros compañeros. Pero lo interesante es que cuatro guardias dámaros fueron enviados para

enfrentarse al despojado y salvar a los rehenes. Los cuatro murieron. El despojado ya se había alimentado de más de treinta personas cuando llegaron, y estaba lleno de fuerza.

Angela se estremece al escuchar el relato.

—¿Por qué te interesa ese caso en particular?

—Cuando llegaron los refuerzos del equipo especial, abatieron a los cinco despojados. Metieron los cuerpos en un furgón blindado, ya que no sería la primera vez que uno volvía a levantarse. Pero cuando abrieron el furgón...

—¿Qué pasó?

—Solo había cuatro cuerpos.

—Eran cuatro guardias...

—Y el despojado que los convirtió —le recuerdo.

—Deberían ser cinco.

—Pero solo encontraron cuatro.

—¿Crees que alguien teletransportó uno de los cuerpos fuera del furgón? —propone Angela, porque no conoce todos los detalles.

Niego con la cabeza.

—Solo se encontró ADN de cuatro dámaros en el furgón.

—Entonces, ¿nunca metieron el quinto cuerpo?

—El equipo especial asegura que lo hizo.

—No tiene sentido, a no ser que estén mintiendo —dice Angela, frunciendo el ceño.

—O a menos que el quinto despojado fuera un clon —concluyo. Tras darle vueltas al caso durante una semana. Siempre llego a la misma conclusión: alguien se llevó a un despojado vivo aquella noche, dejando un clon en su lugar. Los clones desaparecen después de unas horas, pero no solo su cuerpo; todo lo que haya salido de él también desaparece: cabellos, escamas de piel, sangre... simplemente se esfuman. Por eso, el despojado clonado desapareció durante el trayecto, al igual que los restos de su sangre y ADN.

—¿Entonces? —Angela me observa, claramente intrigada—. ¿La guardia dámara no llegó a la misma conclusión que tú? ¿Qué tuvo que ser un clon?

Me encojo de hombros.

—Quizás. Pero el ADN que faltaba era el de James García, y según los informes, él no conocía a ningún dámara con el poder de clonar. Así que no pudieron culpar a nadie ni encontrar al verdadero James despojado.

Angela frunce el ceño, cada vez más confundida.

—¿Entonces el clonador simplemente estaba de paso, se dio cuenta de que había despojados en el edificio y decidió llevarse uno?

Angela se queda pensativa, pero yo continúo dándole vueltas en mi cabeza. Al clonar al

James despojado, este tuvo que desmayarse durante un tiempo porque eso ocurre con las personas de las que se extrae un clon. Lo que facilitó que el dámara clonador pudiera manipularlo y llevarlo a algún lugar seguro.

—Puede ser —respondo, agitando el papel donde anoté el nombre y la dirección del informe—. O tal vez, la novia "humana" de James no es tan humana como dice.

Anteia Makris vive en el extrarradio de Bolid, en una casa vieja cerca de una carretera que parece abandonada. El vecino más cercano está a casi un kilómetro de distancia. Es el lugar perfecto para esconder a un despojado.

Llevo esperándola tres horas, acurrucada en su porche de madera. El viento invernal me cala hasta los huesos. Me recuerdo a mí misma que un buen resfriado no es problema cuando uno de tus minions es un sanador, aunque no me quita la incomodidad del momento.

Me preocupa más que Anteia Makris no aparezca. Quizá se mudó hace tiempo. Han pasado trece años desde que se cerró la investigación del caso. Sin embargo, la casa muestra señales de vida. Las macetas con flores en el alféizar de la ventana, las botas de agua junto a la puerta, la manta relativamente limpia en la mecedora del porche... Alguien debe vivir aquí, y si no es Makris, tal vez sepan dónde encontrarla.

Media hora más tarde, un coche se detiene frente a la casa. Me incorporo y trato de sacudirme el entumecimiento del cuerpo. No quiero que me vea temblando de frío como una cría, sin imponer respeto.

Una mujer de unos cuarenta, baja del coche, con llaves en la mano. La edad concuerda con los datos que tengo de James García. Se detiene en seco al verme sentada en la mecedora, frunciendo el ceño.

—¿Anteia Makris? —pregunto en voz alta.

—¿Quién eres? —responde, claramente desconfiada.

—Soy Karen —me presento, poniéndome de pie.

—¿Qué quieres?

—Soy dámara. —Le doy un momento para procesar la información.

Anteia mira rápidamente a su alrededor, como si se preguntara si he venido con alguien más o cómo he llegado hasta aquí.

—He venido en taxi y sola —añado, anticipándome a sus pensamientos.

—¿Qué quieres? —repite, con más cautela esta vez. No le ha gustado nada escuchar que soy dámara. No me extraña; yo también desconfiaría de todo el mundo si guardara un despojado en casa.

Me meto las manos en los bolsillos del abrigo y sonrío.

—Hablar con otra dámara.

—No sé de qué estás hablando. —Makris alza la barbilla a la defensiva—. Te has confundido de persona y de lugar. Soy bolidiana, soy humana y no tengo nada que ver con Dámara. Márchate de mi propiedad.

Se da la vuelta, dispuesta a dar la conversación por zanjada. Introduce la llave en la cerradura de la puerta, pero no me muevo.

—¿Cómo está James García? —digo a su espalda.

El nombre la congela en su lugar. Mis siguientes palabras la obligan a girarse para enfrentarme, con el rostro pálido.

—Guardar un despojado en el sótano no es precisamente "no tener nada que ver con Dámara".

El miedo se refleja en sus ojos, aunque trata de ocultarlo.

—¿Qué... de dónde sacas esa idea tan ridícula? —responde, nerviosa.

Alzo las manos en un gesto pacífico.

—Escucha, no he venido a quitarte a James. Me da igual que lo guardes en el sótano. De hecho, he venido por lo contrario. ¿Te gustaría ver a James de nuevo? Al verdadero, quiero decir. No puedo hacerlo de manera permanente, pero sí puedo hacer que te reúnas con él durante unas horas.

Makris me mira con incredulidad y la boca entreabierta.

—Tengo el poder de traer a un despojado de vuelta por un tiempo limitado —continúo, viendo que sigue paralizada.

Finalmente, parpadea y me examina de arriba abajo, tratando de evaluar si estoy diciendo la verdad.

—¿Y por qué harías algo así por una desconocida? —pregunta, con una expresión entre desconfiada y esperanzada.

—Por dinero —me encojo de hombros con naturalidad.

Makris suelta una risa incrédula.

—Mira mi casa. No tengo dinero.

—Lo sé, pero conozco a alguien que sí lo tiene. Quiero que me ayudes a convencerle de que me haga una "donación", a cambio de que tú puedas reunirte con James unas horas.

Makris se gira por completo y apoya la espalda contra la puerta, intentando procesar todo lo que acabo de decirle. Le doy el tiempo necesario. La paciencia es algo que he tenido que aprender, especialmente cuando pienso en cuánto extraño a Ozzy. Han pasado siglos, o eso parece. A veces, tengo la tentación de traerlo de vuelta solo para verle y escuchar su voz, aunque sea por unos minutos. Pero no estoy lista para enfrentar el enfado que tendrá cuando despierte. Por esa razón, comprendo bien el atractivo que mi oferta tiene para Makris.

—¿Cómo voy a convencer a alguien que no conozco de que te dé dinero? —pregunta, aún con la voz teñida de escepticismo.

—Porque eres clonadora, y esa persona está en una celda dámara. Eres la única que puede sacarlo de allí durante unas horas sin que nadie se dé cuenta.

—¿Cómo sé que me estás diciendo la verdad sobre tu poder? —insiste, comprendiendo la lógica detrás de mi propuesta.

Cruzo los brazos y le sonrío.

—Supongo que solo hay una manera de demostrarlo —digo, con calma—. Llévame hasta James García.

Cuando llego a casa, son casi las nueve y media. Shalim Halil, la madre de Ozzy, está sentada en la mesa del comedor con mi madre, compartiendo una copa de vino. Me preparo para lo inevitable.

Ambas dejan de hablar al verme entrar. Me contemplan como si fuera una mascota difícil de entrenar que acaba de destrozar las macetas de la vecina.

—Ves lo que te decía —se queja mi madre, mirando a Shalim pero claramente refiriéndose a mí—. Nunca llega a casa antes de las nueve.

—Ya tengo quince años, mamá —respondo, agotada por este eterno debate.

—Eso no significa que puedas andar por ahí todo el día, metida en a saber que Fylgjas.

—En drogas. —Mi tono sarcástico la irrita, como siempre.

—Y los fines de semana, a veces no vuelve hasta por la mañana —sigue, como si estuviera exponiendo pruebas ante un juez.

—Una vez —la corrijo, cruzándome de brazos. Bueno, ha pasado más de una vez, pero ella solo me pilló en una ocasión.

Shalim me lanza una mirada de desaprobación que me irrita profundamente. Le salvé la vida a esta señora, ¿le costaría tanto ser un poco más agradecida?

—Lo que le estás haciendo a Ozzy... —empieza Shalim.

Trato de no poner los ojos en blanco, aunque me cuesta. Siempre están igual.

—Mi hijo no va a perdonarte esto nunca.

—No es para tanto —respondo, irritada. James García estaba perfectamente cuando lo traje de vuelta hace unas horas. Conservaba su aspecto de treinta años, mientras que Anteia Makris tiene la piel de la cara caída y le relucían algunas canas rebeldes en el flequillo—. Ozzy no está perdiendo ni un segundo de su vida o de su salud.

—Pero sus amigos y familiares sí —replica Shalim, con más fuerza en la voz.

Suspiro y voy a la cocina para servirme un poco de las sobras de la cena. Queda un trozo pequeño de lasaña.

—Hija. —Mi madre intenta usar un tono más suave—. Entiendo que tienes sentimientos por él, pero esta no es la forma de conquistar a alguien. ¿Qué crees que dirá Ozzy cuando lo despiertes?

—Que habéis engordado —digo, tomando un bocado de lasaña.

Mi madre bufa con frustración.

—Eres como tu padre.

Se arrepiente al instante de haberlo dicho, pero a mí no me afecta. Las comparaciones con

mi padre no me hieren. Ella no tiene ni idea de quién soy en realidad. Solo ha visto la punta del iceberg.

—No, mamá. No soy como papá —le respondo con un humor ligero.

Soy peor que él. Yo fui quien le metió en la cárcel. Pero claro, nadie me agradece nada porque no saben que fui yo. Supongo que ser una heroína anónima tiene su precio. Desconocen que todo lo que hago es por un bien mayor. Y a diferencia de otros, yo consigo resultados. No voy a revelar mis logros solo por vanidad. El ego solo domina a los idiotas, y yo sé cuándo mandarlo callar.

En cuanto a Ozzy, gracias a mí, en lugar de jugar como suplente cada seis meses, va a ser titular durante toda la temporada para alguien que realmente le aprecia. Pero no necesito explicarles eso. Nadie puede obligarme a usar mi poder de la manera que ellos quieran. Mi madre intentó inscribirme en el registro dámara, pero Evans y yo nos opusimos. Si se supiera sobre mi poder, Dobrev y Ozzy se verían afectados porque serían despojados cada vez que Dámara quiera usar mi poder. Hasta ahora, hemos logrado mantenerlo en secreto.

Además, si se descubre lo que puedo hacer, mi padre podría involucrarme en el ataque de la cima del Kimjel.

Durante la siguiente hora, Shalim se dedica a contar anécdotas de la infancia de Ozzy.

—Cuando tenía solo dos años, le vi limpiar la tierra de las rodillas de un niño que se había caído en el parque. Ese día me di cuenta de que era más amable que lo que merece este mundo —dice, claramente intentando hacerme sentir culpable por lo que le estoy "haciendo".

Lo único que consigue es reafirmarme en lo que ya sé: quiero a Ozzy a mi lado. Los modelos masculinos que he tenido en mi vida han sido crueles e insensibles. Ozzy es lo opuesto y por eso me enamoré de él. Que les jodan a los chicos malos. Quiero alguien que me trate bien.

Shalim piensa que es demasiado bueno para mí. Tal vez tiene razón. Pero ¿por qué debería conformarme con menos? Quiero al mejor a mi lado, me lo merezca o no.

Ozrrat Halil es mi hogar. O lo más parecido a uno. Nunca he tenido un hogar en el sentido tradicional. Y tal vez no lo necesito. No soy como los demás, que sueñan con una familia y una vida normal. Mis fantasías nunca han sido sobre eso. Tal vez porque soy una Armstrong, y desde pequeña vi el poder desde dentro, temiendo que nunca podría saborearlo por completo.

Nunca me leyeron cuentos de princesas que buscaban a su príncipe. Yo elegí mis propias historias, y todas eran sobre una reina en busca de su trono.

Después de ducharme, me tumbo en la cama, todavía envuelta en la toalla. Me duele todo el cuerpo, pero no de esa forma enfermiza que sentía cuando Arthur me maltrataba. Sino de una manera extenuante y satisfactoria, el tipo de dolor que te recuerda que has trabajado duro para alcanzar tus objetivos. Me gusta esa sensación, esa mezcla de agotamiento y logro.

La mayoría de la gente desperdicia sus vidas sin alcanzar su máximo potencial porque son demasiado perezosos. Eligen la mediocridad si eso les permite estar cómodos y seguros. Si yo fuera una de ellos, mi padre seguiría manipulándome como a una muñeca de trapo, Ozzy seguiría siendo "demasiado mayor" para mí, y Arthur aún estaría haciéndome sufrir. Pero no soy como ellos. Yo cambio el curso de los acontecimientos. Tengo mi destino cogido por los huevos, y si aprieto un poco más, haré que se arrodille y me pregunte: "¿A dónde quieres ir ahora, Karen?"

Me quedo dormida con la toalla puesta y la luz encendida. No tengo idea de qué hora es cuando alguien llama a la puerta de mi habitación.

Tengo la boca seca y la lengua inflamada. Creo que había demasiada sal en la lasaña.

Me levanto, ajustando la toalla alrededor de mi cuerpo, antes de abrir. En el pasillo está Kyle Dobrev, cubierto de sangre. Se apoya en el marco de la puerta y me mira de forma inexpresiva.

—Necesitaba mi poder durante unas horas —le explico de inmediato, ojeando su mano ensangrentada—. Eh, estás manchando mi puerta.

—Bien —responde él, sin moverse—. Así la gente sabrá que un ser diabólico duerme aquí. ¿Has matado a alguien esta noche? ¿He despojado a alguien por tu culpa, Karen?

Se cruza de brazos, observándome fijamente. Su tono está cargado de esa mezcla molesta de sarcasmo y acusación que siempre me irrita.

Chasqueo la lengua, ofendida.

—Todo lo contrario. He hecho una buena acción. —Le dedico una sonrisa angelical, pero él entorna los ojos. Esos ojos... Es una pena que estén desperdiciados en alguien tan irritante como Dobrev.

—¿Quieres compartirlo conmigo? —pregunta, claramente sin esperar una respuesta positiva.

—Que va. Soy de esas personas que realizan buenas acciones para llenar su corazón de armonía, no para presumir. Quédate con que esta noche he traído algo de felicidad a este mundo

podrido.

Dobrev da un paso hacia mí y, sin previo aviso, me acaricia la cabeza con ambas manos, probablemente manchándome el pelo de sangre. ¿Cómo puede ser alguien tan molesto?

—Karen, estás en un momento crucial de tu vida —dice, creyéndose mi mentor espiritual—. Aún estás a tiempo de decidir si quieres ser alguien normal en lugar de convertirte en una hija de puta.

—Ser normal está sobrevalorado —respondo, logrando sacarle una sonrisa.

Le ha gustado la frase porque él también es raro de narices.

—Entonces te lo diré de otra forma. Te conviene ser buena, Karen. Ozzy no come coño maligno.

Pongo una mueca de asco.

—¿Tienes que ser siempre tan ordinario?

—Supongo que has olvidado el extra de extraordinario. Y la respuesta es sí. —Su tono es tan arrogante como siempre.

—Vete de mi cuarto, Dobrev —le sugiero, agotada.

En lugar de irse, rodea la cama y se deja caer sobre ella, llenándola de sangre a propósito.

—Le conozco mejor que tú. Si lo traes de vuelta ahora, si ignoras esa vocecita en tu cabeza que te dice que quemes cosas y mates gente, puede que Ozzy te perdone. Pero si esperas más y sigues degenerando, le perderás.

—El único degenerado aquí eres tú —replico, frunciendo el ceño mientras veo cómo arruina mis sábanas—. Kyle Dobrev, el tipo cuya mayor ambición en la vida es drogarse y acostarse con Drake. Me parece bien, pero yo no soy como tú. Quiero hacer de este mundo un lugar mejor.

—Un mundo mejor para ti —deduce él.

—Pues sí —admito sin rodeos—. Pero por ahora, lo que quiero coincide con un mundo mejor para los demás también. Así que no confundas eficiencia con degeneración.

—No confundas altruismo con ambición —responde con frialdad.

Suspiro y miro el reloj en mi mesita de noche. Son las dos y cuarto. Antea y James deben haber pasado un buen rato juntos. Gracias a mí.

—No te miento, no he usado mi poder para hacerle daño a nadie —le repito con firmeza. Dobrev me señala con un dedo ensangrentado.

—Te creo, pero tampoco creo que haya sido simplemente una "buena acción".

Me cruzo de brazos.

—Digamos que todos hemos sacado algo bueno de esto.

—¿Sin lado malo? —pregunta, con escepticismo.

Alzo una mano hacia él.

—Lo prometo.

Dobrev me mira con los ojos entrecerrados, sopesando mis palabras. Finalmente, se rasca la barbilla, pensativo.

—O eres la mejor mentirosa del mundo, o creo que me estás diciendo la verdad. —Se levanta de la cama, plantándose frente a mí—. Te estaré vigilando.

Dicho eso, se larga. Miro la cama manchada de sangre. Voy a tener que cambiar las sábanas antes de dormir. Supongo que como venganza no está mal, pero Kyle Dobrev debería recordar que es mi poder lo que le mantiene con su bonita piel puesta, y que no tengo obligación de compartirlo con él.

Qué desagradecida es la gente.

Los ojos de mi padre se agrandan cuando me ve aparecer frente a su celda de cristal. Mi madre lo visita de vez en cuando, y Evans vino una vez para desahogarse y liberar lo que llevaba años acumulando. Pero mi padre me conoce lo suficiente como para saber que yo no hago visitas de cortesía. Si estoy aquí, es por una razón.

El guardia dámaro que me ha traído entra primero en la celda, encadenando a mi padre a la pared. Le pone grilletes en las manos y los pies; luego me hace un gesto para que pase.

—Papá —lo saludo, acercándome para darle un abrazo.

Aunque he crecido desde la última vez que nos vimos, solo le llego al hombro. Él no me devuelve el abrazo, pero tampoco me aparta. Cuando me separo, noto la curiosidad brillando en sus ojos.

Nos sentamos en la mesa del centro de la celda, con el guardia a pocos pasos, observando. Puede escuchar todo lo que decimos, al igual que cualquiera que esté mirando desde casa a través de las cámaras. Incluso mamá lo hace a veces. La he sorprendido más de una vez, sentada en el sofá, con los ojos fijos en la pantalla, viendo a su ex marido encerrado. Me pregunto si lo hace porque le extraña, o porque le gusta la sensación de seguridad, sabiendo que él está lejos.

—Papá, te echamos de menos en casa —digo con un tono suave, casi cariñoso.

Él no responde. Sabe que estoy actuando. Aguarda con paciencia, a que vaya al grano y revele el verdadero motivo de mi visita.

—¿Cómo estás? —le pregunto, colocando mi mano sobre la suya. Vamos a tener que comunicarnos por el tacto.

—Curioso como un gato —responde, con los ojos levemente entornados.

Suelto una risita. Podría parecer la risa inocente de una adolescente, pero no tiene nada que ver conmigo. El guardia, que no me conoce, seguramente cree que soy una hija preocupada visitando a su padre.

—He sacado sobresalientes en todas las asignaturas, bueno, excepto en educación física —le cuento, comenzando con una conversación banal.

Parker inclina la cabeza y deja que sus ojos recorran mi rostro y mi cuerpo.

—Tienes buen aspecto —comenta con tono pensativo—. Solías ser una niña enferma, pero ahora... pareces muy saludable.

Sé que está preguntándose qué fue lo que cambió. Creo que siempre intuyó que un sanador me maltrataba, pero nunca me lo preguntó porque le repugnaba reconocer la debilidad

de su propia hija. Y aunque se hubiera enterado, no habría intervenido. Mi padre desprecia la flaqueza. Para él, el sufrimiento es el destino natural de los frágiles.

—Sí, mi salud ha mejorado bastante en los últimos años —respondo, apartándome un mechón de cabello del rostro.

Aunque sé que me guarda rencor, noto la chispa de admiración en sus ojos. Al fin y al cabo, soy su hija, y mi éxito lo siente como una extensión de su propio legado. Para él, es otra prueba de que nuestra familia tiene los mejores genes de Dámara. Mi fortaleza le hace sentir orgulloso, no de mí, sino de sí mismo por haberme hecho de esa forma. Al fin y al cabo, mi padre es uno de los casos más destacados de ascensión dámara. Salió de una familia de padres inválidos y acabó siendo un Armstrong.

Intuyo que quiere preguntarme muchas cosas, pero él también es cuidadoso. Sabe que no podemos hablar libremente aquí.

—Sabes... —comienzo en un tono ligero—, he estado pensando que sería genial que pudieras salir, aunque solo fuera por unas horas. —Apreto su mano ligeramente para que sepa que estoy hablando en serio. Sus ojos se iluminan por un breve instante, entendiendo el mensaje oculto—. Podríamos ir al parque temático de Turik con mamá y Evans, pasar unos días allí... —Uso la voz soñadora, de alguien que solo está fantaseando—. Sería genial, ¿no? Algunos de mis compañeros de clase han ido con su familia y se han hecho unas fotos alucinantes.

—Suenas bien —responde, con una calma calculada. Pero sus ojos brillan, atentos a todos mis gestos.

—¿Cuánto crees que costaría un viaje así? —pregunto casualmente—. Entradas, hotel, todo incluido para los cuatro durante cinco días... ¿unos cincuenta mil dinares?

Él sonríe levemente.

—Es una cifra un poco alta —replica, cargando sus palabras de significado—. Ese tipo de viajes no cuesta tanto.

Chasqueo la lengua y me encojo de hombros, soltando su mano.

—De todas formas, dudo que te den un permiso... —dejo la frase en el aire. Yo soy su única opción. Y lo sabe.

—Me alegra que estés bien, papá —digo suavemente, preparándome para salir. Necesita tiempo para pensar en mi oferta—. Volveré pronto.

—Karen.

Escucho su voz antes de llegar a la puerta. Me doy la vuelta, mirándolo a los ojos.

—Sigue ascendiendo, hija —dice, con una expresión orgullosa y calculada—. El poder está hecho para unos pocos.

Fuera está diluviando. El agua se filtra por debajo de la puerta del sótano mientras Tori, Evans y Dobrev bajan las escaleras, dejando huellas de barro en el suelo.

Tori sacude su chaqueta, que había usado para cubrirse el cabello, y la cuelga en el respaldo de una silla. Evans lleva puesta una sudadera roja con la capucha húmeda y los hombros oscuros por la lluvia. Dobrev, en cambio, va con una camiseta de manga corta y el pelo rubio empapado ajeno a las inclemencias del tiempo.

Cierro la puerta del sótano y el aire se llena con el olor de la tierra mojada. Siempre me ha encantado la lluvia. Su sonido suave me envuelve y me hace sentir menos culpable por tomarme un descanso. Hoy es uno de esos días perfectos para dejarse llevar por la pereza, aunque el motivo por el que estamos aquí no es precisamente relajante.

Ozzy se abalanza contra los barrotes de su celda, rugiendo lleno de furia. Dobrev lo mira con la cabeza ligeramente inclinada.

—Creo que empieza a reconocermme —dice, levantando los brazos, preparado para recibir al despojado en un abrazo—. Sí, mi amor, soy yo.

Arranco la colcha de la cama y la cuelgo sobre la puerta de la celda para bloquearle la vista a Ozzy. Con suerte, dejará de percibir nuestro olor y se calmará.

—¿Y estas pizzas? —Evans levanta la tapa de la caja que está sobre una pila de tres.

—Las pedí para la cena —respondo en tono bajo, mientras tomo del brazo a Dobrev y lo alejo de la celda de Ozzy.

—¿Cenar aquí? —Evans frunce el ceño, confundido—. ¿Con Ozrrat despojado? Claro que no. Dijiste que tenías algo que enseñarnos, no que íbamos a cenar.

En lugar de responder, me acerco a la encimera, abro una de las cajas de pizza y cojo una porción de cuatro quesos.

—Comed, se están enfriando.

—Karen —Evans me llama, impaciente—, ¿por qué estamos aquí?

—Vamos a pasar la noche aquí —le contesto, disfrutando del queso fundido mientras me relamo los dedos.

Dobrev se cruza de brazos y me mira con curiosidad, mientras Evans, con una mueca de disgusto, coge las otras dos cajas y se dirige hacia las escaleras.

—Vámonos a casa —dice, sin mirar atrás. Tori se levanta del sofá para seguirlo, pero Dobrev se queda, observando la escena como si fuera un simple espectador. Evans intenta abrir la puerta, sin éxito—. Karen, ¿has cambiado la contraseña?

—Sí —respondo con la boca llena. Termino de masticar y me limpio los labios con el

dorso de la mano mientras ellos me miran expectantes—. Será mejor que no salgas esta noche, Caperucita. Hay un lobo suelto en el bosque.

Dobrev se ríe en voz alta, y aunque Evans baja la capucha de su sudadera con expresión seria, hasta Tori no puede evitar esbozar una pequeña sonrisa.

—Tengo que recoger a Kirah en media hora —me informa Evans, tratando de mantener la calma.

—Ya lo arreglé. Sus abuelos maternos la recogerán.

—Está bien, Karen —dice Tori, bajando las escaleras y acercándose a nosotros para coger comida—. ¿Qué tienes planeado y por qué?

—Es muy fácil. Todo lo que tenéis que hacer es quedaros aquí conmigo toda la noche. Hasta he traído juegos de mesa.

—Catán, Fertility, Risk... —Tori lee los títulos en voz alta—. Son todos juegos de estrategia. No pienso jugar contigo, siempre ganas. Desde que tenías ocho años, siempre ganas.

—Créeme, para mí también es aburrido —respondo con una sonrisa mientras me termino otro pedazo—. Podemos ver una película, si lo preferís.

—No voy a ver una película contigo secuestrado en el sótano donde guardas a tu "novio despojado" —protesta Evans, visiblemente irritado—. Esto es cada vez más raro. Te exijo que vuelvas a rotar a Ozzy y a Electric Blue como habíamos acordado, y que abras la puerta ahora mismo. Tienes que dejar de comportarte como una...

—Muñeca diabólica —propone Dobrev.

Evans respira hondo, tratando de recobrar la compostura. Apoya ambas manos en la encimera y fija su mirada sobre mí.

—Karen, ya no eres una niña. Cumplirás dieciséis años en un mes. Ya es hora de que empieces a controlar tus impulsos y tus manipulaciones egoístas.

De todo lo que ha dicho, es la palabra impulso la que me ofende. Yo no hago nada de forma impulsiva, sino que lo tengo todo perfectamente calculado.

—Tengo una pregunta —interviene Dobrev, sentándose en uno de los taburetes—. ¿Qué está ocurriendo fuera mientras nosotros estamos aquí encerrados?

Es más listo de lo que aparenta. Evans abre los ojos, alarmado.

—Ya lo dije, hay un lobo suelto en el bosque. Es más seguro quedarnos aquí.

—¿Fuiste tú quien soltó a ese lobo? —insiste Dobrev, acercándose peligrosamente a la verdad.

—La mejor forma de controlar a un monstruo es saber dónde y cuándo estará en todo momento —respondo, dejándole esa lección.

Evans y Tori nos observan, boquiabiertos.

—Si controlas al monstruo, entonces eres responsable de todo el daño que cause —me

advierde Dobrev, lanzándome otra lección de su propia cosecha.

Ya lo sé. Por eso nos he encerrado aquí, para protegernos. Tengo claro que el primer objetivo de mi padre durante sus horas fuera de la cárcel será Yadra. No puedo permitir que le ocurra nada a nuestra querida reina, al menos no hasta que yo descubra cómo apropiarme de su poder. Así que mandé un mensaje anónimo a Yadra esta mañana para advertirle que se cuidara bien esta noche. Con esa advertencia, tiene recursos de sobra para protegerse de un bloqueador como mi padre. Además, he hecho que mi clonadora, Anteia Makris, lo envíe al otro lado del mundo. Sin un teletransportador, necesitará un avión para regresar a Dámara.

Aun así, sabiendo que mi padre es un hombre de muchos recursos, he tomado precauciones para protegernos a los cinco de él.

Mi teléfono suena y recibo la notificación de una transferencia de cincuenta mil dinares. Sonrío. Todos mis problemas financieros han desaparecido. Le envío un mensaje a Anteia para que clone a mi padre y lo libere por una noche. El dinero puede comprar muchas cosas, incluso libertad. Y, ahora que conozco a los naturales, humanos como Kim, que se inyectan sangre dámara, tal vez también me consiga nuevos poderes.

—¿De qué va todo esto? —pregunta Tori, sacándome de mis pensamientos.

No me mira a mí, sino a Dobrev, quien se encoge de hombros.

—Karen nunca hace nada sin una razón —le explica él—. Así que, si estamos en esta "fiesta de pijamas" versión secuestro, es por algo. Dice que hay algo peligroso ahí fuera y no dudo que ella es la causa de ese mal. Lo que ocurra esta noche, será culpa tuya, Karen.

—Perfecto, mañana vemos las noticias y me echáis la culpa de todo lo que ocurra en las últimas veinticuatro horas —respondo con sarcasmo, poniendo los ojos en blanco—. O mejor, de todo lo malo que ha pasado desde que nací.

Evans da un paso hacia mí, pero se detiene. Se pasa una mano por la cara, claramente frustrado.

—No podemos seguir así... No puedo permitir que sigas manipulando a la gente como si fuéramos marionetas en tu pequeño teatro —dice con seriedad.

Parpadeo de forma inocente, fingiendo confusión.

—No entiendo. Bien que te gustó la idea de meter a Tori en la cárcel, y bien que te alivia que papá no pueda asesinar a tu chica. No finjas que eres diferente a mí, Evans. También manipulas a los demás, porque crees que tu poder de copycat te da derecho a decidir por ellos. Pero lamento decirte que no sigo órdenes de personas menos inteligentes que yo. Así que no te molestes en desplegar tu autoridad frente a mí como un pavo real hace con sus plumas.

Evans me mira con rabia contenida, pero se controla. Tori, al ver la tensión, le susurra algo y lo guía hacia el sofá para que se calme.

—Karen —interviene ella con un tono apaciguador—. Sé que planeas despertar a Ozzy

cuando cumplas dieciséis, pero... ¿Qué pasará con Electric Blue?

Me doy cuenta de que es algo que les preocupa.

—Vamos a rotarlos cada seis meses, como acordamos —me ordena Evans.

—Haré algo mejor —anuncio, rebajando la tensión—. Te enseñaré mi poder para que podamos traer a los dos de vuelta al mismo tiempo.

El silencio que sigue está cargado de sorpresa.

—Se supone que tu poder no puede ser copiado —me recuerda Tori, confusa.

—Mentí —confieso con simpleza.

—Pero... la información que encontramos en Internet... —continúa ella.

—Pagué a alguien para que la pusiera ahí.

Tori me mira boquiabierta.

—¿Y los libros que decían que no podía ser copiado?

—También los mandé hacer.

Ellos me miran como si fuera una bomba a punto de estallar. Tal vez lo sea. Tal vez voy a estallarle en la cara a toda Dámara.

Me levanto y me planto frente a Evans.

—Vamos —le digo, inclinando la cabeza—. Es hora de que aprendas. Es hora de traer a Ozzy de vuelta.

El sol se refleja en el asfalto, cegándome momentáneamente. Entorno los ojos para no perder de vista a los dos naturales que estoy siguiendo por el centro ejecutivo de Deremen. Aunque saben que los sigo, no intentan despistarme, lo cual me facilita las cosas. Si quisieran, podrían desaparecer entre la multitud de ejecutivos con trajes que caminan apresurados por las aceras.

Tras un par de manzanas, giran en un callejón estrecho entre dos rascacielos. Acelero el paso, temiendo que puedan esfumarse entre los edificios de cristal. Al llegar a la sombra, dejo de sentir el calor sofocante que me hacía sudar.

El otro natural ha desaparecido, pero Kim está sentado en las escaleras de incendio metálicas, esperándome con calma. Lleva gafas de sol, algo que envidio al instante. Su apariencia es sorprendentemente normal: camiseta y pantalones cortos, como cualquier chico en un día de calor. Nada en él delata su naturaleza artificial, creada para servir a sus "creadores". Quizá ha aprendido a comportarse como una persona normal porque ha pasado un tiempo como prisionero de la guardia Dámara, después de que Cas lo denunciara por acoso.

Kim golpea la escalera con el pie, haciéndola descender con un chirrido. Lo sigo por la inestable estructura de metal hasta una ventana abierta, por la que se cuelga con agilidad felina. Estoy ansiosa por hacer preguntas sobre la transferencia de poderes, aunque no sea la razón principal por la que acordé esta cita. Hay algo que necesito resolver antes de que Evans copie por completo mi poder y despierte a Ozzy.

El interior del edificio es decepcionante. No hay ningún laboratorio, solo un cuarto vacío de paredes blancas. El único mobiliario es una silla plegable y un maletín metálico sobre ella. También hay unos cables colgando de la pared, a medio pelar.

El otro brunemen, vestido con el habitual traje de combate de los naturales, está apoyado contra la pared, con los brazos cruzados y un pie apoyado en la pared.

Kim abre el maletín, revelando viales de sangre en su interior.

—¿Qué clase de habilidad buscas? —me pregunta mientras teclea en una tablet, su voz suena más fluida de lo que recordaba. Me pregunto si es Cas la que le ha enseñado a hablar mejor. Tiene unos labios bonitos... Tal vez la víctima y el acosador se han obsesionado mutuamente.

—¿Estás enfadado con Cas por denunciarte? —curioseó porque me viene bien saber cómo va la cosa entre ellos.

Por un instante, una chispa de emoción cruza su rostro al escuchar el nombre de la chica, pero no responde. Me entrega la tablet, que muestra una lista de habilidades:

- Atravesar paredes: 30.000 brons
- Memorizar información en segundos: 10.000 brons
- Visión nocturna: 20.000 brons
- Expulsar fuego por la boca: 50.000 brons

La lista continúa, pero no encuentro nada remotamente parecido a lo que necesito. Tendré que preguntar si pueden fabricarlo bajo pedido, algo que me desagrada profundamente. Saber lo que busco les da poder sobre mí. Además, Evans está cerca de completar su tarea de despertar a Ozzy. No tengo mucho tiempo.

Saco de mi mochila un vial de sangre de mi padre, extraído por Anteia Markis mientras él estaba inconsciente la noche que lo clonó para sacarlo de la cárcel hace tres semanas.

—Es sangre de bloqueador —les indico, alzando el vial para que lo vean.

—No es posible replicar ese poder —responde Kim con firmeza.

—No quiero el poder de bloquear, lo que quiero es...

—Que los videntes no puedan ver tu futuro —interrumpe el otro natural desde su posición contra la pared.

Lo miro boquiabierta, sorprendida de que sepa lo que busco.

—¿Lees la mente? —deduzco, entre desconcertada e irritada. No me gusta nada que se metan en mi cabeza.

—No, no lo hace —me corrige Kim, lanzándole una mirada confundida al otro natural.

—K5, sal un momento —le ordena el hombre. Kim parece sorprendido, pero acata sin protestar. Se pone en pie, golpea sus botas entre sí, hace una reverencia leve y desaparece por la ventana sin decir nada más.

Ahora estamos solos, y no me gusta nada que este tipo parezca conocer mis pensamientos antes de que los exprese.

—Si no lees la mente, ¿cómo...? —intento preguntar, pero me interrumpe.

—¿Trajiste el dinero? —pregunta con una familiaridad que me desconcierta.

—¿Perdona? —No entiendo nada. Detesto no saber lo que está ocurriendo.

El brunemen se aparta de la pared y se acerca lentamente.

—Doscientos mil brons y el vial de sangre bloqueadora. Con eso puedo inmunizarte contra los videntes —me explica con calma, como si ya me lo hubiera dicho antes.

Sacudo la cabeza, tratando de recuperar el control de la situación, y saco el dinero de mi mochila.

—No me basta con bloquear —le aclaro—. Los videntes pueden ver cosas sobre alguien, aunque no estén cerca. Necesito algo que me proteja de todas las predicciones, en todo momento.

El hombre asiente, y de nuevo tengo la sensación de que está tratando de mostrarse paciente, como si ya hubiéramos tenido esta conversación.

—¿Hemos discutido esto antes? —pregunto, confundida. Quizá ya me reuní con ellos y Kim me borró la memoria.

El natural esboza media sonrisa.

—Aún no —responde, misterioso.

—¿Cómo dices? —La situación se vuelve cada vez más surrealista, y comienzo a impacientarme.

—Esta es la primera vez que tienes esta conversación —reitera, con calma. Lo extraño es que usa "tienes", dejando claro que ese es el caso solo para mí.

Lo observo mientras guarda el fajo de billetes y el vial de sangre en el maletín.

—¿Cuándo estará listo? —pregunto, con urgencia—. Tengo prisa.

—Ya lo llevas puesto —contesta sin inmutarse.

—¿Cómo dices? —Estoy a punto de perder la paciencia, pero sus siguientes palabras me dejan sin habla.

—Lo dejé en tu cuarto hace cuatro años, Karen.

Me quedo paralizada, incapaz de articular palabra. El hombre sonríe, claramente disfrutando de mi sorpresa.

—Mi poder es viajar en el tiempo.

—Tú eres K —susurro, fascinada.

Él niega con la cabeza.

—Tú eres K —corrige—. Yo escribí la nota, pero tú la redactaste.

—Me la envié a mí misma... —La verdad me golpea con una fuerza abrumadora. Mi yo del futuro envió al pasado la habilidad que me hace invisible ante los videntes.

El natural asiente.

Por eso Ozzy dejó de prever mis movimientos. Todo cobra sentido ahora. Las palabras de Kyle Dobrev regresan a mi mente con un nuevo significado: "¿Qué has hecho? Ya no veo tu muerte, ninguna muerte".

La sangre que me inyecté a los trece años me protegió desde entonces. Nadie ha podido ver mi futuro ni mis planes. Me he estado cuidando a mí misma desde el futuro, sin siquiera saberlo.

Me río, fascinada por la complejidad de mis propias maquinaciones.

Durante la mayor parte de mi vida nadie me prestó atención. Algunos creyeron que podían pisotearme como las margaritas que crecen en el césped. Ahora entiendo que no soy una flor vulgar y delicada. Soy una rosa con espinas que ha estado protegiéndose a sí misma de formas que nadie podría imaginar.

OZZY

Hay algo reconfortante en la oscuridad. Después de pasar un tiempo entre sus brazos, despertar resulta incómodo. Mis ojos escuecen al salir de la penumbra que ha sido mi hogar durante seis meses. Parpadeo ante la luz del sol que se cuele entre las hojas de los árboles. Reconozco el bosque detrás de la casa de los Armstrong, donde viví mientras Parker intentaba usarme para sus planes.

Tori me frota los hombros por encima del albornoz que me han colocado. Siento la sangre pegajosa en mi piel. He perdido la piel tantas veces que ya no llevo la cuenta. Me maravilla el fenómeno cada vez que vuelve a cubrir mi cuerpo como si nunca se hubiera ido, dejando solo la sangre como prueba de mi transformación. Es un milagro regresar de la muerte una y otra vez.

Esta vez no ha sido Karen quien me ha traído de vuelta, sino su hermano, Evans. Como copycat, puede aprender los poderes de otros, y Karen debe haberle enseñado el suyo.

Me siento desorientado, más de lo habitual. Tal vez sea porque nunca había pasado tanto tiempo como despojado. Cuando intento hacer preguntas, Tori me susurra que no me preocupe, que primero me dé una ducha y me quite toda la sangre.

Salgo de la ducha más alerta. Mi rostro en el espejo está igual que hace seis meses. No he envejecido ni un día, y tampoco he palidecido porque no tengo piel cuando estoy en ese estado. La conversión me devuelve al mismo cuerpo, lo que significa que soy seis meses más joven que el resto del mundo.

Cuando regreso al salón, los noto inquietos. Tori camina en círculos, nerviosa. Kyle está en el sofá mirando el techo. Drake se muerde las uñas con el ceño fruncido. Sus ojos se agrandan cuando me ven, y me pregunto si aún siente algo por mí o si su relación con Kyle ha borrado mi huella por completo.

—Siéntate, por favor —dice Tori, señalando un sillón frente a ellos.

Siento que algo está mal. Evans me despertó, pero Karen no está aquí, y se suponía que Kyle y yo no volveríamos a vernos. Además, hay tensión en el ambiente.

Me siento y me doy cuenta de que la decoración del salón ha cambiado. El estilo moderno y sobrio ha dado lugar a muebles de madera blanca con un toque envejecido, recordándome a una casa de campo. Todo parece distinto, como si hubiera despertado en una realidad paralela.

Kyle se desplaza, sentándose en la puntita del sillón y alcanza mi mano. La suya está más

fría y sus dedos largos me dan un pequeño apretón para atraer mi atención de vuelta a ellos.

—¿Por qué estamos aquí los dos? —pregunto directo—. ¿Por qué estamos vivos a la vez?

—¿No es maravilloso? —responde Kyle, besándome los nudillos con suavidad.

—Sí, pero... ¿cómo es posible? —Frunzo el ceño, mi mente se niega a relajarse—. ¿Dónde está Karen?

Ya intuyo la respuesta. Karen le enseñó su poder a Evans para que él la convirtiera en despojada y así cederme su lugar. Tiene que ser eso. Pero algo no encaja.

Tori se muerde el labio. Drake sacude la pierna, visiblemente furioso. Pero su enfado no tiene sentido. Él no soporta a Karen, así que, ¿por qué estaría enojado por su sacrificio?

—¿Qué ocurre? —insisto—. Soltarlo de una vez.

Intercambian miradas. Tori asiente y comienza a hablar.

—Karen nos mintió a todos —empieza, y su tono no presagia nada bueno—. Resulta que sí se pueden traer a dos despojados de vuelta a la vez.

—¿Por qué mentiría en algo así? —pregunto, sin comprender. Karen no quería que me fuera. Le costó aceptar turnarme con Kyle. No tiene sentido.

Tori gesticula nerviosa.

—Ella quería mantenerte durmiendo por un tiempo.

De repente, me doy cuenta de algo que no había notado antes. No es solo la decoración lo que ha cambiado. Tori tiene el pelo más corto, y todos parecen haber perdido algo de la redondez de sus rostros.

—¿Cuánto tiempo? —murmuro despacio.

Nadie responde.

—¿En qué año estamos? —Miro a mi alrededor, buscando una pista, un calendario, cualquier cosa.

Veo un teléfono sobre la mesa, pero cuando intento desbloquearlo, no sé cómo funciona. Lo suelto frustrado.

—Ozzy —Tori me llama con suavidad, tiene la mano en mi hombro. Su expresión está llena de culpa—. No han sido solo seis meses.

—No habéis querido despertarme antes —deduzco.

—¡Nosotros no! —grita Drake, golpeando la mesa—. Fue tu muñeca diabólica.

Eso sigue sin tener sentido. Karen me quería. Me costó convencerla de que dejara que Kyle volviera. ¿Por qué querría mantenerme despojado? De hecho, a parte de mi madre, es la única persona a la que le importo más que él. La única que, de tener que escoger, podría preferirme a mí. Soy consciente de que no es así para Drake.

Niego con la cabeza, sin lograr encontrarle la lógica a nada de esto.

—¿Por qué haría eso? —insisto, aún tratando de entender—. Ella me... aprecia más que a

Kyle.

No quiero pensar que mis amigos me están mintiendo. Son ellos los que están aquí, mirándome con preocupación y lástima mientras que Karen... ¿Dónde está esa cría? ¿Por qué no ha venido a recibirme? ¿Por qué no ha querido despertarme ella?

Tori suspira y se recoloca el pelo corto tras las orejas. Va vestida como una adulta ahora, con una camisa blanca holgada y unos vaqueros de un corte retro.

—Verás, Ozzy. Karen es una persona muy compleja. Ella tiene una forma de razonar y sentir distinta a la nuestra y... —Hace aspavientos con las manos como si no encontrara las palabras correctas o no supiera cómo organizar su discurso—. No debemos olvidar que ha sido criada por Parker.

—Evans también fue criado por Parker y no se comporta como un psicópata caprichoso —protesta Drake, airado.

—¿Ah, no? —replica Tori— ¿Estamos hablando del mismo Evans que me metió en la cárcel?

Para ser justos, ese plan fue de Karen. Me mentiría a mí mismo si no admitiera que sus ideas son retorcidas pero brillantes. Pero sigo sin entender por qué me querría muerto cuando soy su mejor amigo. Vale que estaba celosa de mi relación con Drake, pero me niego a pensar que me querría muerto por rechazarla. Es solo una niña... ¿qué esperaba de mí?

—Lo hice para protegerte de mi padre —protesta Evans en tono débil. Parece haberlo repetido hasta la saciedad.

Tori pone los ojos en blanco y vuelve a centrar su atención en mí.

—Lo que quiero decir es que Karen, los Armstrong en general, tienen una forma particular de amar que no es muy ortodoxa y... En ocasiones, ese amor puede...

—Ozzy, Karen quiere follarte —la interrumpe Kyle, directo.

—¡Electric Blue! —protesta Tori, horrorizada, usando el estúpido apodo que Ivah le puso al chico.

Evans pone una mueca de disgusto, como si quisiera borrar ese comentario de su mente. Le entiendo. Llevo meses esquivando esa idea yo mismo.

—¿Qué? —responde el rubio, encogiéndose de hombros con expresión inocente—. Parecías atascada, solo quería ayudar. Además, esa es la razón detrás de todo esto. Karen quiere tirárselo.

Noto una presión desagradable en la boca del estómago. He estado tratando de evitar pensar en nosotros de esa forma desde que la conocí. Me enferma que la mencionen en esos términos siquiera.

—No digas eso. Es solo una niña —me quejo.

Kyle me mira a los ojos.

—No, no lo es, mi amor —me corrige—. Llevas más de tres años durmiendo y ahora Karen tiene tu edad. Lo que era su plan desde el principio.

El golpe me deja sin palabras durante un buen rato. Nadie dice nada, dándome tiempo para habituarme a la idea. Años... No me extraña que no sepa manejar un puto teléfono.

—Años —mi voz sale débil. Me masajeo la frente, un tanto mareado—. Karen tiene mi edad.

—No deberías habérselo dicho tan de golpe —protesta Tori, mientras Drake masculla palabrotas por lo bajo.

—Más de tres años —repito en bucle.

—Mi amor —me llama Kyle, apretándome la mano de nuevo—. No pasa nada, eres más joven que nosotros ahora. Además, han sido tres años aburridísimos. No ha habido ciudades masacradas, ni asesinatos de miembros del parlamento, ni guerras... Monotonía total.

Exhalo demasiado chocado como para apreciar el peculiar humor de Kyle.

Un recuerdo viene a mí y me parece que solo han pasado unas semanas:

“Karen, no hay nada de malo en ti, es solo que... no tenemos la misma edad” le dije.

“¿Y si la tuviéramos?” respondió ella.

Me río de mí mismo. Fui yo el que le dio la idea, sin darme cuenta. Yo planté la semilla en el suelo fértil que tiene esa maldita niña por cerebro.

—Así que Karen tiene mi edad. —Por alguna razón, imaginarla con diecisiete años es lo más chocante de todo. Lo que me demuestra el tiempo que ha pasado.

—Sí —responde Kyle, y me acaricia la mejilla—. Prepárate mi amor, porque es más retorcida e hija de puta de lo que recuerdas, y va a por ti.

Mi madre entra corriendo al salón, gritando mi nombre antes de envolverme en un abrazo de oso. Ha ganado algo de peso, pero su olor familiar no ha cambiado. De inmediato, me siento un poco mejor. Aunque hayan pasado cuatro años, mi hogar sigue intacto. Mis amigos siguen aquí. Y Karen... bueno, no puedo perdonarla por algo así. Pero, con el cuerpo cálido de mi madre junto al mío, tampoco puedo ignorar el hecho de que ambos estamos sanos y salvos gracias a ella.

Odio ser tan blando. Odio que, a pesar del enfado, una parte de mí ya esté considerando dejarlo pasar. Debo ser más tonto de lo que creía.

Cuando al fin me suelta y deja de preguntarme si estoy bien, le seco las lágrimas de las mejillas y le prometo que no voy a volver a dejarla sola.

—Mi niño, te he echado tanto de menos —su expresión se transforma en rabia—. Esa despojada... ¡Vamos a demandarla!

—Mamá.

—¿Qué? No podemos dejar que se salga con la suya. Lo que te ha hecho es un delito. Sacudo la cabeza, intentando calmarla.

—Es su poder. Ella no está obligada a usarlo conmigo. De hecho, sabes que es ilegal que lo haga. Si descubren que tiene ese poder, tendrá que usarlo en asuntos del gobierno, y entonces Kyle y yo nos veremos afectados.

Mi madre suelta un bufido de frustración.

—Si no podemos demandarla, tendrá que pagar de alguna otra manera —espeto furiosa—. Si vieras la desfachatez con la que ha ignorado nuestras súplicas, como si tu vida estuviera en sus manos.

Lo cierto es que lo está. Aunque me guardo de decirlo en voz alta. Karen puede retirarme su favor en cualquier momento, devolviéndome a la muerte que me reclamó hace años. Estoy viviendo un tiempo prestado, sujeto a los caprichos de una niña que no acepta un "no" por respuesta. ¿Qué pasará cuando la rechace de nuevo? Siempre la consideré parte de mi familia, mi amiga, alguien por quien daría la vida, y pensé que ella haría lo mismo por mí. Pero... ¿y si nuestra relación continúa degenerando? ¿Tendré que enfrentarme a la muerte si no le doy lo que quiere? Y no puedo darle lo que quiere.

—Vámonos a casa, cariño —propone mi madre, levantándose del sofá—. Deberíamos volver a Glinen. Lejos de esa malcriada.

No estoy seguro de si mi madre se da cuenta de que Karen podría retirarme su poder, incluso a distancia. En realidad, puede hacer lo mismo con Kyle, ya que el que me mantiene con vida ahora mismo es el poder de Evans. ¿Amenazará Karen con despojar a Kyle si la rechazo? ¿Será capaz de llegar tan lejos?

Las palabras de Kyle resuenan en mi mente: "Prepárate, mi amor, porque es más retorcida e hija de puta de lo que recuerdas y va a por ti".

—No puedo irme ahora, mamá —digo, apretando su mano con ternura para suavizar el impacto de mis palabras—. Tengo que enfrentarme a ella.

Me guste o no, mi vida depende de Karen. Me he convertido en uno de esos satélites que orbitan alrededor de un planeta más fuerte.

KAREN

La oscuridad de la noche me envuelve, ocultándome bajo las sombras del bosque, como el manto de un mago que está perdiendo su magia. He sido perseguida por despojados antes, pero no recuerdo haber estado tan tensa. La electricidad recorre cada nervio de mi cuerpo.

La fachada trasera de mi casa se levanta amenazante frente a mí, proyectando una silueta fantasmal que se rompe cuando alguien enciende la luz de la cocina. Me oculto más entre los árboles, conteniendo la respiración hasta comprobar que no es Ozzy, sino Dobrev. A través de la ventana, lo veo sirviéndose una copa, lo que explica su andar torpe y la música que escuché al acercarme. Están celebrando la vuelta de Ozzy.

Han pasado años desde la última vez que lo vi, escuché su voz o percibí su perfume. Ya estaba lo suficientemente nerviosa por nuestro reencuentro. Ahora, además, imagino que debe estar planeando mi muerte.

Saco mi teléfono del bolsillo de la sudadera y releo el mensaje que Ozzy me envió hace tres horas.

¿Dónde estás?

Solo eso. Sin reproches, sin acusaciones. O no está enfadado en absoluto, o está tan furioso que no es capaz de sintetizarlo en un simple texto. La incertidumbre me consume.

Bienvenido de vuelta. Estoy liada con unos asuntos, nos vemos luego.

Le respondí, intentando no mostrarme vulnerable. No pienso retractarme de mis decisiones. Si lo hiciera, sería admitir que cometí un error, y no lo hice. Él lo entenderá con el tiempo.

Con unos asuntos... De puta madre, Karen. Nos vemos cuando termines con esos asuntos tan importantes

Fue su contestación. Sé que hay sarcasmo en su mensaje, pero quiero evitar un conflicto

esta noche. Prefiero darle tiempo para procesar que han pasado años desde que nos despedimos, porque yo lo he querido así.

Busco el número de Dobrev y le llamo.

—¡Karennnn! —responde al descolgar, demasiado entusiasmado para mi gusto. Mira por encima de su hombro, quizá buscando a Ozzy—. ¿Llamas desde Nuncajamás? ¿Finalmente encontraste a los tuyos? Ya sabes, los niños que no quieren crecer.

—Mira quién habla —le espeto con un tono seco—. ¿Dónde está Ozzy?

Desde mi escondite veo a Dobrev afilar un cuchillo. El chirrido de la hoja contra la lima me llega por el teléfono.

—Está aquí a mi lado, deseando verte —miente.

—¿Cómo está?

—No sé qué decirte... Un poco raro, lleva una hora afilando un cuchillo.

—Kyle, sé que eres tú el que está haciendo ese ruido —aclaro, esforzándome por no perder la paciencia.

Mira por la ventana, me localiza y saluda con una mano.

—¿Tienes miedo de venir a casa, Karen? —bromea, divertido—. ¿Te arrepientes de tus confabulaciones?

—Nunca me arrepiento de nada.

—Eso está bien. Todos deberíamos sentirnos orgullosos de lo que somos, incluso si eres una zorra manipuladora sin conciencia —ataca, con su habitual cinismo.

Ignoro el comentario. Después de todo, él dejó que Ozzy muriera, mientras yo lo traje de vuelta. ¿Quién de los dos es el verdadero monstruo?

—Dile que me surgió algo y que dormiré fuera —respondo, alejándome de la casa.

No quiero enfrentar a Ozzy todavía. No esta noche. Iré a casa de Angela o Arthur.

Dobrev se ríe, divertido con mi retirada.

—Le diré que estás tan nerviosa por el reencuentro que no puedes despegarte del váter.

Cuelgo antes de que pueda seguir diciendo estupideces.

Intento llamar a Angela varias veces sin éxito. Me subo a mi bicicleta y pedaleo hacia la carretera, tomando el rumbo a casa de Arthur.

Ábreme, estoy en la puerta de tu casa.

Le escribo al llegar.

Cinco largos minutos después, Arthur abre la puerta, despeinado y con los ojos hinchados.

Solo lleva puestos los pantalones de un pijama de rayas en tonos de azul y me mira con

una mezcla de sorpresa y curiosidad.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —pregunta, recorriéndome de arriba abajo con la mirada.

—¿Puedo pasar la noche aquí?

—No —responde, con su habitual sequedad.

—Vale —digo, girando sobre mis talones para marcharme.

Antes de que pueda avanzar, él me toma de la muñeca y tira de mí hacia el interior de la casa.

Subimos las oscuras escaleras en silencio. Arthur va descalzo, lo que le facilita moverse sin hacer ruido, mientras yo hago un esfuerzo por evitar crujir mis botas de combate contra el parquet.

Cuando llegamos a su cuarto, donde una pequeña lámpara ilumina la habitación, cierra la puerta con cuidado. Su portátil está encendido sobre la cama con un capítulo de South Park a medio reproducir.

—Me había quedado dormido —explica, frotándose un ojo mientras bosteza.

Asiento, esperando a que haga espacio en la cama. Me quito las botas y los vaqueros antes de acomodarme contra la pared.

Arthur apaga la lámpara y el colchón se hunde a mi espalda cuando se acuesta a mi lado.

—¿Te han echado de casa, Armstrong? —susurra con un tono malicioso.

—Estaban de fiesta, y no estoy de humor —miento, aunque en parte es cierto.

Cierro los ojos, notando por fin el cansancio acumulado. Mi cuerpo agradece el respiro después tantas horas en tensión. Los abro de nuevo al notar el rostro de Arthur acercándose a mi cabello, y su mano deslizándose por debajo de mi sudadera. Sus dedos recorren lentamente mi costado hasta llegar a mi sujetador.

—No estoy de humor —le advierto. Lo siento tensarse ante mi rechazo.

—Entonces, ¿para qué has venido? —espeta enfadado.

—Para dormir. Angela no me cogía el teléfono.

Escucho cómo se deja caer de espaldas en el colchón, apartándose de mí con brusquedad. Unos minutos después, cuando estoy a punto de quedarme dormida, mi cuerpo reacciona, y empiezo a sentirme caliente.

—Te he dicho que no —repito con firmeza, ya enfadada. Odio cuando utiliza su poder para excitarme sin mi consentimiento.

Arthur vuelve a acercarse y su mano va directa a mi entrepierna.

—Ahora sí te apetece —ronronea, provocativo, mientras sus dedos intentan colarse por mi ropa interior.

Sin pensarlo, saco la navaja que llevo en el bolsillo de la sudadera y la coloco bajo su

barbilla, justo contra su yugular.

—¿Qué parte del no quieres que te talle en la piel? —No se me ocurriría dormir con Arthur sin algo con lo que defenderme. Dibujo una N con la punta de la navaja sobre la suave piel de su cuello.

Arthur se deja caer sobre el colchón, apartándose de mí.

—Podría hacer que se te cayeran todos los dientes ahora mismo —amenaza, con una sonrisa cruel.

—Y yo sé dónde apuñalarte para que no te dé tiempo a sanar —respondo con un bostezo. Me guardo la navaja de vuelta en el bolsillo, echo el brazo por encima de su cintura y apoyo mi cabeza en su pecho.

Suelta un bufido y se aparta.

—Y yo no estoy de humor para arrumacos —increpa, vengativo. Es como un niño al que le han dejado sin tarta.

—Lo que tú digas —murmuro adormilada y me vuelvo a girar hacia la pared.

Intento volver a dormir, pero unos minutos después noto cómo me acurruca contra su cuerpo, buscando calor. Esta vez, me quedo dormida rápidamente.

Al día siguiente, regreso a casa alrededor de las cuatro de la tarde, tratando de entrar en silencio.

Me sorprende encontrar la planta baja completamente vacía. Es sábado, y después de la fiesta de anoche, esperaba una casa llena de familiares y quizá algunos amigos. Pero, afortunadamente, parece que tengo el lugar para mí. Me escabullo rápidamente por las escaleras y me dirijo a mi habitación sin hacer ruido.

Me aventuro hasta el baño y echo el pestillo de la puerta. No me ha parecido escuchar a nadie en la planta de arriba tampoco. Es posible que me encuentre gloriosamente sola.

Necesito una ducha y cambiarme de ropa con urgencia. El agua caliente relaja mis músculos cansados. Compartir la cama individual de Arthur no ha sido precisamente cómodo, y me siento como si me hubiera pasado una apisonadora por encima. Quizá por eso, y por la reconfortante sensación de estar sola, me dejo llevar y me quedo dormida en cuanto vuelvo a mi cuarto.

Despierto horas más tarde, desorientada. El cielo afuera todavía muestra un tenue azul, pero la oscuridad comienza a apoderarse del ambiente. Activo la pantalla de mi teléfono, lo que me obliga a entrecerrar los ojos por la luz brillante. Aún no tengo ningún mensaje de Ozzy. Quizá ha decidido pasar de "tenemos que hablar" a ignorarme por completo. La verdad, no sé a cuál de las dos opciones prefiero enfrentarme.

Reviso mi correo y veo un mensaje de Angela con toda la información que le pedí sobre Yadra. Una recopilación de artículos, documentales y cotilleos sobre nuestra longeva regente, organizada por épocas. También tengo un mensaje de Arthur.

Tengo planes, así que avísame antes si vienes a dormir otra vez.

No le respondo. Creía que había dejado claro que lo de anoche era cosa de una vez, pero debe creer que vamos a iniciar una nueva tradición.

Me levanto de la cama, descansada. Me estiro y suelto un largo bostezo. Me siento más preparada para enfrentarme a Ozzy y lidiar con lo que sea que mi pequeña jugada haya provocado en él. Al mirarme en el espejo de cuerpo entero, veo mi cabello enredado y aplastado. Lo cepillo rápidamente y lo recojo en una coleta alta. Me recoloco la sudadera para que quede un hombro al aire. Un poco de máscara de pestañas y un tono rosado en los labios me proporcionan un aspecto natural y atractivo.

Camino hacia la cocina, donde encuentro a Ozzy inclinado frente al horno, observando una pizza pálida.

Respiro hondo antes de atreverme a entrar.

—Aún no está lista —comento con calma, apoyándome contra la isla de la cocina. Intento aparentar serenidad, pero me tiembla todo el cuerpo.

Ozzy me mira por encima del hombro. Su cabello húmedo y despeinado le cae sobre la frente. Tengo que resistir las ganas de apartarle esos mechones con mis dedos, solo para sentir su suavidad. Cuando está serio, parece enfadado, pero es por la forma de sus generosos labios, que siempre dan esa impresión de estar haciendo pucheros. Mi corazón late con fuerza solo de verlo. Ha pasado tanto tiempo...

Aparta la vista de mí para volver a mirar su cena. Debe estar hambriento y parece querer acelerar la cocción de la masa con sus propios ojos. Aprovecho el momento para observarlo de perfil. Siempre he amado su perfil. Un pendiente negro en su oreja le da un toque rebelde, que contrasta con la dulzura de su rostro. Su cuello, largo y elegante, lleva a una mandíbula fuerte, que termina en una barbilla adornada con un pequeño hoyuelo. Todo en él me resulta perfecto.

De pronto, Ozzy me mira de reojo y aparto la vista rápidamente. No sé si su mirada está ayudando a la pizza, pero mi temperatura sube cada vez que sus ojos se posan en mí. El estrés me hace transpirar.

—¿Quieres ver una película? —propongo, desviando la mirada hacia el salón oscuro.

Se supone que mi madre está fuera, en Bólid, por asuntos de trabajo. Aunque yo sé que en realidad está visitando a un miembro del Parlamento con quien tiene una relación secreta. No la culpo. Mi padre nunca fue un buen marido, y ahora que está en prisión, ella se siente más libre.

Mi hermano y Tori han debido salir, porque no he visto luz bajo la puerta de la habitación de Evans, y Dobrev prácticamente vive con Drake.

Ozzy no responde. Ni siquiera me mira. Parece que va a decantarse por el trato frío y silencioso.

Humedezco mis labios, nerviosa por su reacción. Casi preferiría que se enfadara. Este silencio es como una barrera impenetrable.

Abro la boca para intentar decir algo más, pero nada sale. Y entonces, por primera vez en mucho tiempo, escucho su voz.

—¿Para eso me has sacado del congelador? —pregunta, con frialdad. Por un segundo, pienso que habla con la pizza, pero rápidamente comprendo a qué se refiere—. ¿Para que vea películas contigo? —continúa—. ¿Qué soy, Karen? ¿Tu puto oso de peluche?

—Aún no lo entiendes, pero lo harás —respondo con tranquilidad, aunque por dentro estoy llena de nervios.

Ozzy se gira y camina hacia mí con una calma peligrosa.

—¿Qué es lo que voy a entender?

Trago saliva.

—Que lo hice por tu bien. Esos dos no te quieren como te mereces. Que...

Me detengo. Está demasiado cerca. Me acorrala contra la pared y mi corazón se acelera. No tengo miedo de él, sé que no me haría daño, pero también sé cuánto le puede haber afectado estar dormido durante casi cuatro años mientras el resto seguía con sus vidas. No ha tenido tiempo para adaptarse a todo lo que ha cambiado.

—¿Y quién va a quererme como me merezco? ¿Tú? —pregunta con una dureza en su voz que nunca había escuchado. Esta vez creo que he cruzado la raya de lo que el bueno de Ozzy es capaz de soportar y estoy a punto de comprobar qué ocurre cuando eso pasa. Miro su barbilla, tratando de calmar mi respiración. No quiero mostrar miedo—. Te he hecho una pregunta.

—Sí —susurro—. Al contrario que para Drake y Kyle, para mí eres el primero.

Mis palabras parecen apaciguarlo un poco, o al menos evaporar parte de la violencia crispante en sus músculos. Aun así, no se aparta ni un centímetro de mí.

—Ah, ¿sí? —duda, enfadado, pero con cierto humor—. ¿Por eso ayer ni siquiera estabas aquí para recibirme?

—Supuse que necesitabas tiempo para calmarte y hacerte a la idea —respondo con simpleza.

—¿Hacerme a la idea de qué? ¿De que tú eres quien va a amarme en este futuro surrealista en el que he despertado? —se burla Ozzy, soltando una risa irónica. Su tono está cargado de incredulidad—. Pero si apenas puedes mirarme. ¿Estás cambiando de idea, Karen? ¿El juguete que tanto deseabas hace cuatro años ya no te sirve?

Siento cómo mi corazón se acelera, mis mejillas arden y mi respiración se vuelve irregular. Odio sentirme vulnerable y fuera de control. Pero, aun así, me obligo a levantar la vista y mirarlo a los ojos, enfrentando su ira y su confusión. Un sentimiento cálido me inunda cada vez que le veo. Nunca he sentido eso por nadie. Una extraña mezcla de admiración y ternura. No me queda duda: le amo, de una manera que ni siquiera puedo racionalizar. Y no sería yo si no hiciera todo lo posible por tenerle para mí.

—Evito mirarte porque temo que hacerlo me pare el corazón por completo —confieso en un susurro.

Los ojos de Ozzy se agrandan, sorprendido por mis palabras. Por un breve momento, su resolución de odiarme se tambalea. Pero, rápidamente, su expresión se endurece de nuevo al recordar lo que le hice. Aprieta la mandíbula, incluso más enfadado, y la tensión en el ambiente aumenta.

—¿Y qué se supone que he de hacer yo? —Su voz suena indignada—. ¿Despertar

después de cuatro años y aceptar que, de repente, Karen es una mujer? Para mí, hace unas horas, seguías siendo una niña, pero ahora ya puedo...

Su voz se desvanece, dejando sus pensamientos incompletos. El vacío en sus palabras hace que el aire entre nosotros se vuelva más denso, cargado de electricidad estática. No sé qué es peor, si escuchar lo que está diciendo o lo que ha decidido no verbalizar.

Ozzy inclina su cabeza un poco más hacia mí, y por un segundo, entiendo, chocada, que va a besarme. Pero no sucede. En lugar de eso, se queda quieto, tan cerca que puedo sentir el calor de su cuerpo. Su intención es intimidarme.

—¿Eh, Karen? ¿Es así como te lo habías imaginado? ¿Pensaste que me metería entre tus piernas sin pensar siquiera en la niña que fuiste para mí hace dos pestaños? Sin pensar en lo que has hecho...

Me he equivocado. Escuchar esas palabras salir de su boca me impacta más que la elipsis de una frase sin acabar. Ozzy nunca me había hablado de esa forma. Siempre fue dulce y correcto conmigo, cuidadoso con la inocencia de mi edad. Pero ya no soy una niña e, irónicamente, él no es el único que tiene que habituarse rápido a los cambios del otro.

Niego con la cabeza, perdida en el fuego airado de sus ojos. Las fantasías que había creado en mi mente sobre el momento en que despertara y me viera como una mujer no se parecen en nada a esta realidad. Su ira, tan cruda y palpable, es algo que nunca imaginé. El bueno de Ozzy parece listo para hacer algo muy malo.

Resulta cómico que un momento de tanta tensión se rompa por el timbre del horno. Al temporizador no le importa cómo de seria es nuestra conversación, solo avisar de que ha llegado la hora. ¿Cuántas pizzas se podrán hacer en el tiempo que él tarde en perdonarme?

Ozzy pestaña, despertando de esa cólera apenas contenida. Se aparta de mí, saca la pizza del horno, y sin decir una sola palabra, se marcha al salón, dejándome sola con mis pensamientos y el eco de lo que acaba de suceder.

En cuanto me quedo sola, dejo salir todo el aire que he estado conteniendo. Mi pecho sube y baja rápidamente con cada respiración, y me siento un poco mareada. Me tomo unos instantes para recuperar el control antes de ir tras él.

Ozzy tuerce ligeramente la cabeza al escucharme entrar. Ha encendido la televisión y el sonido de una película de acción retumba en la estancia.

Me siento en un sillón, al lado del sofá, y espero pacientemente mientras él devora la pizza, sin mirarme ni decir palabra. Su tensión es palpable, y aunque debería asustarme, lo encuentro atractivo y fascinante.

Le observo mientras él finge estar solo. Tal vez debería rendirme y darle por perdido, pero, cada vez que mis ojos se posan sobre él, no puedo aceptar que sea para nadie más. Él es para mí. Lo sé tan seguro como sé que me merezco poder y seguridad dentro de Dámara. Quizá merecer no sea la palabra, si hago caso de los que consideran que mis métodos son poco ortodoxos, tal vez deba decir que sé que me pertenece. Todo lo que mis confabulaciones puedan conseguirme me pertenece, ¿por qué si no fui bendecida con una mente capaz de concebirlas?

En algún momento, Ozzy teclea algo en su teléfono anticuado. No pasa mucho tiempo antes de que Dobrev y Drake aparezcan con bolsas de compras, que vacían sobre el sofá. Un montón de ropa nueva se despliega frente a él.

—No teníais que haberos molestado —dice Ozzy, algo brusco—. No voy a quedarme.

Frunzo el ceño. No se me había ocurrido que decidiría regresar a Glinen para alejarse de mí, pero ahora que lo ha dicho, estoy segura de que su madre lo ha convencido de poner distancia entre nosotros.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunta Drake, mirándome de reojo con desconfianza.

Dobrev observa la escena desde el reposabrazos del sofá, donde se ha sentado con los pies enterrados bajo la ropa nueva.

—¿Cómo ha ido el reencuentro? —curioseas—. Me sorprende que ambos sigáis con la piel puesta.

—No por mucho tiempo. —Ozzy se limpia con una servilleta y la arruga antes de lanzarla sobre el plato vacío. Se levanta del sofá, a la vez que llegan Tori y mi hermano, y me mira por primera vez—. Vamos.

—¿A dónde? —pregunto, confundida.

—Vas a intercambiarnos. El poder de Evans funcionará en Kyle, y el tuyo en mí.

Me levanto despacio. No me gusta que me den órdenes, pero no tengo inconveniente en hacerlo.

—De acuerdo —acepto, mientras Dobrev intenta intervenir.

—Mi amor, no es necesario —dice con una ceja alzada—. Ella no es tu responsabilidad.

—No, no lo es —tercia Evans, cruzándose de brazos—. Es la mía. Y no va a hacerle nada a Electric Blue, porque tendría que enfrentarse a mí.

Casi pongo los ojos en blanco ante la actitud de mi hermano. ¿Aún cree que puede manejarme como a todos los demás? Pero no es el momento de tensar más las cosas. Alzo las manos en señal de paz.

—No es necesario. No voy a despojarlo —digo con calma. Los ojos de todos se posan en mí—. Si lo prefieres, podemos intercambiarlos. Yo traigo a Ozzy y Evans a Dobrev.

—Sí —decide Ozzy con firmeza, ignorando las protestas de los demás.

Tori da un paso adelante, con una expresión preocupada.

—Karen, creo que no es buena idea —dice con un tono suave.

—¿Por qué no?

—Es solo que... Ozzy y tú tenéis una relación complicada. No creo que sea sano que tú tengas el poder de despojarlo cuando quieras —explica, tratando de escoger sus palabras con cuidado.

Entiendo sus dudas. Creen que si las cosas se ponen tensas entre Ozzy y yo, podría vengarme de la peor manera posible.

—No voy a despojarlo porque no quiera estar conmigo —digo, manteniéndome firme—. Y no voy a usar mi poder sobre Dobrev para chantajear a nadie.

Tori asiente.

—No es muy sano para una pareja que la vida de uno de los dos dependa del otro.

—¿Acaso no es así en todas partes? —razono, pensando en todos esos crímenes pasionales que salen en las noticias. ¿Qué diferencia hay entre clavarle un cuchillo a tu novio y despojarlo para siempre? ¿De verdad creen que voy a asesinarlo cada vez que nos peleemos? ¿Aunque sea temporalmente?

Nos interrumpe el bufido de Ozzy. Se adelanta para interponerse entre nosotras y tomarme de la muñeca.

—No somos una pareja, ni vamos a serlo, así que venga. —Tira de mí hacia la cocina—. Puedes despojarme hoy mismo y encerrarme en tu sótano hasta que vengan los guardias a por mí.

Clavo los talones en el suelo para evitar que me arrastre fuera del salón. Prefiero que todos escuchen lo que tengo que decir para que dejen de atosigarme.

—No voy a despojarte porque no quieras salir conmigo. Ni voy a despojar a Dobrev para chantajearte —repito, tirando de mi mano para soltarme. Echo un vistazo a los demás antes de añadir—. Si eso es lo que os preocupa, podéis quedaros tranquilos. Y tú puedes regresar a Glinen

si lo prefieres y vivir allí con el poder de Evans. Así no tendrás que preocuparte por mí.

Ozzy parece sorprendido. Se queda en silencio, observándome, como si tratara de descifrar si mis palabras son sinceras.

—¿Me estás desterrando de Dámara? —pregunta, entrecerrando los ojos.

Respiro hondo.

—No. Solo te digo que hagas lo que quieras, sin preocuparte por mí.

Tras una pausa, asiente, aunque sigue algo desconfiado. Es evidente que no sabe si voy en serio o si estoy tramando algo más. Solo el tiempo puede demostrarle que lo digo de verdad. A pesar de que ha perdido su confianza en mí y de que está seguro de que no puede amarme de la forma en la que yo quiero que me ame, le debo mi vida, y jamás le arrebataría la suya.

Tras unos instantes de observarme en silencio, asiente de forma casi imperceptible, sorprendido con el cambio de rumbo que hemos tomado. Aun parece no fiarse del todo y hace bien. No porque piense usar la coacción para tenerle a mi lado. No soy una bully que obliga a los demás a hacer cosas. Quiero que la gente me dé lo que necesito por voluntad propia, ese es mi estilo. Aunque, no me he rendido con él, no necesita saberlo ni preocuparse por posibles represalias. La seducción es una ciencia como cualquier otra.

—Bien, si ya está todo claro, me voy —digo, dándoles a entender que tengo otras cosas que hacer.

—¿A dónde vas? —pregunta Ozzy en voz baja.

—No te molestes —interviene Dobrev con una sonrisa—. Nadie sabe en qué ocupa su tiempo nuestra pequeña muñeca diabólica.

Sonrío con inocencia y me encojo de hombros.

—Hago lo que cualquier otra chica de dieciséis años. —Mi tono da a entender que Dobrev tiene demasiada imaginación.

Él me devuelve una sonrisa sabionda, pero no les doy tiempo a más preguntas ni a más insinuaciones. Me marcho con una sonrisa, segura de que gracias a la sangre que me inyecté hace años, no pueden prever mis planes. Y mi hermano no es lo suficientemente inteligente como para seguirme los pasos. Están a ciegas conmigo, les guste o no.

No me doy la vuelta y finjo no notar la mirada de Ozzy clavada en mi espalda.

—¿Es él? —le pregunto a Angela delante del retrato medieval de un rey joven.

Su rostro es delgado y algo aniñado, pero los ojos reflejan una inteligencia indiscutible. Lleva un corte de pelo típico de ese período histórico. Parece haber sido medido con un cuenco sobre su cabeza. Viste una suntuosa capa de terciopelo burdeos, adornada con la piel de algún animal en el cuello. Es fascinante pensar que Yadra haya visto esa época con sus propios ojos y todas las demás después.

Angela se cruza de brazos a mi lado, contemplando el cuadro con la cabeza ladeada.

—Es guapo, ¿verdad?

—Su rostro es demasiado asimétrico como para considerarlo un modelo de belleza.

Angela pone los ojos en blanco ante mi respuesta. Ha debido acostumbrarse ya al nuevo tamaño de sus pechos, porque lleva la camisa del uniforme escolar cerrada hasta arriba, en lugar de exhibiendo el escote, como venía haciendo. Además, hace frío dentro del Museo de Historia de Bólid.

—Es atractivo —concedo finalmente, observando la complejidad de su mirada. Es fácil creer que una joven Yadra pudo haber estado enamorada de él—. ¿Crees que aún lo ama?

Angela parece sorprendida por mi pregunta, porque no suelo interesarme por temas de sentimientos ni cotilleos. Tras un instante de duda, asiente convencida.

—Ella tiene una sala en su casa donde guarda algunas de las pertenencias de Bastian, todo en vitrinas acristaladas. Las cartas que se intercambiaron, objetos personales e incluso prendas de ropa. Es un poco extraño, si lo piensas.

—¿Se pueden leer esas cartas en algún sitio?

—No, ella siempre las ha mantenido ocultas. Pero se sabe que empezaron a escribirse como consejera de la corona. Se enamoraron por carta antes de conocerse en persona. Cuando Yadra fue invitada a la corte, le pidió a su hermana que se hiciera pasar por ella, pero Bastian acabó descubriendo la verdad. Que Yadra era la hermana que aparentaba ser solo una niña, y claro... fue un drama.

—¿Así que nunca tuvieron una relación?

Angela se encoge de hombros.

—Algunos dicen que no, pero hay rumores que apuntan a que sí, a que logró seducirle a pesar de... bueno, de tener apariencia de niña.

Frunzo el ceño, disgustada. No me gusta trabajar con rumores y especulaciones. Sobre todo, cuando son sobre sentimientos que ocurrieron hace siglos. ¿Y si acabaron mal? ¿Y si Yadra ya no siente nada por él?

—¿Por qué tanto interés en el primer amor de la reina? —pregunta Angela, sin poder ocultar su curiosidad. Ha aprendido a no hacer preguntas sobre las cosas que le encargo, pero esto le debe parecer diferente.

Antes de responderle, diviso a Arthur al otro lado de la sala. Está frente a una cristalera con monedas antiguas, pero sus ojos están puestos en mí.

—Supongo que soy una romántica —respondo a Angela, despidiéndome con una sonrisa. Oigo su bufido incrédulo mientras me alejo.

Me acerco a Arthur, que me sigue con la mirada. No digo nada al pasar junto a él. Rozo su espalda de forma intencionada mientras entro en una galería cerrada al público, un pasillo lleno de armas antiguas. Una vitrina está rota, lo que explica la cinta roja bloqueando la entrada. Me dejo caer en un banco de madera, esperando a que me siga.

No tarda en hacerlo.

—¿Qué le has hecho a ese chico? —le interrogo. Le he visto reír mientras uno de los alumnos del curso inferior se rascaba los brazos hasta hacerse sangre.

—¿Ese inválido? —responde con una sonrisa.

—¿Cómo sabes que es inválido?

Arthur se pasa la mano por su cabello brillante, que siempre luce perfecto. Debería ser feliz con poder provocarse buena salud y belleza, pero parece que eso no es suficiente para él. Necesita ver como otros enferman para divertirse.

—Tiene trece años —dice, encogiéndose de hombros.

—Que no se haya manifestado aún no quiere decir que sea inválido.

Arthur se sienta a mi lado y me contempla con más ternura de la que un psicópata como él acostumbra a sentir. Le tengo domado.

—Si no puede usar su poder... ¿qué diferencia hay? —replica—. Es como si fuera inválido.

—¿Y por eso se merece que lo tortures? —Mi tono es sereno, indiferente incluso, pero Arthur me observa con atención.

—Tú no eres una inválida, inválida... Quiero decir, a veces creo que tu mente retorcida es tu superpoder —confiesa.

«No tienes ni idea de lo retorcida que soy, querido Arthur» pienso.

En lugar de responderle, abro los primeros botones de su camisa y cuelo mi mano por su pecho hasta llegar al pezón y darle un pequeño tirón. Su expresión cambia por completo. Le acaricio el pectoral, notando el corazón que late debajo. Me pregunto cuánto sangraría si le clavara uno de los puñales que veo expuestos en la vitrina por detrás de su cabeza. Imagino su sangre derramada por el suelo y sus ojos crueles apagándose poco a poco. Me gustaría que lo presenciaran todas sus víctimas y que sus sonrisas de satisfacción fueran lo último que viera. Se

va a quedar en una fantasía, porque ni soy tan violenta ni quiero acabar en una celda por culpa de este engendro.

Arthur, ajeno a mis pensamientos, atrapa mis labios entre los suyos y su mano va directa a mi pecho en una venganza justa. Le beso el cuello con suavidad primero, después con mis dientes. Él deja caer la cabeza a un lado para facilitarme el acceso y sus exhalaciones resuenan en el silencio de la sala. Es el momento de llevar mi mano a la cinturilla de sus pantalones y bajarle la cremallera.

Arthur gira la cabeza hacia el extremo de la sala donde la cinta roja bloquea la entrada.

—Puede venir alguien —susurra, su voz cargada de una ligera preocupación.

—Sí, pueden vernos —murmuro contra su piel, metiendo la mano dentro de sus calzoncillos.

Su piel arde bajo mis dedos y está inflamada. Una de las fantasías más comunes es hacerlo en un lugar público con la incertidumbre de que alguien pueda verte. Es un subidón para el cerebro, que además lo va a registrar como una ocasión especial y no un encuentro sexual más.

Arthur cuela su mano por debajo de mi falda y murmura algo sobre la humedad que encuentra entre mis piernas. Sé que no está usando su poder sobre mí, y eso le complace el doble, sobre todo después de haberlo rechazado la última vez. Necesito tenerle cien por cien enganchado a mí para mañana.

Por mutuo acuerdo, nos levantamos del banco y nos dirigimos a la esquina más cercana a la salida. Es un punto estratégico, lo suficientemente oculto para que, si alguien pasa por el pasillo perpendicular a la galería, sea difícil vernos. La proximidad al ruido externo añade una tensión extra al ambiente, mientras jugamos con el límite entre lo seguro y lo prohibido.

Le doy la espalda y pongo las manos contra la pared. Él desplaza mi ropa interior hacia un lado, lo suficiente para poder acceder por detrás. Se ha dejado los pantalones todo lo puestos que puede, por si alguien nos pilla.

Arthur entra dentro de mí y adoptamos el ritmo urgente que requiere la situación. Mis latidos resonando en mis orejas y nuestras respiraciones agitadas son lo único que puedo escuchar. Ninguno de los dos duramos demasiado, y el orgasmo, cuando llega, es silencioso pero intenso.

OZZY

No hay nada como un picnic al aire libre para fingir que todo es normal. Fingir que no hace años un despojado me arrancó la piel para convertirme en uno de ellos. Que Parker Armstrong me secuestró y trató de usarme para asesinar a la chica que ahora me pasa las patatas asadas con una sonrisa. Que Karen me devolvió a la vida para luego jugar con ella. La niña que movió montañas para que fuera su novio, ahora parece haber cambiado de idea. Me trata con la misma indiferencia que le dedica al resto del mundo.

No hay nada como un picnic detrás de la casa donde estuve secuestrado para fingir que su indiferencia no me afecta, que no echo de menos cómo era nuestra relación antes.

Karen no me mira. Está tirada en su silla, con una copa de vino en la mano, el líquido tintándole los labios de un granate profundo. Bebe alcohol como si de pronto tuviera edad para ello, como si de pronto tuviera edad para... Suspiro. Llevo tres días de vuelta, pero necesito más tiempo para habituarme al cambio de circunstancias. Y a esta nueva Karen, que está cómoda en su piel, mucho más de lo que recuerdo.

Se ha traído a una amiga. Me resulta extraño ver que tiene su propia vida y que su aspecto paliducho ha cambiado a lo opuesto. Le brilla el pelo, tiene la piel radiante, los labios rojos y parece fuerte.

Me echo un poco de guarnición en el plato y le paso el cuenco de las patatas a mi madre. Ella me sonríe, tratando de ocultar su preocupación al descubrirme observando a Karen.

El teléfono de Karen no deja de sonar, y ella responde distraída.

Capto parte de las palabras de su amiga, Angela.

—Podrías... a Bohan que me... las piernas.

—¿Ahora le tienes manía a tus piernas? —censura Karen sin levantar la vista de la pantalla.

Así que es un sanador con quien se está escribiendo. Eso explica el buen aspecto que tiene, pero... ¿cómo ha conseguido que trabaje en ella? ¿Y hasta para su amiga? ¿Lo está amenazando con algo o...?

Carraspeo cuando ella levanta la vista y me pilla mirándola con el ceño fruncido. Alza una ceja en una muda pregunta, pero sacudo la cabeza y miro para otro lado.

Durante unos instantes sigo notando sus ojos azules sobre mí, pero finjo estar interesado en la conversación que están teniendo nuestras madres sobre los acantilados de Tlinan en Glinen.

Cuando me atrevo a echarle otro vistazo, está hablando por teléfono y mordiéndose una uña. Trato de no prestarle atención, pero no se me escapa el momento en el que su amiga y ella murmuran sobre mí. La tal Angela dice algo que suena a “menudos labios”, suelta una risita. Karen se prende un mechón de pelo detrás de la oreja, mientras observa estos labios míos que parecen haber despertado admiración.

Lleva varios pendientes largos, pulseras de oro y un brazalete de cuero en su delgada muñeca. Son los accesorios de una mujer joven, no de una niña. Aunque no haya podido presenciar la evolución de su estilo a lo largo del tiempo, ahí están, brillando contra su piel y haciendo toda una declaración de intenciones.

Un poco más tarde, Karen le hace una pregunta a Kyle que acaba con mi determinación de ignorarla.

—¿Alguna vez tienes visiones sobre experiencias sexuales que han ocurrido en el pasado?

Él niega con la cabeza en respuesta.

—Solo veo el mayor orgasmo de alguien si va a ocurrir en el futuro. No obstante, después de eso, puedo seguir viéndolo, aunque ya haya sucedido —aclara.

—Electric Blue tiene acceso a porno gratuito en su mente veinticuatro horas —bromea Cas, que está sentada al otro lado de Karen y frente a Tori. Lo dice a modo de explicación para que su chico, Kim, pueda entender la pregunta. Es un joven brunemen, callado y serio, pero cuando mira a Cas se le dibuja una sonrisa preciosa sobre la que parece no tener ningún control. Los brunemens suelen tener sonrisas bonitas por los hoyuelos que se les forman en las mejillas, pero a este en particular le salen rayas en lugar de hoyuelos. Aunque no habla mucho con nadie, le he visto cuchichear con Karen antes de que empezáramos a comer. Parece que se conocen bien, y no tengo ni idea de qué significa eso.

Me siento como un extraño entre mis propios amigos. Siguen siendo ellos, pero han cambiado, evolucionado, mientras que yo me he quedado estancado en el pasado.

—Al mejor porno del mundo —la corrige Kyle, sacándome de mis cavilaciones—, porque no es una actuación sino el mejor momento erótico de la vida de una persona. La pequeña muerte, como lo llaman los deremens.

—¿Los deremens llaman al orgasmo “pequeña muerte”? —susurra Tori para evitar que su suegra y mi madre escuchen el inapropiado tema de conversación—. Eso es extraño.

—Al contrario —razona él—. Piensa en mí poder; creo que en Deremen entendieron algo que nosotros no. La relación intrínseca entre el éxtasis del orgasmo y el adiós final.

Tori chista, rogándole que baje la voz, pero Kyle Dobrev es incensurable. Uno de los muchos encantos que tiene mi amigo de la infancia.

—¿Por qué lo preguntas? —indago. Quizá esté siendo paranoico, pero me parece que hay

una razón oculta en todo lo que hace mi muñeca diabólica.

Karen abre más los ojos, sorprendida por mi pregunta.

—Simple curiosidad —responde, con ese tono que siempre emplea cuando quiere parecer inocente. Hace una pausa y vuelve su atención hacia Kyle—. Me preguntaba si alguna vez habías visto algo sobre Yadra...

—Cuando tenía cinco años, vi a mi padre tirársela —replica el rubio, despreciándose como un gato al sol.

Kim frunce el ceño, desconcertado, y Cas le da varias palmadas en el brazo, murmurando algo como... “Por eso es así”.

Mi madre y Cecily dejan su conversación a medias para presenciar la nuestra.

—¿Eso es lo único que has visto de ella? —insiste Karen

El hecho de que insista en el tema aun cuando nuestras madres están escuchando, confirma que hay una razón detrás de sus preguntas.

—Ahora que lo pienso, sí que has visto más de ella —salta Tori, pareciendo recordar algo que Kyle le dijo—. Me dijiste que habías visto a Yadra con alguien y que ha sido la única vez que viviste el org...ejem, la escena desde el punto de vista de ambos.

Kyle asiente.

—Es algo que no me ha ocurrido con nadie más. Es extraño, porque a él ni siquiera lo conozco y, sin embargo, me llega lo que siente también.

Karen teclea algo en su teléfono y levanta la pantalla hacia Kyle. Me parece ver de refilón que se trata de un retrato antiguo.

—¿Es este?

Kyle parece sorprendido. Algo que no se ve muy a menudo.

—Eh... sí —exclama entusiasmado, apuntándolo con el dedo—. Es él.

Tori se levanta y se inclina sobre la mesa para curiosear la foto. Cas se aproxima a Karen también para verla.

—Es guapo —aprecian ambas chicas a la vez.

—Gracias —suelta Angela, levantando los brazos al aire como si le aliviara tener al fin gente normal cerca.

—¿Quién es guapo? —pregunta Evans que acaba de llegar.

—El verdadero amor de Yadra —responde Tori, antes de dirigirse a Karen—. ¿Es actor o algo? ¿Por qué va vestido de rey medieval?

Karen se guarda el teléfono en el bolso, ignorando su pregunta.

—No es un actor haciendo de rey —aclara Angela, entre confusa y fascinada—. Fue un rey de verdad. Esa foto es del museo de Historia de Bólid.

Esa declaración crea un silencio de asombro.

—Eso no puede ser. —Tori es la primera en hablar.

—No puedo ver la escena desde el punto de vista de alguien que murió hace siglos —corroboró Kyle—. He debido conocerle en algún lugar. Tiene que estar vivo.

—Buscadlo en internet si no me creéis —insiste Angela—. Es el rey Bastian IV del antiguo reino de Boledina. El actual Bólid. Murió en el mil setecientos cuarenta y algo.

Karen le murmura un “hablas demasiado” a su amiga, y después intercambia una mirada triunfal con Kim, que no entiendo en absoluto. ¿Qué se traen entre manos? ¿Por qué el novio de Cas parece saber más de sus planes que yo?

Más tarde, mientras los invitados se han dispersado por la casa, ayudando a recoger los restos del picnic, acorralo a Karen en el baño.

Le choca que entre antes de que ella haya terminado de usarlo.

—¿Sí? —pregunta, mientras se seca las manos.

Cierro la puerta a mi espalda y me acerco.

—Kim es un natural, un humano modificado genéticamente para obtener un poder especial —resumo lo que Tori acaba de explicarme en alto.

—Gracias por la información —responde.

—¿Qué te traes entre manos con él?

—¿Disculpa?

—Karen, deja de hacerte la inocente. Sé que tramáis algo. Os he visto hablar como si tuvierais asuntos en común.

—Nos conocemos de la fiesta de Flygjia, donde nos robó sangre para llevarla a su laboratorio de naturales hace unos años. Además, ahora es el novio de Cas —trata de sonar inocente, pero no me lo trago.

Niego con la cabeza.

—Hay algo más.

Karen suspira.

—De acuerdo, yo le encontré. Hace años, después de borrarlos la memoria en aquella fiesta, la guardia dámara fue incapaz de localizarle. Yo le encontré. Le rastree por mi cuenta.

—¿Para qué? —pregunto, tratando de disimular lo impresionado que estoy.

—Quería saber porque se había llevado nuestra sangre —dice mientras se encoge de un hombro.

—Hay algo más.

Karen suspira con frustración y una expresión de inocencia, que me hubiera creído hace años, cuando no la conocía bien.

Doy un paso más hacia ella y se apretuja contra el lavabo sin saber a qué viene mi invasión de su espacio personal. Ignoro la forma en que sus pestañas maquilladas contrastan con

la blancura de su piel y que huele a vainilla, y le tomo de la muñeca. Siempre he evitado tocarla porque sabía que sentía algo más por mí que no quería alentar.

Cierro los ojos, tratando de usar mi poder para prever algo sobre ella. El contacto ayuda cuando busco activamente tener una visión, aunque en este caso me está distrayendo más que otra cosa. La tensión que hay entre nosotros es palpable. Sus supuestos sentimientos por mí y mi enfado sin resolver. Es como electricidad estática crujiendo en el ambiente.

Suspiro y pongo mi otra mano contra su cuello, tratando de notar el pulso en su garganta y que mi poder se active.

—¿Vas a estrangularme? —susurra, a pesar de que la toco con suavidad.

Abro los ojos y la descubro contemplando mis labios con una expresión de anhelo. Siento un cosquilleo cálido en la piel y se me acelera el pulso.

Me aparto de ella, dando un paso atrás y rompiendo el contacto.

—Intentaba tener alguna previsión sobre ti —explico.

Su mirada es penetrante y su respiración entrecortada. Tiene el mentón levantado y no se ha movido.

—Quizá deberías probar con otras partes —ofrece.

Me lleva un instante entender que se está refiriendo a colocar mis manos en otros lugares de su cuerpo. Nos miramos en un silencio extraño y cargado, hasta que logro parpadear y recomponerme.

—Te estaré vigilando —aviso y huyo como un cobarde.

KAREN

La cafetería en Brunem se ha ido vaciando poco a poco mientras el bullicio del desayuno matutino de un día laboral llega a su fin. Debería estar en la escuela, pero tengo cosas mucho más importantes de las que ocuparme.

Sentada con el codo apoyado en la mesa, juego con los restos de la tarta que ya he devorado. Frente a mí, Kim está tieso y paciente como un buen soldado.

Miro mi reloj de muñeca, sintiendo la urgencia de la espera.

—¿Dónde está tu amigo? —pregunto, refiriéndome a Park, el natural que me entregó el vial con sangre hace años. Lo que me permite estar fuera del alcance del poder de los videntes.

—Estará aquí en cinco minutos —responde sin más explicaciones.

Le observo con atención mientras él mira distraído por la ventana hacia el aparcamiento de la cafetería. Me pregunto si extraña Brunem y a los demás naturales, ahora que pasa tanto tiempo en Dámara.

—¿Qué es lo que más desea Park en el mundo? —le pregunto, aprovechando la espera. No sé cómo de bien se conocen, pero tal vez pueda darme información útil sobre su compañero. Algo con lo que negociar.

Kim ni siquiera me mira cuando responde con total frialdad:

—No importa lo que le ofrezcas, ya te dije que él no tiene la capacidad para hacer lo que tú quieres.

Hago una mueca, aunque no puedo evitar sentirme intrigada.

—Ya oíste a Dobrev ayer. Ha tenido visiones sobre Bastian —insisto—. Eso tiene que significar algo.

Kim se encoge de hombros, poco impresionado con el dato. A mí me parece un gran avance. Bastian podría ser la clave para manipular a Yadra y estoy decidida a descubrir cómo hacerlo.

Justo cuando abro la boca para continuar, noto que Kim levanta la vista. Park ha llegado. Se sienta junto a su compañero.

Ya no se parecen tanto. Él lleva el uniforme de los naturales mientras que Kim va con ropa casual, probablemente escogida por Cas.

—¿Y bien? —pregunta Park sin rodeos, inclinando ligeramente la barbilla hacia mí.

Voy directa al grano.

—Quiero contratarte de nuevo.

Saco una hoja doblada del libro de historia que llevo en mi chaqueta vaquera y la deslizo frente a él.

—Este es el rey Bastian IV de Boledina. Murió el 15 de abril de 1748. Necesito que viajes a esa fecha y...

Antes de que pueda terminar, Park se echa a reír con una carcajada burlesca. Kim levanta una ceja y me mira con una sonrisa presuntuosa.

—Te lo dije —se jacta.

Le ignoro y me concentro en Park.

—¿Puedes viajar a esa fecha o no? —le pregunto directamente.

—¿Es una broma? —dice entre risas, mirando a Kim y luego a mí—. No, no puedo viajar tan atrás en el tiempo. Solo puedo moverme dentro de la línea de mi propia vida.

Mi entusiasmo se evapora. ¿De qué sirve poder viajar en el tiempo si estás tan limitado? Mis planes empiezan a desmoronarse.

—¿Para esto me has hecho venir? —le pregunta Park a Kim.

—Le dije que no podrías hacerlo, pero insistió en verte en persona —responde Kim, casi disculpándose.

Suelto un largo suspiro, frustrada. Empiezo a considerar la idea de traer de vuelta a Víctor Dobrev, pero algo me dice que Yadra no lo amaba lo suficiente como para que me sea útil en una negociación. Además, Dobrev ha tenido una visión de Bastian, y eso debe significar algo. Hay una manera de hacerlo, solo necesito más tiempo para planear como resucitar a un rey que lleva siglos muerto.

Fuera de la cafetería, ha empezado a llover torrencialmente. Park suelta una palabrota.

—Has venido en moto —comenta Kim, observando el aguacero.

Park asiente y se reclina, hojeando el menú del almuerzo. Los naturales tienen una rutina militar estricta. Probablemente lleva despierto desde las cuatro o cinco de la mañana. Casi siempre se queja de lo temprano que Kim se levanta.

—Si necesitas hablar con ese tal Bastian... ¿Por qué no pruebas a contactar con un Jungan? —sugiere Kim, y no sé si se está burlando de mí o lo dice en serio. Parece serio.

Levanto una ceja.

—No creo en esas cosas —respondo sin titubear.

—Es cierto que la mayoría son charlatanes, pero hay algunos en Brunem que tienen verdadero poder para comunicarse con el Naese.

Frunzo el ceño. No tengo idea de lo que significa "Naese," pero deduzco que se refiere al más allá.

—¿Verdadero poder? —repito, incrédula—. Los humanos no tienen poderes, Kim. Solo

los naturales porque os inyectáis sangre dámara manipu...

Kim y Park me miran cuando me quedo en silencio de repente. La sugerencia que Kim acaba de mencionar me ha dado una idea mejor. No creo en médiums humanos, pero... ¿y si pudiera fabricar uno? Un natural con el poder de comunicarse con los muertos.

Recojo mi bolso y me levanto.

—Tengo que irme.

Kim me mira confundido, alternando la vista entre la tormenta de fuera y yo.

—¿No vuelves en coche conmigo?

—No —respondo, ya caminando hacia la puerta, con la cabeza bullendo de posibilidades y experimentos.

Una vez fuera, me encuentro con Angela, resguardada de la lluvia bajo el soportal del restaurante. Está encogida, visiblemente molesta con el repentino mal tiempo. Arthur ya está trabajando en la piel de naranja de sus piernas, así que ella no le pone pegas a ninguna de mis órdenes.

—¿Lo has hecho? —pregunto, alzando la voz por encima del estruendo de la lluvia.

—Sí. Coloqué uno en su moto y otro en su bolsillo —dice y me muestra el teléfono. En la pantalla, un mapa con un punto rojo resalta nuestra ubicación en la cafetería. El rastreador de Park está funcionando. Necesito saber dónde está el nuevo laboratorio de los naturales.

—¿Trae nuestro coche? —la apremio.

Angela hace una llamada y, en menos de un minuto, un R8 negro se detiene frente a nosotras. Me he cansado de usar el transporte público. Con el dinero de mi padre se pueden hacer maravillas.

Una vez dentro del coche, Angela no puede contener su curiosidad.

—¿Por qué siempre andas rastreando a brunemens? —Se sacude las gotas de lluvia de los brazos, pero es demasiado tarde, estamos caladas. Por suerte, el chófer ha puesto la calefacción y el ambiente es acogedor.

—Son naturales, no humanos —respondo mientras reviso mi teléfono, buscando noticias sobre médiums con habilidades reales—. Angela, tengo dos encargos más para ti. El primero: Cuando sepamos dónde está el laboratorio de Park, quiero a alguien vigilándolo las 24 horas. Necesito saber si entra alguna persona que no sea un natural.

—¿Cómo quién?

—Como un dámara, por ejemplo.

Angela frunce el ceño, intrigada.

—¿Por qué iba a ir un dámara allí? —se extraña—. ¿Te refieres a un donante de sangre? Creí que robaban la sangre dámara para sus experimentos.

La mayoría de las veces lo hacen, sí. Pero hay un poder específico que no pueden

simplemente robar. Uno de los donantes tiene que ser voluntario porque necesitan su sangre para todo lo que fabrican, y ese poder es clave en mi plan para hacerme con la inmortalidad de Yadra.

—Sería genial que respondieras a mis preguntas alguna vez —protesta Angela.

Ignoro su queja y continúo.

—Lo segundo que necesito es que encuentres a todos los dámaros vivos cuyo poder esté relacionado con la muerte.

—¿Como Kyle Dobrev? —pregunta, pensativa.

Intento no poner los ojos en blanco.

—No a él. Ya sé dónde encontrarlo. Pero a otros. Cualquiera cuyo poder tenga que ver con el más allá.

Angela hace una mueca de disgusto.

—Eso suena espeluznante —murmura, y esta vez ni siquiera pregunta para qué lo quiero.

Cuando llego a casa, encuentro a Evans tirado en el sofá, despeinado y con aspecto agotado. Mientras tanto, Kirah corretea por el salón esparciendo juguetes por todas partes con toda la energía que nos falta a los adultos.

—¿No deberías estar en la escuela? —le pregunto a mi sobrina con una sonrisa.

—Le duele el estómago —explica Evans, aunque la niña parece estar perfectamente bien.

Alzo una ceja, dudando, y él continúa—. Vomitó esta mañana, así que decidí no llevarla.

Me agacho junto a Kirah, que me regala una sonrisa traviesa.

—¿Comiste muchos dulces anoche? —le pregunto en tono cómplice.

Ella niega con la cabeza, luciendo la más pura inocencia. Aún no ha manifestado ningún poder, pero es joven, y sé mejor que nadie que no significa nada. Mi abuela ya ha empezado a analizar a Kirah con un ojo crítico, intentando adivinar qué clase de poder surgirá de la combinación entre un copycat y una bloqueadora. Todos esperan algo glorioso de ella.

Sin presiones.

—Tú también deberías estar en clase —comenta Evans sin fuerza. Creo que su hija le deja sin energía para cuidar de su hermana pequeña.

Le ignoro, guiñándole un ojo a Kirah, que me devuelve una sonrisa antes de besarme la mejilla. Justo en ese momento, noto una presencia familiar por el rabillo del ojo.

Es Ozzy, vestido de manera casual con unos joggers grises que le quedan grandes y una camiseta de Iron Maiden. Se deja caer en el sillón, despeinado, con los ojos hinchados por el sueño. Al inclinarse, su largo cuello de cisne resalta, y aunque trato de ignorarlo, siento un cosquilleo en el estómago que prefiero no analizar demasiado.

Me incorporo y, antes de poder escabullirme, le escucho preguntar:

—¿De quién es el R8 que te ha traído a casa?

Evans me lanza una mirada suspicaz, pero yo solo me encojo de hombros.

—Para ser vidente haces demasiadas preguntas.

Intento dirigirme hacia las escaleras, pero Ozzy estira la pierna, bloqueándome el paso. Me quedo atrapada entre el sofá y la mesita de café. Su expresión está cargada de frustración. Creo que está intentando usar su poder, pero sin éxito.

—No estás vendiendo tu habilidad porque Kyle se hubiera enterado —reflexiona en voz alta—. Dime... ¿Cómo pagas al sanador que está trabajando en ti?

Evans frunce el ceño, observándome de arriba abajo. Parece que por primera vez se da cuenta de que mi aspecto ha cambiado drásticamente. Tal vez no lo había notado antes porque ha

sido testigo de esa transformación de manera gradual, o quizá porque, bueno, porque no es el óvulo más inteligente que salió de la reserva ovárica de mi madre. Sin embargo, ahora que Ozzy lo ha mencionado, parece verlo todo con claridad.

Se incorpora en el sofá, dejando de lado su aire despreocupado, y me mira con atención. La tensión en el ambiente aumenta, pero yo mantengo la calma.

—Le pago con sexo —respondo con tono jactancioso, esperando que lo interpreten como una broma.

No obstante, Ozzy ha debido plantearse esa opción porque me observa mortalmente serio.

—¿Es el dueño del R8? —indaga.

—No. —Me cruzo de brazos—. ¿Hay alguna razón para someterme al tercer grado? ¿A parte de que me haya dejado en casa un coche bonito y de que tengo buen aspecto?

Ozzy se sonroja un poco, desinflándose, y tengo que reprimir una sonrisa con todas mis fuerzas. Baja la pierna para dejarme pasar, pero antes de que me aleje vuelve a la carga.

—No te vayas a ninguna parte. Voy a llamar a Kyle y tú y Evans vais a intercambiarnos —me ordena con determinación.

La idea, curiosamente, no me molesta en absoluto. Prefiero tener a Ozzy bajo mi control que a Dobrev. Con Ozzy, sé lo que estoy manejando.

—Sí, mi amo —respondo con una exagerada reverencia y una chispa de diversión.

Él, en cambio, me devuelve una mirada cargada de irritación, claramente poco impresionado con mi sarcasmo.

—¿Qué es sexo? —escucho preguntar a Kirah.

Salgo por patas.

Más tarde, Evans deja a Kirah con sus abuelos por seguridad, e intercambiamos a Ozzy y a Dobrev, a pesar de las protestas de este último.

—Ten cuidado con ella, mi amor —dice Dobrev cuando ya está hecho. Le da un beso sangriento en la mejilla también ensangrentada—. Voy a darte una ducha. ¿Vienes?

La invitación va dirigida a Drake, pero observo a Ozzy para ver su reacción. Está demasiado ocupado, fulminándome con los ojos como para sentir celos de sus dos exnovios.

Que su atención esté tan enfocada en mí es una buena señal. Otra lección de marketing: debes estar en la mente del cliente, aunque sea para mal.

Halloween no es una tradición dámara. O al menos no lo fue durante mi corta infancia en Dámara. Por lo visto, se ha vuelto más popular entre los niños en los últimos años. Es la quinta vez que llaman a la puerta, y me encuentro con un pequeño grupo de criaturas terroríficas gritando "¡Truco o trato!". Afortunadamente, Cecily dejó un cubo en forma de calabaza lleno de dulces en la entrada, y como crecí en Glinen, estoy acostumbrado a tratar con niños en la Noche de los Muertos.

Si supieran que tienen a un verdadero zombi frente a ellos...

—¿Y qué tenemos aquí? —los saludo, observando sus disfraces con admiración. Una bruja, un vampiro, una momia y... ¿un elefante morado? No encaja del todo, pero no digo nada —. ¡Trato! No me hagáis daño, os daré dulces si me dejáis vivir.

Los niños se ríen, y alzan sus calabazas hacia mí, ansiosos. Voy llenando cada una con dulces. Espero que no se coman todo de golpe.

Cuando termino, corren de vuelta al coche que los ha traído, excepto la momia, que se queda unos segundos más para darme las gracias. Me da ternura que se sienta responsable de los otros siendo tan joven.

Vuelvo al salón para continuar la película que dejé a medias, un clásico de terror en blanco y negro que, sinceramente, da más miedo por la calidad de la imagen que por la trama. Pero me detengo en seco al ver a Karen sentada en el sofá, pintándose las uñas de rojo sangre. Lleva solo un albornoz blanco, pero ya está maquillada y peinada, con una cola alta que adivino es parte de su disfraz de diablesa.

Suspiro antes de sentarme a su lado y tomar de la mesa el plato de rollitos de hojaldre con forma de dedo amputado que ha traído Cecily del supermercado. Lo dejo sobre mi regazo y pulso el play del mando de la televisión.

—¿Por qué estás viendo cine mudo? —pregunta Karen sin levantar la vista, terminando con las últimas pinceladas de esmalte.

—Es un clásico.

—Es malísima —se burla ella.

—No sabes de cine —respondo, manteniendo la vista en la televisión, pero la curiosidad no me deja prestarle atención a la película.

—¿A dónde vas? —le pregunto tras un rato de silencio.

—A una fiesta de disfraces. ¿Quieres venir conmigo?

—Hace una semana, al menos para mí, podría haberte llevado a pedir caramelos.

—¿Eso es un no?

Inhalo, intentando no caer en su juego. Su sonrisa pícara no ayuda.

—¿Quién va a pedir caramelos con trece años? —murmura, casi para sí misma.

—Yo lo hacía —le aseguro—. Con Ivah y Kyle, hasta que Kyle le dijo a un vecino que no nos quiso dar caramelos que tuviera cuidado con el enchufe de su sótano.

Karen ríe, casi sin querer.

—Buen truco.

—Eso dijo Kyle, pero dejamos de ir después de eso.

—¿Y murió electrocutado? —pregunta ella, entretenida con la historia.

—Dos años después —contesto, encogiéndome de hombros.

Karen vuelve a reír. Su risa es ligera, pero está cargada de esa malicia que la define.

—Debió haberle hecho caso a Dobrev.

Asiento despacio, preocupado porque nuestra conversación es peligrosamente amistosa.

—¿Puedo coger uno de esos? —pregunta, señalando el plato con las manos levantadas y los dedos separados para no borrar la laca de uñas.

Me encojo de hombros con indiferencia, hasta que veo una cabeza rubia bajar hacia mi regazo para coger uno con la boca. Mi cuerpo se tensa de inmediato con el gesto descarado. No es muy apropiado coger comida de la entrepierna de alguien con la boca.

Karen sacude los dedos al aire, mientras mastica, dando a entender que no quiere estropearse las uñas, pero estoy seguro de que lo ha hecho a propósito para provocarme.

—¿De qué vas a disfrazarte? —pregunto, tratando de ahuyentar la incomodidad.

—De diablesa.

—Se supone que debes disfrazarte de algo distinto a lo que eres.

—Gracioso —murmura, sin despegar la vista de su teléfono.

Se deja caer sobre el respaldo del sofá y apoya un pie contra la mesita de café. El albornoz se abre, dejando a la vista una liga roja en su muslo que sujeta unas medias de rejilla.

Pestañeo, sabiendo que lo está haciendo a propósito. No voy a caer en un truco tan obvio. Vuelvo mi atención a la televisión. Nosferatu entra por una puerta oscura, y su víctima se desmaya sobre la cama. Se supone que debe dar miedo, pero yo me estoy sintiendo de otra forma muy distinta.

Karen apaga su teléfono de repente y se levanta con un movimiento decidido.

—Me voy —anuncia, y aunque intento evitarlo, mis ojos la siguen. El contraste entre su albornoz blanco y el maquillaje de diablesa es hipnótico.

—¿Estás seguro de que prefieres quedarte aquí solo? —me pregunta con una sonrisa tentadora.

Asiento, apartando la mirada.

Karen aguarda un momento a que cambie de opinión, pero al ver que no lo hago, se

encoge de hombros y sube las escaleras. Unos minutos después, baja con una gabardina negra cubriendo el disfraz, que nunca llegaré a ver, y se despide.

Me quedo solo con una insidiosa idea que no puedo continuar eludiendo. O quizá sí, si logro distraerme. La película no va a funcionar con el humor que tengo ahora. Así que, en lugar de prestarle atención, dejo que mi mano se cuele por debajo del elástico de la cintura de mis calzoncillos. Tomo mi miembro en la mano y comienzo a trabajarlo. Trato de no pensar en nada, de no formar fantasías en mi cabeza, ya que me da miedo a donde puede llevarme mi imaginación esta noche. Todo va bien hasta que mi respiración se acelera y recibo imágenes relámpago en mi mente que aumentan mi excitación. Reconozco colores entre estas: blanco algodonado, manos con uñas rojas, medias de rejilla y cabello rubio.

Llaman al timbre, pero me temo que los niños tendrán que seguir con la siguiente casa. Con las luces apagadas, excepto por el tenue resplandor de la televisión, probablemente pensarán que no hay nadie en casa.

Un instante después, la luz del salón se enciende de golpe, y me sobresalto. Saco la mano de mis pantalones. Drake y Kyle están parados en la entrada del salón, observándome con una mezcla de sorpresa y curiosidad.

Kyle es el primero en reaccionar. Mira la pantalla donde el vampiro sigue en plena acción y alza una ceja, esbozando una sonrisa traviesa.

—No sabía que Nosferatu era tu tipo —bromea mientras entra al salón y se deja caer en el sillón.

Drake me mira con la misma expresión inquisitiva, pero no dice nada.

Me meso los cabellos y dejo escapar un suspiro, intentando recuperar algo de compostura. Aunque me cubre una fina capa de sudor, no estoy exactamente avergonzado de que me hayan pillado masturbándome. Ambos me han visto en situaciones comprometedoras antes. Pero esta vez, el calor en mis mejillas no tiene tanto que ver con el acto, sino con el objeto de mis fantasías.

—Pensaba que vendríais a las nueve —digo, carraspeando para aclarar mi voz.

Kyle se encoge de hombros.

—Al final, Drake no tuvo que ir a trabajar —explica.

Me incorporo, buscando algo con lo que romper la tensión.

—¿Queréis una cerveza?

Drake, que se ha mantenido contra la pared con una expresión algo incómoda, asiente cuando lo miro. Voy hacia la cocina, y cuando vuelvo, me invade la sensación de que estaban hablando de mí antes de que entrara. Quizás sea solo paranoia.

Drake acepta la bebida con la misma actitud reservada, mientras Kyle se acomoda en el sillón. Me siento junto a él y le paso la otra cerveza. Sus ojos azules, siempre tan intensos, me

observan de una manera que me hace sentir expuesto. Temo que vea lo que trato de ocultar, mis deseos más oscuros y retorcidos. Es uno de los talentos de Kyle.

Sin embargo, me sorprende con algo distinto. Su mano sube lentamente por mi muslo, y no puedo evitar ahogar una exclamación de sorpresa.

—No estaría bien dejarte a medias, mi amor —explica Kyle con un tono que conozco bien y su mano alcanza mi entrepierna.

Me acaricia por encima de los pantalones despacio, dándome tiempo a apartarle si lo deseo. Drake se acerca por detrás, pone una mano en mi hombro y me besa el cuello. Mi espalda da contra su pecho mientras Kyle masajea mi pene con suavidad, dejando que la excitación regrese de forma gradual.

Conozco el cuerpo de ambos, su aroma, su tacto. Todo esto es familiar, lleno de recuerdos. Es fácil dejarse llevar por la comodidad de volver a lo que una vez fue mi hogar, en lugar de enfrentarme a esta realidad extraña en la que he despertado. Pero hay algo que no está bien. Aunque sus manos recorren mi cuerpo, y físicamente estoy respondiendo, algo dentro de mí no está del todo presente.

De repente, mi atención se desvía a un flyer sobre la mesa, que no había notado antes. Es de una fiesta de Halloween, y sé perfectamente quién lo ha dejado ahí. Kyle sigue la dirección de mi mirada, toma el papel y alza una ceja, leyéndolo.

—Creo que no estás tan de humor como pensábamos —comenta Kyle, mientras da un toque a Drake para que también se detenga—. ¿Quieres ir a esta fiesta, Ozzy?

—No, no es eso —respondo, tratando de aclarar mis pensamientos—. Solo se me ha ocurrido que ella lo dejó ahí a propósito. No tengo intención de ir.

—¿Ella? —interviene Drake, confundido.

—Karen —concluye Kyle, mirando el flyer con algo de compasión en su rostro—. ¿Quieres ir a su fiesta?

—No... Bueno, no sé —admito—. ¿Por qué iba a dejar la dirección justo aquí?

Drake se sienta en el reposabrazos del sillón, y apoya el codo en el respaldo del asiento.

—Habrá sido un accidente.

Sacudo la cabeza.

—Nada de lo que ella hace es un accidente.

—Ozzy, Kyle tiene razón: Karen no es tu responsabilidad —dice Drake con firmeza—. No eres su niño.

Suspiro, pasando una mano por mi cabello, que ahora está desordenado.

—Anda metida en algo raro. Tiene a un sanador trabajando para ella y un chófer que la lleva en un R8.

—El sanador debe ser ese chico de su clase, el que la maltrataba —interviene Kyle,

pensativo—. Me imaginé que le gustaba Karen. Típico caso de bully que no sabe cómo gestionar sus emociones. Lo del coche, seguramente, también sea cosa de él.

Las palabras de Kyle me golpean, aunque ya había considerado esa posibilidad antes de descartarla. Con las cosas que ese chico le ha hecho, ella nunca... ¿O sí?

—¿Me prestas tu coche? —le pido a Drake, decidido a averiguar en qué despojados anda metida.

Drake frunce el ceño.

—Pero si no tienes carné—me recuerda desconcertado.

—Sé conducir —le aseguro, extendiendo la mano en su dirección para que me dé las llaves.

—En Glinen puedes conducir junto a alguien con carné desde los quince —le explica Kyle. Drake se muestra incrédulo, pero Kyle le explica que las calles y el tráfico allí son distintos. Más tranquilos.

Después de dudar, Drake finalmente me entrega las llaves de su coche.

—Ten cuidado. Hay más tráfico de lo normal por Halloween —me advierte.

Asiento y tomo el flyer de la mano de Kyle. Me calzo unas zapatillas deportivas y me pongo una chaqueta vaquera, mirándome en el espejo del recibidor. No estoy para una fiesta, ni siquiera de Halloween. Los joggers arrugados, la camiseta descolorida y el cabello despeinado gritan que no estoy presentable. Pero no importa. No planeo quedarme. Solo quiero saber qué está tramando cierta diablesa.

No hace falta que Karen sepa que he ido.

El trayecto no dura más de veinte minutos. La fiesta se celebra en una discoteca del centro de Dámara llamada *Sensara*. Su fachada de ladrillo está interrumpida únicamente por un cartel luminoso parpadeante en rosa y amarillo, y unas grandes puertas de metal.

Los guardias de seguridad en la entrada parecen intimidantes. Creo que no me dejarán pasar sin disfraz o con mi ropa deportiva, o eso creo hasta que me doy cuenta de que el flyer está sellado con lo que parece ser una invitación. Sabía que ella lo había dejado ahí a propósito.

Le entrego el papel a uno de los gorilas. Aunque me mira de arriba abajo, me indica que pase con un leve movimiento de cabeza.

Bajo por unas escaleras decoradas con telarañas, esqueletos y calabazas, rodeado de gente disfrazada que me observa por mi atuendo casual. Al final de las escaleras, la música pasa de ser un retumbo en las paredes a algo reconocible: Heathens de Twenty One Pilots. Me he puesto al día rápido con la música gracias a TikTok.

La discoteca está abarrotada. Algunos bailan, otros intentan hablar por encima del estruendo. Las luces blancas y moradas parpadean al ritmo de la música, y el aire está cargado del vapor de las máquinas de humo, mezclado con el olor a alcohol y perfume.

Mis ojos recorren la sala, buscando a Karen entre diablesas rubias y rincones oscuros. De pronto, veo a Angela, su amiga. Va disfrazada de hada verde, con mucha purpurina y maquillaje fosforito, y está charlando con un chico. Por un segundo pienso que podría ser el sanador. Luego veo a Karen apoyada contra una columna, con los ojos cerrados, mientras un tipo le besa el cuello con las manos deslizándose por sus caderas.

Me quedo petrificado, rodeado de cuerpos que se mueven al ritmo de Devil Eyes de Hippy Sabotaje. Quizá es mi estatismo lo que me hace destacar, pero lo cierto es que Karen abre los ojos y me mira directamente.

Con un leve empujón, aparta al chico, Arthur Bohan, sin duda, y camina hacia mí. Arthur parece confundido por la interrupción. Su cabello voluminoso enmarca un rostro atractivo. Va disfrazado de príncipe de cuento, pero su rostro es el de un villano.

Devil Eyes. El DJ ha debido poner la canción para él.

Trata de sujetarla de la muñeca, pero ella da un tirón y continúa para llegar hasta mí.

—¿Qué haces aquí? —grita para hacerse oír por encima de la música.

No me molesto en entrar en sus juegos y fingir que no sé que me ha dejado la invitación a propósito.

—¿Es él? —Señalo a su amiguito con la cabeza—. ¿Arthur Bohan? ¿El sanador que te

maltrataba?

Ella no responde, pero por su expresión sé que estoy en lo cierto. Entiendo que se cansara de que le hiciera daño, pero enrollarse con él no es la forma de arreglar las cosas.

—Creí que le odiabas —digo, sin poder ocultar mi decepción.

—Puedes hacerle más daño a alguien si le tienes cerca —responde sin titubear.

No sé si me tranquiliza saber que no siente nada por él o me preocupa más que piense de esa forma. Siempre existirá la huella de Parker dentro de ella.

—Los demás pueden rompernos, pero somos nosotros quienes decidimos si quedarnos rotos —le digo y me doy la vuelta para marcharme. Ya he descubierto lo que necesitaba saber. Pero ella me sigue hasta el exterior.

Llego al coche de Drake y abro la puerta.

—¿Sabes conducir? —pregunta con una mezcla de sorpresa y curiosidad.

Me monto y me pongo el cinturón. Pero para mi sorpresa, ella se sube al asiento del copiloto.

—¿No vas a seguir con tu fiesta? —le pregunto, con una mano en el volante y la otra puesta en el freno de mano. Siento una confusa mezcla de exasperación y satisfacción.

Karen me observa con una expresión que no logro identificar del todo. Algo en ella sugiere una chispa de esperanza, debe creer que mi presencia aquí significa algo más.

—Ya que has venido, me voy contigo —dice con ligereza—. ¿Quieres cenar algo?

Respiro hondo y pongo el motor en marcha, sin apartar la vista del volante.

—Solo quería saber en qué andabas metida —digo, tratando de sonar indiferente—. Ya lo tengo claro.

Le hago un gesto para que se baje del coche, pero ella no se mueve. Se abrocha el cinturón.

—No siento nada por él —dice de repente, su voz más suave.

Miro hacia el semáforo frente a nosotros, tratando de ignorar el cosquilleo de esa confesión.

—Eso es incluso peor —murmuro—. Preferiría pensar que es una fase. Una crisis adolescente por todas esas historias que venden los medios donde se romantiza al chico malo. Pero... joder, Karen, si no sientes nada por él, entonces ¿qué estás haciendo?

Karen suelta una risa sarcástica.

—Mírame —me desafía. Hay una inteligencia aguda en su mirada, potenciada por el artificioso maquillaje de diablesa que lleva—. ¿Recuerdas cómo era antes? No era más que un espectro, un fantasma, que vagaba por los pasillos de la escuela. Y ahora me encuentro bien y tengo poder sobre mi vida. ¿Qué estoy haciendo? Estoy ascendiendo, eso es lo que estoy haciendo.

El claxon de un coche detrás de nosotros me hace volver a la realidad. El semáforo ya está en verde. Arranco el coche y conduzco en silencio.

Una parte de mí admira su fortaleza. Karen siempre ha sido alguien capaz de hacer lo que yo no podría. Es poderosa, una fuerza de la naturaleza que arrasa todo a su paso. Pero una parte de mí teme lo que tiene que sacrificar para llegar hasta sus objetivos.

Es como un volcán que lo arrasa todo a su paso hasta crear un entorno nuevo a su gusto. Sus formas no están bien, y por eso me molesta que me impresionen sus resultados. El ejemplo perfecto es lo que me ha hecho a mí. Tenerme durmiendo hasta que nuestras edades se han igualado para alejarme de Drake.

Esta noche podía haberme acostado con ellos, pero la idea de estar con Kyle o con Drake ha perdido encanto. Me quieren, no lo dudo, pero no con todo. No soy el centro del universo para ninguno de los dos, sino más bien algo familiar y conveniente. Lo que quiere decir que ella ha conseguido lo que quería. Me enfurece.

—Dices que no sientes nada por él, pero si dejas que te bese de esa forma, es porque al menos te atrae —digo, una vez estamos en la carretera, rodeados de árboles a ambos lados. La única iluminación proviene de la luna llena y de los faros del coche sobre el asfalto.

—¿Estás celoso? —pregunta. Nuestros ojos se encuentran brevemente—. Porque ese era justo mi plan.

Su franqueza me hace tragar saliva. Noto un cosquilleo en el estómago al descubrir que conquistarme sigue siendo su objetivo. Creía que ya no le interesaba de la misma forma y eso me había provocado un vacío. Y ahora siento que vuelo. ¿Cómo de jodido estoy de la cabeza? Tengo el síndrome de Estocolmo o algo por el estilo.

—Me preocupo por ti, eso es todo —digo, después de aclararme la voz.

—No esperaba tanto —responde, esbozando una sonrisa traviesa—. No creí que recuperaría ni tu paternalismo. Es un alivio saber que puedo volver a considerarte ese hermano mayor que quiere prote... —se detiene bruscamente cuando doy un volantazo para salir de la carretera y tomar un camino entre los árboles.

Detengo el vehículo unos metros más adelante, bajo las sombras que oscurecen el sendero.

Karen se queda mirando el salpicadero por unos segundos, y luego alza sus ojos azules hacia mí. La sonrisa se ha desvanecido, y en su lugar, me mira con una mezcla de confusión y expectación.

Siento la sangre correr con fuerza por mi cuerpo, latiendo en mis oídos. Debe ser la adrenalina la que me está volviendo loco.

Enciendo la radio, y suena I put a spell on you de Nina Simone.

—Echa el asiento hacia atrás —le indico con la voz ronca.

Me observa, sorprendida, pero no duda mucho en obedecer y ajusta el asiento.

Paso mis piernas por encima de la caja de cambios y me coloco de rodillas frente a ella. Nuestras respiraciones, entrecortadas, son lo único que se escucha además de la música suave. Me cierno sobre ella para girar la rueda del asiento y reclinarlo hacia atrás.

Nos miramos fijamente. El ambiente cruje a nuestro alrededor con un torbellino de emociones no resueltas. Nos hemos salvado la vida, hemos sido amigos, cómplices, casi familia y ahora... y ahora mis manos están sobre sus muslos, justo sobre el dobladillo de su falda.

Las deslizo hacia arriba, dejando sus caderas y su ropa interior a la vista. Mis manos bajan por su pierna hasta la liga que sostiene las medias de rejilla.

—No sabía que me gustaban tanto las ligas —susurro.

Sus ojos se han vuelto acero fundido, líquido y candente.

Pongo mis labios en el interior de su muslo mientras mi pulgar acaricia el encaje de la prenda.

—Siempre he temido la oscuridad —susurro contra su piel, que emana un delicioso aroma a vainilla—. No sé qué es lo que me atrae tanto de la tuya.

Mis labios suben por su muslo y mi otra mano agarra el elástico de su ropa interior y tira hacia abajo.

Karen levanta las caderas para facilitarme la tarea.

Su respiración agitada y expectante alimenta mi locura transitoria y me quita las pocas ganas que tenía de detenerme. Adoro ver su reacción ante mis labios en su zona más íntima. Me fascina verla retorcerse bajo mi lengua en ese punto de su sexo. Mis dedos se hunden en sus caderas cuando la noto palpar contra mi boca y los suyos me agarran del pelo con fuerza.

Quizá me esté volviendo loco porque me parece que su mano pertenece ahí, entre las hebras de mi pelo, y acariciando mi nuca y los relieves de mis huesos.

Definitivamente estoy embrujado, porque su orgasmo también me sabe a vainilla.

KAREN

El aparcamiento de la escuela está cubierto de hojas amarillas y anaranjadas, anunciando que el otoño ha llegado oficialmente. Antes de salir del porche, me subo la capucha de mi parka mostaza para protegerme de la fina llovizna que cae. Hubiera sido el día perfecto para llamar a mi chófer, pero hoy vine a clase en bicicleta, y ahora tendré que pedalear sobre el asfalto mojado y las hojas resbaladizas. Qué fácil es acostumbrarse a las comodidades que trae el dinero.

Mientras voy hacia el lugar donde he dejado mi bicicleta y sorteo los coches aparcados, escucho que alguien me llama. Me giro y veo a Angela acercándose a paso rápido.

—Casi no te pilló —jadea, con ojeras profundas—. ¿No tienes resaca de anoche? A mí me está matando el dolor de cabeza.

—No bebí mucho —respondo, mientras las imágenes de lo ocurrido con Ozzy en el coche cruzan mi mente.

—Es verdad, te fuiste pronto, ¿no? ¿Te peleaste con Arthur? Estaba muy enfadado después de que te marcharas. Tienes que arreglarlo, Karen. No podemos perder a nuestro sanador. Gracias a todo lo que ha hecho con mi cuerpo, anoche me lié con Josh —suelta un grito de fangirl que me resulta un tanto molesto—. ¡Dios, llevaba años soñando con Joshua Fernandez!

—Enhorabuena —me limito a decir, dándole espacio para regodearse en su triunfo—. ¿Querías algo?

—Ah, sí. Es sobre los naturales. Llevamos dos semanas vigilando el laboratorio y no ha aparecido ningún dámaro.

Suelto un bufido, molesta por el retraso.

—¿El rastreador sigue en la moto de Park?

Angela asiente.

—De acuerdo, envíame un archivo con todos los lugares que Park ha visitado en las últimas dos semanas —le indico.

Voy a tener que encargarme personalmente de esto, aunque me lleve tiempo. Por otro lado, me conviene mantenerme ocupada y evitar a Ozzy después de lo que pasó anoche. No quiero caer en la tentación de volver a acercarme a él, no ahora que mi táctica parece estar funcionando más rápido de lo que esperaba.

Por lo menos de primeras, cambió su actitud cuando regresamos a casa.

—No quiero que pienses que esto significa algo —me dijo, con el rostro entre avergonzado y arrepentido—. Ha sido un impulso.

—De acuerdo —le respondí con firmeza, aunque por dentro, fue como si explotara la burbuja en la que estaba flotando.

Él parecía esperar más resistencia de mi parte, pero en lugar de eso, me mostré resignada.

—Buenas noches, Ozzy. —Le di un beso amistoso en la mejilla y me marché a mi cuarto.

No me ha vuelto a ver desde entonces, porque me he ido antes de que él se levantara.

Intentando ahuyentar esos recuerdos, me despido de Angela y continúo mi camino. Me monto en la bicicleta y apenas doy dos pedaladas cuando siento un golpe en la cadera que me hace perder el equilibrio y caer al suelo. Me invade el dolor en varios puntos del cuerpo, pero especialmente en la mano, que queda atrapada debajo de mí. Me sacudo las hojas y el barro, y aunque me duele la mano, parece que no está rota.

El coche que me ha arrollado está cerca. Es el Passat de la madre de Arthur. Un instante después, él se baja y se pone de cuclillas a mi lado. Algunas veces lo usa para venir a clase.

—¿Estás bien? —pregunta, tomándome del codo y observando mi mano inmóvil.

—Me duele, pero no parece estar rota —jadeo, intentando levantarme.

—Oh, yo creo que sí está rota —dice con una voz inquietante. Oigo un crujido en mi mano y siento un dolor desgarrador.

—¿Qué despojados estás haciendo? —le grito. He perdido la resistencia al dolor durante este tiempo de tregua entre nosotros. He olvidado cómo se siente ser frágil y estar a merced de un psicópata.

—Tú también me has hecho daño, ¿sabes? Te fuiste con ese chico y me dejaste tirado como a un perro —responde, ayudándome a levantarme—. Vamos, te llevo.

—¿A dónde? —pregunto, tratando de zafarme de su agarre.

El dolor en mi mano es insoportable, pero no tengo opción cuando me obliga a subir al asiento del copiloto. Justo antes de desvanecerme, veo su rostro concentrado.

Recobro la consciencia cuando el coche de Arthur se detiene frente a un enorme edificio blanco con ventanas rectangulares. No parece ser Dámara por el estilo arquitectónico sino más bien Deremen. La puerta tiene un letrero enorme que me indica que se trata de un hospital humano.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto, desconcertada mientras él aparca.

—No voy a llevarte a un médico dámara. Quiero que te cures a la manera tradicional —responde con una sonrisa fría. Me acaricia la mano herida con sumo cuidado—. Quiero que el dolor te recuerde a mí constantemente.

Siento un escalofrío al escucharlo. Trato de pensar en cómo salir de esto, pero cada movimiento de mi mano me hace soltar un gemido de dolor. Arthur parece disfrutar de mi sufrimiento.

—¿Estás loco?

Arthur aprieta mi mano y suelto un alarido, retorciéndome en el asiento. Él exhala y me mira con una expresión medio arrepentida, pero también de irritación, como si fuera yo la que le está forzando a comportarse mal.

—No quiero hacerte daño, Karen, pero tú me has hecho daño a mí primero. ¿Sabes la cara de idiota que se me quedó cuando te largaste con ese tipo? Y a saber qué estuviste haciendo con él... —Golpea el reposacabezas, justo al lado de mi cara.

Tenía que haber previsto mejor las consecuencias de que Arthur me viera marcharme con Ozzy. He cometido un error de cálculo, distraída por mis sentimientos.

—Es un amigo de la familia —miento—. Vino a recogerme porque mi madre me quería en casa. Se supone que estoy castigada.

Arthur me observa con atención, planteándose si le estoy diciendo la verdad. Después me pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja en un gesto cariñoso.

—Tú y yo estamos hechos el uno para el otro. Lo sabes, ¿verdad?

Asiento, tratando de mostrarme complaciente. Necesito que me arregle la mano y me deje ir de una pieza.

—Tenía que haberte explicado porque me iba, pero me enfadó tanto que mi madre lo hubiera enviado que perdí los papeles —continúo con la mentira—. ¿Podemos irnos a casa?

Duda durante unos instantes, pero termina por negar con la cabeza.

—Vamos —dice, desabrochándose el cinturón.

Con él ya fuera del coche, suelto un bufido de irritación. Esto me pasa por distraerme. Ahora tengo que soportar al psicópata de Arthur en plena explosión de crueldad.

Me bajo del coche y dejo que me sostenga por el brazo sano y me ayude a entrar en el hospital igual que haría un novio preocupado. Es increíble que haya gente que piense que eso es amor de verdad. Todo ese dolor, el miedo a lo que la otra persona te pueda hacer si se le cruza un cable.

Una vocecita en mi cabeza me indica que eso es justo lo que piensan los demás de mí respecto a Ozzy, pero es totalmente distinto. Yo nunca le haría daño.

Ya dentro del hospital, me hacen una radiografía y me ponen una escayola. Arthur y yo nos sentamos en la sala de espera mientras me hacen los papeles.

La escayola no ha hecho que deje de dolerme el hueso fracturado. Me palpita la cabeza y los potentes fluorescentes del estéril techo blanco del hospital me molestan a la vista.

—Espero que no te duela demasiado —escucho decir a una joven sonriente que está

sentada a dos sillas de la mía con una mano en su abultado vientre de embarazada—. Al menos tienes un novio guapo para cuidar de ti.

Arthur le dedica una sonrisa perlada en respuesta. Después me contempla con una mirada penetrante.

—¿El chico de anoche y tu...

—Ya te lo he dicho, es un amigo de la familia. Además es homosexual —le interrumpo con determinación—. Solía salir con Kyle Dobrev.

Me evalúa con sus ojos del tono del café con leche. Hay una crueldad manifiesta en su bonito rostro. La propia naturaleza trata de advertir de que es tan peligroso como atractivo.

—Digamos que te creo —concede, magnánimo—. Aun así, no quiero que vuelvas a verle. ¿De acuerdo?

Me planteo darle la razón inmediatamente, pero quizá eso suene sospechoso.

—Arthur, ya te he explicado que está conectado a mi familia y es del círculo de amigos de mi hermano. No puedo prometer que no voy a volver a verle —razono.

Él me dedica una mirada inquietante y acto seguido le veo echar un vistazo a la mujer de la camilla de al lado.

¿Qué se propone? Me pregunto.

Unos instantes después, la embarazada suelta un alarido y empieza a quejarse de un dolor acuciante en su útero. Ambos hemos escuchado su conversación con el enfermero sobre que ha tenido dos abortos seguidos y que está muy preocupada por este embarazo.

La expresión de osadía con la que me mira Arthur me dice que es él quien le está provocando esa reacción. La mujer grita y llora desconsolada, porque solo está de seis meses. Es demasiado pronto para que el feto pueda sobrevivir a un parto y a la vida fuera del útero.

Con los dientes apretados, le tomo de la muñeca y le dedico una mirada suplicante.

—Está bien —prometo.

Arthur detiene lo que sea que le estaba haciendo y ella deja de gritar, aunque sigue igual de agitada. Ha acudido al hospital porque llevaba un par de días notando menos movimientos del bebé, y aunque el médico le acaba de asegurar que era normal en esa fase de la gestación y que todo progresaba bien, ha tenido la mala suerte de toparse con nosotros.

Varios sanitarios la atienden y se llevan para hacerle una ecografía.

Arthur aparta mi mano de su muñeca y me doy cuenta de que le he dejado la marca de mis uñas en la carne.

—Ves las cosas que me obligas a hacer —susurra antes de darme un beso en la frente.

Me abraza y dejo que apoye mi cabeza sobre su pecho. Su corazón retumba como un tambor perfectamente sincronizado. No mido la frecuencia por minuto, pero estoy segura de que late a sesenta pulsaciones para una función cardíaca excelente, que se auto provoca él mismo.

Nunca ha estado enfermo. No sabe lo que es vivir con un cuerpo que funciona en su contra. Y, sin embargo, ha sido la causa de malestar y sufrimiento de mucha gente.

—Me duele mucho la mano, ¿podrías...? —murmuro, mientras me acaricia el pelo.

—No, Karen, el dolor tiene que ayudarte a recordar —me responde con condescendencia.

Asiento, mientras él reanuda las caricias.

No tiene que preocuparse por eso. En ningún momento de nuestra peculiar relación he olvidado quién es Arthur Bohan. Pero si hay algo que acabo de entender ahora, es que ha llegado el momento de encargarme de él para siempre.

David Summers vive en una bonita casa de estilo granja a las afueras de Dámara Not. La fachada blanca está adornada por un tejado del color de la antracita y por los detalles en madera en la puerta y las ventanas. Imponentes columnas sostienen el porche. En cada una de las puertas dobles cuelga una corona de eucalipto con piñas y bayas blancas. Es evidente que su dueño tiene un gusto exquisito por la decoración y no ha escatimado en gastos, lo cual resulta curioso tratándose de un inválido.

Toco el timbre y espero unos instantes. Finalmente, una de las puertas se abre, y aparece un hombre de unos cincuenta años, bien vestido y con una perilla perfectamente cuidada. Me observa con una mezcla de expectación y confusión, sin reconocerme como alguien del pequeño pueblo de Simera.

—¿David Summers? —saludo con una sonrisa.

El hombre asiente, todavía desconcertado.

—¿Quién eres?

—Karen Armstrong —respondo y sus ojos se abren con sorpresa.

—¿Armstrong? ¿De los Armstrong?

—Así es —confirmo, notando cómo mi apellido le impacta. Incluso en un lugar remoto como Simera, el nombre de mi familia resuena.

Su desconcierto se convierte en inquietud.

—¿Qué te trae por aquí? —pregunta desconfiado. Aun cree que mi presencia en su casa se debe a una equivocación.

—He venido a proponerte algo —indico, sin dar más rodeos—. Tengo dinero y contactos que pueden beneficiarte si estás dispuesto a trabajar para mí.

Summers me mira perplejo.

—Debes estar equivocada. Yo solo soy un inválido —responde, comenzando a cerrar la puerta.

Pongo el pie en el umbral antes de que lo haga.

—¿Entonces, cómo despojados finanzas esta casa y el Jaguar que tienes aparcado en la parte de atrás? —me apresuro en preguntar.

Summers se queda petrificado y aprovecho la oportunidad para dar un paso dentro de la casa, obligándolo a retroceder. El interior es tan imponente como lo sugiere la fachada.

—Todo esto es de mi tía. Ella simplemente me permite vivir aquí —dice, claramente nervioso.

La explicación suena ensayada, la debe haber practicado muchas veces.

—Claro, Helen Summers, una amplificadora de poderes que lleva casi dos décadas retenida en una celda dámara —afirmo, demostrándole que he hecho los deberes.

Sus ojos se agrandan al descubrir mis conocimientos sobre su vida, y eso que aún no sabe la profundidad de estos.

—Helen hizo mucho dinero cuando trabajaba para Dámara como amplificadora —se justifica. Está tenso. La ley no permite que un dámara en la cárcel ceda sus ahorros a sus familiares. No obstante, es algo que ocurre o puede ocurrir con relativa facilidad, sin que las autoridades se enteren o decidan intervenir. Que me lo digan a mí, que tengo la cuenta llena del dinero de mi padre—. Ella dejó la casa pagada y...

—El Jaguar es del año pasado —lo interrumpo con una mueca para que se deje de historietas.

Summers abre los ojos como platos y levanta las manos en señal de rendición.

—Está bien —admite finalmente—. Estoy usando el dinero de mi tía, pero ¿qué se supone que debo hacer? ¿Vivir en la calle mientras todo lo que ella ganó se queda en el banco? Es una ley absurda.

Me contengo de poner los ojos en blanco.

—David... ¿Puedo llamarte David? Ni un solo céntimo ha salido de la cuenta de Helen —le corto para no perder más el tiempo.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has accedido a su cuenta...? —Ahora parece genuinamente preocupado.

—Déjame decirte cómo finanzas todo esto —hago un gesto abarcando la lujosa decoración—. Llevas quince años participando en un proyecto de los brunemens para crear humanos con poderes especiales. Les vendes tu sangre a cambio de una suma generosa de dinero. La última entrega fue hace una semana. Te reuniste con Park en una cafetería de Bólid, llamada The Sun of Sartori. ¿Es suficiente o quieres que siga?

Summers palidece, pero pronto la sangre vuelve a su rostro, concentrándose en su frente.

—¿Qué quieres? —pregunta finalmente, con la voz tensa.

—Por fin estamos avanzando. —Suelto un dramático suspiro de alivio—. No quiero denunciarte, aunque podrías terminar en una celda junto a tu tía. Créeme, prefiero hacer negocios. Quiero que trabajes para mí y, por supuesto, te beneficies de ello.

Él me observa, claramente desconfiado. David Summer no parece un hombre violento y capaz de hacerme daño, pero, por si acaso, me cubro las espaldas.

—Mi chófer está afuera, con órdenes de informar a la guardia dámara si no salgo de aquí ilesa. También he dejado instrucciones a otro miembro de mi equipo por si ni mi chófer ni yo regresamos.

—No soy un asesino —se defiende, ofendido.

—Genial, porque no te voy a pedir que mates a nadie. Lo que quiero de ti es sencillo. Una vez que termines, puedes decidir si sigues conmigo o si desapareces para siempre —le sonrío, sabiendo que alguien con sus gustos finos no tiene más opción que aceptar—. ¿Tenemos un trato?

Summers me mira en silencio durante unos segundos, consciente de que no tiene escapatoria. Finalmente, asiente, resignado.

—Trato.

A veces, saber que alguien está jugando contigo no es suficiente para detener el juego. Eres consciente de cada táctica, de cada truco, y, aun así, la comprensión no te libera de esa atracción magnética. Te conviertes en una polilla volando hacia la luz, o un mosquito atrapado en la red de una araña, sabiendo perfectamente el riesgo que corres.

Karen no es una persona emocional. Su mente funciona de manera metódica. Es capaz de calcular el resultado de distintos escenarios para poner en práctica el que más le conviene. Eso es exactamente lo que está haciendo conmigo ahora, y lo peor es que me está superando.

Hace una semana, en Halloween, tuve un desliz en el coche de Drake. Un momento de locura que terminó con el sabor de Karen en mis labios, sus jadeos grabados en mi mente y sus dedos enredados en mi pelo. No estoy orgulloso, pero tampoco he logrado sentir rechazo o arrepentimiento por lo que pasó. En realidad, fue una liberación, como si hubiera estado conteniendo la respiración durante demasiado tiempo y finalmente hubiera podido soltar. Dejar de luchar contra la marea y permitir que las olas me arrastren. Lo que no quiere decir que quiera volver a nadar entre esas aguas y permitir que ese océano oscuro me engulla para siempre.

—No quiero que pienses que esto significa algo —le aclaré cuando volvimos a casa. Aun cuando mi piel seguía impregnada de su perfume y una parte de mí se sentía eufórica—. Ha sido un impulso.

Vi la decepción en sus ojos, pero Karen es una boxeadora nata; se recupera rápido hasta de los golpes más inesperados.

—De acuerdo —respondió con una calma que me descolocó, como si tenerme o no le diera igual. Y eso me sacó de quicio, aunque sabía que era una fachada. O tal vez... Tal vez el chico con el que la vi esa noche sea una buena distracción para ella. Es guapo, incluso más que yo, y además es un sanador. Nadie puede ofrecer tanto placer como un sanador.

Esa noche me quedé mirando el techo, dándole vueltas a la cabeza, intentando averiguar cómo evitar que algo así volviera a suceder. Tonto de mí, ni siquiera hemos coincidido desde entonces, excepto el día siguiente cuando la vi desde mi ventana bajarse de un Passat con el brazo escayolado, encogida de dolor.

El vaho se acumulaba en el cristal mientras mi mente elaboraba mil teorías. Quise bajar a preguntarle qué había pasado, pero antes de que pudiera hacerlo, se subió de nuevo al R8 que la lleva a todas partes.

Busqué mi teléfono entre las sábanas y la llamé, pero no me contestó. Así que le envié un mensaje.

¿El sanador te ha hecho daño porque nos vio marcharnos juntos anoche?

No tardó en responder.

Algunos dirían que es romántico.

Pero tú no eres tan inocente.

Aunque no estoy del todo seguro. Muchas personas inteligentes caen en la trampa de confundir posesión con amor.

Tienes razón, no lo soy.

Tenemos que pararle los pies, Karen. Un sanador chalado es peligroso. Puede hacerte daño de verdad.

Lo sé.

Desde entonces no he vuelto a verla. Sé que ha estado en casa, pero de algún modo ha logrado convertirse en un espectro que me atormenta más que si fuera de carne y hueso.

Hace cuatro días, me quedé dormido en el sofá. Desperté con su perfume flotando en el aire, pero cuando abrí los ojos, solo vi la puerta del salón cerrándose. Fui a su cuarto y la luz estaba apagada, la llave echada y no respondió a mis discretos golpes. Me marché, no queriendo despertar a nadie más en la casa.

Dos noches después, empezó como un sueño extraño, de esos que te hacen acalorarte entre las sábanas. Noté el contacto de otro cuerpo contra mi espalda. Fue el roce de unos labios en mi oreja lo que me hizo darme cuenta de que no era un sueño. Pero para cuando encendí la luz de la lámpara de mi mesita de noche, ella ya se había marchado.

No había nadie en su cuarto esa noche. Parece haberse convertido en un auténtico fantasma.

¿Estás jugando conmigo?

Le escribí, cuando volví a mi cama.

No me respondió hasta el medio día de la mañana siguiente, haciéndome sentir como un

loco que imagina cosas en las tinieblas de la noche.

Solo fue un beso de buenas noches.

¿Por qué tiras la piedra y luego escondes la mano? Vivimos en la misma casa y llevo días sin verte.

He estado liada.

Solté un bufido con ese último mensaje. No ha habido más comunicación. A excepción de ciertos detalles que, estoy seguro, no son casuales. Cosas como: Un bonito sujetador de encaje “olvidado” en el manillar del baño justo cuando salgo de la ducha, mi almohada oliendo a vainilla, la mancha de pintalabios rojo en el cuello de la camiseta que llevaba aquella noche, una caja de mis cereales favoritos sobre la encimera por la mañana cuando me había olvidado de comprarlos...

No sé si está con él, con el sanador, o en qué despojados anda metida, pero algo me dice que sus horarios erráticos no son solo para volverme loco. Tiene un plan, un objetivo que quiere conseguir, más grande que yo, pero aún le sobra algo de tiempo para hacerme juegos mentales.

Y me estoy cansando de ser un sujeto pasivo en estos. Tengo que descubrir qué es lo que planea antes de que el mundo eche a arder y nos demos cuenta de que la hemos subestimado.

KAREN

Desde arriba, observo una multitud de cuerpos danzantes que se mueven al ritmo de la música, envueltos en sudor y luces intermitentes. El cristal que me separa de la planta baja amortigua el ruido de la discoteca bolidiana, permitiéndome disfrutar de una música distinta en la privacidad del reservado. Las luces moradas y blancas parpadean sobre los bailarines, dándoles un aire misterioso y seductor. Es el terreno idóneo para jugar al engaño, donde se puede cazar y ser cazado, mostrando solo una pequeña parte de tu verdadero ser.

La puerta del reservado se abre detrás de mí, dejando que la música fuerte se cuele durante unos segundos. No necesito darme la vuelta para sentir la confusión del recién llegado.

—¿Quién eres? —pregunta Arthur.

Me giro lentamente, dejando que me vea bien. Llevo una peluca de media melena castaña y una gabardina de cuero negra que llega hasta mis pantorrillas. Debajo, un vestido corto y escotado de encaje rojo que no es algo que suela usar. Arthur me observa de arriba abajo, sorprendido por mi cambio de apariencia. Da un par de pasos hacia mí, mirando los sofás de cuero y la barra privada.

—¿Fuiste tú quien me envió ese mensaje? —pregunta, aunque su tono es más una afirmación.

Me complace que haya decidido aceptar la invitación anónima y ponerme las cosas más fáciles.

Asiento y él me contempla con cierta cautela, pero un brillo inequívoco en los ojos. No le he prestado mucha atención esta semana desde que salimos del hospital, simplemente porque no sería mi forma habitual de tratarle y lo sabe. Quizá es eso lo que le tiene tan enganchado a mí.

—Has ido a un sanador —comenta, mirando mi mano, que ya no está escayolada.

Las llevo ambas enfundadas en gruesos guantes de cuero.

—Pero no he olvidado el dolor —le respondo con una sonrisa ladeada—. Créeme, Arthur. No he olvidado ni un solo ápice de todo el dolor que me has causado durante estos años.

Pone una expresión circunspecta, sin saber muy bien a qué atenerse conmigo, pero no retrocede cuando me acerco. Tal es su seguridad en sí mismo, en su poder de sanador contra mi invalidez, que piensa que no soy una amenaza.

Debería. No me vale el ojo por ojo. No hay justicia en una venganza proporcionada. Para que la haya, debes infligir más dolor del que recibiste.

—Sigues enfadada... —dice, acariciándome el mentón con sus dedos. Sus ojos recorren

mi rostro adornado por un cabello distinto—. Te he echado de menos.

Se inclina y me besa.

—Sabes a cielo, Karen.

Sonrí, pero mi expresión es fría.

—No, Arthur. Tú y yo sabemos a infierno.

Con un movimiento rápido, saco una navaja de la manga de mi gabardina y le hago un corte en el antebrazo. Arthur grita y mira la herida, atónito, pero usa su poder para cerrarla.

Observa el líquido rojizo que le chorrea hasta la mano con cierta fascinación, más sorprendido que enfadado. Sonríe y vuelve sus ojos hacia mí.

Algo brilla en sus ojos, que me recuerdan al acero al reflejar un rayo de luz, frío y duro.

—¿Quieres jugar, Karen? —inquire en un tono oscuro—. ¿Quieres mezclar dolor y placer?

La puerta vuelve a abrirse y es Ozzy quien aparece por esta. Arthur mira por encima de su hombro para descubrir quién nos ha interrumpido, y yo aprovecho para dar un paso hacia atrás y alejarme de él.

—No quiero jugar —le respondo volviendo a atraer su atención—. Solo quiero que te huelas.

Retiro mi poder de Ozzy, permitiendo que se transforme en despojado. El cambio es rápido, y en cuanto percibe el olor de la sangre de Arthur, se lanza sobre él. Arthur intenta escapar, pero la fuerza del despojado lo aplasta contra el suelo con facilidad.

Me alejo despacio, hasta que la parte de atrás de mi rodilla da contra un sofá. Me subo a este con movimientos lentos para no llamar su atención.

El despojado tiene a Arthur inmovilizado contra el suelo pegajoso y rasga parte de su camiseta.

Miro la escena desde la distancia, recordando la primera vez que sentí esa misma potencia inhumana aplastándome. El dolor, el miedo... Es maravilloso saber que Arthur ahora lo va a experimentar.

Activo el cronómetro en mi muñeca mientras observo cómo Ozzy le da la primera lamida. Desgarrando su piel con saliva tóxica. Arthur grita, y sus intentos de usar su poder se desvanecen en medio del dolor. Es un sufrimiento que va más allá de lo físico y penetra en lo más profundo de la mente. Solo puedes pensar en que quieres que pare, y así fue como descubrí mi poder.

El de Arthur es inútil en estas circunstancias. Enloquecido por el dolor y la adrenalina, es incapaz de concentrarse para curarse a sí mismo.

Una vez le hice una promesa. Fue una tarde cuando faltó un profesor y él decidió provocarme los síntomas de tener piedras en el riñón, para entretenerse. Mis gritos se escucharon

por toda la escuela. Cuando salí del servicio, me lo encontré apoyado contra la pared con los brazos cruzados y una sonrisa cruel.

—Algún día te devolveré todo el daño que me has causado —jadee sudada y sin fuerzas—. Pero no será poco a poco, Bohan, sino todo de golpe. Imagina años de tormento concentrados en un instante.

Siempre cumplo mi palabra.

Cuando el cronómetro pita, sé que es el momento. Ha pasado el tiempo suficiente para que la toxina afecte a su cerebro de forma irreversible, pero no tanto como para que se transforme en un despojado.

Le devuelvo su humanidad a Ozzy para que deje de atacarle. Se detiene, parpadea y mira desconcertado al chico que se retuerce debajo de él.

Se aparta de Arthur sin levantarse, arrastrándose hacia detrás sobre sus manos con una expresión de horror.

Después, sus ojos se alzan hacia mí fuera de órbita.

—¿Qué has hecho, Karen? —farfulla, sin aliento.

Con una sonrisa triunfal, me bajo del sofá y me aproximo al joven que se retuerce en el suelo.

—¿Arthur? —lo llamo, sin saber si he calculado el tiempo de forma correcta.

Arthur ignora mi llamada y comienza a balancearse mientras emite un quejido lamentoso.

Ha funcionado. Arthur ha entrado en un estado de trance inducido por la toxina de despojado. El ocaso entre la normalidad y el despojamiento, al que llamamos Trance Neural. Ya nunca será dámara, ni tampoco un despojado, sino un ser perdido entre las tinieblas de su propia locura inducida por el dolor abrasante de la toxina en su cerebro.

—¿Qué hemos hecho? —insiste Ozzy con los ojos llorosos, cargados de culpa y congoja.

—Tenía que hacerse —respondo con tono de resignación—. Él causaba sufrimiento a mucha gente.

Ozzy me mira con confusión, todavía intentando procesar lo que ha sucedido.

—Pero... esto no está bien. Yo no quiero...

—No te preocupes. No te haría vivir con algo así —le aseguro, dándole un beso en la frente—. No eres el verdadero Ozzy, solo un clon. Pronto desaparecerás, y Ozzy no sabrá nada de esto.

Ozzy traga saliva, aun más confuso con la idea de que no es él mismo, sino un clon. Debe ser una sensación extraña, pero que acabará pronto.

Le beso, notando su sangre en mis labios, y me levanto para salir de la habitación, cerrando la puerta detrás de mí.

Anteia Makris, la clonadora, está esperándome fuera, apoyada contra la pared que hay

frente al reservado. Se endereza al verme aparecer y me mira expectante.

—Ya está hecho —le informo—. Encárgate de las cámaras, por si hemos pasado alguna por alto.

—¿Y el sanador? —pregunta.

—Déjale ahí. Tú y yo no hemos estado aquí.

No es necesario preocuparse por restos de ADN de Ozzy, porque una vez su clon desaparezca, también lo hará su sangre y nadie podrá relacionarle con el trance neural de Arthur.

Anteia asiente y cierra el reservado con llave. Yo me pierdo entre las sombras de la discoteca, desapareciendo tan discretamente como llegué, una más entre la multitud.

Ozzy me está esperando en mi cuarto cuando llego a casa casi a las tres de la madrugada.

Está cubierto de sangre, al igual que Dobrev, la última vez que retiré mi poder de él para poder recompensar a Anteia Makris por sus servicios como clonadora y dejar que se reuniera con James García. Se ha sentado en mi cama, manchando las sábanas, tal como hizo su amigo de la infancia. Su falta de cortesía no es más que una forma de castigarme por lo que se imagina que he podido hacer esta noche.

Antes de que hable, puedo ver por su expresión y los hombros tensos que ha llegado al límite de su paciencia. Sé que tengo que darle algo.

—Buenas noches —intento sonar firme, pero me tiembla la voz. Estoy agotada y no he comido nada desde hace horas. Usar mi poder me ha dejado sin energía.

Me quito la gabardina de cuero mientras noto cómo Ozzy me observa con ojos penetrantes, deteniéndose en mi vestido rojo de encaje. Parece que va a hacer un comentario mordaz, pero al final solo sacude la cabeza y suspira. Por lo menos no llevo la peluca.

—No voy a preguntar en qué has ocupado tu noche —empieza, su tono enfadado—, pero te exijo que me expliques qué se supone que hice yo. Creo que mi petición es razonable.

Su tono gélido me confirma que he llegado demasiado lejos esta vez.

Me desabrocho el vestido, y cuando me lo quito, Ozzy aparta la mirada con una sonrisa sardónica. Sacude la cabeza como si ya no supiera qué hacer conmigo.

No voy a forzar mi suerte, quitándome el sujetador delante de él, aunque lo tenga clavado en la piel después de tantas horas. En estos momentos Ozzy lo vería como un ataque. Así que me pongo una camiseta de algodón ancha que me cubre hasta los muslos y uso ambas manos para sacar mi cabello que ha quedado atrapado bajo la tela.

—No has salido de la jaula durante el tiempo que has pasado como despojado esta noche —le informo y lo veo relajar los hombros—. Mi amiga, Angela, te transportó con total seguridad.

—¿Me estás diciendo la verdad?

Le miro un tanto ofendida.

—Sí, estuviste en una jaula todo el tiempo. No le hiciste daño a nadie —reitero, técnicamente no miento. El que atacó a Arthur Bohan fue un clon, no Ozzy—. Pero necesitaba mi poder por unas horas.

—¿Por qué? ¿En qué andas metida?

Su pregunta no me sorprende. Estoy lista para ceder y darle algo de información. Me acerco a él con calma, manteniendo una actitud abierta para que vea que estoy dispuesta a hablar.

—Ayudé a una exiliada a reencontrarse con su pareja, un guardia dámalo despojado hace años. Lo tiene oculto en su sótano, y yo les he dado la oportunidad de encontrarse por unas horas.

Ozzy abre la boca, sorprendido. Medita unos segundos antes de volver a hablar.

—¿Por qué lo hiciste? —me interroga, cruzándose de brazos. No va a dejarme salir de esta fácilmente—. ¿Por qué les has ayudado?

En lugar de decir toda la verdad, selecciono las partes de la verdad que me interesan y omito las que no. No es exactamente mentir.

—La clonadora me ayudó a sacar a mi padre de la cárcel por un tiempo. Mi padre me pagó por eso, y todos contentos —explico, y no se puede decir que esté mintiendo.

—¿Así es cómo te financias? —murmura, pensativo—. ¿De ahí sale el dinero para el R8 y el chófer?

Asiento y Ozzy suspira, sin apartar los ojos de mí. Se levanta de la cama, dejando las sábanas moteadas de sangre, y se acerca hasta que tengo que alzar la barbilla para mirarlo a los ojos.

—¿Tienes a un sanador, una transportadora y una clonadora trabajando para ti? —reflexiona en voz alta, y puedo ver algo en sus ojos que me intriga.

Asiento, bebiéndome su cercanía. Amo la bondad de sus ojos castaños, amo la forma en la que sus pómulos y su barbilla se complementan en un equilibrio perfecto, adornado por una nariz respingona y unos labios tan carnosos y bonitos que me dejan sin aliento.

Nos miramos en silencio. Él procesa la información mientras yo disfruto de su proximidad.

Le interrogo con los ojos, preguntándole sin palabras si sigue enfadado. Necesito saber en qué punto estamos. Me muero por tocarle.

—Te admiro, te temo, y no sé qué sentimiento va ganando —susurra, su aliento cálido se desliza sobre mis mejillas en una confesión íntima que parece aterrorizarle.

Es todo lo que necesito escuchar. Saber que una parte de él quiere rendirse es suficiente para que deje de contenerme. Llevo mis manos a su cabello. El tacto, aunque pegajoso por los restos de sangre, me recuerda a la noche de Halloween y me trae de vuelta el calor pulsante y erótico de tenerle entre mis piernas.

Tiro suavemente de él hacia mí y Ozzy no se resiste. Baja la cabeza y deja que sus labios se encuentren con los míos. Esos labios, carnosos y cautivadores, son incluso mejores de lo que había imaginado.

Palpo sus hombros delgados, incapaz de frenarme a mí misma, y su mano se enrosca en

mi camiseta, cerrándola en un puño. Levanta la tela y deja mi bajo vientre al descubierto. Su otra mano se detiene en la cintura de mi ropa interior. Me deshago por dentro solo con la anticipación de que el hombre que llevo años amando cruce esa línea conmigo. He imaginado sus manos sobre mí tantas veces, pero nada puede competir con la realidad de sus dedos acariciando las partes más íntimas de mi cuerpo, mientras nuestras almas se enredan.

DOS AÑOS MÁS TARDE

Me despierta una llamada de Angela. Silencio el teléfono antes de que moleste a Ozzy y salgo del dormitorio de puntillas. Fuera, el sol de mediodía baña el apartamento con luz cálida. Me acerco a los ventanales para disfrutar de las vistas mientras contesto.

—¿Diga?

Los edificios y calles del centro de Dámara se extienden bajo mis pies como un océano de asfalto y tráfico. A mi derecha, el parque central ofrece un remanso verde entre la ciudad bulliciosa.

—Tienes que venir al Liuron cuanto antes. —Su tono apremiante me espabila del todo. Hace meses que no voy al laboratorio ni tengo contacto con ningún natural aparte de Kim, y solo porque es el novio de Cas, no por negocios.

—¿Qué ocurre?

—Miara está lista.

Todo mi cuerpo se tensa. Llevo más de un año esperando este momento. Aunque la paciencia es una de mis virtudes, empezaba a dudar de que mi plan fuera a funcionar.

—Voy para allá.

Lanzo una mirada rápida hacia el dormitorio, donde Ozzy sigue durmiendo, y me dirijo a la lavandería. Con un poco de suerte, habrá algo limpio en la secadora. No quiero hacer ruido y que me pregunte adónde voy. Sé bien lo que diría: “La ambición es buena pasajera, pero mala conductora, Karen”. No sería la primera vez.

En nuestra relación de estos dos años, yo he sido el motor que nos impulsa hacia objetivos ambiciosos, mientras él es el freno que me recuerda disfrutar de lo que ya tenemos.

Sin embargo, hay algo que deseo desde que tengo memoria y me inculcaron que la debilidad duele. La naturaleza es cruel y para mantener su balance permite que el fuerte hiera al vulnerable. Quizá los humanos hayan ido superando esa ley con el paso de los siglos, pero los dámaros no, aun cuando gente como Tori se desvive por cambiar las cosas.

Mi vida es la prueba de ello. Nadie me protegió de Arthur hasta que fui más fuerte que él. Nadie me defendió de mi padre, hasta que fui más astuta.

Me pongo un vestido floral que no está muy arrugado y le dejo una nota a Ozzy en la cocina, diciendo que he quedado con mi madre para comer. Es una pequeña mentira para

mantener el proyecto Miara en secreto.

En el ascensor, cierro la gabardina sobre el vestido y me observo en el espejo. Soy la imagen del éxito. Tengo buen aspecto gracias a mi sanadora, mi ropa es de lujo, y he multiplicado el dinero de mi padre invirtiendo en bolsa, con la ayuda de las predicciones de Ozzy. Él me deja usar su poder para aprovechar el mercado a cambio de donar parte de las ganancias a la Asociación Ozrrat Halil, que ayuda a los videntes exiliados.

Tengo todo lo que quiero menos una cosa. Un poder que nunca se ha logrado reproducir en un laboratorio natural. Aunque tengo otra idea para conseguirlo y Miara es la clave.

Aparco mi Bentley junto a la heladería que disfraza la entrada al laboratorio Liuron. Al entrar, saludo a los empleados. Piensan que soy Alice Bennet, la dueña, una joven heredera glinean, que viene de vez en cuando para mirar los libros de cuentas. En realidad, tengo acceso al laboratorio a través de mi despacho.

Desciendo por las estrechas escaleras y entro en la nave del laboratorio, iluminada por fluorescentes. Las mesas están repletas de equipo científico: probetas, jeringuillas, microscopios y aparatos misteriosos.

Angela da vueltas en una silla giratoria hasta que me ve llegar y usa los pies para frenarse.

—¿Dónde están los científicos? —pregunto, extrañada de no ver a los brunemens que suelen trabajar aquí.

—Es domingo —me recuerda—. Hasta esos friquis se toman el día libre.

No estoy segura de si a alguien se le ha ocurrido contratar seguridad para proteger el laboratorio en las horas de cierre, pero cuando voy a comentárselo a Angela me interrumpe la voz de Miara.

—No queda papel higiénico —dice, deteniéndose cuando me ve. Solo habíamos coincidido en una ocasión, el día que la encontré y le propuse usar sangre dámara para potenciar sus habilidades como médium.

—Miara, ¿cómo estás? —saludo, examinando su aspecto. Me gusta el contraste entre su rostro aniñado con el aspecto de chica dura, el maquillaje pesado en los ojos, la chaqueta de cuero, una gargantilla negra y la expresión de que a sus dieciséis años ya nada en el mundo le impresiona. Lleva un peinado de estilo vikingo en su cabello lacio y negro trenzado a un lado.

—¿Qué hay? —me saluda con un movimiento de barbilla.

Me recuesto contra un frigorífico con puerta de cristal que contiene viales de sangre.

—Angela dice que estás lista. —Voy al grano como de costumbre—. ¿Le has encontrado?

—No puedo rastrear a los muertos sin una muestra de ADN —me recuerda, paciente.

Sabe que soy la persona que paga sus cuentas.

—¿Entonces de qué me sirves? —le echo un vistazo a Angela, preguntándome si está malgastando mi preciado tiempo.

—Conocí a alguien que sí puede —responde, y noto algo extraño en su tono.

Enarco una ceja.

—¿Quién es? ¿Por qué no has traído a esa persona contigo?

—En realidad, sí lo traje —admite, con una mueca—. Es un fantasma.

Suelto un suspiro exasperado. Esto tiene que ser una broma. No puedo creer que me hayan sacado de la cama para esto. Sin contar con el aburrido trayecto conduciendo desde Dámara. Definitivamente, no es como me gusta pasar un domingo.

—Puedo demostrarlo.

—¿No decías que los fantasmas no existen? —le recuerda Angela, nerviosa. Me echa un vistazo, probablemente preguntándose si le voy a echar la culpa de este circo—. Dijiste que todos los muertos están en un lugar llamado Efler.

—Todos los transferidos —la corrige Miara porque el termino “muerto” le parece despectivo. Después regresa su atención a mí—. Dije que no hay almas atrapadas en nuestro plano de la realidad, pero... algo cambió con la última inyección. Ahora puedo ver a alguien que ya falleció, pero que sigue aquí.

Miara echa un vistazo por encima de su hombro hacia un panel iluminado con radiografías y fórmulas escritas a rotulador.

—Vamos, Dominic, manifiéstate —le habla a la pared.

Angela y yo intercambiamos una mirada.

Antes de que pueda protestar, Miara da un bote, sus ojos se ensanchan y su cuerpo se sacude.

—¿Qué es este lugar? —pregunta, con un tono diferente, casi masculino.

Su cuello gira hacia nosotras de forma brusca, como si una cuerda invisible le hubiera obligado a hacerlo.

—Están esperando —protesta en su tono de voz normal—. Haz algo para demostrarles tu presencia.

Sus manos se alzan y se colocan sobre sus pechos, mientras su rostro se transforma en una mueca de enfado. Hace un amago de retirar las manos de sus tetas, pero parece luchar consigo misma.

—Dominic, voy a patearte el culo, lo juro —amenaza.

Angela y yo la miramos boquiabiertas. Es evidente que he perdido dos años de mi tiempo y mi dinero con esta chica, pero va a arrepentirse de haber jugado conmigo.

—Tienes un mes para devolverme todo el dinero que te he pagado —le advierto con frialdad, girándome para salir.

No pienso demostrarles lo decepcionada que estoy. Llevo dos años esperando pacientemente a que este proyecto salga adelante. Había puesto todas mis esperanzas en él y resulta que Miara ha estado riéndose de mí y aprovechándose de mi dinero. Pues bien, no sabe con quién se ha metido.

—No... yo te estoy diciendo la verdad —protesta a mi espalda—. ¡Sal de mi cuerpo idiota!

No me molesto en hacerle caso. Alcanzo las escaleras con Angela pegada a mis talones, pidiéndome disculpas por todo lo ocurrido.

Cuando estoy a punto de subir los escalones, algo me detiene. Una fuerza invisible me invade. Mi brazo derecho se levanta por sí solo y, sin poder evitarlo, me doy una bofetada a mí misma.

Estupefacta, miro la palma de mi mano, segura de que no he sido yo la que la ha movido.

—¿Qué despojados haces? —murmura Angela a mi lado.

Vuelvo a notar esa presión dentro de mí, esta vez concentrada en mi cara.

—He encontrado a tu rey —digo, aunque no he sido yo la que he decidido decir esas palabras.

—¿Quién eres? —le pregunto a esa presencia dentro de mí.

Angela me mira, perpleja, y no me extraña. Me está viendo tener una conversación conmigo misma.

Miara se acerca y fija la mirada en el espacio a mi lado.

—Esa a la que has abofeteado es mi jefa —increpa, antes de ofrecerme más explicaciones—. Es Dominic Monaghan. Murió hace tres años como inválido. Solo que al morir descubrió que no lo era en absoluto. Su poder es viajar entre planos de realidad, lo que quiere decir que puede venir a nuestro mundo, pero también puede ir a Efler.

—Comprueba esa identidad —le ordeno a Angela, sin apartar los ojos de la medium—. Sigue hablando.

Miara parece relajarse al ver que le estoy concediendo el beneficio de la duda.

—Lo último que me inyectaron ha debido provocarme algo. Dominic dice que, de pronto, me encendí como una alarma. Me encontró una hora más tarde de la transfusión. Le he hablado de Sebastian y él me explicó que dentro del Efler hay distintos planos. La gente que muere asesinada, y en concreto por una traición, ocupa un lugar llamado Sortensmol. Dentro de Sortensmol hay barrios dependiendo de la época del fallecimiento. Eso ayudó a Dominic a reducir el campo de búsqueda. Le ha llevado dos meses rastrear a Sebastian con toda la información que me enviasteis.

—¿Y dices que le ha encontrado?

Miara asiente y se me corta la respiración. Trato de serenarme, consciente de que aún no

tengo nada asegurado.

—¿Puede comunicarse con él?

La chica vuelve a asentir.

—Su poder le permite visitar distintos planos y comunicarse con cualquier transferido.

Bingo.

Sabía que tenía que haber una forma. Creí que habría una comunicación directa entre Miara y Sebastian, pero el hecho de que Dominic Monaghan pueda viajar entre los distintos planos del más allá es incluso mejor.

—Espero que no me estés mintiendo —le advierto antes de comenzar a descender las escaleras de nuevo, esta vez con esperanzas renovadas.

Diviso la línea de meta. La franja roja que debo cruzar para conseguir la última pieza de un rompecabezas con el que he ido reconstruyendo una vida de poder, sobre los escombros de una infancia atormentada.

Entro en el ascensor hacia el piso donde me ha citado Yadra, ubicado en la zona más exclusiva de Dámara. Veo mi reflejo en el espejo. La niña vulnerable que fui se superpone con la joven que soy hoy, y con la mujer en la que estoy a punto de convertirme.

Mis enemigos cayeron hace años, pero en unos minutos me aseguraré de que nadie más pueda hacerme daño. Ni siquiera el paso del tiempo.

Miara está a mi lado, mascando chicle. Dominic, aunque no lo veamos, también está aquí. Y David Summers, el transmisor de poderes, pulsa un botón y las puertas de metal se cierran. Siento una incomodidad en el estómago, mientras observo la tecla iluminada. Tal vez sea solo anticipación, sabiendo que estoy a punto de obtener lo que he deseado durante tanto tiempo.

El ascensor llega a su destino con un pitido suave. Las puertas se abren hacia un elegante rellano iluminado. Yadra posee ambos áticos de la planta, habiéndolos unificado en un único espacio amplio y opulento. Cualquier puerta nos llevará a su hogar.

Llamo al interfono moderno, donde una pequeña pantalla muestra nuestra imagen. Yadra sabe que vengo, aunque desconoce el verdadero motivo de mi visita. Nuestra última colaboración acabó con mi padre en la cárcel y con ella dominando el Parlamento. Por eso, no puede negarse a recibirme.

¿Qué puedo decir? Mi reputación me precede.

Nos abre la puerta una anciana elegante, de cabello canoso recogido en una cola de caballo que cae hasta su cintura. Lleva una falda de tubo y una blusa fluida que resaltan su figura esbelta. Si le sorprende verme acompañada, no lo muestra.

—Mi nombre es Jenna —dice con voz firme—. Sígueme

Nos conduce a través de un salón que mezcla diseño moderno con elementos clásicos. Lámparas de araña y sofás barrocos en tonos arena y dorado se combinan con toques vanguardistas. Es el reflejo perfecto de la vida de Yadra: una combinación de lo antiguo y lo nuevo, lo que fue y lo que ya no será más, porque ha llegado el momento de poner punto y final a su larga historia.

—Su majestad la recibirá en la terraza —anuncia Jenna, con pasos ágiles que no coinciden con su edad.

No sé cuánto tiempo llevará junto a la reina, pero Yadra suele acercarse a los dámaros

que le interesan cuando son muy jóvenes. Es probable que la haya visto crecer y envejecer, con la velocidad con la que se ve marchitar las flores de un jarrón. ¿A cuántos ha visto perecer durante los siglos? ¿A cuántos ha amado? ¿A cuántos ha llorado? Sin duda debe estar cansada.

Salimos a una terraza espectacular, donde el suelo laminado se complementa con un camino de guijarros rojos. Dos caballos de piedra parecen emerger de las paredes, galopando eternamente. David Summers, cautivado por el lujo, acaricia el hocico de uno de ellos con una expresión de deseo en el rostro. Sé cómo controlar a alguien como él, subyugado por su codicia, siempre buscando más opulencia. Es algo en lo que pienso mucho últimamente, en cómo nuestros deseos nos esclavizan si no sabemos poner límites. Si no distinguimos la ambición de la avaricia ni ponemos un tope a nuestros objetivos. Yo estoy a punto de alcanzar el mío y cuando lo haya hecho, voy a disfrutar de la paz de estar satisfecha con lo que tengo.

Yadra está sentada en un sofá color crema, con vistas al horizonte de la ciudad y al parque central. Está leyendo, aparentemente tranquila.

Miro a mi alrededor extrañada. ¿No van a interrogar a mis acompañantes para descubrir si suponen un peligro para la reina? Pero no parece haber nadie más allí aparte de Yadra y Jenna, la mujer que nos ha conducido hasta ella. Quizá sea bloqueadora. Es lo suficientemente mayor como para pertenecer a una generación de poderes anterior a la de mi padre. Aunque es difícil ocultar a un bloqueador, si lo logró con Ivah durante tantos años significa que no es imposible y que tiene experiencia en encontrarlos.

Mi estómago se revuelve de nuevo. La sensación incómoda se transforma en ansiedad. Algo no está bien.

Yadra levanta la vista de su lectura cuando nos acercamos. Por primera vez desde que la conozco hay una expresión distinta en su rostro. Los años deben ser como un yeso que va endureciendo las facciones de una persona hasta que se convierte en una máscara. Hoy hay algo diferente en su mirada. Sus ojos brillan, como si desafiara al destino a sorprenderla con algo nuevo.

—Bonito día —saludo, tratando de ocultar el torbellino de pensamientos que me asalta.

Ella lo sabe. Sabe que estoy aquí para matarla. Tal vez no conoce los detalles de mi plan, pero sí mis intenciones.

He debido de cometer algún error. Los engranajes de mi cerebro comienzan a girar, tratando de recalcular. Me inyecté sangre natural para que ningún vidente pudiera interferir en mi plan, pero Yadra debe tener videntes propios trabajando para ella. Alguno que haya podido advertirle que iba a morir, pero ninguno de ellos ha podido verme a mí, ya que mi poder adquirido no lo permite. Mi sola presencia en esta escena impide que sea visualizada por un vidente. Entonces... ¿qué despojados sabe?

—Lo es —responde Yadra, con una sonrisa tranquila—. Es un bonito día para morir.

Inhalo profundamente. Mis sospechas se corroboran, pero el hecho de que lo sepa no cambia nada. Yo misma pensaba explicárselo en unos instantes. Tal vez por eso no ha tomado ninguna medida de seguridad. Quizá ya ha decidido que hoy es su último día. O tal vez planea matarme antes de que pueda llevar a cabo mi plan.

—Me alegra que lo veas así —respondo con firmeza, aunque estoy temblando por dentro. No hay razón para negar nada a estas alturas.

Yadra entrelaza los dedos en su regazo y me mira con curiosidad, como si algo en mí le resultara intrigante. Estoy segura de que nadie le había hecho sentir así en mucho tiempo.

—La impaciencia no es algo que sobreviva a una vida tan larga como la mía, pero hoy me siento acometida por emociones que no experimentaba desde hace mucho tiempo. Necesito saberlo, Karen Armstrong —su mirada se afila—. ¿Cómo despojados piensas lograr que me suicide?

Me siento en el sillón frente a Yadra y miro el paisaje con una tranquilidad fingida.

—¿No estás cansada?

El silencio se alarga, y cuando vuelvo a mirarla, la encuentro observando el horizonte con una expresión pensativa.

—¿Alguna vez te has preguntado por qué envejecemos? —cuestiona de repente, llamando a su asistente con un gesto de la mano. Jenna acude sin demora y se sienta junto a ella —. ¿Por qué crees que la naturaleza creó un sistema donde nuestras células se replican una y otra vez, una copia de otra copia, hasta que la información se va degradando, convirtiéndose en una sombra de lo que fue?

Yadra acaricia la piel rugosa de su asistente con ternura y juntas forman la imagen extraña de una abuela y su nieta, pero con los roles invertidos.

—Un bebé con piel suave acaba convirtiéndose en una anciana de carne colgante, mente nublada y huesos frágiles. Lo he visto tantas veces que no puedo evitar preguntarme la razón.

Levanto una ceja, sin palabras, invitándola a continuar.

—Es la forma que tiene la naturaleza de hacernos aceptar la muerte. De entenderla como la culminación inevitable de algo que comienza el mismo día que nacemos. Y sin embargo, yo dejé de morir con nueve años. Mi cuerpo sigue tan joven y preparado para la vida como el de una niña. ¿Por qué habría de estar cansada? ¿Por qué iba a desear la muerte si los trucos de la naturaleza no me afectan?

Tardo unos segundos en responder. Es difícil manipular a alguien como Yadra, alguien que ha visto el mundo girar y girar y cambiar delante de sus narices durante siglos. Pero no voy a engañarla con mi astucia, ni tratar de venderle mis ideas. No, en lugar de eso voy a usar el instinto a mi favor. El ser humano es un animal de manada. Un ser social cuyo objetivo en la vida es perpetuar la especie y pasar nuestro código genético a nuestra descendencia y así evitar que la información de nuestros genes desaparezca. El amor romántico es una treta de la naturaleza para emparejarnos, asegurarse de que procreamos y que cuidamos de nuestras crías el tiempo suficiente como para que sobrevivan. Algunos estudios aseguran que la gente soltera vive vidas más cortas, lo que demuestra que el instinto de emparejamiento es primordial. Incluso alguien como Yadra debe ponderar el amor verdadero por encima de su eternidad. O al menos eso creo. Estoy a punto de descubrir si me equivoco.

—Porque estás sola —respondo, dejando que mis palabras se asienten.

Su sonrisa desaparece, pero no se inmuta. Solo baja un poco la guardia.

—Estoy acostumbrada, querida —dice, con tono trivial—. ¿Tienes algo más?

—Tengo algo más —respondo con firmeza, volviéndome hacia Miara—. Adelante.

Yadra alza una ceja, observando a Miara con curiosidad.

La médium toma aire, endereza los hombros y cierra los ojos

—¡Dóminic! Conéctame con él.

El cuerpo de Miara se sacude, y cuando abre los ojos, no es ella quien habla.

—Hola, perras —saluda, poseída—. Estoy aquí con mi colega Sebastian.

Observo a Yadra con atención. Durante un breve instante, se estremece al escuchar ese nombre. Es una reacción apenas perceptible, pero suficiente para que yo sepa que hemos tocado un nervio. Luego, vuelve a recuperar la compostura. Su mirada congelada de furia se concentra en mí.

—Antes de que decidas lanzarme por el balcón, deja que te demuestre que esto es real —pido con la mano alzada—. Dominic, pregúntale a Sebastian si quiere decir algo.

Yadra, a pesar de sí misma, clava sus ávidos ojos en Miara, incapaz de resistirse.

—Nah, dice que no quiere hablar con ella. La ha llamado algo como pandila... ¿cómo era amigo? ¡Eso! ¡zascandila! No sé lo que es, pero no suena bien.

Yadra se queda inmóvil por un momento. Esa palabra parece resonar en su memoria, dejándola atónita. Su expresión revela que hemos dado en el clavo, aunque no tarda en recuperarse, mostrando una mezcla de irritación y escepticismo.

—Dominic, necesitamos algo más personal —pido. Mi voz oculta la creciente tensión.

Miara se sacude otra vez y, para mi horror, sus ojos vuelven a la normalidad. Un sudor frío me recorre la frente al sospechar que Dominic ha desaparecido en el peor momento posible.

—¿Dom? ¿Dónde estás? —pregunta Miara, mirando a su alrededor.

Un instante después frunce el ceño y fija la mirada al frente en algo que solo ella puede ver. Alza el mentón como si tuviera a Dominic muy cerca y fuera varios palmos más alto.

—¿Qué...? —empieza a decir, pero se detiene, escuchando atentamente. Luego se gira hacia Yadra, con resolución—. Su Majestad dice que dejó la cruz que rompiste antes de su boda en el lugar donde os conocisteis.

Yadra palidece. Casi parece que no queda ni una gota de sangre en su cuerpo por el tono cetrino que adquiere su piel. Sé que hemos dado en el clavo, porque durante dieciocho años nunca había visto a la reina tan atónita.

Pasa medio minuto antes de que logre reaccionar. La veo tambalearse mientras extiende una mano hacia su asistente, que rápidamente la sostiene, como si la niña fuera una anciana a punto de caer. No puedo creer lo que estoy presenciando. Yadra, la mujer que ha vivido siglos sin mostrar debilidad, está a punto de derrumbarse.

La reina murmura algo al oído de su asistente. Me preparo para un ataque, pero en lugar

de lanzar su poder contra mí, levanta las manos al aire. De repente, un portal se abre frente a nosotras. Al otro lado se ve un jardín de setos perfectamente cuidados y árboles gigantes. El cielo de ese lugar está cubierto por nubes grises que descargan una lluvia suave. La luz del sol que inunda la terraza contrasta con las gotas de agua que mojan el suelo y se crea un pequeño arcoíris.

Yadra cruza a ese lugar y se arrodilla frente a un banco de piedra, bajo un árbol lleno de flores magenta. Los pétalos caídos forman una alfombra sobre el suelo. Por el estilo del jardín, el césped exuberante y el lago en el horizonte, me da la impresión de que se trata de Glinen.

Yadra se arrodilla en el barro, acariciando una cruz bolidiana de hierro forjado que adorna el respaldo del banco. Con el cabello ya mojado, acaricia la cruz, dejando que las yemas de sus dedos recorran la cicatriz que marca el lugar donde debió romperse, para fundirse de nuevo más tarde.

—Basti me pide que te comunique que es verdad lo que te dijo justo antes de morir —interviene Miara, con la voz alterada por la presencia de Dominic—. Dice que incluso a él le sorprende que esas palabras no fueran solo el impulso de un joven enamorado, y que esos sentimientos hayan perdurado a lo largo de todos estos siglos.

Miara se ve invadida por un escalofrío.

—No veas si es intenso el amigo... —se burla Dominic a través del cuerpo de la medium. Es fácil distinguir cuando habla uno o el otro.

Yadra baja la cabeza hasta que la barbilla da con el pecho y sus hombros se sacuden.

Se me corta el aliento al entender que la reina inmortal está llorando. Durante siglos, nadie la había visto derramar una lágrima, pero hoy es un día especial.

Esbozo una sonrisa triunfal, sabiendo que, por fin, ha llegado mi momento.

—Puedo llevarte hasta él —ofrezco, alzando la voz con firmeza.

Yadra levanta un poco la cabeza, pero no se gira. Sus dedos resbalan de la cruz y caen en su regazo mientras alza el rostro hacia el cielo.

—Cuando me dijeron que me traerías la muerte, jamás imaginé que sería de esta forma —responde tras un instante.

—¿Quién? —pregunto, antes de poder frenarme. Mi poder debería impedir que cualquier vidente prediga algo relacionado conmigo. Sin embargo, alguien le ha avisado de que yo vendría a ofrecerle su muerte. Si no fue una visión del futuro, ¿cómo lo sabían? No le he contado mi plan a nadie. Lo único que saben Miara, Dóminic, Angela y Kim es que llevo tiempo tratando de comunicarme con Bastian, y esa es la parte que la ha tomado por sorpresa. Lo único que sabía David Summers hasta que ha visto a Yadra hace unos minutos es que iba a traspasarme el poder de otro dámara. No tiene sentido—. ¿Quién te lo dijo?

Yadra se pone de pie y se da la vuelta. Está empapada, con el cabello y la ropa pegados a su cuerpo. Su mirada es una mezcla de emociones comprimidas en un solo instante, pero no parece enfadada. Más bien sorprendida y resignada a la vez.

No responde. Las inseguridades comienzan a asaltarme. Hay algo que se me escapa, y no me gusta dejar cabos sueltos. Tampoco confiar en el azar.

—¿Cómo podrías llevarme hasta él? —pregunta, su voz llena de rendición. A pesar del contratiempo de que alguien la haya advertido, parece que voy a salirme con la mía.

—Miara es médium, y Dominic tiene el poder de viajar entre dimensiones. Sé dónde está Bastian, y él puede llevarte hasta él. Podréis estar juntos para siempre, pero antes tienes que...

—Morir —me interrumpe Yadra.

Asiento, dándole tiempo para digerir la información.

—Y a cambio, yo te cedo mi poder —continúa ella, deduciendo el resto del plan.

Me encojo de hombros y asiento.

—No parece un mal trato.

—¿Por qué te necesito? —sopesa con calma—. Puedo suicidarme por mí misma. Podría pedirle a tu hermano que me bloquee y quitarme la vida. O puedo entrar en una celda dámara y hacerlo ahí.

Me humedezco los labios antes de responder. He ensayado esta conversación cientos de veces en mi mente.

—No sabes dónde está Bastian. El más allá no es tan simple como crees. ¿Sabes cuántas

almas hay allí? —comienzo, eligiendo cuidadosamente mis palabras para no darle más información de la necesaria—. Además, si te suicidas, irás a un lugar diferente, y nunca podrás encontrarlo. Dependiendo de cómo y cuándo mueras, las almas terminan en distintos planos de Efler. Bastian está en un lugar reservado para aquellos que murieron por traición en su época.

Hago una pausa, dándole tiempo a asimilar toda esa información.

—No podrías llegar a él sin Dominic.

Yadra asiente y me doy cuenta de que está impresionada con todo lo que acabo de contarle. Por su edad, hace tiempo que nada le sorprendía, pero Efler resulta tan nuevo para ella como para mí.

—Hay algo más —prosigo—. Si me das tu poder, empezarás a envejecer. Podrías esperar a tener la edad de él antes de suicidarte. Dominic te llevará con Bastian cuando lo decidas.

Yadra mira de reojo a Summers, deduciendo que él es el transmisor de poderes. Después, niega con la cabeza.

—Sé que es hoy cuando muero, eso lo tengo claro.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo lo sabes? —insisto, irritada. Algo se me está escapando.

Yadra suelta una risa suave.

—Es curioso —dice, sujetando un mechón de su cabello mojado y mirando su ropa—. Me dijo que estaría empapada al morir. Al ver el sol esta mañana, pensé que quizá no sucedería.

—¿Quién te dijo eso? —presiono. El rostro de Kyle Dobrev cruza mi mente, pero no tiene sentido. Mi poder debería impedir que cualquier vidente tenga una predicción donde esté yo.

Yadra me mira fijamente y respira hondo.

—Vamos allá —declara con determinación—. No tiene sentido alargarlo más.

Trago saliva, aún insegura. No esperaba que fuera tan fácil convencerla. Pensé que la parte de reunirse con Bastian la tentaría, pero cederme su poder... Eso creí que sería más difícil.

—Entonces, ¿tenemos un trato? —Para mi fastidio me tiembla la voz.

—Pensé que había quedado claro al decir “vamos a allá” —replica con una sonrisa burlona.

—De acuerdo —acepto, avanzando un paso. Una parte de mí se siente eufórica, mientras otra no puede deshacerse de un mal presentimiento. Ha sido demasiado fácil... Bueno, en realidad no. Llevo años trabajando en esto. Son solo nervios, me convenzo a mí misma.

Suspiro y me sacudo las preocupaciones de encima.

—Primero, David me traspasará tu poder. Luego, cuando estés lista, Miara y Dominic se encargarán de llevarte con Bastian.

Yadra asiente y extiende la mano hacia David Summers. El blanco de sus ojos está

enrojecido y sus pestañas se pegan entre sí. Me mira, esperando que dé la señal. Asiento, y Summers se acerca, toma la mano de la reina y luego me ofrece la otra.

Trago saliva, sintiendo un hormigueo al acercarme al extraordinario poder de Yadra. Estoy tan cerca. No es la inmortalidad lo que ansío, sino la invulnerabilidad. La fascinante idea de que nadie vuelva a herirme me da una paz que no había sentido en años.

Mi mano tiembla al tomar la de Summers. Mi mente da vueltas temiendo que algo salga mal, pero David solo puede transmitir el poder, no almacenarlo. Yadra parece dispuesta a seguir adelante. Su mirada decidida y sus dedos sostienen la mano derecha del transmisor en un agarre férreo.

El tiempo se detiene. Al principio, no siento nada. Pero de repente, una descarga eléctrica recorre mi cuerpo, erizándome la piel. Suelto un grito y aparto la mano de Summers.

Antes de que pueda preguntar qué despojados ha sido eso, mi mirada se posa en Yadra. La reina está creciendo ante nuestros ojos. Su cuerpo se ensancha y su rostro adquiere los rasgos de una adolescente.

En cuestión de segundos, pasa de parecer una niña de nueve años a una joven de catorce. Mira su cuerpo cambiante y luego nos observa, sus ojos llenos de satisfacción. Nunca la había visto tan feliz.

Con una sonrisa triunfal, corre hacia la barandilla de la terraza y, sin dudarlo, trepa y se lanza al vacío.

Miara da un respingo al ver a Yadra lanzarse al vacío y yo corro hasta la barandilla para asomarme y comprobar que es cierto.

Al mirar hacia abajo, exhalo lentamente. El cuerpo de Yadra yace contra el suelo, y una mancha de sangre se extiende sobre el asfalto a su alrededor. La reina permanece inmóvil, con la cabeza ladeada, mientras varios transeúntes horrorizados comienzan a acercarse.

El poder de Yadra podría haberla hecho sobrevivir incluso a una caída así. Su cuerpo se regeneraría en cuestión de minutos, volviendo al estado de cuando tenía nueve años. Pero yo misma la vi envejecer. Algo que ni siquiera un bloqueador había logrado antes. Eso solo puede significar que su poder ya no está en su cuerpo.

Tiene que estar en mí.

Saco la navaja que llevo en el bolsillo y me hago un corte en el antebrazo. Contengo la respiración mientras espero los segundos que me demuestran la verdad. La herida comienza a regenerarse rápidamente, cerrándose por completo. Me froto la piel impoluta con el pulgar.

Una carcajada, casi histérica, brota de mi garganta, y me clavo la navaja en la pierna. El dolor me hace gruñir y reír al mismo tiempo. Extraigo la hoja y, al igual que en el intento anterior, la sangre brota unos segundos antes de que todo se cure, llevándose el dolor con ella.

—¡Sí! —grito, eufórica—. ¡Soy intocable!

Me asomo otra vez por la barandilla. El cuerpo de Yadra sigue allí, rodeado de gente, mientras el sonido de las sirenas se acerca desde algún punto de la ciudad.

—Dominic dice que Yadra ha llegado a un lugar llamado Buntur —escucho decir a Miara a mi espalda—. Es donde van los suicidas ahora.

Me giro para mirarla, aún con una sonrisa en los labios.

—¿Quieres que la lleve con Bastian? —pregunta Miara.

—Sí —respondo. Me dejo caer en el sofá de Yadra, extendiendo los brazos sobre el respaldo y mirando el cielo azul. La adrenalina y la euforia recorren mis venas, y no puedo dejar de sonreír. Mi cuerpo tiembla, lleno de energía.

Miara sigue hablando con Dominic mientras David Summers se sienta a mi lado, pero manteniendo cierta distancia.

—Vas a ser muy rico, Summers —le digo sin mirarlo.

—Lo sé —responde él.

Pasamos unos minutos en silencio, disfrutando del momento, hasta que Miara se acerca a mí.

—Yadra y Bastian están juntos —me informa.

Levanto el pulgar y salto del sofá, deseando contarle todo a Ozzy. Sé que no podrá reprenderme por lo que he hecho. Y cuando sepa que tengo el poder de la reina, va a alucinar. Todos lo harán.

Nunca he sido vanidosa, pero pasar de ser una inválida maltratada a una inmortal en solo dieciocho años es algo que inflaría el ego de cualquiera.

—Vamos —digo, caminando hacia el interior del apartamento. Sin embargo, me detengo de golpe al sentir unos ojos familiares clavados en mí.

Pasan unos segundos antes de que mi mente procese lo que estoy viendo: Ozzy en calzoncillos y despeinado, aún en nuestro salón. Me mira boquiabierto a través de un portal que conecta nuestra casa con la terraza de la reina difunta. Tiene las manos alzadas en gesto de rendición, y no es hasta entonces que reparo en la anciana, Jenna, quien lo apunta con una pistola.

—Avanza —le ordena Jenna, moviendo el cañón hacia la terraza.

Le hago una seña a Ozzy para que no se mueva. Me giro hacia la mujer con la intención de desarmarla. Es mayor y no debería ser difícil, pero antes de que pueda reaccionar, siento un brazo rodeándome el cuello.

David Summers me retiene lo justo para que Jenna se aleje y acerque la pistola a la sien de Ozzy.

—Vamos —repite la anciana, obligándolo a caminar hasta la terraza.

Ella cierra el portal, cortando cualquier posibilidad de huir.

Ozzy me observa, con una mezcla de incredulidad y sorpresa, sin decir una palabra. De un tirón, me deshago del agarre de Summers. No es un matón precisamente, sino alguien que te encontrarías con una copa de vino y un jersey de cashmere, leyendo en un sillón cómodo junto a una chimenea.

—¿Qué despojados creéis que estáis haciendo? —espeto, enfadada. El hueso duro de roer era Yadra, y ahora que he conseguido devorarla, ¿me va a detener un par de donnadies? Ni hablar.

Lo extraño es que Summers y Jenna actúen de forma coordinada si no se conocían de antes...

De pronto, todo encaja y entiendo a qué venía el mal presentimiento que empezó en el ascensor.

—Sabías qué botón pulsar —acuso, mirando a Summers—. Sabías la planta porque ya habías estado aquí.

“Vas a ser muy rico, Summers.”

“Lo sé.”

Mierda. El muy desgraciado me ha traicionado.

—Yadra te encontró e hiciste un trato con ella —deduzco, sorprendida de que se haya anticipado a mis movimientos.

“Cuando me avisaron de que me traerías la muerte nunca imaginé que sería así.”

Summers no responde, pero no hace falta. Ha debido dejarle parte de su fortuna en herencia. Una fortuna con la que no puedo competir.

—¿Cuál es el plan? —pregunto, dirigiendo mi mirada de Summers a Jenna. Yadra parecía encariñada con la mujer. Quizá planeaba dejarle su poder a la anciana en lugar de permitir que yo me lo quedara.

No pienso dejar que me arrebaten lo que es mío. Los tratos hay que cumplirlos y una reina muerta no va a traicionarme desde la tumba.

Doy un paso hacia Jenna, plantándome delante para proteger a Ozzy.

—No dejaré que te quedes con algo por lo que he trabajado tanto —gruño.

Ozzy intenta apartarme del cañón, pero no me muevo.

—No puede hacerme daño —le susurro, sin apartar la vista de Jenna—. Quédate detrás de mí.

La anciana baja el arma y abre otro portal a mi izquierda. Lo que veo al otro lado termina de montar el rompecabezas de mi traición: Kyle Dobrev está de pie, en su baño, desnudo y somnoliento.

—¿Qué cojones...? —farfulla, confundido al vernos a través del portal. Pero no tiene tiempo de reaccionar.

Summers me toma de la muñeca y me arrastra al otro lado del portal. Rápidamente, deposita su otra mano en el hombro de Dobrev. Al instante, siento una descarga eléctrica atravesando mi cuerpo. El poder de Yadra me abandona, utilizando a Summers como conductor para llegar hasta Dobrev.

—¡No! —grito, al ver que Dobrev tiembla invadido por la corriente.

El vidente se mira las manos, confuso, antes de alzar la vista hacia mí, sus ojos agrandados de sorpresa.

—¿Yo? —exhala incrédulo—. ¿En serio, Yadra?

—¡No! —repito, indignada, y me abalanzo sobre Summers, golpeándolo—. ¡Devuélveme mi poder!

—Lo siento, querida. La reina paga mejor —se encoge de hombros el muy traidor. Después se vuelve hacia Jenna—. Ya he hecho mi parte. Quiero mi herencia.

—Claro —replica la mujer y levanta la pistola hacia él—. Aquí la tienes —dice y le dispara. La bala atraviesa su cráneo, y David Summers cae al suelo, muerto.

—¡No! —chillo, horrorizada, mirando cómo su sangre y sus sesos se esparcen por el

suelo del baño—. ¡Avaro idiota! Yo hubiera cumplido con mi parte del trato.

Me vuelvo hacia Jenna, furiosa, y la golpeo, aprovechando la distracción para arrebatárle el arma.

—Esa hija de puta me la ha jugado —mascullo, apuntándola.

Jenna retrocede, abre un portal y desaparece, dejándome sola con Dobrev en el baño de la casa de Drake.

—Interesante giro de los acontecimientos —comenta él, despreocupado.

Le fulmino con la mirada mientras él termina de mear y se sacude el pene varias veces sobre la taza del váter.

—¡Tú! —grito, demasiado furiosa para darle intimidad—. ¡Tú me has robado mi poder!

—Es una forma de verlo —dice, encogiéndose de hombros—. En mi opinión te he hecho un favor.

—¿Un favor? —Suelto una carcajada amarga—. Planeaste todo esto con Yadra para robarme el poder por el que llevo años trabajando.

—Ahí es donde te equivocas —me contradice—. No tenía ni idea de que Yadra iba a encasquetarme su eternidad.

Suelto un bufido de incredulidad. ¿De verdad cree que voy a tragarme esa mentira?

Dobrev se da media vuelta, caminando hacia el rellano y lo sigo, furiosa.

—No lo entiendo —protesto—. ¿Cómo sabías lo que planeaba hacer? Se supone que no puedes ver nada sobre mí.

Dobrev gira sobre sus talones para enfrentarse a mí de nuevo con las manos en las caderas. El sol que entra por la ventana hace relucir su piel blanca y permite ver su desnudez al detalle, pero estoy demasiado enfurecida como para atender a esas nimiedades.

—¡Ajá, lo sabía! Sabía que habías hecho algo para que nuestro poder no funcionara en ti —exclama y después se muestra pensativo—. Yadra escogió lanzarse por la azotea, por lo que supongo que su muerte ha ocurrido lo suficientemente lejos de ti como para que yo haya podido verla.

—Pero si no me viste en la escena, ¿cómo despojados supiste que estaba involucrada? —le espeto, frustrada.

Kyle sonríe con suficiencia.

—Fácil. No sabía que era ciego a tu futuro —admite—. Un día dejé de ver tu muerte, y cuando empecé a ver la de Yadra, deduje que planeabas conseguir que te transfirieran su poder. Se lo conté a la reina, y ella movilizó a todos sus contactos para encontrar a un transmisor de poderes. Cuando localizó a Summers, le ofreció una buena parte de su fortuna a cambio de traicionarte.

Mis hombros se hunden, la verdad cayendo sobre mí como una roca. Yadra ha tenido

tiempo más que suficiente para planear su jugada y arruinar mis planes. Encima, ha aprovechado todo mi trabajo. Gracias a mí, a los años que invertí buscando a los naturales, investigando a Miara y localizando a Bastian, ahora está felizmente reunida con el amor de su vida. ¿Y ni siquiera fue capaz de dejarme su poder como una maldita compensación?

—Esto es culpa tuya, ¿sabes? —le acuso, entornando los ojos y apuntándole con la pistola—. Si no le hubieras dicho a Yadra que yo estaba inmiscuida en su muerte, no habría tenido tiempo de maquinar todo esto. No hubiera tenido meses para cogerme manía. Seguro que me hubiera cedido su poder como agradecimiento por llevarla con Bastian.

Kyle ríe por lo bajo, con una mano en la cadera.

—Te equivocas otra vez. Si Yadra hubiera querido cambiar su plan en el último momento, lo habría hecho. Pero ella nunca te dejaría su poder.

—Eso no es cierto —replico, irritada—. Ella era enemiga de los Armstrong, pero yo he sido su aliada durante mucho tiempo.

Dobrev niega con la cabeza, mirándome con una paciencia irritante.

—No es porque te viera como su enemiga, Karen. Hay algo en el poder de Yadra que no entiendes. Es una maldición. Nekrosenens. Ella sabía que la eternidad estaba devorando su humanidad, haciéndola capaz de atrocidades como el ataque a Bólid. ¿Te imaginas lo que ese poder haría en alguien como tú? Con tu ambición y tu mente. Podría destruir el mundo.

—¿Estás insinuando que tú eres más digno porque tienes la cabeza hueca? —le espeto con sarcasmo.

Kyle sonríe, burlón.

—No, pero ella debió creer que yo era más adecuado porque no soy una zorra ambiciosa —responde con calma—. Me da escalofríos imaginar en lo que te habrías convertido con el tiempo. Te hemos hecho un favor, Karen.

Una risa amarga se escapa de mis labios mientras le apunto con la pistola.

—Yo también quiero hacerte un favor, Dobrev. Veamos si tu nuevo poder funciona bien —digo de corrido y aprieto el gatillo.

No puedo matarle, pero voy a vengarme con un buen balazo doloroso. O, al menos, le dolerá hasta que se regenere con el maldito poder que debería haber sido mío.

Pero lo que ocurre a continuación me deja boquiabierta. La bala no alcanza a Dobrev; en lugar de eso, se detiene en el aire, como si hubiera chocado contra una barrera invisible. Por un instante, pienso que Evans está usando su telequinesis para frenarla, pero no es así.

Drake López aparece de la nada, interponiéndose entre la bala y su novio. Tiene los ojos abiertos de par en par, la boca contraída en una mueca, y la mano presionando su pecho, de donde brota la sangre a borbotones, empapando su camiseta. En un segundo, Drake cae de rodillas, tambaleándose, hasta desplomarse en el suelo.

—¡Mi amor! —grita Dobrev, desesperado—. ¿Qué has hecho?

Drake tose, ahogado en su propio dolor.

—Iba a matarte... —susurra, con la voz quebrada.

Kyle se arrodilla a su lado, presionando sus manos contra la herida, inútilmente tratando de detener la hemorragia.

—No, no... Ella no podía hacerme daño. ¿Por qué te has interpuesto? —La voz de Dobrev se rompe en un sollozo desesperado.

Me quedo paralizada, viendo cómo la vida de Drake se escapa por momentos. Saco uno de mis teléfonos del bolsillo con manos temblorosas, pero se me resbala y cae en el charco de sangre que se ha formado a su alrededor.

Es demasiada sangre. Y eso no es buena señal. Trato de ignorar la verdad mientras marco el número de emergencias.

—Por favor, envíen una ambulancia —digo con voz apagada—. Tenemos un herido por disparo... —mis palabras resuenan vacías, a guion de una serie de televisión. Le doy la dirección mientras asisto horrorizada cómo Drake se ha puesto muy pálido y ha dejado de moverse.

Kyle está inclinado sobre él, tocando su mejilla, rogándole desesperadamente.

—¡Drake, no te atrevas a hacerme esto! —grita, sus palabras desgarradas—. Mi amor, respóndeme.

Pero ya es demasiado tarde.

Siento un nudo en el estómago al ver a Kyle rogarle a Drake que responda. No necesito esperar a los paramédicos para saberlo.

Drake López ha muerto. Y ha sido por mi culpa.

Epílogo

TRES MESES MÁS TARDE

El suelo está cubierto por un manto de hojas secas que han comenzado a deshacerse en añicos, anunciando que el invierno está de camino. Aquí, en este mismo bosque detrás de la mansión de los Armstrong, fue donde todo comenzó. Donde descubrí que no era una inválida, que mi padre realmente no me quería y, sobre todo, que estaba harta de ser una víctima.

He hecho cosas que seguramente me manden a un infierno muy lejos del lugar al que irán mis seres queridos. Tal vez, mi casa en el más allá se encuentre justo entre la de mi padre y la de Arthur. Mi castigo por no conformarme y pedirle más a este mundo.

Se me ocurre, entonces, hacer un trato con Dominic para que me lleve junto a Ozzy cuando muramos. Me río de mis propias ocurrencias. Simplemente no puedo evitarlo. No consigo dejar de maquinare. Aunque ahora que sé cómo funciona Efler le tengo mucho más respeto a las consecuencias.

Hace un año, le pagué una cuantiosa indemnización a los familiares de los inválidos que fueron despojados en la cima del Kimjel para compensarles por su pérdida. Pero no me arrepiento de mi plan y puede que eso sea lo peor. Saber que mi mente funciona de esa forma. Que es una máquina lógica que calcula pérdidas y ganancias. Si hubiera delatado a mi padre, él lo habría negado todo, me habría matado y después habría hecho algo peor. Si no hubiera mantenido a Ozzy despojado durante tres años, Kyle y Drake le habrían roto el corazón dos veces.

Pero con la muerte de Drake es distinto. No lo planeé, no tiene ninguna ventaja. Es un error estúpido, un accidente que solo ha traído dolor. Y esa es la puta razón por la que no puedo aceptarlo.

"Nos hemos arrebatado lo que más queríamos, y ni siquiera fue intencionado", me dijo Dobrev hace unas semanas.

Yo nunca seré invulnerable. Él nunca volverá a ver a Drake. Kyle Dobrev es inmortal ahora, y la única forma de morir que tiene es esperar a que nazca otro transmisor para que le quite su poder, lo que equivale a un suicidio. Drake murió asesinado. Y según lo que aprendí de Miara y Dominic, sus almas no irán al mismo lugar. Tendría que contactar con alguien como Dominic para reunirse. Se lo expliqué todo a Kyle. Le di la fórmula con la que creamos a Miara, pero eso no alivia mi conciencia. Pueden pasar siglos antes de que eso ocurra.

—¿Ya has vuelto?

Me doy la vuelta y me encuentro con Ozzy. Si tuviera que esperar siglos para volver a verlo, estaría furiosa. Asiento con los brazos cruzados, mirando de nuevo hacia el horizonte, donde el bosque se desvanece.

—¿Malas noticias? —pregunta, acercándose.

Asiento otra vez, sin palabras. Mi primera idea fue pedirle a Park que retrocediera en el tiempo, hasta el día en que Yadra y Drake murieron, y cambiarlo todo. Pero Park dice que su poder tiene reglas y una de ellas es que no puede alterar nada que haya causado una muerte.

Ozzy da dos pasos más y me abraza por detrás. Cuando me veo envuelta en su calor reconfortante, me doy cuenta de que tenía frío.

—Una sola vida es suficiente si la vives bien —me consuela. No puedo creer que tenga en cuenta mis sentimientos respecto a lo que he perdido cuando él y su mejor amigo han perdido mucho más.

Río por la nariz y sacudo la cabeza.

—Eres increíble, Ozrrat Halil.

Me hace girar para que estemos de frente.

—¿Por qué lo dices?

—No es una crítica —respondo—. En realidad, te admiro.

Eso le sorprende.

—¿Nunca te lo había dicho?

Niega con la cabeza.

—Yo te dije una vez que te admiraba y te temía a partes iguales —me recuerda—. Eres la chica que maquina para meter a gente en la cárcel, que tiene Dámaros trabajando para ella, que se forró con quince años, que fabrica naturales, que le quitó su poder a la reina e incluso encontraste una forma de influenciar lo que ocurre en el más allá —recita mi currículum y se ríe incrédulo.

Sé que ha evitado mencionar lo que más pesa entre nosotros: que lo mantuve congelado durante años para tenerlo conmigo. Me pregunto si ya me habrá perdonado por completo.

—Y sé que has hecho cosas de las que ni siquiera estoy enterado —agrega, y aunque no lo diga, sé que se refiere a Arthur Bohan, quien está internado en una institución para dámaros en trance neural.

—Pero no has mencionado mi mayor logro —le digo, viendo curiosidad reflejada en sus ojos.

—¿Y cuál es?

Sonrío con satisfacción antes de responder.

—Tú —declaro, rodeándole el cuello con mis brazos—. Soy la villana que consiguió que

el héroe la amara.

Glosário

UNIVERSO DÁMARO

Personajes:

Armstrong, Cecily

Estatus: Élite

Puede congelar el tiempo.

Hersir del muro de Bólid. Miembro del Parlamento. Madre de Karen y Evans.

Armstrong, Karen

Estatus: Inválida (al principio), luego Élite (con su poder de traer de vuelta a un despojado).

Hija menor de la poderosa familia Armstrong, inicialmente repudiada por ser inválida, pero luego demuestra ser mucho más peligrosa de lo que nadie esperaba.

Armstrong, Parker

Estatus: Élite.

Puede bloquear los poderes de otros dámaros.

Padre de Karen. Miembro del Parlamento. Despiadado y controlador, repudia a su hija por no mostrar habilidades, lo que alimenta su odio hacia él.

Baker, Tori

Estatus: Válida (al principio. Su poder se considera inválido por su inutilidad), luego Élite.

Gay Maker: Su piel transforma en homosexual a cualquier heterosexual que la toque. Su piel también hace que los despojados solo quieran atacarse entre ellos mismos.

Novia de Evans. Miembro del Parlamento.

Bohan, Arthur

Estatus: Sanador.

Capaz de influenciar el estado físico y la salud, pero su naturaleza sádica le lleva a usar su poder para herir y manipular.

Antagonista cruel, con una relación compleja con Karen. Utiliza su poder para controlar y dominar a otros.

Brisbie, Angela

Estatus: Válida.

Capaz de teletransportar objetos de poco volumen. Lo máximo que consigue es una persona no muy pesada.

Trabaja para Karen.

Dobrev, Kyle (Electric Blue)

Estatus: Vidente.

Puede ver la muerte y el mayor orgasmo de otros antes de que ocurra.

Amigo de Ozzy y amante de Drake. Tiene una relación complicada con Karen, y su habilidad para ver el futuro es clave en la historia.

Fox, Timothy

Estatus: Élite.

Puede encerrarse a sí mismo y a otros en una caja ubicada en otra dimensión.

Trabaja para Parker. Miembro del Parlamento.

Garcia, James

Estatus: Era élite, ahora es un despojado.

Teletransportador. Trabajaba en la guardia dámara.

Murió despojado en un incidente en una fábrica. Novio de Anteia Makris.

Halil, Ozrrat (Ozzy)

Estatus: Vidente y despojado durante una parte importante de la historia.

Amigo y amante de Karen, tiene un rol central en su transformación y es una figura emocionalmente importante para ella.

Jenna

Estatus: Élite

Abre portales que permiten viajar de un lugar a otro

Aliada de Yadra.

Kim

Estatus: Natural.

Puede borrar la memoria de la gente con un mordisco de sus colmillos.

Brunemen que nació humano, pero se le fabricó un poder en un laboratorio. Novio de Cas.

Trabaja con Karen en ocasiones.

López, Cas

Estatus: Válida

Puede grabar lo que ven sus ojos y escuchan sus orejas y reproducirlo más tarde.

Hermana de Drake, mejor amiga de Tori y novia de Kim.

López, Drake

Estatus: Élite

Puede invisibilizar a otras personas, objetos y a sí mismo

Amante de Kyle y Ozzy. Hermano de Cas. Amigo de Evans.

Makris, Anteia

Estatus: Oficialmente humana. En realidad, élite. Dámara no registrada.

Clonadora. Puede crear copias exactas de personas, lo que juega un papel crucial en las manipulaciones de Karen.

Novia de James García.

Miara

Estatus: Válida.
Medium. Puede comunicarse con los fallecidos.
Trabaja para Karen.

Monaghan, Dominic

Estatus: Murió como inválido. En realidad, válido.
Puede viajar entre dimensiones, incluyendo el más allá.
Trabaja para Karen.

Park

Estatus: Natural
Puede viajar en el tiempo.
Brunemen que nació humano, pero obtuvo un poder en un laboratorio. Trabaja con Karen en ocasiones.

Sebastian (El rey)

Estatus: Rey de Bólid (Humano).
No tiene ningún poder al ser humano.
Pareja de Yadra.

Summers, David

Estatus: Oficialmente inválido. En realidad, élite. Dámaro no registrado.
Transmisor de poderes. Puede transferir poderes de un dámaro a otro.

Yadra (La reina)

Estatus: Reina de Dámara (Élite).
Inmortal. No envejece y se mantiene siempre en el estado que tenía a los nueve años.
La reina inmortal. Su poder es el más codiciado. Miembro del Parlamento.

Términos importantes:

Dámaro

Individuo nacido en la sociedad dámaro que tiene superpoderes. los dámaros se dividen en diferentes estatus según la naturaleza y fuerza de sus habilidades.

Élite

Dámaros con poderes excepcionales, considerados la clase dominante en dámaro. Tienen acceso a recursos, influencia política y social, y ocupan los más altos rangos de poder.

Inválido

Individuo que no ha manifestado ningún poder en un mundo donde tener habilidades sobrenaturales es la norma. Los inválidos son marginados y desvalorizados en la sociedad dámaro.

Válido

Dámaros que han manifestado algún poder. No son tan poderosos como los elites, pero poseen

habilidades útiles y aceptadas en la sociedad.

Despojado

Un dámaro que ha sido contagiado por una toxina que les convierte en monstruos inmortales y agresivos.

Naturales

Humanos brunemens manipulados genéticamente a través de experimentos que resultan en habilidades sobrenaturales. Son considerados una creación peligrosa.

Efler

El plano de la existencia donde van las almas después de la muerte. Dentro de Efler, hay diferentes secciones que dependen del tipo de muerte que hayan tenido y la época.

Buntur

Un lugar dentro de Efler donde van las almas de los que murieron por suicidio.

Sortensmol

Una sección de Efler destinada a las almas que murieron traicionadas. Aquí es donde reside Bastian, el antiguo amante de Yadra.

Sanador

Tipo de dámaro con la capacidad de modificar el estado de salud y el cuerpo de otros. Este poder puede ser usado para curar, pero también de forma maliciosa.

Vidente

Tipo de dámaro con previsiones sobre el futuro. Suelen ocultar su poder y exiliarse.

Gracias por leer.
Si te ha gustado esta historia, se
agradecen las puntuaciones y reseñas.

Sígueme en **Amazon** para no perderte nada.
Instagram **@Beca_aberdeen**
TikTok: **@becaaberdeenautora**

Otras historias de la autora

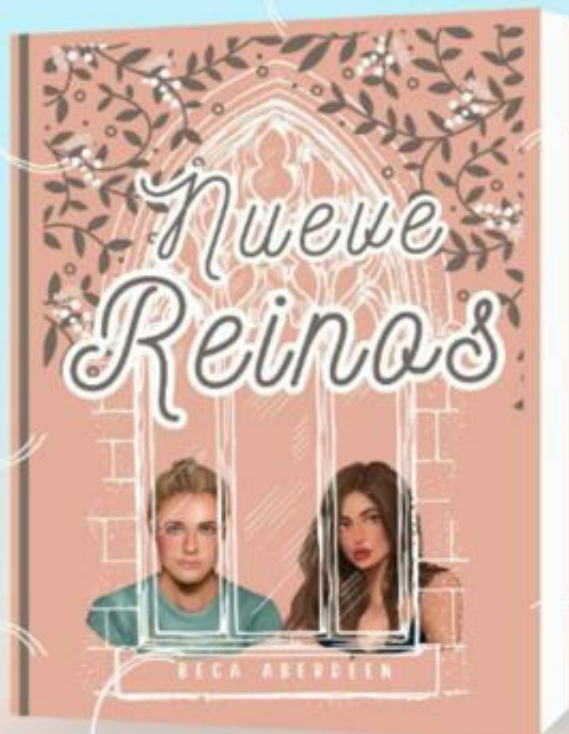


ROMANTASY

ENEMIES TO LOVERS

SALEN LOS DIOSES
DE AVENGERS

ROMANCE
PROHIBIDÍSIMO



DARK ACADEMIA

FANTASÍA ÉPICA
CON MUCHO MAMARRACHEO

HUMOR IRREVERENTE

EL RECREA SUS
ESCENAS DE ROMANCE
FAVORITAS

MEJOR AMIGO
DE SU
HERMANO

GOSSIP GIRL
VIBES

PUEBLO
PEQUEÑO EN
IRLANDA

ENEMIES
TO FRIENDS
TO LOVERS

VIBES
NAVIDEÑAS

NAVIDAD
EN UN
CASTILLO





